

JANA V MORENO

LA
TENTACIÓN
DEL
VILLANO



LA TENTACIÓN DEL VILLANO

Jana V.Moreno

© Jana V Moreno [2024]

Título de la Obra: La tentación del villano.

Diseño de la portada: Calice, Servicios editoriales, Luce Monzant

Corrección: Calice, servicios editoriales, Emisellys Sánchez

Maquetación: Ebook Jana V.Moreno

Primera Edición:

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, préstamos públicos.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: Un año antes](#)

[Capítulo 2: Bienvenida, Caperucita](#)

[Capítulo 3: Un Halcón borracho](#)

[Capítulo 4: La negación](#)

[Capítulo 5: Ansiedad](#)

[Capítulo 6: Sutura de tentación](#)

[Capítulo 7: El diario del coronel.](#)

[Capítulo 8: El misterio de los Reyes](#)

[Capítulo 9: Propiedad del coronel](#)

[Capítulo 10: Notas de piano y obsesión](#)

[Capítulo 11: Deseo y muerte](#)

[Capítulo 12: Juegos mentales](#)

[Capítulo 13: El secuestro](#)

[Capítulo 14: Obsesiones pasadas](#)

[Capítulo 15: Sospechas](#)

[Capítulo 16: Saltando al vacío](#)

[Capítulo 17: Confesiones](#)

[Capítulo 18: Notas de sexo](#)

[Sobre el autor](#)

[Títulos relacionados “Saga Los Marim”.](#)

*“Para las mujeres que prefieren ser las teclas
del piano que el villano acaricie por las
noches.”*

Prólogo

Las oscuras calles no arrojaban sus pasos, y apresurados se escuchaban como ecos de desesperación. La mirada en alto, llorosa, suplicaba un descanso que no encontraba en ningún momento. Sus pulmones se apretaban, se contraían y ahogaban sollozos y quejidos de pánico que solo se mostraban con el temblor de su cuerpo. Sabía que no podía detenerse y que detrás de ella se encontraba su final. Saltó una valla que separaba un campo de la oscura y solitaria carretera; sin embargo, antes de que pudiera levantarse del choque contra el suelo, sus rodillas fueron apresadas. Cayó de boca y, aunque intentó arañar el suelo, sus uñas de porcelana que su padre le había regalado para su decimoctavo aniversario se partieron y dejaron un rastro de sangre que advertiría luego, cuando saliera como una nueva chica desaparecida. Un golpe. Solo uno fue suficiente para silenciarla y cargarla al furgón en el que nada más que la oscuridad la abrazaría.

Vanessa se encontraba en el centro de entrenamiento militar, pero hasta allí podía escuchar las noticias de las mujeres que cada día desaparecían. No podía interceder, así que apretó las manos en puño sin salir de la fila junto con sus compañeros. Sabía más de la cuenta, más de lo que debería o desearía cualquiera de los presentes. Tragó saliva y con un nudo en la garganta sintió un mal presagio.

—¡Coronel! —gritó uno de los cadetes, corriendo hacia su superior y deteniéndose frente al hombre rudo, alto y de ojos grises que segundos antes tenía la vista fija en Vanessa—. Piden refuerzos —aclaró el hombre—. Creemos que el cadete Nathaniel no lo consiguió.

El estómago de Vanessa dio un vuelco y sollozó el nombre del que era su mejor amigo en aquel horrible lugar. Rompió la fila e ignoró los reproches de su superior. Tomó al informante por el cuello de la camisa, y con los ojos llenos de lágrimas exigió.

—¿Dónde está?!

—Soldado Marim, vuelva a su fila —ordenó el superior.

—¡No! —lo encaró ella, provocando murmullos de asombro en sus compañeros. Volvió su mirada marrón hacia el hombre que sostenía y lo zarandeó de nuevo—. ¡Dime la dirección! ¡Ahora!

Sacó el arma y con nerviosismo apuntó la cabeza del joven.

—¡Está bien, te lo diré! —anunció con miedo. No fue difícil sacarle la dirección con la voz temblorosa.

—¡Vanessa, basta! —gritó entonces el coronel tomándola tan fuerte del brazo que obtuvo un quejido por parte de la joven—. Si no obedece y vuelve a su maldita fila, sin interponerse, me ocuparé de que le vaya muy mal aquí.

—Ya se está ocupando de eso, señor —respondió, y su mirada grande y expresiva lo desafió sin que le importara la diferencia de estatura entre los dos. El hombre endureció su mirada y Vanessa movió el brazo con fuerza. Él la soltó, pero antes de que pudiera decir algo, Vanessa corrió hacia uno de los coches patrulla.

El coronel suspiró, pasó las dos manos por el pelo y observó cómo los soldados esperaban sus órdenes.

—Vamos a buscar a Nathaniel —flaqueó. Vanessa se detuvo con un pie en el coche y lo observó entre el cristal de la puerta. La mirada de ambos volvió a encontrarse brevemente, y ella

dibujó una suave sonrisa en sus labios—. La cadete Vanessa tiene razón, no podemos dejar solo a un soldado.

—¡Sí, señor! —respondieron a coro los demás. Rompieron la fila y tomaron el camino hacia los vehículos.

El coronel se dirigió hacia el coche donde se encontraba Vanessa. Se detuvo en la puerta y levantó las cejas en señal de orden para que ella se alejara y subiera en el asiento del copiloto. Sin embargo, la sonrisa suave en la joven se esfumó, tomó asiento y le cerró la puerta en la cara. El resoplido del hombre fue tal, que varios cadetes se carcajearon al escucharlo. Sin embargo, la risa de los jóvenes se cortó al ver que los observaba de reojo, y el terror les inundó cada célula de su ser. Vanessa era la única que no se achantaba con esa mirada penetrante que, a pesar de ser clara y mezclarse con el azul del cielo, podía volverse tan oscura como quien la portaba.

El superior no dijo nada, se sentó en el lugar del copiloto y colocó la ubicación en el GPS del vehículo. Vanessa arrancó y los compañeros la siguieron por el camino de arenal que separaba el campo de entrenamiento con la civilización.

El silencio en el vehículo era sepulcral, ella lo miraba de reojo; él solo observaba firme al frente. Nunca mostraba un ápice de compasión o preocupación. Vanessa, en ocasiones, lo comparó con un robot cuando bromeaba con sus compañeros.

Cuando la mirada del comandante se fijó en ella, pronto volvió la vista a la carretera y carraspeó la garganta con incomodidad.

—Señor... —susurró.

—Ni una palabra —la interrumpió él.

—Gracias, señor —ignoró ella su petición.

El ceño del coronel se arrugó un poco al observar que esa joven indisciplinada no era capaz siquiera de obedecer una simple orden como la de mantener el silencio.

—De nada —respondió con la voz rasposa.

Vanessa sonrió y apretó el volante con un poco de emoción, al darse cuenta de que no la regañaba por no quedarse callada cuando se lo ordenó.

Sin embargo, la felicidad le duró poco. El móvil le sonó, descolgó dejando el altavoz y el llanto y la respiración ajetreada de su compañero la recibió.

—¡Vanessa, no vengas! —advirtió Nathaniel.

—¡Nath! —gritó ella y observó hacia el teléfono—. ¡Nath, voy a ir, pero no sola, tranquilo!

—¡No vas a llegar! —Después de un silencio en el que solo el llanto del joven se escuchaba, volvió a gritar—. ¡Quiero que sepas que eres como la hermana que nunca tuve!

—¡Ni se te ocurra despedirte, Nathaniel! —amenazó Vanessa, temblando tanto que el coche se le fue del carril. Un vehículo que venía de frente le echó las largas junto al claxon. El coronel tuvo unos segundos para tomar el volante y encaminar el rumbo del coche.

—Yo conduzco —demandó el superior, quitando las llaves del vehículo para que Vanessa no siguiera su curso y tuvieran un accidente.

—¿¿Qué hace?! ¡No podemos perder tiempo! —regañó Vanessa.

—Vanessa, no puedes llegar —lamentó de nuevo su compañero a través de la llamada—. Fue hermoso coincidir en esta vida contigo y sentir el apoyo familiar que nunca tuve.

—¡Nathaniel! —Un disparo cortó la llamada y también la respiración de Vanessa—. ¡No, no! —Miró a su superior con desesperación, y sin bajar del coche lo movió para que pasara al otro asiento.

—Vanessa, ¡ey! —reclamó el hombre, cuando lo empujó y ella casi quedó sentada sobre su

regazo—. No tengo la misma facilidad que usted para cambiar de asiento aquí dentro, soy alto.

—¡No me importa, señor! ¡Bajarse es perder el tiempo! —Y lo empujó.

El hombre volvió a resoplar y con dificultad pasó al otro asiento, ignorando el cabezazo que se había dado contra el techo del vehículo. Frunció el ceño, arrugó la nariz y miró con rabia a Vanessa antes de arrancar el vehículo.

—No me mire así, solo le va a salir un chichón —ella dijo con la mirada repleta de ansiedad—. ¡Vamos, pise el acelerador!

El tiempo se detuvo cuando el cuerpo de Nath se vio tumbado en medio de la carretera. Un convoy se marchaba de la escena del crimen. Los compañeros de Vanessa siguieron en persecución, pero el coronel detuvo el vehículo frente al chico. Ella bajó y se llevó las manos a la boca antes de reaccionar y arrodillarse frente a él. Aún con vida la observó y dibujó una suave sonrisa que se desvaneció, dejando un fuerte suspiro.

—¡No, Nathaniel, no! —gritó ella y lo estrechó entre sus brazos. No le importó verse destruida frente a su coronel, a pesar de que, para él llorar era símbolo de debilidad. La culpa la devoraba y le aturdía la mente—. Esto es culpa mía.

El superior arqueó las cejas al escuchar ese lamento.

—¿Cómo dice, soldado? —preguntó.

—Esto es culpa mía —repitió la joven sin cesar su llanto—. Me dijeron que, si no dejaba de investigar, los más cercanos a mí lo iban a pagar.

—Investigar, ¿qué? —insistió el hombre, sin embargo, Vanessa se calló al ver que sus compañeros regresaban de la persecución, sin éxito.

—¿Cómo supo Nathaniel que íbamos en su búsqueda? —preguntó Vanessa. Con lentitud, bajo la mirada hacia el cuerpo de su amigo y frunció el ceño con incertidumbre. Alguien le había avisado.

Capítulo 1: Un año antes

Narrado por Vanessa Marim

Mi padre siempre dice que, en el cuento de Caperucita roja, el lobo siempre sería malvado si quién narraba era caperucita. En cambio, mamá me advirtió que, para poder encerrar al lobo, caperucita debió ser muy valiente y astuta. Yo prefiero pensar como mi tío Aquiles. Él opina que si el lobo feroz actuaba en contra de caperucita era por hambre. Sostiene que, a pesar de todos los casos horrendos que trató desde que es policía, siempre hay una causa que empuja a las personas a parecer lobos feroces. Un lobo no ataca a una oveja si no siente hambre. Tampoco atacaría a caperucita si no tuviera miedo. A pesar de que caperucita tenga más miedo al ver sus enormes fauces. Digamos que, yo sería la caperucita que lo ayudaría a quitarse el dolor de muelas para que no terminara intentando limpiarse los dientes con mis huesos.

La percepción de mis referentes paternos es clara por todo lo que han vivido. No es para nadie una sorpresa que mi padre fue uno de los hombres más temidos del país. Narcotraficante, matón, que arrastró a mis tíos y tías a ese mundo por varios años. En los cuales, nací. Digamos que él es el lobo y mi mamá la caperucita que supo ponerle un arnés y un cascabel para que no se le perdiera.

A pesar del pasado doloroso, mi familia es muy importante para mí. Son mi referente y mi mayor orgullo. Cada vez que salgo al balcón de la habitación y observo el firmamento desde la hacienda, lo más hermoso que suelo ver son los paseos románticos de mis tíos Marta y Óscar. Más tarde, las risas inundan la casa cuando mi tío Aquiles bromea con mi tía Leslie y juegan con la comida en la cocina, a la vez que son regañados por la señora Eustaquia. La señora tiene suficiente con soportar los años sobre sus hombros como para tener que aguantarlos a ellos.

Después, ahí están ellos, como en un cuadro de todo lo que está bien en una relación. Sentados en el sofá del salón, papá abraza a mi mamá por la cintura y la sienta en su regazo. Posa un beso sobre su frente y se susurran cuánto es que se aman. Sonríen y me apoyo del marco de la puerta. Gran parte de mi infancia la pasé sin papá por encontrarse en rehabilitación, pero no puedo quejarme. He crecido rodeada de amor y dulzura. Quizá por eso sueño con tener mi propio cuento de hadas. Pero no un cuento de princesas, sino de mujeres guerreras capaces de ponerle un collar al lobo feroz.

—¿Cómo está mi princesa?! —exclama mi tío Aquiles cuando me ve por la cocina. Me pongo de puntitas para darle un beso en la mejilla y abrazo con cariño a mi tía Leslie—. Cada día te ves más mayor, pero la estatura no cambia.

—¡No seas así! —reclama mi tía. Toma un pan y se lo lanza con poca fuerza a su marido. Ambos se ríen.

—Estoy feliz —admito—. Hoy me levanté dándome cuenta de lo mucho que amo a mi familia. De veras, son increíbles.

Mi tío Aquiles nos estrecha a las dos entre sus brazos. Hay un momento en el que nos deja sin aire. Es muy brusco. Miro a mi tía y esta se encoge de hombros como disculpa a tal estrujón. Tiro de mi camisa y tomo aire, intentando recuperar la compostura y asegurándome de que no

me ha roto ningún hueso.

Aquiles fue mi figura paterna durante gran parte de mi infancia. Era de esperarse que quisiera ser como él al ser mayor. Además, cuando inicié la escuela y el bullying incrementó al saberse de quién era hija, decidí que iba a limpiar el nombre de mi padre. Los niños me dejaban de lado, me llamaban asesina y, en resumen, un montón de cosas que prefiero olvidar. Igual como las veces en las que en el patio del colegio tuve que comer a escondidas mientras escuchaba a las niñas comentar que de seguro en mi casa guardaba los cadáveres de toda la gente que mi padre había asesinado antes de reinsertarse en la sociedad.

Jamás le conté a nadie mi problema. Llegaba a casa y sonreía. La culpa es algo que mi papá no supera, y de saber que alguien más se sentía mal por su pasado, su recuperación hubiera sido peor. Así que llegaba a casa y sonreía, decía que tenía muchos amiguitos y que lo pasaba muy bien. Que salvaba a otros niños de la soledad, aunque fuera yo la única que se encontraba en ese estado.

A los diez años tenía claro que quería ser militar. Todo por un papel informativo que encontré en mi taquilla. Entre los amigos de papá, Elías Ávila, un militar un poco extraño pero gracioso, al saberse mi decisión de ser militar me contó mil historias asombrosas un día en el que tuvo que hacer de niño hasta que mis papás llegaran de su cita en la noche. Desde ahí, empecé a estudiar a capa y espada para lograr lo que quería. Sin embargo, no pensé que fueran a reclutarme tan rápido y que solicitaran mi traslado a los dieciocho.

La maleta está lista y junto con mi ropa se encuentra una foto de toda la gente que amo y que añoraré hasta romperme en pedazos una vez que me encuentre en la base militar. Estados Unidos es mucho más grande que el pueblo y la hacienda. Mucho más grande que todo mi mundo hasta ahora. No estoy preparada para decir adiós, pero sí para gritar «hola» a un nuevo futuro, que, aunque me da vértigo lo espero con ansias.

El vuelo sale en la noche. Solo me quedan unas horas para disfrutar de mi hogar, quizá para siempre. Tomo un bocado de pan y lleno de besos a mis tíos. Por estas breves horas es que quiero pasar el máximo tiempo que pueda con ellos. Llego al salón y me lanzo sobre mis padres como cuando era pequeña. Ambos se ríen y las cosquillas son inminentes. Es en este momento, cuando veo la sonrisa de papá y me doy cuenta de que, a pesar de sus errores, amo a este torpe y maniático hombre que me dio la vida.

—Sigo diciendo que es una mala idea que te marches sola —reclama al segundo en que me ve. Sonríe. Esperaba que se opusiera—. Piénsalo, amor. Puedo mandar a tu primo para que esté contigo.

—Wade tiene que ayudar al tío Óscar con los animales —le digo. Él bufa y mamá se ríe. Le toma del rostro y lo calma solo con mirarlo. Mi sonrisa no puede borrarse. Suspiro. Soy fan de las novelas turcas, quizá porque sé que los romances así pueden existir—. ¿Algún día tendré a alguien a quién mirar con el amor que ustedes se miran?

Mamá sonrío, sostiene mis mejillas, besa mi frente y me estrecha con fuerza. Suspiro. Inhalo su aroma, ese que tanta falta me hará cuando el avión se eleve esta noche. La amo con todas las fuerzas que pueda tener cada latido de mi corazón. Tengo que dejar de pensar en mi partida, antes de que mis ojos derramen las lágrimas que desde ayer quedaron ocultas.

—El hombre que te ame va a ser muy dichoso, Vanessa —dice mamá—. Y claro que te mirará del mismo modo. Sería muy estúpido si no lo hiciera.

—Pero tampoco tengas prisa en tener novio, eh —advierte papá. Estallo en risas al igual que mamá cuando le veo la cara de cabreo—. ¿De qué se ríen ahora?

—Tranquilo, papá, no hay prisa —le aseguro para que relaje el ceño.

Escucho unos pasos por el pasillo. Pasos que reconocería incluso con los ojos cerrados. Me levanto del sofá y veo a mi hermano pequeño. Con quince años ya me pasa de estatura, pero no es muy difícil que eso ocurra. Corro hacia él y lo abrazo. Me mira con las cejas arqueadas y levanta los brazos. Pronto una mueca de asco se forma en su labio superior.

—¿Qué haces, enana? —regaña.

—Jackson, me voy en unas horas, deja de ser tú por un momento y abrázame. —Le tomo los brazos y como si fuera un muñeco ventrílocuo lo muevo hasta que me abraza—. Así, ¿ves? No es tan difícil.

Suspira con amargura y me estrecha esta vez a voluntad.

—Había olvidado que te ibas hoy, ¿con quién voy a pelear ahora? —confiesa sus sentimientos de un modo ácido, a su manera.

—Bueno, siempre puedes molestar a Mely —sugiero. Nuestra hermana mayor es todo un caso. Seguro que ya se encuentra en los campos haciendo fotos a todo lo que se mueve. Su deseo es ser una gran fotógrafa.

—Mely no se molesta, me sigue el juego y terminamos con la casa incendiada —bromea Jack.

Sé que tiene razón, a pesar de que nos lo tomemos con humor. Quisiera ver los campos y los animales antes de marcharme. Me despido de Jack y salgo de la casa. Los abrazos de mi tío Óscar y mi tía Marta se hacen presentes casi al instante en que cruzo el umbral de la puerta. El cariño me sube el corazón a la garganta, no quiero que me vean llorar y piensen que estoy triste cuando la decisión de marcharme está tomada. Me separo de ellos con angustia y echo a correr a las caballerizas, fingiendo una sonrisa que pronto se moja con mis lágrimas. Cuando llego al primer establo, apoyo la espalda en la madera y dejo que las lágrimas se apoderen de mí. El pecho me aprieta, el nudo en mi garganta se incrementa y el pesar consigue que las piernas me tiemblen y termine sentada en el suelo.

—¿Por qué lloras? —Levanto la vista al escuchar la voz de mi primo. Un vaquero de un metro noventa y cuatro con el torso musculado, ojos rasgados y pelo moreno se ha comido a mi primo pequeño. No sé en qué momento ha crecido tanto. Tiene la misma edad que yo. Aunque es menor por unos meses. Me corta el llanto y el aire. Nunca lo había visto sin camisa. Se agacha para hablarme—. ¿No estás feliz?

—¿Qué comiste para estar tan enorme? —le pregunto atónita. Levanto la mano y le pico un pectoral.

—Lo mismo que tú —responde con sequedad. La genética que tiene es envidiable. Normal, el tío Óscar y la tía Marta son unos modelos. Así salió mi primo. Él me mira y espera respuesta. Parece que todo le diera igual, como si nada le importara, pero no es así. A medida que crecía con él y su condición de autista, sé que todo se lo guarda, aun así, al final, se preocupa muchísimo por los suyos. Sonríe y limpio mis mejillas con la manga de la camisa.

—Estoy feliz, pero a la vez triste por tener que separarme de ustedes —le confieso, es el primero al que le abro mi corazón y mis sentimientos.

—No nos vamos a morir —espeta. Hago una mueca. No comprendo. Él suspira y toma asiento a mi lado—. Digo que siempre puedes venir a vernos y vamos a estar aquí, vamos a ser familia siempre.

—Tienes razón. —Sopeso sus palabras y sonrío. Es verdad, no es como si se acabara el mundo. Apoyo la cabeza en su hombro y sostengo su mano, entrelazando nuestros dedos

meñiques como cuando hacemos una promesa—. ¿Me prometes que me llamarás todos los días?

—Sí —asegura—. Promesa.

Un flash nos hace saltar a los dos. Veo puntitos de colores y mi primo se friega los ojos.

—¡Estaban tan bonitos ahí juntos que tenía que tomar una foto! —Es mi hermana mayor con su cámara a cuestas. Se lanza de rodillas frente a nosotros y nos abraza a la vez. Wade se queja por tal abrazo repentino. Suspiro. Los abrazos me ponen sentimental. Le correspondo y nos besa a los dos en las mejillas con efusividad.

—Qué bueno que te veo, ya sabes que me voy esta noche —comento.

—¡Ni me lo recuerdes! —grita—. Desde que estaba en el orfanato y tenía que ver cómo mis amigos se marchaban no me gustan las despedidas. —Los ojos de Mely se empañan y sonrío con dulzura al igual que ella. El llanto nos llega a las dos por igual y volvemos a unirnos en un abrazo. Wade se agobia y se levanta del suelo. Veo de reojo que vuelve a sus tareas con los caballos.

—Wade va a llamarme todos los días —informo a mi hermana—. Dile que te avise para vernos, aunque sea por una cámara, ¿sí?

—Está bien —susurra con la voz rota, a la vez que limpia las lágrimas de sus mejillas—. Al menos espero que los militares que te toquen sean guapos para no ir amargada todo el día.

—¡Mely!

Las risas se escuchan por todo el establo y se las contagiamos a Wade, quién hace una pequeña mueca con sus labios, a modo de sonrisa.

Es la hora. Pasear por el campo con Wade y Mely no fue suficiente para quitarme el mal sabor de boca. Además, no he podido despedirme de Daniela. Ella es la niña que mi tío Aquiles y mi tía Leslie adoptaron cuando el mundo de ambos se vio patas arriba por culpa de mi padre. Es ciega, por eso tuvo que viajar a hacerse pruebas para verificar si su ceguera es irreversible.

Suspiro apurando la hora y escucho un sonido desde el pasillo. Me miran desde la puerta de mi habitación en lo que cargo la maleta. Creo que sienten la misma angustia que yo.

—Sigo viendo lagunas con que te marches sola —regaña mi tío Aquiles. Aprieta los labios y veo cómo cierra las manos en puño por la impotencia.

—Tío, tengo que seguir con mi trabajo —explico. No puedo quedarme estancada aquí, debo ir para que me entrenen y algún día ser alguien en la milicia—. Todo va a estar bien.

—Me han dicho que hoy habrá turbulencias en el vuelo —se queja papá e intenta quitarme la maleta. La aparto y arqueo las cejas. Termina por tomarla y saca una camisa del interior—. Mejor te quedas.

—¡Papá! —Miro a mamá con desesperación. Ella sonríe y se encoge de hombros.

—Tobi, vamos —interrumpe al ver mi cara de frustración. Mamá lo toma de los hombros y me devuelve la camisa—. Déjala, sabíamos que iba a volar del nido muy pronto al decirnos a lo que quería dedicarse. Ser militar no es fácil.

—¡Pero podría trabajar aquí! —insiste mi tío Óscar. Sonríe radiante y detiene la mano sobre el hombro de su hijo—. Puedes trabajar de veterinaria con tu primo Wade.

—Por mí encantado —acepta con seriedad.

—¡Ya lo he decidido! —Entorno los ojos y bufo. Ni imaginan lo que me está costando esto y me lo ponen más difícil—. Además, Elías vendrá conmigo en unos meses.

—¿El que vayas con el loco de los explosivos me tiene que calmar? —regaña el tío Aquiles. Se me escapa la risa. Elías es uno de los mejores amigos de mi tío Aquiles y de mi papá, estaré

segura con él y mi tío lo sabe, pero busca excusas para que me quede en casa.

—¡Hermana! —Mely empuja a Wade y levanta unas fotos con marca de agua de páginas de Google. Todas son imágenes devastadoras de la guerra—. ¡Mira! ¡¿De veras quieres vivir cosas así?!

—¡Ay, Dios santo! —grito. Me acaba de desesperar. Cargo sobre mi espalda la maleta y paso en medio de todos. No hay nada que me detenga cuando me propongo algo.

—¡Vanessa, toma! —Leslie me intercepta al poner un pie abajo. Me coloca un collar con una piedra de cuarzo. Lo ojeo y sonrío. Es precioso—. Esto es para que te dé suerte, no podías irte sin ello.

—Tranquila, tía Leslie... —La tía Marta no puede aguantar el llanto y me envuelve entre sus brazos, logrando que termine por llorar con ella. Varias lágrimas se me escapan, pero las quito con rapidez antes de que lleguen a preocuparse—. ¡Tranquilos, estaré bien!

Sin embargo, mi tía no me suelta. Intento escaparme y no lo logro. Bufo e intento quitarle las manos de encima.

—T-Tía, ya, por favor —pido sofocada.

—Ay, mi niña... —sigue sollozando.

Al fin se aleja, aunque se abraza de su hijo, quién le da unos golpecitos en la cabeza como si fuera una mascota. Mi primo Wade y sus formas extrañas de dar amor.

—Hija, manda mensaje cuando subas al avión y cuando bajes —pide mamá—. Por favor, aliméntate bien, no seas contestona, eres Marim y Rivera, aun así, intenta tomarte las cosas con calma. Obedece a tu superior y mantén tu sitio. Tienes un carácter demasiado fuerte, no te encares con nadie y recuerda hacer amigos...

—¡Que sí, mamá! —la interrumpo. Me recuerda al primer día de instituto.

Cuando paso la puerta de salida, un abrazo de oso me recibe. Mi hermano Jack me levanta del suelo y me veo en volandas. No me gusta ser tan bajita.

—¡¿Creías que te ibas a librar de mí?!

—¡Jack! —Le devuelvo el abrazo. Qué raro que me abrace sin más.

—Cuídate, enana —me dice y deja un beso en mi frente.

«Aguanta el llanto Vanessa, aguanta». Carraspeo la garganta y fuerzo una sonrisa para responder con humor.

—Bueno, de edad te supero.

—Pero quedaste chaparrita como mamá —contesta.

—¡Oye! —se queja mamá.

Jack se aleja y me quedo de pie en el umbral de la puerta, observando a mis familiares. Todos se ven felices, aunque la pena los consume. La felicidad me invade y se acomoda en mi pecho y mis retinas para jamás olvidar este momento. Los voy a echar de menos, no obstante, quiero mejorar el apellido Marim. Quiero ayudar a gente inocente y que nadie más culpe a los Marim de cosas horribles. Así papá logrará estar al cien por ciento feliz. Voy a ser una Marim diferente y nadie más nos verá como un linaje de asesinos. Ahogaré la impulsividad que heredé con dosis de paciencia, sé que lo lograré.

Los ojos se me empapan y doy la vuelta para marcharme. Necesito irme sin mirar atrás, porque de lo contrario no me iré. Llevo la mano hacia el bolsillo de mi pantalón para tocar el móvil y noto que falta algo. Frunzo el ceño y saco el móvil, y es cuando me percató de que no está el pasaporte. Miro de reojo, sin que se percaten y observo un pequeño movimiento de parte de mi hermano hacia Wade.

Me doy la vuelta, los miro con sospecha y ambos fuerzan una sonrisa falsa. Suspiro y extiendo la mano hacia mi primo

—Dámelo —exijo.

—¿El qué? —pregunta Wade.

—Mi pasaporte. —Me observa por un instante y luego suspira con pesadez. Saca el pasaporte y me lo da. Ahora entiendo el porqué del abrazo de mi hermano—. De veras, con lo bonito que había quedado el momento.

—No queremos que te vayas —confiesa Jack.

—No va a pasar nada, lo prometo —aseguro.

—Recuerda que las promesas no se rompen —reclama Wade.

Sonrío al escuchar a mi primo. Levanto los brazos para que todos se unan en un abrazo grupal. Aceptan. Sentirme arropada por toda mi familia es la mejor sensación del mundo. El abrazo tarda lo suficiente como para que las lágrimas en todos hagan presencia, aunque las sonrisas no se borran de nuestros rostros.

—Les llamaré todos los días —digo entre llantos—. Voy a extrañarlos mucho.

—Y nosotros a ti, pequeña —responde papá, aguantando las lágrimas, aunque alguna lo traiciona y se resbala por sus mejillas.

Subo al coche y arranco. El silencio me aturde mientras me alejo. Desde las ventanas observo los pastos, los caballos, las vacas y ese atardecer que se esconde entre los árboles. Mis ojos marrones se dirigen hacia el retrovisor, y mi llanto aumenta cuando la silueta de toda la gente que amo se va tornando pequeña. Sé que esa silueta no se agrandará ni estarán junto a mí en mucho tiempo y eso me rompe en dos el corazón. Sin embargo, estoy decidida a cumplir mi sueño.

Capítulo 2: Bienvenida, Caperucita

La ingenuidad es un arma de doble filo y más cuando la tecnología supera la barrera de los sentimientos. Cuando las pantallas reflejan una verdad paralela que no existe y todos intentan imitar como una borregada al presenciar que cambia el clima y deben adentrarse al corral para no empaparse. Tan peligrosa como necesaria. ¿Cómo se rompería ese hilo con lo que está bien o está mal? Está claro que en el momento en el que engañas a alguien para hacer con su cuerpo lo que el dinero que otros tengan mande.

Ricardo Reyes no diferenciaba la maldad siempre y cuando el dinero le llegara suficiente para gastarlo en tragos, señoritas de compañía y el juego. Desde hacía dieciocho años atrás, la vida de Ricardo había cambiado de forma drástica; sin embargo, no su mentalidad. Cada segundo que pasaba con vida lo atesoraba para llenarse de más odio y sed de sangre hacia la gente que algún día lo orilló al autodesprecio. Los odiaba y, por ende, odiaba a esa creación que portaba la sangre de las dos familias. Escuchar el nombre de Vanessa Marim Rivera le hacía arder la sangre. Ni los cuarenta y cuatro años que cargaba sobre su espalda lo hacían desistir del plan que trazaba con paciencia. Dio una calada al cigarrillo que portaba en la boca y elevó la mirada al cielo. Sus ojos grises se oscurecieron cuando escuchó varios gritos de mujeres que suplicaban por su vida antes de subir al furgón, y las ignoró.

No había ápice de cordura, de misericordia o empatía en él. Una de las jóvenes le suplicó. Lo tomó por la camisa militar y lo zarandeó con angustia. Sus ojos brillantes rogaban por una oportunidad. Lejos de ello, encontró la mano de Ricardo golpeando su rostro.

—Aléjate de mí —espetó—. No te mato porque tus órganos son más valiosos frescos. Además, te metiste tú solita a la boca del lobo.

La muchacha cayó al suelo y fue arrastrada con las demás. El vehículo arrancó y Ricardo solo observó, con una expresión de póker que haría temblar a cualquiera. Su rostro atractivo y su cuerpo fornido, a pesar de la edad, no rebajaban el nivel de locura que brillaba en su mirada clara y ruda.

—Coronel —lo llamó uno de los empleados. Este lo miró de reojo—. La chica subió al avión. Está de camino.

La cara de *póker* de ese hombre se rompió, y al fin mostró una sonrisa cínica que lo envolvió junto a una posterior risa de victoria. Mostró su dentadura perfecta y observó al hombre que le había informado.

—Les invito a un trago —propuso Ricardo. Todos se alegraron ante la proposición—. Y mujeres, muchas mujeres.

Con la sonrisa puesta en los rostros de todos, se marcharon del lugar de la entrega, como si no hubieran hecho nada ilegal en ese momento.

Vanessa traía el corazón en la garganta. Veía el país desde el cielo. Era enorme y no divisaba pastos ni animales. No iban a estar allí los empleados de la hacienda que la habían visto crecer ni podría arroparse con la gente que amaba. Estaba sola. Al menos hasta que Elías Ávila viajara para reunirse con ella.

—Señorita —la llamó una azafata al percatarse de que respiraba agitado—. ¿Se encuentra bien? —Vanessa asintió y tragó saliva. Traía un nudo horrible en la garganta—. Abróchese el cinturón, pronto estaremos en tierra firme.

Los ojos saltones de Vanessa se hicieron más grandes cuando sus pies tocaron el aeropuerto. La maleta que cargó era más grande que ella, pero, por suerte, las ruedas la ayudaban a tirar y llevarla consigo. Su sorpresa fue encontrarse con un hombre que sostenía un cartel con su nombre. Lo miró a él y al cartel varias veces. Arrugó la nariz y el hombre levantó las cejas.

—¿Eres Vanessa Marim? —le preguntó el señor en español, pero con un acento inglés notorio.

—Sí, soy yo, pero no lo conozco.

—Soy amigo de Elías —informó el hombre y alargó la mano para entregarle las llaves de un vehículo—. Nos dijo que la cuidemos y que le entregue las llaves de uno de sus coches.

Vanessa sopesó las palabras de ese hombre antes de tomar las llaves. Sabía que Elías era extraño, pero no tanto. Después de escuchar cómo se refirió a los coches que Elías poseía, esperaba un automóvil modesto; sin embargo, se encontró con un todoterreno negro. Tuvo que ponerse de puntitas para ver el interior desde el cristal de la ventana.

—¿Llegaré al pedal del acelerador? —preguntó. El hombre se echó a reír—. No lo digo en broma.

—Lo arreglamos a la medida perfecta —la calmó el señor. Dicho esto, se despidió con la mano y se retiró de forma misteriosa. Como todo lo que envolvía a Ávila. Vanessa suspiró hondo y cargó la maleta como pudo. Abrió la puerta del coche y tuvo que dar un pequeño salto para sentarse en el asiento del conductor. Sacó el móvil y puso el GPS para llegar a la dirección donde la habían reclutado.

Liándose con el cambio de marcha y peleando por verse bien, Vanessa arrancó el coche con dos acelerones que casi se subió a la acera, varias personas gritaron. Por suerte, tomó el control del vehículo a tiempo.

—*Sorry!* —gritó por la ventana. Pensó que tenía suerte al no entender la cantidad de insultos que le estaban dando las dos señoras a las que se les había caído la compra al suelo.

El motor de un coche deportivo rugió con furia y pasó al lado del todoterreno de Vanessa. Las bocinas del coche retumbaban y se escuchaban por toda la calle. La canción en remix de RVFV y Kikimoteleba-Tigini, hacía vibrar los cristales de todos los vehículos cercanos. La conducción temeraria del dueño del automóvil era evidente. El joven al volante traía unas gafas de sol negras. Vestía de marca y un Rolex decoraba una de sus muñecas. Con la lengua jugaba con el piercing del labio inferior. Golpeaba el volante al ritmo de la canción y mostraba en su antebrazo izquierdo el tatuaje de la silueta de un hombre. Llamaba la atención una vestimenta militar que reposaba sobre el asiento del copiloto. Aflojó el acelerador al encontrarse en una rotonda y sintió un golpe en la parte trasera de su vehículo. Arrugó la nariz con rabia y miró por el retrovisor. Solo observó dos ojos grandes, marrones y expresivos que lo observaba con dificultad tras la carrocería del todoterreno.

—¿Qué demonios? —El joven bajó del coche y azotó la puerta. Reclamó en inglés contra la dueña del vehículo que seguía en shock—. ¡Ey! ¿Eres sorda?!

Esas últimas palabras las entendió a la perfección. Vanessa tomó una bocanada de aire y bajó del coche de un salto. El chico arqueó las cejas y se quitó las lentes de sol. Sus ojos claros

iban embravecidos. Se notaba su mala actitud.

—¿Qué cojones te pasa?! —le reclamó al instante—. ¡Si eres una enana cambia de coche!

Vanessa frunció el ceño. La rabia iba naciendo en ella a medida que lo escuchaba gritar. Gruñó en voz baja y maldijo del mismo modo.

—No mames güey...

—¿Qué dijiste? —El idioma del muchacho cambió al español al segundo. Se fijó en ella. Con sus expresiones, sus ojos castaños, su pelo moreno y largo. Arqueó una ceja y empezó a reír a carcajadas—. ¿Eres mexicana? ¿Qué demonios hace aquí una mexicana?

La furia de Vanessa no tenía fin cuando se dio cuenta de cuánto era el desprecio que el sujeto poseía por la gente de su país.

—¿A ti qué mierda te pasa pinche cabrón?! —Lo enfrentó con el rostro rojo por el cabreo—. ¡¿No sabes respetar a la gente de otra nacionalidad?!

—¿Lo que no respeto es que me joroben el coche! —gritó él también.

—¿Cuál auto te jorobé?! ¡Anormal!

—¿Qué me dijiste, panchita?!

—¡Anormal! —Vanessa lo empujó y este bufó con rabia. Ambos no se daban cuenta de la cantidad de gente que se estaba reuniendo alrededor. Además de la enorme cola que se formaba detrás de los coches.

—No sabes quién soy yo —advirtió el muchacho con una sonrisa de rabia.

—¿No, el que no sabe quién soy yo, eres tú! —Vanessa se acercó al coche. No traía ni un rasguño, pero de repente levantó la pierna y golpeó la parte trasera—. ¡Mira, ahora sí está aboyado!

—¿Qué haces, loca?! —Con desespero el muchacho se pasó las dos manos por el pelo.

—¿Quieres un cambio de llantas también?! —espetó Vanessa, para enseguida empezar a patear una de las ruedas. El joven retuvo la respiración. Gruñó con rabia y la sostuvo de la cintura. Forcejeó con ella y la alejó. Sin embargo, pronto notó que las llaves que Vanessa estaba haciendo no eran normales. Parecía saber defensa personal. Finalmente, la levantó en volandas y la cargó sobre su hombro.

—¡Bájame, se te zafó un tornillo! ¡Me secuestran! —gritó Vanessa.

—¿La loca eres tú, cállate! —Su idea era volver a cargarla hasta el coche, pero Vanessa no lo tenía tan claro. Se inclinó hacia delante, tomó el rostro del joven con las piernas y se dejó caer al suelo tumbándolo a él de espaldas.

—¿Dije que me soltaras! —le advirtió ella.

—¡Ah! —A pesar de quejarse, el muchacho no iba a darse por vencido tan rápido. Sin embargo, al verla sobre él y sentir que le apretaba las manos contra el arcén, se quedó estático. ¿Cómo alguien tan pequeño poseía esa habilidad de defensa? Se lo preguntó una y otra vez hasta que las sirenas de los coches patrulla se escucharon y los alertaron a ambos.

No pudieron levantarse del suelo antes de que los oficiales los tomaran de los brazos y los llevaran a las patrullas.

—¿Cometen un error, soy militar! —reclamó el chico. Vanessa llevó con lentitud la mirada hacia él al escucharlo.

—¿Eres militar? —preguntó ella con un hilo de voz.

—¡Sí, te has metido en problemas! —le advirtió él.

—Creo que sí —dijo Vanessa para sí misma. Luego anunció—. ¡Yo vengo al campo militar también, señores!

Ahora el sorprendido era él. Sin creerlos, por el circo que habían armado en vía pública y el comportamiento de ambos, los llevaron al cuartel hasta revisar los historiales de ambos en comisaría y asegurarse de que eran quiénes decían ser.

Ahí estaba Vanessa. El primer día en Estados Unidos y en una celda pequeña junto con el causante de tal embrollo. Si tan solo se hubiera comportado bien desde el inicio. Ambos tenían los brazos cruzados, el ceño fruncido y se daban la espalda sentados en un mismo taburete pequeño.

—Mi tío me va a matar —murmuró el joven. Vanessa lo escuchó e hizo una mueca. Ese hombre se veía más o menos de su edad, pero la piel la traía marcada con un sinnúmero de cicatrices, y eso que solo le había visto parte del cuello y los brazos.

La voz gruesa de un hombre se escuchó entre las silenciosas y vacías celdas. El chico que la acompañaba se tensó y de manera automática se levantó del taburete. Esa voz era impotente, rasposa. Como si se tratara de un podcast de terror. O quizás erotismo, dependiendo de cómo se viera la situación. En Vanessa despertó una curiosidad extraña.

La silueta del hombre se dibujó en la pared de enfrente, reflejada por su alto y robusto cuerpo que hacía sombra. Cuando se paró frente a la celda, la respiración de Vanessa se detuvo unos instantes. Su pelo negro portaba alguna cana, pero no le quedaba mal. Traía una ligera barba que contorneaba su mentón y su quijada fuerte. Los ojos grises del hombre parecían más oscuros que los del chico que le acompañaba; sin embargo, el parecido entre ambos era notorio. Pronto, Vanessa entendió que ese era el tío de su acompañante. Ese al que tanto temía. Con la mirada fiera, desafiante, el hombre pasó de mirar a su sobrino a centrar los ojos en Vanessa. Fue muy intimidante para ella, aun así, no quitó la mirada, y eso pateó el hígado de Ricardo. Quería que le temiera con solo mirarla y parecía inmune a ello.

—Me parece vergonzoso que dos de mis soldados tengan que estar aquí por escándalo público —pronunció Ricardo, englobando a Vanessa. La sorpresa en ella fue visible. Era muy expresiva y no esperaba que ese fuera su superior.

—Mis disculpas, coronel —pronunció el chico que la acompañaba. Erguido y sin moverse ni un centímetro. Fue ahí cuando Ricardo lo miró de nuevo. Hasta el momento no le había quitado la vista de encima a Vanessa. Como un depredador observando cuál sería el momento idóneo para saltarle al cuello.

—Que lo haga ella que acaba de llegar y no sabe lo que es la disciplina, tiene un pase. Pero tú, Andrés —le regañó en un tono más bajo, al tomar una conversación menos profesional—. Eres mi sobrino, joder. Compórtate.

Andrés suspiró y agachó la mirada. No quiso responder. Los ojos del coronel, una vez más, se centraron en Vanessa incluso cuando el policía abrió la puerta de la celda. Ella se sentía atacada de algún modo, pero la curiosidad le llenaba la mente. Quería saber cuál era el pensamiento de ese hombre y por qué la miraba con tanta fijación. Vanessa se levantó dudando y pasó la puerta de la celda con la mirada del coronel en la nuca. El nervio crecía en su vientre y se forzó a tragar saliva. Sentía una mezcla de miedo y atracción incomprensible.

—Cadete Marim —la llamó. En ese momento, Andrés la observó con una mirada distinta. Con sorpresa y algo nuevo. Rabia. Poco a poco su ceño se frunció a medida que la observaba. Vanessa llevó la mirada hacia Ricardo para obedecer su mandato—. Firme. —Tras la orden, Vanessa suspiró y se quedó como un palo frente a él. Ricardo se colocó a unos centímetros de su rostro y habló con la voz repleta de odio y repulsión—. No la conozco y usted a mí tampoco, pero no voy a tolerar que ensucie el nombre de mi batallón. Está aquí para aprender disciplina y

me aseguraré de que recuerde cada jodido día, que aquí solo está para obedecer. Si vuelve a armar otro zafarrancho más, me encargaré de que no vuelva a pisar un campo militar en su miserable existencia, ¿lo ha entendido? —Sí, señor —Vanessa susurró a baja voz.

—¡No la he escuchado! —le gritó tan cerca que incluso la forzó a cerrar un poco los ojos.

—¡Sí, señor! —Ricardo se alejó de ella. La miró de arriba abajo y pasó por su lado, ignorando la mirada dubitativa de su sobrino—. Por cierto, se quedan ambos sin coche —informó.

—¿Cómo?! —Andrés no tardó en reclamarle. Se colocó al lado de su tío a medida que caminaba al exterior de la comisaría—. Tío, no puedo quedarme sin coche. Tengo una fiesta el fin de semana.

Vanessa apretó los labios. El coche no era suyo.

—Señor —susurró, pero Ricardo la ignoró por completo.

—Espero que disfrutes de la abstinencia —le respondió a su sobrino—. Los niños no conducen. Cuando te comportes como un adulto tendrás el coche. —Miró a Vanessa de reojo—. Usted igual. Pasamos el equipaje a mi patrulla.

Vanessa suspiró hondo. Había empezado con muy mal pie y no quería estropear más la situación. Además, el cabreo que había sentido con Andrés todavía le recorría los sentidos y, tal y como le aconsejó su madre, debía calmarse y no sacar los genes impulsivos que heredó de sus familiares.

Tomó asiento en la parte trasera del coche patrulla y observó a los dos hombres tomar asiento delante. Sin embargo, cuando menos se dio cuenta, la mirada clara de Ricardo estaba fija en ella desde el retrovisor. Apretó los labios con incomodidad, pero de nuevo no quitó la vista. El desafío de miradas terminó cuando el hombre se colocó unas gafas para el sol de montura negra. Vanessa no sabía si la seguía mirando. Tenía la sensación de que así era, pero no podía saberlo. El vehículo arrancó.

Desde la parte trasera del automóvil, observó el recorrido como si fuese un recluso, así se sentía y no podía imaginar hasta qué punto era cierta esa sensación.

La joven se quedó con la boca abierta una vez que pasaron los parámetros del campo militar. La seguridad, la valla enorme y las instalaciones de entrenamiento se asemejaban por completo a una cárcel. Tragó saliva y suspiró hondo. Quizá los hombres que tenía frente a ella, incluyendo el voraz coronel que no le quitaba la vista de encima, iban a ser sus nuevos carceleros. Cuando bajaron del coche, miró atónita cómo el personal, no solo mostraba respeto hacia Ricardo, sino también hacia su sobrino. Ambos hombres pasaron por el pasillo principal sin ayudar a Vanessa con su mochila e ignorando el hecho de que iba detrás de ellos como si fuera un perro. Mientras los soldados se mantenían erguidos y con la mirada fija en un punto perdido. No se atrevían ni a decir palabra alguna en presencia de ellos dos.

Llegaron a una de las instalaciones. Andrés abrió la puerta, le arrebató de mala manera la maleta a Vanessa y la lanzó en el interior de la habitación. Vanessa iba a reprochar, pero una vez más los ojos cazadores del coronel detuvieron sus palabras. Cerró las manos en puño y le demostró al otro la furia solo con la mirada. Andrés sonrió de costado y se sacudió las manos como si hubiera tocado algo sucio en extremo. Ricardo la invitó a pasar con la mano y ella accedió. Entre paredes blancas se encontraban literas apiladas. Un total de más de diez personas iban a dormir en el mismo lugar.

—Tendrás que buscar una litera libre —se burló Andrés al pasar por su lado y notar la desesperación en los ojos saltones y chivatos de Vanessa. Se detuvo frente a su tío y levantó la

mano hasta posicionarla delante de la frente—. Señor, debo ir para empezar el entrenamiento de los novatos. —Ricardo asintió y cuando se percató de las intenciones de su sobrino al querer que Vanessa fuera a entrenar nada más llegar, negó con la cabeza.

—Ella viene conmigo hoy —ordenó. Andrés asintió con la cabeza y se retiró. Vanessa seguía atónita. No pensó que la visión que iba a tener fuera tan desalentadora. Tal era su nivel de horror que no se dio cuenta cuando Andrés se había retirado ni la charla que había tenido con su tío. Cuando sintió un aire caliente y pesado cerca de su nuca, la mente le reaccionó. El corazón le brincó hasta la garganta y se dio la vuelta. Unos escasos centímetros la separaban de Ricardo. Levantó la vista despacio, incluyendo la cabeza hasta que se encontró con la fiera mirada de ese hombre. Seguía sin comprender qué le pasaba. Por qué la miraba de ese modo. Podía sentir su aliento en el rostro y, aunque otra hubiera empezado a correr en ese mismo instante, o sus pies hubieran dado un paso hacia atrás, ella no lo hizo. Porque había algo en esos ojos que la bloqueaban.

—¿Por qué no aparta la mirada? —preguntó el coronel.

—¿Es una orden? —respondió ella con una extraña seguridad.

—No. Se lo digo porque es una provocación que no la aparte —aseguró Ricardo. Sin embargo, fue él quien al final apartó la mirada. Carraspeó la garganta y dio la vuelta sobre sus talones—. Póngase el uniforme. La espero fuera y no tarde.

Vanessa ahogó un jadeo cuando lo vio salir del lugar y cerrar la puerta. Se dejó caer sobre uno de los colchones y tragó saliva. Pudo sentir cómo las piernas le temblaban y el corazón festejaba algo que ella no entendía.

Ricardo se apoyó de la fachada al lado de la puerta. Suspiró y con las manos temblorosas sacó el paquete de cigarrillos de su pantalón. Ese temblor lo ocasionaba el nervio. Esas tremendas ganas que le habían entrado de tomarla de la nuca, acercarla hacia él y enseñarle de todas las formas que debía obedecerlo y apartar esa irritante y expresiva mirada marrón cuando él así lo quisiera, y la retara. Desde niña no la había visto. Era cierto que seguía cada uno de sus pasos. Que tenía gente informando de que su plan estuviera marchando bien, aun así, jamás imaginó que Vanessa se hubiera convertido en una mujer tan extremadamente tentadora para él. Sin embargo, para Ricardo el odio era mucho más importante que una sutil atracción física.

Cuando Vanessa estuvo lista, salió en busca del coronel. Al encontrarlo apoyado de la pared y fumando, buscó su mirada. Quizá para conseguir aprobación o solo por el simple hecho de querer volver a tener ese contacto, pero fue Ricardo quién se negó a hacerlo. Dio una calada al cigarrillo y lo apagó contra la pared. No le dirigió la palabra, solo empezó a caminar y exponer los diferentes lugares dentro del campo de entrenamiento. Vanessa lo seguía atenta, observaba a los que iban a ser sus compañeros, pero la seriedad era lo que gobernaba las instalaciones. Todo fue sobre la marcha, hasta que llegaron a la zona de entrenamiento. Andrés ordenaba, los demás ejecutaban.

Con la presencia de Ricardo, todos se pusieron en fila de a uno, mientras él pasaba al frente de cada uno junto con Vanessa.

—Les presento a su nueva compañera, Vanessa Marim Rivera —anunció Ricardo, teniendo que sentir el escozor en la lengua al pronunciar esos dos apellidos—. Ignoro cómo fue que alguien con la estatura y poca preparación de esta mujer pudo inscribirse en nuestro equipo, pero intentaremos no ser intolerantes ante su ineficiencia. —Vanessa entreabrió la boca y levantó la mirada hacia Ricardo. Ni siquiera la había visto trabajar y ya la estaba tratando de ineficiente. Inhaló fuerte y aguantó el aire. Cerró ambas manos en un puño. Ricardo siguió—. Quizá nos

sirva para limpiar los baños cuando se atasquen. Ahí llegará perfecta.

—Si se arrodilla, usted, también llega —respingó Vanessa tras las risas de sus compañeros. Estos cortaron las carcajadas y la observaron con la boca abierta. El ceño de Ricardo se frunció en automático.

—¿Qué acaba de decir, cadete? —le preguntó con rabia y la voz engrosada—. Dilo de nuevo y en voz alta.

—¡Que usted también llega si se arrodilla, coronel! —exclamó. Todos los compañeros empezaron a cuchichear. Andrés los observaba con el rencor creciendo en su interior. Ricardo y Vanessa se miraban con la misma rabia. Ambos apretaban la quijada y las manos en puño. Les faltaba gruñir como animales.

—No tienes disciplina alguna —la tuteó Ricardo inducido por el enojo que iba en aumento—. Y tampoco sabes dónde estás, pero ahora mismo te lo voy a recordar. Estás en la guarida del lobo, Caperucita. Así que calla la maldita boca, obedece y sé sumisa. Como se espera de una buena niña. —Una risa sarcástica se escapó del interior de Vanessa. Ricardo dio un paso hacia ella al escucharla. Quería conseguir que se retirara, sin embargo, lejos de eso, ella dio otro en su dirección.

—Cuidado, porque, así como soy la Caperucita, también soy el cazador en mi propio cuento. En vez de llevar una capa, traigo en la cesta los huevos que te faltan a ti.

A pesar de las exclamaciones de sorpresa de sus compañeros, Vanessa permaneció segura. Una leve sonrisa ladeada se dibujó en los labios de Ricardo. Pronto la quitó, aunque fue perceptible para Vanessa.

—Veo que no entiendes que eres una subordinada. —Ricardo volvió a su posición inicial y suspiró intentando contener la rabia—. Espero que no dejes de dar vueltas al campo de entrenamiento, corriendo, durante toda la noche, porque en el momento que te detengas, te ataré por tres días al poste. Sin comida ni agua —amenazó, señalando un poste en medio de la pista de entrenamiento.

—¿Cómo? —A Vanessa se le fue la sangre a los pies.

—Dije, ¡que empieces a correr ahora mismo! —con el grito y un disparo al aire, Vanessa entendió a la perfección. Tomó carrerilla y empezó a dar vueltas al trote por toda la pista.

Los soldados siguieron su entrenamiento, terminaron y se marcharon a cenar. Ricardo pidió su cena afuera, para observar con tranquilidad cómo Vanessa no se detenía en ningún momento. Ella jadeaba, le dolían los pies, las piernas y empezaba a sentirse hambrienta, mareada. Cuando cedía un poco el paso, Ricardo disparaba cerca de sus piernas. La bala golpeaba la arena y con el impacto tenía suficiente para aligerar el paso. Lo observó de reojo mientras comía y se lamió los labios, a la vez que vio la forma en la que lo hacía él después de tomar agua. La sed imperaba sobre el hambre y el dolor. Había perdido la noción del tiempo y no sabía las horas que llevaba a trote por toda la pista. Él aumentaba su ansiedad, masticando con más exageración y bebiendo sin descanso. Dejó que las gotas de agua se le resbalaran desde los labios por el mentón para que Vanessa lo observara.

—¿Quién no tenía huevos? —le susurró Ricardo, cuando pasó cerca de su posición. Vanessa apretó los labios y agachó la cabeza. El arrepentimiento por su temperamento explosivo había llegado demasiado tarde. Él siguió mofándose con una sonrisa burlesca—. Bienvenida, Caperucita.

Capítulo 3: Un Halcón borracho

Los pies de Vanessa se arrastraron agotados hasta la entrada de la habitación. Vio a sus compañeros dormir en cada litera y tomó una libre luego de cargar la maleta, con el cuerpo tembloroso. No había avisado a su madre, ni siquiera tuvo tiempo de llamar a su primo, pero en ese mismo momento, cuando el dolor en los músculos de sus muslos era demasiado intenso, solo pensaba en dormir y olvidar que estaba allí. Sin embargo, cuando se dejó caer sobre el colchón y creyó que podría volver con sus familiares a través de los sueños, una estridente trompeta la levantó de sopetón. Ahogó un quejido de espanto y cayó para rodar por el suelo. Suerte que no estaba en lo alto de la litera.

Los compañeros se levantaron y comenzaron a vestirse. Ella ni siquiera se había quitado el uniforme sudado y lleno de arena. Suspiró hondo y se pasó las manos por el pelo. Se lo recogió con una coleta alta y se lamió los labios cuando las punzadas en su cabeza le alertaban de una jaqueca que la acompañaría todo el día.

—¡Novata! —la saludó una chica y se sentó a su lado mientras se ponía las botas—. Tuviste mucho coraje al enfrentarte a Ricardo. —Le mostró la mano para que se la estrechara—. Soy Arianna, puedes llamarme Ari.

—Vanessa —se presentó ella, estrechando su mano. Era la primera vez que alguien le mostraba una sonrisa agradable desde que había llegado al campo militar—. Bueno, nadie tiene el derecho de humillarme. Soy un ser humano igual que él.

—Bueno, eso de que es un ser humano... —interrumpió uno de los chicos. Este se, detuvo a los pies de la cama, se agachó y se cruzó de brazos—. Ese hombre es más un animal que un ser humano.

—Le falta aullar —bromeó Ari. Ambos empezaron a reír. Vanessa esbozó una fina sonrisa en los labios. Estaba tan agotada que no le quedaban fuerzas ni siquiera para seguir el cuchicheo.

—Por cierto, soy Nathaniel. —Al presentarse, Vanessa le estrechó la mano en un movimiento que percibió a cámara lenta.

—Disculpa, estoy agotada —murmuró la joven—. Me hizo correr en la pista sin descanso durante toda la noche y no cené.

—Era de esperar que te pusiera un castigo. —Ari se levantó de la cama y tomó su bolsa. De contrabando sacó un pan dulce y se lo entregó a Vanessa—. Será nuestro pequeño secretito.

Al fin la sonrisa de Vanessa se agrandó con mayor plenitud. Tomó el pan y comenzó a comer con desesperación.

No obstante, las alegrías le duraron poco. La puerta fue azotada, y con un mal genio visible, el chico al que le había pateado las llantas del coche el día anterior, golpeó con el puño el hierro y gritó con soberbia.

—¡Arriba, ahora mismo! —Vanessa lo miró y frunció el ceño. Él la imitó. Se había quitado el piercing de la boca para estar de servicio, aun así, Vanessa lo veía como el mismo mamarracho del día anterior—. Novata, normalmente acuesto a las mujeres como tú, no las levanto. Te sugiero que lo hagas sola.

—Qué vas a acostar tú —murmuró ella.

—¿Dijiste?

—¡Nada, señor! —Se levantó—. ¡Que ya me levanto, señor!

Él asintió y salió de la habitación para ir primero a organizar las cosas. Vanessa suspiró y entornó los ojos.

—Está visto que tienes a los Reyes en tu contra —comentó Nathaniel.

—¿Los Reyes? —preguntó Vanessa, acomodando sus cosas sobre la cama que había elegido.

—Ricardo y Andrés Reyes —aclaró Ari—. Ricardo es el coronel, pero su sobrino, Andrés es nuestro sargento. —Vanessa tuvo que sostenerse de la cama. La presión le bajó a los pies al saber el rango del hombre a quien le estuvo gritando en la calle—. Empezaste con mal pie, Vanessa.

Los tres salieron de la habitación junto a los compañeros. Vanessa tuvo que fregarse los ojos. El cansancio le hacía arder la vista por la poca luz de la mañana.

La fila de soldados se detuvo frente a las duchas. Estas se encontraban a la intemperie y no había nada que las alejara del frío y la escarcha de la mañana. Vanessa, sabedora de que era friolera, rezó porque hubiera agua caliente. Estuvo viendo el rol que los demás seguían. Una toalla para cada uno y salían rápido con el mismo uniforme. Una guarrada para ella, pero así debía de hacerlo.

Una mujer morena, de pelo largo y ojos miel, vigilaba los minutos que cada uno se encontraba dentro.

—Ella es nuestra teniente —le informó Nathaniel—. Se llama Lorena Fernández. Es buena mujer, pero se gasta un genio enorme. Más vale que tampoco la contradigas.

—Buenos días —dijo la teniente con amabilidad cuando se encontraban cerca de ella—. A la próxima que tenga que hablar de mí, cabo Nathaniel, hágalo más bajo.

A pesar de la sonrisa amable y tierna de la teniente, su mirada parecía endemoniada. Vanessa se alejó unos pasos de él cuando el muchacho empezó a disculparse. Suspiró hondo y entró de primera a la ducha después de tomar una toalla.

Ricardo estaba exhausto. Había estado vigilando que Vanessa no durmiera y, por consiguiente, tampoco durmió él. Suspiró hondo y tomó asiento en una de las bancas. Levantó una taza de café y cuando la apoyó sobre sus labios, el grito estridente de Vanessa lo hizo saltar y se lo derramó por completo por la camisa.

—¡Maldición! —gritó. Harto, se levantó y caminó embravecido hacia los baños—. ¡¿Qué son esos berridos?!

Lorena se encogió de hombros. Todos miraban hacia las duchas. Se escuchaba a Vanessa quejarse y chillar por lo helada que se encontraba el agua. El coronel se llevó la mano a la sien y apretó los labios. Esa muchacha colmaba su paciencia.

—¡Mierda! —Se le escuchaba decir—. ¡Dios, me congeló! ¡Ah!

Ricardo abrió y cerró los puños. Suspiró hondo e intentó no perder la paciencia. Sin embargo, con un grito más tuvo suficiente para acercarse a las duchas y aporrear la puerta con el puño.

—¡Cadete Marim, si no se calla y termina de una jodida vez la saco a la fuerza! —bramó y, a causa de ello, Vanessa se asustó y apretó de más el bote de jabón, lo que ocasionó que saliera a propulsión hacia sus ojos. Volvió a gritar. Esta vez por el escozor. Ricardo apretó la quijada hasta que le crujió—. ¡Se acabó! —Miró a su tropa y les hizo un gesto con la cabeza, que todos entendieron. Se dieron la vuelta, incluida la teniente y abrió la puerta—. Vanes...

Antes de que pudiera hablar, ella se resbaló. Pues se le había caído el frasco al suelo al

quedarse ciega y lo tomó de la camisa. La puerta se cerró detrás de Ricardo y el agua los empapó a los dos. Aunque él sí dio un respingo por lo fría que realmente se encontraba, su mirada fue a parar a la joven que sostenía su camisa, tiritando. Cada curva de Vanessa, cada recoveco de su cuerpo le estaba haciendo salivar. Se observó lamiendo el recorrido de su espalda. Marcando con las manos su redondeado trasero a base de nalgadas, y deseó deslizar los dedos por los botones erguidos y duros que decoraban sus pechos. Tan perfectos, que cabrían a la perfección en su boca. Se lamió los labios.

Ella creyó que había tomado la toalla. Bajó la cabeza y se limpió los ojos con la camisa de Ricardo. Los abrió con dificultad. Lo pudo ver borroso y dio un paso atrás. No obstante, una mano ruda y varonil le cubrió la parte baja de la espalda, y la atrajo hacia él. Vanessa jadeó y posó las manos sobre su pecho. Hizo un poco de fuerza para alejarse, aunque no la suficiente. Pronto, sus brazos se aflojaron. Él se mojó la mano libre con el agua y acto seguido, le pasó los dedos por los ojos, limpiando así los residuos del jabón. Vanessa sintió un ardor extraño por todo su cuerpo y la piel se le erizó. No por el agua congelada que, de repente, parecía arder, sino por cada pequeño roce que los dedos de Ricardo trazaban por su espalda baja, dibujando pequeños círculos.

Cuando la mirada de ambos se conectó, el pensamiento de Vanessa se nubló por completo. Con las manos, tomó la camisa de Ricardo y se olvidó de que estaba desnuda frente a un completo extraño. Ricardo deslizó la mano con la que le limpiaba los ojos por su mejilla, la elevó para dejar uno de sus mechones tras la oreja y siguió el recorrido hasta detenerla en su hombro. Tragó saliva y, aunque intentó disimular, una mordida en su labio inferior, de forma involuntaria, logró un jadeo corto en Vanessa.

Sin embargo, el coronel tenía otros planes con ella y cuando el pasado llegó como oleadas de recuerdos amargos a su mente, la soltó y se alejó de ella.

—Tenga cuidado —le advirtió con la voz rasposa, denotando que su deseo se había elevado hasta las nubes. Apagó el agua y le entregó la toalla. Vanessa salió del trance y se cubrió. Sintiéndose estúpida por no haberlo hecho antes. Tragó saliva y lo vio salir de la ducha. Se pasó una mano por la cabeza, desesperada, y negó varias veces. Arrugó la nariz.

—¿Qué demonios te pasa, Vanessa? —se recriminó.

—¡Cadete Marim, debe terminar ya! —le informó Lorena.

—¡Voy!

Las botas de Ricardo sonaban por lo empapadas que estaban, pero lo que más le fastidiaba era la presión que traía en sus pantalones. No debía estar así, y menos por esa chica.

—¡Coronel! —Escuchó que lo llamaba su sobrino, sin embargo, no estaba en condición de detenerse y que notara nada visible. Andrés se detuvo al darse cuenta de que iba empapado, y sorprendido lo vio adentrarse a su habitación y azotar la puerta con braveza. Se quedó con la palabra en la boca y suspiró. Llamó a la puerta y arqueó las cejas—. ¿Por qué estás empapado?

—¡Lárgate! —le gritó desde dentro. Andrés suspiró y abrió la puerta sin permiso. Lo ojeó cambiarse de uniforme mientras tomaba un vaso de bourbon.

—Deberías hacerte mirar ese problema que tienes con el alcohol, tío. —Él no le respondió, así que Andrés prosiguió—. Tengo que ir a ver a mamá.

Ricardo suspiró y dejó el vaso sobre la mesilla de noche. Se terminó de abrochar la camisa y se dio la vuelta para verlo.

—Y yo tengo que ocuparme de varios asuntos internos. —Andrés entendió a la perfección a qué se refería, así que asintió con la cabeza—. La teniente Lorena y el cabo Nathaniel pueden quedarse al mando en lo que nosotros nos ausentamos. Da la orden de mi parte.

Andrés asintió y se retiró, sin fijarse mucho en el estado de nerviosismo que se encontraba su tío. Sabía cómo fingir y mantener la expresión de póker. Cuando su sobrino se retiró, exhaló con exageración. Tomó el alcohol como si de agua se tratase e ignoró el ardor en el estómago. Debía de centrarse en el trabajo y nada más.

Ella era una mujer hermosa. Su pelo cobrizo resplandecía con el sol y sus ojos miel dibujaban la esperanza dormida en su alma. La piel de terciopelo que jamás le envejecía y el color rosado de sus mejillas que adornaban junto con sus labios naturalmente carnosos. Perdida entre pensamientos de un pasado que no volvía, y soñando con que así fuera algún día. Tiraba de las sábanas blancas que la envolvían en una habitación que ya era parte de su rutina diaria.

Desde el interior de esa celda con paredes acolchadas, la mujer escuchó la voz de su hijo. Balbuceó el nombre de Andrés y se intentó levantar de la camilla. Sin embargo, se mareó por la alta dosis de medicación que portaba en vena.

Cuando él accedió acompañado por los doctores, la mujer se quedó estática y llevó su cuerpo a una posición más relajada, aunque ella no lo estuviera. Se acostó en la camilla con la mirada perdida en la inmensidad de sus pensamientos, una vez más. Dejó que su hijo le acariciara ese pelo cobrizo, largo y brillante que tanto la caracterizaba. Andrés besó su frente, y con cariño le sostuvo una mano para dejar pequeños besos en sus nudillos.

—¿Ha comido hoy? —le preguntó al doctor.

—Sí, aunque la ingesta de alimento suele ser baja —respondió con una evidente preocupación—. Lo que sí toma más son líquidos. Respecto a su memoria y el estado cognitivo de la paciente, seguimos igual. No hay avances.

Un nudo asfixió a Andrés al saber que su madre no mejoraba. No la conoció lúcida. Jamás la escuchó hablar fluido y no pudo hacerse cargo de él. Por eso, su tío era quien se encargaba de él. Mientras las lágrimas caían por el rostro de Andrés cuando los doctores lo dejaron solo con su madre, viajó a tiempo atrás, donde siendo un niño y luego de un entrenamiento militar matutino con su tío, las preguntas y la curiosidad llegaron a su mente.

—¿Por qué mamá no puede venir? —preguntó el pequeño Andrés. Apenas podía andar bien al portar la ametralladora. Pesaba más que él. Su tío lo observó y la cargó en su lugar.

—Mamá debe estar internada para recuperarse —le explicó Ricardo—. Sufrió muchísimo y su mente está en bucle.

—¿Algún día me podrá ver entrenar y me acompañará al colegio? —Los ojos del pequeño se iluminaron por las lágrimas que pronto recorrieron y empaparon su rostro, recordando las fechas en las que, siendo el día de la madre, no pudo entregarle sus regalos o presentarla en el colegio.

—Esperemos que sí, pero es difícil —se sinceró su tío. Este suspiró y se agachó delante del pequeño—. Todo es culpa de tu padre. Si no la hubiera maltratado psicológicamente y la hubiera abandonado, no estaría así. Recuerda nuestro plan Andrés, por tu mamá.

—Lo haré tío, te lo prometo.

Volviendo al presente, las lágrimas que ahogaban a ese niño lo volvían a asfixiar mientras abrazaba a su madre y mojaba con ellas la blusa de hospital que vestía. La mujer lo miraba y parecía no reconocerlo, a pesar de que, escasos minutos atrás había murmurado el nombre de su hijo. Levantó una mano y le acarició la cabeza, acto tan asombroso como entrañable para Andrés, quién no dudó en dejar escapar todos los sentimientos que tenía atorado en su pecho desde que era un niño.

Sus botas retumbaron por el edificio abandonado. Tras su espalda, varios matones lo siguieron y se colocaron uno a cada lado con las armas, resaltando en sus cinturones. Ricardo jugó con el cigarrillo que reposaba sobre sus labios. Inhaló y soltó el humo dejando atrás un rastro blanquecino.

De las tuberías rotas del techo goteaban y dejaban marcas por las paredes agrietadas y con pintura blanca desgastada. Llegaron a una habitación custodiada por dos hombres. Uno de ellos agachó la cabeza en señal de respeto al ver a Ricardo, y le dejó el paso libre al segundo. Al acceder a la habitación, un hombre se encontraba sobre una silla y con una soga rodeando su cuello y atada a una de las vigas del techo. Las manos también atadas. El señor lloraba e imploraba por su vida; sin embargo, ni Ricardo ni su compañero iban a escuchar sus llantos.

—Viniste tarde —dijo el hombre que esperaba recostado de la pared. Rubio y de ojos claros, de manera visible, más mayor que Ricardo. El señor se apoyaba de un bastón para poder caminar y arrugaba la nariz con molestia por la demora.

—Lo sé, Omar. Tuve un percance —se disculpó Ricardo.

—¿Qué clase de percance? —Ricardo suspiró y posó las manos en los bolsillos de su pantalón—. La chica, ¿es eso? —Omar negó con la cabeza y gruñó para sí mismo—. Sabes muy bien lo que opino al respecto.

—Lo sé, pero es mi decisión tomar a la fuerza lo que me pertenece —sentenció Ricardo.

—Bien, pero que no influya en nuestros negocios, Ricardo —le advirtió quién junto a él llevaba el cartel—. Tenemos mucho que perder si tú no estás centrado en el trabajo.

—Lo sé. —Ricardo llevó sus ojos grises hacia el hombre y este le empezó a rogar. Sin embargo, una sonrisa rompió la seriedad en el coronel. Tomó una bocanada de aire y empezó a reír a carcajadas. Tanto era su cinismo que el dolor de otro le causaba gracia—. ¿Y este desgraciado quién es?

—Un infiltrado de la TBB —contestó Omar. Ricardo arrugó la nariz con rabia—. Imaginé que ibas a poder sacarle información con tus métodos.

—¡Lo repito, no sé nada! —exclamó el hombre—. ¡Ni siquiera sé de lo que me están hablando!

—Le encontramos mensajes en los que se ponía en contacto con Halcón —aclaró Omar. Ricardo se carcajeó con más plenitud. Ese hombre era uno de los mayores enemigos del Cártel de Las Sombras. Ese que él manejaba junto con Omar. Un hombre que, sin miedo a perder nada porque nada tenía, se escondía bajo el pseudónimo absurdo como un justiciero enmascarado, aunque la mayoría de la gente ya supiera quién era y le quisieran dar caza.

—Así que eres amiguito de Halcón —murmuró Ricardo.

—¡No sé nada! —insistió el hombre.

—Si sigues mintiendo tendré que cortarte la lengua —anunció Ricardo, a lo que aumentó el temor en el hombre. El coronel suspiró y, de entre un arsenal de armas que Omar había preparado en el suelo, tomó una daga. Probó el filo con su propio dedo y cuando se lo cortó, llevó la herida a su boca. Adoraba el sabor metálico.

—Desgraciado, dinos qué sabes de los *The Black Birds* y, quizá, solo quizá, haré que sufras menos agonía antes de morir. —Ricardo hizo una pausa al ver la seriedad en el hombre y agrandó la sonrisa—. No, mejor aún. Dinos dónde está Halcón.

El cautivo al darse cuenta de que por nada del mundo iban a dejarlo salir de allí, y que negar lo evidente no era plausible, apretó los labios y agachó la cabeza. Con el honor que condecoraba a la organización de los TBB, frunció el ceño y miró con valentía a Ricardo.

—No diré nada —dijo con firmeza—. Menos de Halcón.

Ricardo no habló. Asintió con la cabeza y le clavó la daga en el estómago. La sangre salió a presión y le manchó el rostro. El hombre empezó a gritar y el sonido de las carnes abriéndose se mezclaba entre sus sollozos. Bajó el filo y lo abrió en canal. Las tripas podían verse entre la camisa del hombre. Sin embargo, antes de romper más su interior, Ricardo quitó la daga y suspiró con calma.

—Volvamos a empezar, dinos dónde se encuentra Halcón. —Escupiendo sangre, el hombre se empezó a reír. Las lágrimas le brotaban igual que la sangre que caía de su boca hasta el mentón. El coronel suspiró al verlo y negó con la cabeza—. La lealtad los terminará matando a todos. —Lo agachó hasta que, con dolor, se sentó en la silla y la soga se apretó con mayor intensidad en su cuello, dejándole la cabeza hacia arriba. El filo del arma se posó en el ojo del hombre malherido, y Ricardo torció el gesto—. Tienes cinco segundos para decirme dónde está Halcón, antes de matarte.

—Mátame ya, desgraciado —instó el hombre con la voz rota.

El coronel suspiró con impaciencia. Clavó con saña la daga en el ojo del sujeto. Una y otra vez. Sus gritos eran melodía matutina para Ricardo. Cambió de ojo y perforó el que faltaba. Rompió sin miramiento la mandíbula del hombre con un fuerte puñetazo y, cuando vio que había agonizado suficiente, cortó su cuello y lo dejó desangrarse.

—Estos pájaros son una plaga —comentó Omar sin inmutarse por tal salvajada que se acababa de cometer en ese momento—. Nuestra principal preocupación es el desgraciado de Halcón.

—Él y todos los de la TBB —corrigió Ricardo—. Todos son la misma basura. —Limpió el arma en los ropajes de la víctima y la dejó caer en el suelo, de donde la había tomado. Suspiró hondo y se pasó una mano por el pelo, destensando su cuerpo—. Iré a hablar con las personas importantes —dijo, sabiendo que así Omar entendería—. Hay que darles entretenimiento.

Elías se encontraba bebiendo en un bar de México. Sus ojos con heterocromía se veían irritados por los grados de alcohol que poseía su cuerpo. Suspiró y se recogió el cabello largo en una trenza que le cayó sobre el hombro. Balbuceaba mientras levantaba el vaso de cerveza al verlo vacío.

—Más —susurró y dejó un billete sobre la barra. El chico que atendía tomó el dinero y volvió a llenar el vaso del militar retirado por estrés postraumático. Tragó la bebida y observó las pastillas en el bolsillo de su chaqueta. Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Esto no hace nada, yo necesito matarlos a todos.

A pesar de que el barman escuchó aquellas palabras, no le tomó importancia debido al estado en que se encontraba su cliente. Su móvil empezó a sonar. Bufó y lo tomó con dificultad. Casi se le cayó al suelo, pero la barra lo impidió. Pudo descolgarlo y, en vez de tomarlo con las manos, pegó la cabeza contra la barra para escuchar.

—¿Aloh?

—Halcón, ¿dónde demonios estás?! —gritaron desde el altavoz. Él bufó y miró el local. Arrugó la nariz y volvió a apoyar la cabeza contra el móvil, dándose tal cabezazo que el barman saltó de la impresión.

—Pues, no lo sé. ¿Tú lo sabes? ¿Quién eres?

—¿Estás borracho desde tan temprano?

—No, no —Le dio un hipo—. Es que me sentía resfriado y me han sentado mal los antihistamínicos.

El hombre al teléfono suspiró con pesadez.

—Elías, Vanessa llegó bien al campo militar —le informó—. Un empleado le entregó el coche que pediste.

—¡Qué bien!, muy bien —balbuceó Halcón—. Y ahora, ¿puedo dormir?

—No, soy tu jefe, Halcón —le recordó el hombre al teléfono. Justo en ese momento, Elías se sentó bien y tuvo la coordinación necesaria para tomar el móvil y llevarlo a la oreja con rapidez—. Me tienes que decir dónde estás. Sabes que te están buscando, ¿verdad?

—Todos me quieren muerto —admitió Halcón—. Pero vivir o morir me da igual. Quizás en el infierno haga más trabajo que aquí.

—¡Deja de decir gilipolleces y mueve el culo hasta la central, ahora!

Con ese grito la llamada finalizó. Halcón miró el móvil con molestia y entornó los ojos. Se lo guardó y bostezó. No obstante, cuando intentó levantarse, una mano en su hombro lo volvió a sentar. Miró de reojo hacia el hombre musculoso que lo había detenido y, al otro lado, una mujer que se servía una copa mientras, con disimulo, apuntaba a Elías con una pistola escondida en su regazo. Él suspiró y tomó el vaso de cerveza con calma. Le dio un sorbo.

—¿No podemos arreglar esto con unos tragos? —Los miró sin recibir respuesta—. ¿No? Bueno, a vuestra salud. —Se lo terminó de un trago y automáticamente le estampó el vaso de vidrio duro al hombre en toda la cabeza. Se movió con rapidez y aprovechó el aturdimiento del matón para agarrar a la mujer del brazo. La pistola se accionó y los tiros se perdieron por el local. La gente empezó a gritar y salieron corriendo del bar, incluyendo al muchacho que servía las bebidas.

Le crujió la mano a la mujer y tomó el arma. Sin embargo, ella le dio un cabezazo, y con un codazo en el estómago lo dejó sin respiración. Volvió a arrebatarle la pistola y Elías se vio forzado a saltar la barra antes de que una bala le rozara el brazo.

—Ah, mierda... —bufó y miró hacia fuera—. ¡Estoy borracho, denme un respiro! —Un tiro le confirmó que no iban a tener consideración con él, y volvió a esconderse. Suspiró agobiado y tomó uno de los cuchillos que usaban para cortar los limones de los tequilas. Cerró el ojo marrón, el que carecía de visión, y con el azul apuntó desde el reflejo de uno de los vidrios de las botellas de licor. Lanzó el cuchillo hacia atrás y acertó a la primera. Se clavó en el brazo de la mujer. Esta soltó el arma por el dolor y Elías lo aprovechó para salir de su escondite, armado con una botella que rompió contra una de las mesas. Con el filo del vidrio roto, apuñaló en el pecho al matón que lo intentó golpear con los puños, Elías golpeó con su rodilla la entrepierna del sujeto para dejarlo en el suelo, adolorido y malherido. Al llegar con la mujer, sujetó el arma, le

disparó en una pierna antes de que pudiera siquiera defenderse, y bufó mientras ella se quejaba y permanecía en el suelo, intentando detener el sangrado que se producía escandaloso desde la zona del balazo.

—No soy cerrado de mente —comentó Elías. Le quitó las balas al arma y la dejó caer en el suelo—. Pero si querían algo conmigo, primero me invitan a cenar. Soy romántico.

Ambos lo miraron con odio; sin embargo, no esperó por mucho para salir corriendo del local al escuchar las sirenas de policía que se acercaban por el disturbio.

Elías tomó una de las calles colindantes al bar. Corrió tan deprisa que pudo alcanzar a un taxi que por poco arrancaba. Sin detenerse se metió a la parte trasera. Se dejó caer en plancha sobre el asiento, antes de que la puerta se cerrara.

—¡Aaah! —gritaron el conductor y la mujer que traía atrás con un montón de bolsas de compra.

—¡Ah! —les siguió Elías. Por último, gritaron los tres a la vez hasta que el shock se apoderó de todos y se quedaron en silencio con el motor en marcha.

—¡Arranca! —pidió Halcón, a lo que el taxista obedeció sin chistar, imaginando que era un perturbado.

—Santa María, madre de Dios —rezaba la mujer a su lado. Era joven y hermosa. Portaba un anillo de casada y cargaba comida y ropas para niños. No obstante, Elías solo se fijó en el pan recién horneado.

—¿Me da un trozo de pan, señora? —Ella, asustada, asintió y le dio un pedazo. El único relajado dentro del vehículo era Elías. Se puso a comer y suspiró. Le mostró la mano para saludarla—. Me llamo Elías.

—Anne —respondió ella con la voz temblorosa. Le estrechó la mano y volvió la vista hacia el conductor. Ambos se miraban por el retrovisor sin entender bien la situación.

—Ahí, a la salida del pueblo me pueden dejar —informó Elías muy feliz con su pedazo de pan.

—Pero si ahí solo hay campos, señor —dijo con un hilo de voz el conductor—. ¿No prefiere que lo lleve a otro lado?

—No, ahí está bien —señaló unos metros más adelante, colándose entre los asientos—. Por allí estaría bien.

El señor se detuvo donde le hubo indicado. Halcón le agradeció con una sonrisa, pues todo el dinero que traía encima se lo había gastado en alcohol y tomó la mano de la mujer. Besó sus nudillos y se despidió diciendo adiós con la mano.

—Gracias por el pan, bebé. —Acto seguido se bajó del vehículo y empezó a correr campo a través, sin rumbo, notándose lo borracho que seguía estando.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó la mujer con la boca abierta y un tic nervioso en el ojo.

—No lo sé, pero corre como el capitán Jack Sparrow —comentó el taxista. Ambos se miraron y, con solo el temor que rebosaban sus ojos, comprendieron que debían marcharse antes de que la situación se volviese más extraña.

Capítulo 4: La negación

Una vida de lujos no significa felicidad.

Cargada con bolsas de la compra, la mujer se despidió del taxista y sonrió con felicidad al ver el coche patrulla de su esposo en las puertas de la casa lujosa que con tanto trabajo habían conseguido costearse. Caminó rauda, y su melena morena y ondulada se balanceó junto a sus pestañas húmedas por la emoción, pues apenas podía verlo con normalidad.

Un hombre de cabello negro y ojos oscuros la esperaba en el recibidor con un uniforme policial.

—¡José! —exclamó Anne. Corrió hacia él y las bolsas cayeron al suelo cuando ambos se envolvieron en un abrazo cálido.

—Hola, mi amor —la saludó él, dando besos por su rostro—. ¿Qué tal las compras?

—No imaginas la locura que viví. —La mujer se dispuso a contarle lo ocurrido con el loco de cabellera larga y ojos bicolores, cuando el marido le cubrió los labios con el dedo índice.

—Se te olvidó hacerme el almuerzo —la interrumpió. Anne arqueó una ceja y notó como el abrazo se esfumaba. Este suspiró y se encogió de hombros—. No tengo nada para comer antes de ir a trabajar.

—Juraría que sí quedaba para hacer unos huevos y carne —habló Anne para sí misma.

—Sí, hay, pero no están hechos —terció José—. ¿Para qué tengo mujer si no es para que me haga unos ricos platos a cada comida?

—Pero hacer un huevo es fácil —reclamó la joven—. Tuve que ir a dejar a los niños en clase, hablar con la tutora, recoger los libros nuevos, pagar los recibos de la luz en el banco, ir a comprar... —José la volvió a callar con los dedos en su boca.

—Los niños y la casa son tu obligación, la mía traerte el dinero suficiente para que vivas feliz —informó. Él sonrió y Anne forzó una sonrisa en los labios.

—Tienes razón, disculpa. Tu trabajas, yo no y, al final, todo lo que tenemos es gracias a ti —comentó ella con un hilo de voz. Recogió su hermosa cabellera y se colocó el delantal. La sonrisa se le desvaneció al entrar a la cocina con las bolsas.

—Qué bien que lo hayas entendido. —Este se sentó en el sofá y encendió el televisor—. ¡Recuerda pelar las frutas bien y dejarlas en trozos! Me gusta cuando me cuidas así.

—Sí, claro. —La mujer posó las manos sobre la barra de la cocina y las lágrimas cayeron por su rostro como dos cascadas de pesar acumuladas en su pecho, que al fin dejaba salir. Dejó el cuchillo y sollozó en silencio, como todo lo que hacía en sus días. La depresión era tal que pensó, de forma momentánea, en agarrarlo y rozar el filo por sus brazos. Ver brotar el líquido de sus venas y terminar con el sufrimiento. Se había casado demasiado joven debido al embarazo de su primer hijo. Todo era perfecto, hasta que su esposo empezó a comportarse de ese modo. Se sentía presa en su propia fortaleza de monotonía. Divisó su anillo y se lo quitó. La mano le tembló cuando iba a dejarlo en uno de los cajones. Suspiró hondo y volvió a ponérselo. Agachó la cabeza con resignación y apretó los labios. Los quejidos de angustia fueron silenciados por el sonido de la televisión, mientras ella cocinaba y solo los fogones la entendían.

Una llamada telefónica consiguió que su marido se levantara del sofá. Sin embargo, para hablar se encerró en el baño.

—Estoy en casa, ¿qué demonios quieren?

—Tenemos dos noticias —le habló una mujer—. Una buena y una mala. ¿Con cuál empezamos?

—Con la que sea —gruñó el hombre—. No tengo tiempo.

—La buena es que encontramos a Halcón. Estaba borracho en un bar de la ciudad.

—¿Y la mala?

—La mala es que se nos ha escapado y nos ha herido.

—¡Maldita sea! —Anne lo escuchó gritar y con sigilo se acercó al baño. Sin embargo, pronto se sintió mal por intentar escuchar las conversaciones privadas de su esposo. Apretó los labios y llamó a la puerta para que supiera que ahí se encontraba ella y si necesitaba algo, estaba para él.

—¿Amor? ¿Ocurre algo? —preguntó con sincera preocupación—. Te escuché gritar.

El policía gruñó con molestia y miró hacia la puerta. Cubrió el móvil sobre su pecho y respondió.

—¡Sí, tranquila! Ve a la cocina a hacer tus cosas —con aquella contestación, Anne apretó los labios y tragó saliva con pesadez, antes de volver a sus labores diarias. José volvió a la conversación—. El coronel nos va a matar cuando se entere, ¿lo saben?

—Bueno, a nosotros no —aclaró la mujer—. Él está en Estados Unidos y nosotros, en México. No puede venir solo a darnos una bofetada.

—¿Una bofetada? ¡Lo que nos va a dar es un balazo entre ceja y ceja si no consiguen abatir a ese fantasma viviente!

Entre los gritos, una nueva llamada le heló la sangre. Se trataba de Ricardo. José tragó saliva con dificultad y colgó a los cómplices para atender al jefe.

—Hola, coronel. Qué extraño que llames —intentó aparentar normalidad—. ¿Cómo está?, ¿y su sobrino?

Ricardo dibujó una mueca de desagrado. Junto con Omar se deshacían del cadáver del infiltrado.

—¿Desde cuándo llamamos para hablar temas personales? ¿Sabes cuál es tu posición o te la recuerdo a base de plomo? —respondió Ricardo con la voz engrosada. José tragó saliva y prefirió mantenerse en silencio—. Me informaron que supieron dónde está Elías.

—Sí y no. —La voz de José sonaba temblorosa.

—¿Cómo que sí y no?

—Lo encontraron —aseguró. Se lamió los labios y suspiró hondo—. Pero al parecer iba escoltado, armado y huyó.

—Escoltado y armado —repitió Ricardo. Este dibujó una sonrisa burlesca mientras el hombre aseguraba y juraba los hechos. Lo que él no sabía era que Ricardo tenía ojos en cada esquina de los países en los que tenía negocios, y que el mismo barman que atendía a Elías pudo informarle que estaba solo cuando lo encontraron, así que, con una llamada, tras los hechos, quiso averiguar—. ¡Deja de mentir! —La sangre de José dejó de circular cuando el grito del coronel le inundó los tímpanos y tuvo que alejar el móvil de su oído. Entonces, el cínico Ricardo, dibujó una sonrisa en los labios—. ¿Cómo está tu flamante mujer? Mira, ahora sí me apetece hablar sobre familia.

—No, por favor...

—¿Y tus hijos, José? Deben estar muy lindos y mayores.

—Coronel... —Todo el cuerpo de José tembló y quiso rogar por clemencia, aunque la voz

apenas le salía—. Ellos no tienen nada que ver con esto.

—La tienen, desde que entraste a la policía y aceptaste ser nuestro cómplice —aseguró Ricardo—. Y esa esposa tuya, ¿cuánto me darían por venderla a un magnate rico que pudiera darle en la cama lo que tú no le das?

—¡Deja en paz a Anne! —Se enfureció José y golpeó con ira la pared—. Si le tocas un solo pelo...

—¿Qué? ¿Qué me harás? —Las risas sarcásticas de Ricardo le hicieron comprender a José que no tenía nada que pudiera hacer en contra de alguien tan poderoso como él. Apretó las manos y tensó la mandíbula con impotencia—. Mira, José, las cosas están así. Si no tuvieras que vigilar a la familia Marim Rivera, ya estarías muerto como tu primo.

—No lo nombres —habló con la voz quebrada.

—Sí, claro que lo nombro. Está muerto por tu culpa —le recordó Ricardo. Bajo el llanto leve que se pudo escuchar de José, quién intentaba reprimir sus lágrimas, el coronel se regodeó y volvió a carcajearse—. Cumple con tu trabajo y reza por tener un día más de vida. En el momento que dejes de valerme, te mataré. De ti depende si luego dejaré en paz a tus familiares o no. Haberlo pensado antes de venderle tu alma al diablo.

Cuando Ricardo colgó, las imágenes pasaron en cámara lenta por la memoria de José. Se observó sacando al cadáver de su primo de un coche que, minutos después, explotó y lo derribó al suelo. Dejando un pitido que ensordeció sus oídos, y la angustia presionándole el pecho, pudo observar cómo de los ojos mortecinos de su familiar, recorrió una última lágrima en la que él se reflejó.

Suspiró con angustia y salió del baño. En un inicio se había metido en el cartel por necesidad. Al ser nuevo en el pueblo, no tenía suficiente dinero para mantener a su familia y conseguir un trabajo. Sin embargo, más tarde fue por ambición. Decidió seguir de forma voluntaria y cuando quiso echarse para atrás al perder a su primo, ya era demasiado tarde.

Anne se dio la vuelta cuando lo sintió adentrarse a la cocina. Esta le sonrió y mientras cocinaba fue abrazada por su esposo. A pesar de todo, cada cercanía de él la hacía la mujer más feliz del mundo. José le besó la mejilla y apoyó la frente en su hombro.

—¿Era del cuartel? —preguntó Anne con respecto a la llamada.

—Sí —mintió él, a sabiendas de que su mujer no sabía nada—. Hoy va a ser un día pesado.

Los grados de alcohol en Elías iban menguando a medida que los pasos se volvían más agotadores. Entre campos perdidos y caminos de arena, un coche se detuvo frente a él, negro y con los cristales tintados, resaltaba, en las puertas marcadas, el rostro de un ave blanca, de apariencia embravecida, y se leía en medio del pico abierto las siglas TBB.

Halcón suspiró, abrió la puerta trasera sin pensarlo y tomó asiento. El conductor lo miró de reojo. Traía una máscara negra a través de la que solo se le podían ver los ojos cafés. Elías no se extrañó por esa mirada, se acomodó en el asiento y dejó que lo llevara. No era la primera vez que la gente de su jefe lo buscaban. Por la naturaleza secreta de la organización, siempre tenían en pleno cuidado la información privada de los integrantes. Con ello también ocultaban sus identidades. Elías era el único que podía hablar y decir en voz alta que pertenecía a la organización, luego de revelarse su rostro, nombre y apellido hacía años atrás. Aunque no fueran reales todos los datos. Sin embargo, los demás, así fueran solo choferes, debían mantenerse ocultos.

Elías lo entendía bien. Por no cubrir su rostro es que no podía ni emborracharse con tranquilidad.

Llegaron a las instalaciones subterráneas en México, una de tantas que se expandían por todo el mundo. Esta constaba de tres plantas bajo el suelo que podrían verse en la superficie como un rascacielos de oficinas. Con la tecnología más avanzada que la NASA les pudo entregar y la seguridad inquebrantable por mano humana y maquinarias que desintegrarían a cualquiera que quisiera entrar sin un acceso permitido. Cada acceso se conseguía con un escáner facial y una lectura de la huella dactilar.

No había contraseñas ni llaves. El acceso consistía en ser la persona que reconociera el sistema. De lo contrario, los detonadores terminarían con su vida antes de poder arrepentirse de haber intentado profanar la sede.

La sede del TBB se separaba entre sectores. Desde la planta más cercana a la superficie hasta la última, siendo como un *iceberg* organizado; hackers, espías, agentes de la ley en cubierto, forenses, personal de investigación, armamento explosivo, de fuego y biológico se guardaba en bodegas junto con los encargados de planes tácticos para las misiones. También se encontraban abogados, la enfermería y, por último, el despacho del jefe. En ese momento, era solo un novato al ocupar el puesto de su difunto padre unos meses atrás.

El ascensor los llevó hasta la última planta. Elías se despidió del chofer con la mano y llegó hasta la puerta del despacho. Esta se abrió de forma automática y observó el sillón de cuero dado la vuelta frente a la gran mesa de color metálico que se encontraba entre ambos.

—Señor...

—Halcón, me estás poniendo las cosas muy difíciles —admitió el joven. Su acento español era calmo, melodioso e imponente. Cuando el sillón se volteó, dejó ver a un hombre con el rostro cubierto por una máscara en forma de cuervo. Cubría sus manos con guantes negros de cuero y portaba unos anillos con las siglas de la organización. De su cuello caía un colgante con un ala de pájaro, y vestía de etiqueta. Con corbata y traje negro, elegante, sofisticado y visiblemente de marca. Ni siquiera era posible verle el cabello. Cuando se levantó del asiento, su figura alta y de complexión fuerte se podía discernir entre los ropajes.

—Lo sé, señor. Lo siento. —Elías suspiró y tomó asiento mientras su jefe le servía una copa de vino tinto. Elías arqueó las cejas y lo miró de reojo—. ¿No me estaba regañando por beber desde temprano?

—Te hará falta —aseguró el joven líder. Elías suspiró y lo tomó dando un pequeño sorbo—. Mira, Elías, si no te despedí, aun sabiendo que eres un riesgo para la organización, es porque mi padre te adoraba. Eras como un hermano para él y, al final, me crie viéndote. Compartí momentos contigo, aunque fueran escasos por la confidencialidad que se lleva en la organización, pero, joder, te aprecio. Entiendo que lo que te pasó fue una tragedia, pero...

—Varias tragedias —lo corrigió Elías.

—Varias tragedias —repitió su jefe—. Aun así, tenemos que hacer las cosas bien o jamás podremos derrotarlos. Todos los que estamos en esta organización queremos a la gente de ese cártel bajo tierra. La CIA nos contrató para ello. Entiende que todo lo que ellos no pueden hacer, por regirse ante la ley, debemos hacerlo nosotros. Sin embargo, el que nos den bandera blanca para saltarnos la ley y hacer cosas fuera de cualquier entendimiento racional, no significa que debamos actuar siempre así. Por favor, ten paciencia.

—¿Más? Llevo más de dieciocho años esperando, Cuervo —se dirigió a él por su pseudónimo y este suspiró. Toda la gente de la organización tenía un nombre en clave referente a

un ave—. Estoy harto de esperar sin que llegue nada. —Los ojos de Elías comenzaron a cristalizarse—. No me queda nada, no me queda nadie. —Su respiración se agitó y las manos le temblaron—. No tengo una vida porque ellos me la arrebataron. Me lo quitaron todo. Me quitaron la maldita vida. Estoy muerto, ¡joder! —Golpeó con las dos manos la mesa, y las lágrimas cayeron embravecidas por su rostro—. Estoy muerto en vida. No tengo por lo que luchar, no tengo por lo que vivir. Muchos encontraron justicia tiempo atrás, pero yo no. Mis seres queridos no. Ellos se están pudriendo mientras esos desgraciados se bañan con el dinero de gente inocente. ¿Cómo crees que me siento? No hacemos más que dar palos de ciego. Consigo detener algunas entregas de droga, detener furgones de la trata de personas, pero ¿de qué sirve? Los principales culpables están libres y no damos con ellos.

—Entiendo tu frustración.

—¡No, no la entiendes! —Elías se levantó de la silla y del movimiento la volteó y esta cayó en el suelo. Todo el cuerpo le temblaba. Al ver en el estado en que se encontraba, Cuervo suspiró y le hizo entrega de la copa de vino, una vez más. Halcón comprendió al instante que debía relajarse. Tomó la copa, sacó del bolsillo de su chaqueta los ansiolíticos recetados por el psiquiatra y los tragó sin pensar que estaba mezclando medicamentos con alcohol.

—Sabes que sí que lo entiendo —respondió Cuervo al ver que la respiración de Elías comenzaba a calmarse—. Mi padre se dejó la salud, la vida, con tal de detenerlos y no lo logró. Yo no tuve más vida que esto. ¿De verdad me estás diciendo que no lo entiendo? —Elías suspiró y bajó la cabeza. Intentó que no lo viera llorar, pero era imposible calmar los quejidos de dolor que se arrancaban de su alma—. Debes mejorar. Eres Elías Ávila, Halcón. El terror de todos los que han intentado derrotarte. Tienes que volver a ser el de antes. Te necesito en la milicia, tengo un presentimiento —la declaración de Cuervo puso en alerta a Elías. Levantó la mirada hacia él e hizo una pequeña mueca. Este se encogió de hombros—. Debemos estar dentro de la milicia de nuevo, debes volver a tu cargo cuánto antes, Elías. Las cosas pintan más feas de lo que crees.

El ascensor se detuvo en una de las plantas antes de que Elías pudiera salir de la sede. Una mujer de estatura media, risueña, de rostro agradable y actitud vivaracha se abalanzó sobre él y lo abrazó. Levantó las manos en las que portaba unos guantes que deberían estar blancos, pero se encontraban teñidos de rojo.

—¡Elías! —exclamó con efusividad.

—Deberías traer la cara tapada, Mía —respondió Halcón. Esta hizo pucheros y miró tras de sí.

—Y tú deberías llamarme por mi nombre en clave, pero estoy sola como forense hoy y la máscara del demonio me da calor. —Otro abrazo dejó a Elías sin aire. Ella empezó a dar pequeños saltos de alegría—. ¡Qué bien poder ver a alguien que respira!

—Los años no pasan por ti. —Se carcajeó Elías. Ella negó con la cabeza.

—¡Madurar es solo para las frutas! —Después de un mal trago y de recordar viejos sucesos, las ocurrencias de Mía alegraron por un momento el rostro de Elías. Ella subió al ascensor, quería salir a tomar un poco de aire, después de estar toda la noche y parte del día trabajando. Elías se apoyó y se cruzó de hombros observándola. Mía Aradia era una de las forenses del cuerpo policial de la ciudad. Cuando se hicieron compañeros en un caso anterior que involucraba el cártel, jamás pensó que esa forense alocada, vivaracha, sonriente y adicta a los abrazos, fuera

tan capaz y tuviera habilidades únicas para desenmascarar crímenes que otros no podrían. De ese modo, pasó a ser parte de la TBB. Mía era capaz de encontrar una aguja en un pajar.

Antes de llegar a la superficie, la forense se colocó la máscara reglamentaria y se encogió de hombros.

—Menos mal que cuando trabajo para la agencia de investigación en la ciudad, no tengo que llevar esto —se quejó—. ¿Imaginas que para mi trabajo normal también tuviera que ir así? Levantaría pasiones.

—Estoy seguro de que levantarías pasiones y sospechas si te presentaras así —bromeó con ella, soltando una pequeña carcajada.

—Claro, soy Catwoman modo pájaro destartado.

Una ráfaga fría de viento los azotó y se abrazaron a la vez cortando las risas. Ambos suspiraron y se miraron con la preocupación inscrita en los ojos.

—Tengo que volver a la milicia —contó Elías.

—Pero, Elías, tú no estás bien. —Mía se preocupó al saber esa noticia y sus cejas se arquearon.

—Lo sé, debo de conseguir estarlo. Algo se está cociendo entre las paredes de la milicia y debo investigarlo. Tengo que soltar el pasado.

—No puedes soltar el pasado si todavía duele, Halcón.

—No puede dejar de doler —se sinceró Elías—. Ese dolor me asegura que sigo vivo para cumplir la misión de meterlos entre rejas o matarlos, y quiero que me siga doliendo. Que me desgare las carnes hasta que lo consiga. A pesar de ello, debo volver a ser yo.

Mía suspiró con amargura y asintió con la cabeza.

—Sabes que cuentas conmigo incondicionalmente, para cualquier cosa, ¿verdad?

Elías sonrió y esta vez fue él quien abrazó con cariño a la forense. Asintió con la cabeza ante sus palabras y se retiró dejando una suave caricia en su mejilla. Sin tener un hogar por el miedo a su captura y por la destrucción de todo lo que Elías consideraba como lugar seguro, pagó la habitación de un hotel de carretera cercano, y allí se dispuso a pasar el resto del día y la noche e intentar calmar la mente y los pensamientos.

Los juegos de azar lo habían llevado a la perdición. Culpaba a terceros cuando las apuestas habían hecho tantos estragos en su vida como en su mente. Ricardo no podía pasar ni un solo día sin terminar borracho y perdiendo una cantidad incalculable de dinero en el local de las apuestas. Su voz gruesa se escuchaba por todo el casino, pidiendo más alcohol. La gente que lo atendía, guiados por el dinero y el poder que él poseía, no se fijaban en las gotas de sangre que manchaban su uniforme. Solo en el dinero que dejaba en la tanga de las bailarinas que se movían y le hacían disfrutar de unas buenas vistas. Omar lo acompañaba después del día que llevaron; aunque por la edad y la nula tolerancia al alcohol, pronto se quedó dormido sobre una de las mesas.

Ricardo, sin embargo, tomaba sin descanso. Hasta que su hígado le dijera basta y tuviera que ir a vomitar sangre como varias veces le había pasado. Suspiró y hundió su mirada gris en el vaso de la bebida. Pronto, la imagen de Vanessa llegó a su mente. Mojada y desnuda. Sus ojos marrones, grandes, expresivos, mirándolo con un deseo que no pudo esconder. Ese que apretaba

sus pantalones al recordarlo. Tragó del licor y siguió rememorando. Se pasó la lengua por el labio inferior. Las nalgas duras, tersas y redondeadas de esa mujer se veían perfectas para dejar unos buenos azotes. La piel clara para marcarla con los dientes cuando repasara la areola de sus pechos definidos, pequeños, pero respingones. La boca se le secó. Recordó la línea peligrosa de una gota de agua que se resbaló entre los pechos de Vanessa hasta su intimidad y bufó con solo imaginar a qué sabría uno de sus orgasmos. Tomó la copa de golpe y suspiró con pesadez. Se estaba odiando por tener esos pensamientos, justo hacia la persona que odiaba más que a cualquier otra en el mundo. Debía destruirla no desearla.

Levantó la mirada de la copa cuando las chicas se cambiaron y otras ocuparon sus puestos para atender a los clientes. Se fijó en una mujer joven, de estatura media y cabello castaño y largo. De algún modo, su actitud inocente y su rostro expresivo le recordó a la pesadilla con nombre y apellido que le estaba provocando erecciones cada vez que la recordaba. Llamó al dueño del antro con un movimiento de dedos y este acudió a él al segundo.

—¿Cuánto por ella? —preguntó y señaló a la chica—. Toda la noche.

—Es nueva, deberá preguntarle, señor —comentó el hombre—. Ya sabe que yo solo pongo el local.

—No me importa pagar lo que sea —aseguró Ricardo con la voz engrosada—. Esa mujer tiene que ser mía hoy.

Con una mirada fiera y un bulto evidente en sus pantalones, caminó seguro hacia la mujer. Esta lo miró y solo por cómo ardía su expresión, y la tensión que formaba en su boca, entendió qué buscaba de ella. Él no la dejó hablar. Tomó su mano y depositó un fajo de billetes que ni siquiera contó, aunque fueron suficientes para que, complacida, aceptara ir con él durante todas las horas que quisiera.

En el campo militar, Vanessa se encontraba cansada, pero había terminado con el entrenamiento a pesar de que nada le salía bien por el sueño. Ya habían cenado y se hallaba de camino a la habitación junto con Arianna y Nathaniel. Ambos conversaban entre ellos y le contaban a Vanessa que eran hermanos y que la idea de apuntarse a la milicia juntos fue para no echarse de menos. Ambos se veían unidos a pesar de las discusiones que tenían a veces por tonterías. Como si siguieran siendo niños. Vanessa sonreía mientras los escuchaba hasta que la llegada del vehículo del coronel le borró la sonrisa de los labios.

Lo observó bajar con esa mujer y, entre besos candentes y quejidos de ambos, caminar hasta la habitación de este. En un momento, la mirada grisácea y oscurecida de Ricardo se levantó y se encontró con los ojos vivarachos de Vanessa. Esta vez, viéndose en extremo brillosos. Ricardo jadeó cuando en un momento pensó que quien le llenaba el cuello de besos era ella. Abrió la puerta y cerró, dejando a Vanessa de pie, estática después de ver la escena.

—Eso es algo habitual —le contó Ari—. Suele traer mujeres casi todos los días. Aunque más los fines de semana.

—Ya veo. —La decepción que sentía Vanessa era, como poco, incomprensible. Suspiró con una sensación extraña en el pecho. No conocía lo suficiente a ese hombre como para sentirse decepcionada por un acto que acostumbraba a hacer; no obstante, el nudo en la garganta y las ganas de aporrear la puerta hasta que soltara a esa mujer no se le quitaban. Y así lo imaginó, hasta que la voz de sus compañeros deseándole «buenas noches» la sacó de sus pensamientos. Debía dormir. Ni siquiera llevaba una semana en ese lugar y ya sentía que se estaba volviendo loca.

Las lenguas se juntaron y con ello la saliva de ambos hasta que cayó por la comisura de las bocas. Ricardo no tenía un fin por esa noche y menos después de haberla visto antes de entrar a la habitación. Estaba desesperado. Escuchó que la mujer hablaba y su inglés fluido lo distrajo. La tomó del cuello y la ahorcó contra la pared. El golpe fue seco, brusco, sin compasión.

—Cállate —le ordenó y lamió sus labios con posesión—. No quiero escucharte.

No quería hacerlo, pues necesitaba imaginar que se trataba de Vanessa y nadie más que ella poseía un acento mexicano tan marcado, incluso al hablar en inglés.

Agarró a la chica del pelo y la agachó frente a él con un movimiento tosco. Ella gimoteó y a pesar de que le había dolido un poco el cuello, entendió lo que necesitaba. Le desabrochó el pantalón y ahogó un quejido al ver lo que encerraba el uniforme. Se lamió los labios deseosa y empezó a chupar, aunque era imposible que todo pudiera caberle. En la garganta se le formaban arcadas cuando llegaba hasta el final y las felaciones las hacía profundas. Ricardo cerró los ojos y con la mano libre se apoyó de la pared. Gruñó.

—Ah, Vanessa —susurró para sí mismo. Su voz gruesa, sus manos cerradas en puño y las venas marcadas denotaban el deseo, la rabia y el odio que se mezclaban en esa extraña locura que sentía por ella. Movié la cadera, sin importar cuánto pudiera ahogarse. Apretó su nuca y la llevó hasta el fondo. Quería más. No había suficiente. Echó la cabeza hacia atrás y gimoteó como nunca lo hubo hecho. Estaba obsesionándose. Sabía que cada cosa que él sentía no podía ser sana.

Cuando la tos en la mujer le impidió seguir con el oral, Ricardo la sometió, y como una muñeca de trapo la tumbó sobre la cama. Le arrebató la ropa de un tirón, algo fácil para él, ya que ella llevaba un vestido corto, rompió sus braguitas como el lobo feroz que acostumbraba a ser. Gruñó y le abrió las piernas. Rozó los dedos por su hendidura y se agachó solamente para dejar caer un chorro de saliva que expandió con la palma de la mano. Cuando la empapó golpeó su clítoris con fuerza y la hizo saltar.

La mujer se encorvó y gimoteó ante aquel acto, pero más aún cuando, sin esperar, Ricardo la embistió y no aguardó a más preliminares para empezar a poseerla. Los embistes eran propios de una bestia. La cama sonaba y golpeaba la pared. Los gruñidos que emanaban de él eran de un ser loco por satisfacerse. Le apretaba los pechos, los pezones. Se los lamía y subía hasta el cuello, dejando notorias marcas por toda la piel. La chica no reclamó, no podía si quiera moverse, y el placer era tal que no podía hablar.

Empezó a besarla y fue ahí cuando todas las imágenes de Vanessa le asaltaron. Inclusive la primera vez que la vio, estando entre rejas. Cada vez que lo retó con la mirada. Esos ojos marrones, grandes y expresivos. Ese rostro angelical. El cuerpo de infarto. Gruñó en su boca y le mordió el labio inferior. La muchacha quiso gritar, pero él le tapó la boca. Le privó del aire y con la otra mano le apretó el cuello. A tal punto, que la mujer temió por su vida. Al borde del colapso la dejó respirar y le sostuvo el rostro desde la quijada. Ella gimoteaba, jadeaba intentando llenar de oxígeno sus pulmones. Ricardo se decepcionó al no ver a la mujer que esperaba en los ojos marrones de la chica con la que estaba teniendo relaciones sexuales. No eran esos ojos marrones los que necesitaba. Sin embargo, continuó.

Volvió a cerrar los ojos. Se maldijo con cada orgasmo. Cambió de condón más de cuatro veces, y no se saciaba. Su miembro no tenía suficiente. No lo podía engañar. Las paredes vaginales que estaba azotando no eran las de Vanessa. No era la caperucita que ese lobo quería

comerse. Por mucho que el dinero le pudiera otorgar a cualquier mujer y se la entregase toda la noche, nada iba a saciar su sed de ella.

Cuando la mujer se encontraba a punto del desmayo, Ricardo se detuvo. Sin el mínimo cariño o consideración se apartó de ella y la empujó a un costado de la cama. Se quedó acostado mirando al techo y se maldijo en su interior. Quizá matándola rápido iba a dejar de pensar en ella.

Se levantó de la cama y tras una breve ducha, pues él sí tenía baño en su cabaña, se puso ropa cómoda y salió con el paquete de cigarros y un cuchillo. Suspiró y se puso a fumar. Se apoyó de la fachada y cerró los ojos. Casi se le escapa un grito, pero al callarlo se convirtió en gruñido de dolor y rabia. Dio varias caladas más. Sin embargo, no se relajaba, no dejaba de pensarla, así que optó por la opción b, aunque todos los planes se fueran a la basura.

Caminó hacia la instalación donde Vanessa había conseguido conciliar el sueño. Sin miedo a ser descubierto por alguno de los compañeros de la joven, este llegó hasta su lado. Vanessa dormía de costado. Descansaba plácida después de un día duro. Cuando Ricardo se agachó y sacó la navaja, el filo rozó de forma breve la mejilla de Vanessa. La resbaló con cuidado hasta su cuello y tragó saliva. Con un corte certero, conseguiría desangrarla sin hacer ruido. Ella sintió el roce por su cuello y levantó la mano, tomando la de Ricardo. Estaba dormida, aun así, tuvo la precisión exacta para envolverlo con su agarre. El ceño de Ricardo se relajó y aflojó del mismo modo los dedos. Tragó saliva y se fijó en ella. Traía un pijama azulado de lana. Le quedaba holgado, sin embargo, se veía tan hermosa de ese modo. Al menos para él. Suspiró hondo y retiró la navaja. Con la mano que ella no sostenía se la guardó en el bolsillo del pantalón y se lamió los labios con incomodidad. La saliva ya no le pasaba cuando intentaba volver a tragar.

Pronto, se descubrió acariciándole la mejilla con los nudillos. Se quedó con la boca abierta cuando pudo acariciarle los labios y jadeó fuerte. Tanto que la joven dibujó una pequeña mueca en el rostro. Él se levantó y se marchó antes de que pudiera verlo.

Cuando Vanessa abrió los ojos no vio a nadie. Suspiró hondo sintiendo el aroma de Ricardo, pero negó con la cabeza al pensar que se estaba enloqueciendo. Se acomodó en la cama una vez más y siguió durmiendo sin imaginar lo cerca que se había encontrado el lobo de ella.

Ricardo volvió a su redil, embravecido de nuevo, tomó a la mujer que intentaba descansar sobre la cama y la volteó. La dejó acostada boca abajo sobre el colchón.

—No hay suficiente —gruñó antes de apretarse contra ella sin los pantalones y volver a embestirla, después de haberse terminado casi toda la caja de preservativos. La mujer gimoteó. Gritó y se agarró de las sábanas implorando por un descanso. Él no se lo dio. No podía permitirse el lujo de seguir deseando a alguien que portaba la sangre Marim Rivera. Y se la iba a arrancar del pensamiento y las entrañas costara lo que costara.

Andrés había pagado una alta cifra de dinero para quedarse a dormir en el psiquiátrico donde mantenían a su madre internada. La mujer no había dicho palabra en todas las horas en las que su hijo la acompañó. Él la tomaba de la mano y se apoyaba del cabezal de la incómoda silla que le habían facilitado para descansar. O al menos intentarlo. Sin embargo, ella tampoco movía la mano. Era como si estuviera por completo perdida en su mundo. En su mente distorsionada.

Cuando amaneció, se despidió de ella con un beso en la frente y una caricia en el pelo. A pesar de todo, ella seguía siendo la madre más hermosa que él pudiera ver. Sonrió con dulzura e

inhaló hondo. Tomó rumbo hacia la puerta cuando escuchó una voz fina.

—¿Ricardo? —preguntó la mujer. Andrés se detuvo y giró leve su torso. Su parecido con Ricardo era notorio. Siendo su tío, traía más similitudes con él que con el que sabía que era su padre. Prácticamente era como un calco con menos edad y sus ojos claros y fieros brillaban de igual modo.

—¿Hablaste? —preguntó. Sorprendido caminó hacia la camilla y ella lo observó con dudas.

—¿Quién eres? —preguntó la mujer. Parecía estar más nítida. Andrés sonrió y tomó sus dos manos; sin embargo, ella las apartó con terror en su mirada caramelo—. Te pareces a Ricardo.

—Soy Andrés, tú hijo —le aclaró.

—Mi niño es un bebé —susurró ella y se abrazó a sí misma—. Pero no está.

—Era un bebé hace dieciocho años, mamá. —Volvió a tomar las manos de la señora, y esta vez, a pesar del desconcierto que sus ojos dibujaban, no las apartó—. Soy yo, soy Andrés.

—No, no puede ser que te parezcas tantísimo. —La ansiedad en la mujer comenzó a aumentar. Apartó con brusquedad las manos de su hijo y se sentó de golpe en la camilla—. ¡Aléjate de mí! ¡¿Dónde está mi bebé?! ¡Quiero a mi hijo! —Tiró de los grilletes que la amarraban a la cama y se enrojeció la piel—. ¡Quiero a mi bebé! —El llanto y los gritos de su madre alertaron a los doctores. Andrés la miraba con preocupación e intentaba que no se hiciera daño—. ¡No pueden arrebátarmelo!

—Mamá, cálmate, por favor. —Las lágrimas de Andrés brotaban con las de ella, intentaba calmarla, mas no lo lograba. Los doctores corrieron hasta la mujer y sacaron los somníferos—. ¡¿Qué le van a hacer?! —se preocupó él e incluso preparó el puño para golpear al doctor—. ¡Déjenla!

—¡Solo son tranquilizantes! —aseguró el doctor y levantó las dos manos en son de cubrirse si ese puño se dirigía hacia su cara. Andrés aflojó la mano. Miró hacia su madre y ella lo observó del mismo modo hasta quedar dormida.

Andrés subió al coche. Sus ojos celestes miraron hacia el retrovisor y se empañaron como el cielo que se nublaba sobre él. Con rabia golpeó varias veces el volante y gruñó. Terminó dando un grito desgarrador que salió de lo más profundo de su alma. Suspiró y tragó saliva, consiguiendo tragar también sus lágrimas. Su tío le había enseñado que un hombre de verdad no lloraba.

Capítulo 5: Ansiedad

Ahí estaba. Con la raya del ojo pintada de negro, el mismo color que su alma. Una sonrisa rosada y radiante y unos ropajes oscuros que lo hacían parecer más terrorífico. Empuñaba un arma y lo apuntaba a él. A quién en algún momento de su vida había querido tanto como para desear protegerlo. Entonces ocurrió. El chispear del arma iluminó su mano. El sonido ensordeció a Halcón y cerró los ojos esperando el impacto. Sin embargo, un peso se colocó en su pecho cuando debía sentir el tiro. Abrió los ojos y sostuvo al hombre que se había puesto entre ambos, y con ello le había entregado la vida. Lo sostuvo en brazos, escuchó al asesino susurrarle cuánto le gustaba saber que después de eso estaría muerto en vida. Observó al hombre que se desangraba en su regazo. Le cantó. Él le regaló el último latido de su corazón; Elías una promesa de jamás olvidarlo. Sin embargo, su rostro mortecino lo acorraló, y el corazón le dolió hasta arrancarle un grito en negación que salió de sus pulmones y lo exclamó en voz alta en la habitación de hotel donde se había despertado.

—¡¡¡No!!! —Miró a los lados de la cama. Observó la habitación y suspiró. El aire le faltaba y el pecho se le oprimía. Empezó a jadear. No era la primera vez que soñaba con los acontecimientos traumáticos de su vida, y más con la muerte de ese hombre. Elías se miró las manos. Temblaba. Aun así, no solo eran las manos, todo su cuerpo parecía permanecer en un constante movimiento por los nervios.

Se levantó de la cama, y con dificultad llegó hasta el baño. Se mojó el rostro con el fin de intentar calmar la ansiedad, pero la parestesia en sus manos y parte de la boca le indicó que nada estaba yendo como lo planeó, cuando pensó que con refrescarse se arreglaría. El malestar le llegó en forma de vómito. Se agachó en el baño y empezó a devolver mientras el rostro de cada persona que había amado en su vida se paseaba por sus recuerdos en los últimos instantes de vida o rodeados por su propia sangre. Empezó a llorar hasta que los pulmones no recogieron el oxígeno suficiente y ahogó los quejidos de dolor. Al final, perdió el conocimiento y cayó en el suelo del baño.

Cuando recuperó el conocimiento, el aturdimiento no fue impedimento para que tomara los ansiolíticos antes de terminar perdiendo la compostura otra vez. Tragó con su propia saliva y se levantó del suelo con las piernas flaqueándoles. Debía esforzarse por permanecer fuerte. Por volver a la milicia. Así le costara esconder sus problemas psicológicos.

La melodía del móvil sonó con fuerza, una que Elías no poseía para mantener la cordura. Caminó arrastrando los pies y lo tomó. Al descolgar, la voz de quién fue el mejor amigo del hombre que yacía muerto en sus brazos en aquel mal sueño forjado por recuerdos, se escuchó con una pizca de nostalgia y felicidad. Cada mes se reunía con él para llevarle flores a la tumba.

Aquiles Marim, el que había criado a Vanessa antes de que su padre saliera del psiquiátrico, era el dueño de esa voz dulce que relataba cuáles eran las flores que había podido conseguir para ese día. Así pues, con una sonrisa fingida y la actitud serena que solía mostrar Elías en público, se reunió con él.

Ambos se chocaron la mano al encontrarse a las puertas del cementerio.

—Te ves cansado —comentó Aquiles, dejando ver inútiles los intentos de Elías por parecer

estar de una pieza. Este asintió y se encogió de hombros—. ¿Sigues sin poder dormir bien?

—Es difícil —confesó Elías. Los dos caminaron por los pasillos del cementerio, rumbo al encuentro del hombre que no salía de la cabeza de Elías ni de su corazón—. ¿Sabes? Pienso que perdimos el tiempo. De haber sabido cómo terminaría todo, hubiéramos pasado más momentos juntos.

—Por desgracia, no somos adivinos, Elías —lo intentó calmar Aquiles—. No podíamos imaginar que las cosas saldrían tan mal para él.

Frente a la tumba, un muchacho rubio, de ojos miel, sonrisa tierna y con traje de policía se mostraba en la foto. A su lado, el nombre de Eduardo Villalba estaba decorado con letras plateadas que resaltaban junto a dos ángeles dibujados en el mármol. Aquiles se agachó y dejó las flores, mientras que Elías no lograba quitar los ojos del rostro de ese muchacho que nunca volvería a ver en persona. El nudo en la garganta se le formó más intenso y se lamió los labios con pesar. Aquiles notó esa expresión y golpeó su espalda con camaradería. Forzó una suave sonrisa y Elías lo siguió.

—No te culpes por no haber podido aprovechar el momento —comentó el oficial de policía—. No fue tu culpa, Elías. Tómallo como un aprendizaje. No dejes pasar de largo los momentos únicos con personas importantes, porque puede que sean los últimos.

—Lo que ocurre es que, para mí, ya no hay momentos únicos —se sinceró Elías—. Tampoco personas únicas. No después de él.

—Puede que algún día...

—No —se negó en rotundo Elías, antes de que Aquiles siguiera con la frase—. No, no. Nunca más. No voy a sentir nada por nadie en lo que me resta de vida. Siempre que quiero a alguien, termina muerto. Estoy maldito.

—No digas eso, Elías.

—Es la verdad. No nací para querer a nadie, mucho menos para que me quieran. —Los ojos bicolores de Elías comenzaron a empañarse una vez más. Tragó saliva para ahogar el llanto y suspiró hondo—. No soy capaz de hacer feliz a nadie, ni siquiera a mí mismo. Solo existo para destruir y trabajar. Nada más importa.

El policía suspiró y negó con la cabeza. Ojeó en su móvil una llamada perdida de su mujer y observó a su compañero con preocupación.

—A Edu no le gustaría escucharte hablar así —dijo en son de que Halcón lograra cambiar un poco su pensamiento.

—Lo sé, pero es lo que siento. —Al percatarse de la llamada, le señaló el móvil—. Ve con Leslie, estoy bien.

—¿Seguro? —Elías asintió. Aquiles suspiró y volvió a darle unos golpecitos en la espalda—. No tardes en marcharte de aquí, parece que va a llover. Me preocupas.

—Estaré bien —afirmó Halcón, para que Aquiles pudiera marcharse.

—Por cierto. —El oficial detuvo sus pasos—. ¿Sabes algo sobre mi sobrina? Le dijo a su primo y hermana que les llamaría, pero no tuvieron contacto. Wade está de los nervios.

—Llegó bien al campo militar y le facilité un coche —contó para tranquilizarlo—. Debe estar ocupada con el entrenamiento. Son muy estrictos.

—Imagino, gracias por todo. —Elías asintió y le devolvió la sonrisa que le regaló tras esas palabras. Lo vio marcharse y suspiró hondo. Pronto los pensamientos de Halcón fueron a parar con las palabras de Cuervo. Frunció el ceño y arrugó la nariz.

«¿Qué se estaría cocinando en la milicia?», pensó, volviendo la tristeza del momento en

desconcierto, y sumándose a la duda cuando el llanto de una joven lo sacó de sus pensamientos. Elías llevó la vista hacia ella. La chica, de unos diecisiete años, lloraba y reclamaba por su madre. El padre de esta, a su lado, no encontraba consuelo. Lloraba a su vez e intentaba relajar a la niña, aunque le fuera casi imposible. El silencio fue abatido por los gritos de tristeza y, antes de que pudieran verlo llorar junto a ellos, Elías decidió retirarse.

Sin embargo, un fuerte dolor azotó su pecho antes de tan siquiera arrancar el vehículo que le había dejado la organización. Gruñó en voz baja y llevó la mano hacia su lado izquierdo. Le costaba respirar y las punzadas se extendían hasta la espalda y parte del brazo. Tragó saliva y arrancó como pudo. De él dependía poder llegar al hospital. Intentó conducir con prisa, sin embargo, el malestar se agravó y gimoteó por la angustia al no poder respirar. Las manos le temblaron, y con el rabillo del ojo pudo ver al hombre y a la niña que lloraban frente a una tumba en el interior del cementerio. Elías bajó la ventana. Quiso exclamar por ayuda, aun así, la voz apenas era audible. Por suerte, el hombre sí se había percatado de la presencia de Elías y, tras verlo retorcerse en el asiento, comprendió con rapidez que necesitaba ayuda.

—¡Señor! —le llamó una vez que llegó hasta el coche. Abrió la puerta, y sin pensarlo lo tomó del brazo y se agachó para revisarlo. Pronto notó la fatiga y la falta de oxígeno de Elías—. Oh, no.

—Papá, ¿qué ocurre? —El hombre le lanzó las llaves de su vehículo a la niña.

—¡Arranca el coche! —pidió, la joven corrió obedeciendo a su padre. Este volvió los ojos hacia Elías y lo tomó de los brazos. Lo levantó como pudo y lo hizo caminar hasta el otro vehículo—. ¿Te duele mucho? —Elías asintió. El señor apretó los labios con preocupación y lo sentó en el lugar del copiloto en su coche—. Tranquilo, te voy a llevar al hospital, ¿sí?

Derrapando en cada esquina, el hombre se detuvo a las puertas de su casa, la que por suerte quedaba de camino al hospital. Le indicó a la niña que se bajara y le ordenó no salir de casa hasta que él volviera. Sin chistar, la joven obedeció y se metió al domicilio con rapidez.

—Espera —logró pronunciar Elías—. No vayas por la puerta principal del hospital.

—¿Cómo? —El hombre suspiró. Sudaba frío por la tensión y la preocupación del momento—. ¡No voy a demorar más! ¡¿Viste cómo estás?!

—No tengo identificación —expuso Elías—. Pero hay alguien que trabaja allí que me puede ayudar. Ve por la zona de carga y descarga, y pregunta por Gabriela Rivas.

La mirada azulada del hombre se volvió dudosa. Suspiró y pasó los dedos por su pelo rubio. No quería meterse en más problemas de los que tenía. Siguió sus indicaciones hasta llegar al hospital. Sin demoras, bajó del vehículo y corrió hasta la entrada de carga y descarga, por donde salían los residuos y sábanas para lavar del hospital. Unos empleados le cerraron el paso nada más al observarlo.

—¡Estoy buscando a Gabriela Rivas! —informó—. ¡Es una emergencia!

Los hombres lo observaron con dudas, pero al ver tras de sí y divisar el rostro de Elías detrás del cristal del vehículo, fueron ellos quienes se dieron prisa para dar con la doctora. La mujer salió corriendo y le pasó una silla de ruedas al hombre que acompañaba a Elías. Cuando lo sentaron en ella, fue el mismo quién lo metió al hospital y hasta se olvidó de apagar el vehículo, debido a los nervios que tenía al verlo tan mal.

La doctora se llevó a Elías y dejó a su acompañante esperando en la sala de espera.

—Siempre que vienes a verme es para darme sustos —se quejó Gabriela. Se requería el humor para relajar la situación, pues a pesar de ello, no se detenía para hacerle todas las pruebas necesarias a su amigo.

—Lo sé, lo siento —susurró Elías.

—No hables, ¿va? —Gabriela colocó los parches del electrocardiograma y esperó. Tomó su tensión y lo observó con preocupación—. ¿Pasó algo en la organización? —Elías negó con la cabeza. Odiaba esconder cosas, pero sabía que lo que Cuervo le decía, debía quedar entre ellos dos. A pesar de que Gabriela fuera parte de ellos—. Pues, esto indica a que es un ataque bastante serio de ansiedad.

—¿Ansiedad? —preguntó al fin Elías cuando el aparato dictaminó que su corazón estaba bien.

—Sí, pero si no te relajas terminará dándote un infarto. Y de paso a mí también.

Preocupado y con poca paciencia, el hombre que había llevado a Elías al hospital se acercó a la puerta del consultorio. Solo alcanzó a escuchar el diagnóstico de la doctora. Suspiró hondo y sonrió para sí. Era un alivio escuchar que iba a estar bien. Cuando su móvil vibró y observó un mensaje, su sonrisa se desvaneció. La seriedad volvió a su rostro y arrugó la nariz. No esperó a que dieran parte del estado de salud de Elías. Al final, él ya lo sabía. Tomó su coche y arrancó sin esperar ni un segundo.

Una llamada lo hizo suspirar con pesadez antes de descolgar.

—¿Qué pasa? —preguntó, angustiado.

—*Te estoy esperando, Gael* —le habló una voz masculina y autoritaria. Gael apretó los labios y negó con la cabeza.

—Dije que me tomaría el día libre, José. Falleció mi mujer; mi hija está sola en casa y necesita de su pa...

—¡Me importa una mierda! —lo interrumpió el policía, mientras lo esperaba en un lugar de la ciudad—. Tú trabajas para mí, tenemos un jodido cargamento de cocaína que entregar. Ni pienses que me vas a dejar tirado. Y, si lo haces, tendré que dar parte a nuestro jefe.

—No no no —negó con rapidez Gael—. Deja al coronel tranquilo.

—Genial, ¡te quiero aquí, ahora!

Cuando el policía corrupto colgó, Gael se quedó mirando un punto fijo de la carretera. Sus manos temblaron y el corazón se le subió a la garganta. Llevaba todo el día aguantando el llanto, pero solo y arropado por el sonido del motor del coche pudo sollozar con tranquilidad. Dejó que su alma sangrara sin ponerle una tirita. El dolor fue tal que sintió desvanecerse en cualquier momento. Solo quería salvar a su mujer. El costo del hospital y las pruebas eran demasiado elevados. Cuando se dio cuenta de que el precio que iba a pagar sería más caro que el mismo hospital, ya era demasiado tarde. Llamó a su hija e intentó que la voz no se le rompiera.

—Cariño, tengo que ir a trabajar.

—Pero, papá. —La voz de la pequeña sí que se quebró—. Dijiste que hoy estarías conmigo.

—Lo siento, mi amor, no puedo... —Antes de que siguiera con las explicaciones la joven había colgado la llamada. Gael suspiró angustiado. Prefería fallarle y que lo viera como un mal padre a poner en peligro la vida de su pequeña.

Gabriela le había suministrado a Elías una pastilla que colocó debajo de su lengua. Esperó sentada a su lado hasta que la respiración de Halcón se reguló. Ella suspiró hondo y ladeó la cabeza un poco, observó cómo su amigo seguía pensativo. Resultaba evidente que ese ataque de ansiedad era producto de algo; no obstante, sabía que Elías debía callar muchas cosas. Demasiadas para estar sano. Era normal que al final terminase con problemas de nervios.

—¿Todo está bien con Vanessa? —indagó la doctora, a sabiendas de que ella era como su sobrina y que él había sido su canguro desde que nació.

—¿Eh? —Elías salió del trance y la observó—. Sí, sí. Que yo sepa, ella está bien.

—Entonces, ¿qué te pasa? —Elías suspiró y apretó los labios. No podía decirle cuán preocupado estaba de volver a la milicia. Todo lo que volvía a su mente con solo pensarlo.

—Fui a la tumba de Edu —expresó, siendo esta una de las razones por las que estalló su dolor en el pecho—. Hoy cumplió un mes más. Ya sabes que Aquiles y yo lo tenemos como costumbre.

Gabi suspiró con pesadez.

—Una costumbre poco sana —sentenció—. Cada mes recuerdas ese acontecimiento traumático. Sé que lo haces para recordarlo, pero creo que te estás lastimando más. —Elías miró a un punto fijo de la habitación y volvió a perderse en sus pensamientos. Gabriela bufó y se levantó—. Elías, te voy a ser muy sincera. Eduardo no está, no va a venir. Lleva sepultado dieciocho años. Quien sigue estando aquí, en carne y hueso, y sin cuidarse, eres tú. Valora el estar vivo.

—Ese disparo era para mí —repitió Elías, como tantas veces se lo había dicho a su amiga. Ella tragó saliva y negó con la cabeza. Sabía que por mucho que lo intentara convencer de que no fue su culpa, esa conversación estaba perdida.

—Mejor, dime, ¿quién es ese hombre tan apuesto que te acompaña? —Elías arqueó las cejas sin saber a quién se refería—. El hombre que te salvó y te trajo corriendo al hospital. ¿Una conquista quizás?

—Ah —Elías vio cómo su amiga levantaba y bajaba las cejas varias veces de forma coqueta y graciosa—. No, no sé quién es.

Gabi se puso seria de golpe.

—¿Cómo que no sabes quién es? —Elías negó y se encogió de hombros—. Vaya, solo a ti te pasan cosas así. Ya quisiera encontrarme con un chico guapo que me rescatara modo príncipe azul.

—Para príncipes azules estoy yo —regañó Halcón y se resbaló por la camilla—. Mira, me derrito.

Gabriela se carcajeó y miró hacia la puerta.

—De todos modos, se lo debes agradecer. Le diré que entre. —Elías aceptó. Sin embargo, cuando la doctora se asomó, él ya se había marchado—. Pues, tu príncipe quedará en el anonimato, porque ya no está.

—Qué dolor —respondió Elías con un drama fingido.

Vanessa había podido descansar; sin embargo, su plan era levantarse antes de que sonara la estridente alarma con la que todos se despertaban, para hacer una llamada a sus familiares o quizá algo tan simple como mandar un mensaje y avisarles que se encontraba bien. Sacó el móvil de entre sus pertenencias y revisó que nadie la viera. Mandó un rápido mensaje a su primo, a sabiendas de que era el que más sentiría su ausencia después de sus papás. Quiso volver a acostarse para aprovechar los minutos que quedaban; no obstante, el sonido del motor de un vehículo la alertó. Arrugó el ceño y se levantó de la cama. Quizás el coronel iba a meter más mujeres en su habitación.

Abrió la puerta con lentitud y vio cómo Andrés se bajaba del coche. Estaba solo y con una expresión devastada. El amanecer pintaba el cielo y sus ojos azules brillaban como nunca. Quizá por la luz o porque en realidad estaban llenos de lágrimas cristalinas. Arrastró los pies hasta un

banco de cemento que había cerca de la pista de entrenamiento y se dejó caer. Ni su estatura intimidante y su ancha espalda fueron suficientes para no verse débil y cansado.

A Vanessa le habían enseñado unos valores claros. Entre ellos, que cuando alguien estuviera mal no debía dejarlo de lado. Fuera quién fuera y, aunque le hubiera abollado el coche en su primer encuentro. Suspiró hondo y se envolvió con la manta. La escarcha que había fuera le calaría hasta los huesos de no hacerlo. Caminó dubitativa hasta su sargento y carraspeó la garganta. Él intentó verse imponente al escucharla. Se irguió y la miró de reojo. Poseía una mirada tan feroz e intimidante como la de su tío.

—¿Puedo? —preguntó Vanessa, queriendo sentarse a su lado.

—No —respondió tajante. Vanessa bufó y se sentó de igual manera. Andrés echó la cabeza hacia atrás, mostrando su asqueamiento y entornó los ojos—. ¿Eso de desobedecer a tus superiores te gusta? ¿Es una clase de juego morboso el que tienes?

—¿Es una clase de juego morboso el tratarme mal? —contraatacó ella. Él bufó y arrugó la nariz.

—¿Acaso te has visto toda tapada como un esquimal? Una capa más y sales rodando por el suelo. ¿Cómo voy a tener morbo contigo? —La paciencia de Vanessa se agotaba con ese hombre. Apretó las manos en puño y sonrió con molestia—. Ahora pareces la niña del exorcista con esa sonrisa.

—¿Sabes qué? No sé para qué me molesto. —Cuando se levantó con los nervios de punta, la voz de Andrés detuvo sus pasos.

—Gracias, por preocuparte —susurró con un tono lo bastante bajo como para pretender que ella no lo escuchara. Mas no fue suficiente. Ella lo escuchó a la perfección y dibujó una pequeña sonrisa en su rostro. Esta se acercó y posó la manta sobre los hombros de Andrés. Él abrió la boca con sorpresa y giró su cabeza para observarla mejor.

—Ser un esquimal es bueno para no resfriarse —comentó Vanessa con una sonrisa dulce en el rostro. Andrés no reaccionó, se quedó en trance por unos segundos—. Cuídese del frío, sargento, que luego le gusta mucho gritar a todo el mundo.

Andrés no apartó la vista hasta que Vanessa volvió a su cuarto. Estaba pasmado. No solía tener a alguien que llegase a preocuparse porque tuviera frío. Dibujó en su rostro una sonrisa esporádica; sin embargo, pronto la borró y tragó seco al recordar el por qué Vanessa se encontraba ahí. Su mirada cambió y volvió al frente. El odio era más grande que la propia cordura, tanto en él como en su tío.

Tal y como había predicho la joven, Andrés levantó a todos con gritos cuando fue la hora. La alarma no era suficiente, él tenía que armar escándalo. Vanessa lo miró de reojo desde su cama, después de haberse puesto ya su uniforme, y sonrió leve. Prefería verlo así que cabizbajo. La empatía que la joven poseía era tal que no lograba sentirse bien si miraba a otro estar mal.

Sus compañeros le dieron los buenos días y los recibió con una sonrisa. Sin embargo, cuando iba a salir por la puerta acompañada de ellos, Andrés le colocó la mano en el brazo y detuvo su paseo. Ella miró a Ari y Nath. Se encogió de hombros y ellos entendieron, por la mirada furiosa del superior, que debían seguir su camino. Andrés cerró la puerta a sus espaldas, quedándose los dos solos. Dejó la manta que cargaba sobre la cama de Vanessa y la observó con seriedad. Se cruzó de brazos y suspiró hondo.

—No le cuente a nadie que me vio mal en la madrugada —espetó el sargento. Vanessa hizo una mueca. No tenía pensado hacer tal cosa, pero igual negó con la cabeza para tranquilidad de él —. Y no crea que va a tener un trato especial si me hace la pelota.

—Creo que se confunde, sargento. Fui con usted porque lo vi solo y decaído, no para que cambie su actitud conmigo —se sinceró Vanessa. Este frunció el ceño al escucharla—. No sé si sea porque soy nueva o qué, pero puedo sentir que para el coronel y para usted soy como una plaga. Sin embargo, no me iré.

—Ah, ¿no?

—No. —Vanessa se acercó a la cama y extendió la manta para luego observarlo convencida—. Esta caperucita no va a ser devorada por el lobo. Por ninguno de los dos —aclaró y observó la braveza ardiendo en los ojos claros de Andrés. Ella se acercó a la puerta y levantó las cejas en son de que volvieran con los demás—. ¿Tiene algo más que decirme, sargento?

La mandíbula de Andrés se desencajó y tuvo que forzarla para cerrar la boca. Negó y salió primero de la habitación. Vanessa lo observó caminar con rapidez hacia la habitación donde se hospedaba Ricardo y ladeó un poco la cabeza. Por un momento, la curiosidad la invadió al pensar si la mujer que acompañaba al coronel habría pasado la noche con él. Sin embargo, la coherencia le arribó a tiempo para no hacer ninguna tontería en son de su curiosidad. Suspiró hondo y se puso en la cola de la ducha junto a Nath y Ari.

—Vaya con la novata —comentó el cabo y le dio un leve codazo en el brazo—. Recién llegas y ya te encierras con el sexi sargento que nos tocó. Ya viste que esta brigada es la mejor de todas.

—¿Qué? —Vanessa hizo una pequeña mueca y llevó de nuevo la mirada hacia el redil del coronel. Pestañeó varias veces y miró de nuevo al frente.

—Nath, no seas metido —le regañó su hermana. Este se encogió de hombros y sonrió de oreja a oreja.

—Solo mírala, se le van los ojitos —insistió. Vanessa reaccionó y lo observó con terror en su mirada expresiva. No podía ser tan enamoradiza como para sentirse atraída por ese hombre en tan pocos días—. ¿Por qué...? ¿Por qué me miras así? —Nath miró a su hermana y señaló a Vanessa mientras la aludida estaba en trance con los ojos tan abiertos que parecía que había tenido un colapso mental—. ¡Ari, me da miedo!

—¡Si mantengo así los ojos no miraré a nadie! —exclamó Vanessa. Los dos hermanos la observaron con la boca abierta y sin saber cómo responder. No obstante, cuando el sonido de la puerta del camarote de Ricardo llegó a los oídos de Vanessa, fue imposible no darse la vuelta con rapidez, para volver la vista hacia allí. Ricardo vio a su sobrino, mas sus ojos grises miraron tras su hombro y se encontraron con la mirada marrón y curiosa de Vanessa. Como era de esperar, ella no apartó la vista con ese breve contacto y provocó que Ricardo tensara la mandíbula.

—Tío —lo llamó Andrés, consiguiendo que llevara su mirada hacia él—. Tenemos un problema.

—¿Cuál problema? —Este se dio la vuelta y se adentró en la habitación. Andrés lo siguió y cerró la puerta. Ricardo observó a la mujer que dormía en su cama y arrugó la nariz. Zarandeó el colchón para despertarla—. ¡Ey! ¡¿Qué demonios haces aquí aún?!

La mujer gruñó con molestia y se acomodó el cabello. Lo observó y bufó con pesadez. Luego se percató de la presencia de Andrés y cubrió su cuerpo con las sábanas.

»Deberías de haberte ido ya.

—¿Cómo pretende que me vaya en la madrugada, sola y sin transporte? —debatía la muchacha.

—¿Eso a mí qué mierdas me importa? Mejor vístete y sal de mi maldita vista —contestó Ricardo con sequedad mientras se servía una copa de whisky.

—Pero no tengo cómo...

—¡Que te calles! —bramó Ricardo. Observó que había derramado un poco del contenido de la copa y sus manos temblaron con furia. Andrés suspiró y tomó los ropajes de la chica, que permanecían esparcidos por la habitación. Se los entregó y le hizo seña con la cabeza para que fuera hacia el baño.

—Arréglese, yo la llevo —informó el joven. La mujer sonrió con alivio y asintió con la cabeza. Tomó sus cosas y envuelta con la sábana se metió al baño—. Tienes que dejar de tratar a la gente como si fueran objetos.

—La vida es como una partida de ajedrez en la que siempre vamos a perder. Así que, sí, somos objetos. Y jugamos contra la muerte. —Ricardo se dio la vuelta y se encogió de hombros al observar que Andrés lo miraba con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres, sobrino?

—Nuestro plan se hace aguas por todos lados, ¡Literalmente nos hundimos! —expuso Andrés, alterado—. Esa mujer no va a hacer lo que queremos.

—¿Cómo qué no? —Ricardo arqueó las cejas y empezó a jugar con el líquido de la copa, moviéndola en pequeños círculos—. Es fácil.

—No, no lo es. —Andrés recordó el momento en que lo había retado y carraspeó la garganta cuando sintió un pequeño estremecimiento por la espalda—. Te digo que no va a desertar. No lo vamos a conseguir.

Ricardo suspiró hondo y tragó el contenido de la copa de un solo sorbo.

—El plan es tan sencillo como hacer que deserte y se marche cuando pase el entrenamiento. Si incumple la normativa vigente y se ausenta por más de tres días, debe ser castigada desde tres meses y un día hasta dos años de prisión. Ahí será cuando podamos acercarnos a los cabrones de su familia —explicó Ricardo, reiterativo. Andrés negó con la cabeza y se pasó las dos manos por el pelo.

—Tío, esa mujer no se va a ir ni avisará a sus familiares de que está mal —la seguridad en las palabras de Andrés, tensó el cuerpo de Ricardo—. No nos teme. No sé cómo la habrán criado, pero la mexicana tiene valor.

Con rabia, Ricardo reventó la copa contra el suelo. Gruñó desesperado y golpeó con el puño la mesa varias veces hasta que escuchó un crujido.

—Está bien —dijo con la voz gruesa—. Si no consigo que deserte en una jodida semana, cambiaremos de estrategia.

—Pero ¿cuál? —se preguntó Andrés—. Era la única forma de acercarnos a sus padres.

—Déjame a mí, algo pensaré. —Ricardo suspiró y encendió un cigarrillo. Tomó asiento en la cama y sacó el móvil para enviar un mensaje corto—. Ya que vas a llevar a la puta a su casa, yo entrenaré a esos perros hoy. Ve a ver cómo hacen las entregas de droga. Gael se está jugando un ascenso al infierno. Veremos si se lo damos o no.

Capítulo 6: Sutura de tentación

Un villano no nace siendo villano. Normalmente se forjan por el camino de la vida. Momentos duros, traumáticos. Incluso infancias dolorosas y llenas de vacío y soledad. Ricardo sabía bien de ese sentimiento asfixiante que cualquiera en su niñez sentía cuando no tenía un abrazo en medio del llanto. Inhaló aire y suspiró hondo. Solo en la habitación, volvía sentirse como ese niño pequeño que no fue suficiente para nadie. A pesar de estar vestido como coronel y, a sabiendas de la barbaridad de entramados ilegales que le había costado tener ese puesto, seguía ese vacío en el pecho que no lo dejaba respirar.

Del bolsillo de su pantalón sacó un caramelo. Los colores del plástico se habían desteñido por el paso del tiempo. Ya no fabricaban caramelos de ese estilo, la fábrica llevaba años cerrada, pero la nostalgia llegaba a él siempre que lo veía, aunque el sabor ya no pudiera sentirse.

Vio su reflejo a través del cristal de la ventana y dejó que sus ojos azules con tonalidades grisáceas fueran el detonante para volver atrás, a una época en la que luchó por ser feliz de otra manera.

—¡Ricardo! —gritó enérgica su mamá—. ¡Date prisa, tienes que ir a clase de piano!

El pequeño Ricardo corrió desde su habitación para llegar a tiempo. Luego de la clase de piano, tocó la de guitarra. Después fue a clases de inglés, seguido fueron las de castellano y ciencias. Luego, su agenda apretada se extendió más para ser el número uno también en deportes. Fútbol, baloncesto, natación, boxeo. Y si el ajetreo no era suficiente, entre semana era peor. Ricardo asistía a clases privadas en una escuela de alto prestigio para niños superdotados y, al terminar, daba todo de sí para seguir con sus actividades extraescolares hasta que la hora rozaba la una de la madrugada.

Cuando se encontraba extasiado, su padre lo obligaba a repetirle ejercicios de matemáticas avanzadas y ponía a prueba su intelecto para responder acertijos y otra clase de preguntas que resaltarán su nivel. Si fallaba, lo golpeaba hasta que dijera la respuesta correcta.

Sobre la chimenea de la casa grande en Turquía se amontonaban los diplomas, las copas, las medallas de oro que lo anunciaban como ganador de torneos, competencias y concursos, varios de diferentes disciplinas. Sin embargo, nada reparaba el labio partido del menor. Su madre había mentido al respecto cuando dijo que fue por tropezar en la calle. Él calló, sabía que, si decía algo o intentaba pedir ayuda a los profesores, en casa le iría peor.

—No me mires así —ordenó su padre, cuando en la cena el niño lo observaba con dolor tras varios puñetazos más—. Todos harían lo mismo que yo. Así digan los profesores que eres increíble, eres un donnadie. Todavía no has ganado dinero, ¿y qué digo yo, Ricardito?

—El dinero mueve el mundo —susurró el pequeño con la voz rota.

—Exacto, sin dinero, tu inteligencia vale lo mismo que el papel con el que me limpio el culo.

—Ricardo suspiró y empezó a darle vueltas a la sopa. Apretó los labios y asintió con la cabeza. Sin embargo, su padre golpeó la mesa con agresividad y lo hizo saltar del asiento—. ¡Come! No

quiero ser malvado, te empeñas en que te trate así.

—Ricardo, deja de provocar a tu padre —recreminó su mamá—. Si no empiezas a comer te llenaré más el plato.

Ricardo suspiró. Se sostuvo de las costillas del lado izquierdo, pues las patadas que había recibido en esa zona le fracturaron varios huesos. Le faltaba el aire, y el dolor era tal que apenas podía moverse. Por eso, no tenía hambre. No obstante, sabía que el dolor no lo iba a alejar de los abusos. Temblando tomó la cuchara y empezó a comer, satisfaciendo a sus padres una vez más.

Cuando su abuela por parte de madre llegaba a la casa, los malos comentarios hacia él seguían, y si las notas en las clases eran un poco más bajas se le cuestionaba y se le obligaba a narrar en voz alta el libro y cada tema de memoria.

Su tortura terminaba solo durante los meses de verano, donde por suerte solía pasar las semanas en casa de su tía. Ella no podía tener hijos, así que la mujer y su esposo estaban agradecidos de tenerlo allí cada año. Tan agradecidos como los propios padres de Ricardo, quienes se sentían aliviados por librarse del lastre. Cuando estaba con su tía era feliz, y antes de ir siempre le llevaba esos ricos caramelos que compraba al mismo vendedor.

—¡Hola, señor! —exclamó Ricardo. Su estatura era tan baja que debía saltar para que lo observara detrás del mostrador.

—¡Pequeño! —El tendero sonrió al verlo y le facilitó un taburete para que pudiera subir y se sintiera como un chico mayor—. Fíjate, cómo has crecido.

—¡Pero eso es trampa! —El pequeño empezó a reír hasta que le dolió la mandíbula—. Algún día sí seré más alto que el mostrador.

—Seguro que te haces enorme ¿vas a ver a tu tía en México?

—¡Sí! —gritó el niño con total emoción—. ¡Dijo que adoptó un perrito y dos gatitos! Quiero acariciarlos y darles cariño, es duro vivir sin amor. Me siento feliz de que ellos sí puedan tener una familia que los vaya a cuidar siempre.

El señor borró la sonrisa y lo observó con una pizca de dolor en sus ojos. Siempre que iba al aeropuerto, antes de subir al avión para ir con su tía, presentaba moretones y varias heridas. Sin embargo, cuando regresaba y lo saludaba, el pequeño se veía bien y sin un solo rasguño. Sacó los caramelos y se los entregó. No hacía falta que dijera cuáles quería, él ya sabía cuáles eran.

—Oye, pequeño. Si en algún momento necesitas algo, ayuda, lo que sea, estoy aquí —lo apoyó el señor. Sin embargo, Ricardo solo asintió y sonrió con ignorancia—. Lo digo por tus marcas. Esas heridas, ¿cómo te las haces?

—Tranquilo, señor. Papá me pega porque soy un inútil —confesó con la voz quebrada, aunque sin borrar la sonrisa de su rostro—. Es mi culpa porque no llevo ingresos financieros a casa. El dinero es lo más importante.

La sangre del señor se congeló. Quiso decir muchas cosas, entre ellas intentar sacarle información para saber dónde vivía el pequeño y denunciar la situación. Siempre había ido solo al aeropuerto y no sabía más que su nombre. Sin embargo, no pudo. El pequeño bajó del taburete, le dio un abrazo como solía hacerlo y salió corriendo de la tienda para no llegar tarde al vuelo.

Ricardo pestañeó y volvió al presente, cuando sus ropajes militares se vieron más marcados en el cristal de la ventana. Cerró la mano en puño y envolvió el caramelo en su agarre. Luego se lo volvió a guardar en el bolsillo. No quería perder lo único de su infancia que lo había hecho feliz.

Tomó su taza de café fuera de la habitación y escuchó los gritos de Vanessa cuando se empezó a duchar. Frunció un poco el ceño, pero esta vez no se le cayó la bebida. Cerró los ojos cuando los recuerdos del cuerpo de la joven le invadieron la mente e intentó quitarlos sacudiendo la cabeza.

—Pareces un jodido animal en celo —se regañó a sí mismo en voz baja.

Sin embargo, el regaño pasó a segundo plano cuando fue hacia los cadetes ya formados en la pista y la observó frente a él. Intentó pasar de largo sin que sus miradas se encontrasen; no obstante, la ardiente mirada de ambos se cruzó sin poder evitarlo. Ella tragó saliva y él pudo sentir cómo las manos le temblaban al recordar el tacto con su piel suave y desnuda, empapada por la ducha, y el hecho de querer tenerla así una vez más. Solos, para que por su piel no solo rozaran sus dedos, sino también los labios. Se imaginó danzando por la espalda de la joven hasta dejar una suave mordida en su cuello. Probando con la lengua su clavícula y deslizando las manos por su cintura hasta que estas resbalaran por sus piernas, y abrirlas mientras apoyara la espalda contra él. Gruñó. La saliva no le pasó cuando intentó mantener la compostura. Vanessa percibió una fiereza extraña en su mirada y una fuerte electricidad le recorrió el cuerpo. No pudo hacer más que entreabrir los labios y dejar escapar un suave jadeo.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Ari en voz baja. Vanessa la observó y asintió con la cabeza.

—A veces siento que quiere comerme —confesó.

—¡Silencio! —Ricardo interrumpió la breve charla con un grito imponente. Se detuvo frente al escuadrón y llevó sus manos detrás de la espalda. Erguido, con soberbia, levantó el rostro y arrugó la nariz dejando ver la molestia que le generaban los pocos cuchicheos que llegaron a sus oídos—. No estamos en un patio de colegio, así que se callan. No quiero ni una sola palabra a no ser que yo lo permita, ¿está claro?

—¡Sí, coronel! —gritaron todos al unísono, menos Vanessa, pues estaba absorta en lo bien que le quedaba el uniforme—. Cadete Marim.

—¿Qué? —Salió del trance y cerró la boca cuando sintió que le iba a entrar en ella una mosca. Suspiró y se formó junto a sus compañeros.

—No la escuché.

—¿Escuchar qué?

—Vanessa... —susurró Ari y le hizo una pequeña seña con la cabeza. Enseguida dijo las palabras correctas, gesticulando con exageración para que le leyera los labios.

—Sí..., coronel... —entendió Vanessa y lo dijo en voz baja a medida que lo descifraba.

—No la escucho.

—¡Sí, coronel! —repitió ella.

—Bien. —Ricardo volvió a ponerse en marcha. Caminaba de un extremo al otro del campo para que todos los soldados lo escucharan y visualizaran su actitud dominante—. Hoy el general Andrés tuvo que tomar unas horas propias, por lo que será yo quien los entrene. No voy a ser flojo ni tendré piedad por nadie —al decir esa palabra, fijó su braveza en Vanessa—. Así que más les vale seguir el entrenamiento al pie de la letra y no perecer en el intento. Hoy veremos de qué pasta están hechos, malditos inútiles.

La tropa se movilizó. Sin siquiera un poco de agua que echarse a la boca, siguieron los pasos de Ricardo. Todos corrían detrás de él por parajes rocosos en la montaña. Lugar donde varias pistas estaban provistas para el entrenamiento duro de los novatos. Ricardo miró de reojo el ritmo de Vanessa y gruñó en voz baja cuando la vio tropezar y, en vez de quejarse o detenerse, siguió con el camino y le sonrió a su compañera para asegurarle que estaba bien. Recordó entonces las palabras de su sobrino. Hacerla dimitir iba a ser más complicado de lo que imaginaba.

Por ese motivo, decidió hacer el recorrido más duro de todos los que existían en el lugar. Se detuvo en un saliente de la montaña y los observó. Los soldados se quedaron de piedra frente a él y se formaron. Incluyendo a Vanessa, aunque sus ojos marrones se dirigieron hacia el embravecido río que se encontraba a espaldas de Ricardo.

—El recorrido empieza en aquel tramo de camino. —Ricardo levantó la mano y señaló un camino arenoso que salía del lugar donde se encontraban—. Desde aquí puedo vigilar lo que ocurre y cómo hacen las cosas. Pasarán varias pruebas a lo largo del recorrido. No pueden aminorar el paso y está completamente prohibido ayudar a alguien más. La supervivencia es de uno mismo, si uno confía en otro puede terminar traicionado. De hecho, siempre pasa así. Los humanos somos traicioneros por naturaleza. Por eso, entrenamos a perros para que sean nuestros compañeros. Quien se salte la regla de no descansar, ayudar, se rinda o no sea capaz de sortear alguno de los obstáculos, se quedará de guardia por las noches durante toda la semana y no tendrá descanso en el día. —Sacó el arma y apuntó al cielo—. Con el disparo quiero que todos empiecen.

Sonó el disparo y el cuerpo de Vanessa se movió por impulso, al igual que sus compañeros. Nadie miraba por nadie, e incluso llegaron a empujarla. Por suerte, Arianna puso su cuerpo para evitar que cayera al suelo. Ambas miraron de reojo al coronel, sin embargo, no fueron amonestadas al sentirse como algo fortuito. Ricardo se apoyó de la pared rocosa, con aquella vista privilegiada de todo el recorrido. Encendió un cigarrillo y, aunque debía vigilar a todos, sus garras las tenía clavadas en Vanessa, esperando el mínimo fallo para darle el peor de los castigos.

No obstante, Vanessa saltó los obstáculos con agilidad. Sobre piedras, troncos y partes del camino donde la arena se desprendía solo al pisar. Llegó a una zona embarrada y se agachó para pasar debajo de los postes al igual que los demás. No le importó que, por su estatura, cada obstáculo fuera más pesado que el anterior. Se arrastró por la arena cuando pasó por el fango y se sostuvo con cuerdas vertiginosas que pasaban de un tramo al otro. Las manos le quemaban, pero no le importaba. Para ella estaba en una misión en la que no debía fallar. Se visualizó con que al final del recorrido se encontraba alguien en peligro.

Ricardo dio una calada honda y detuvo el cigarrillo sobre sus labios al observarla cerca de uno de los obstáculos que sabía bien que no iba a poder sortear. Una pared rocosa y recubierta de fango a la que debían subir con un salto. Por su estatura era más que imposible. Vanessa se quedó estática abajo. Miró a sus compañeros. Todos subían con facilidad. Sin embargo, tras un intento sus manos fallaron, se resbalaron y cayó de culo al charco fangoso que había a sus pies. Gruñó con dolor y se tocó la espalda baja. Cuando llevó la mirada al cielo, observó a Arianna con la mano extendida hacia ella.

—¡No me ayudes! —le pidió—. Voy a poder sola y no quiero que te sancionen por mí.

Arianna suspiró y elevó el rostro para observar al coronel con la vista fija en esa dirección. Apretó los labios con preocupación y asintió con la cabeza.

—Bien, pero si necesitas ayuda prefiero estar en guardia durante la noche por haberte

ayudado, a que lo hagas sola —contestó la cadete—. Si al final quieres que te ayude, estoy al otro lado.

Vanessa asintió con una sonrisa de agradecimiento. Sin embargo, la borró al segundo en que su amiga se dejó caer al lado contrario. La mirada de la joven se volvió retadora, furiosa, y se giró para ver hacia el saliente donde Ricardo vigilaba. Esperaba tenerlo con la mirada fija en su nuca y así fue. A pesar de ello, no sentía terror cuando ambos conectaban y el odio era igual que el deseo. El fuego que incendiaba el cuerpo de Ricardo con solo verse era el mismo que ella sentía. Ricardo hizo una mueca de fastidio cuando lo retó al observarlo de esa manera.

Vanessa le dio la espalda y echó unos pasos hacia atrás. Tomó carrerilla y lo volvió a intentar, pero el golpe fue inevitable. El fango salpicó y le llenó el rostro. Jadeó por el dolor, mas no iba a rendirse tan fácil. Se quitó el barro de los ojos y volvió a levantarse. De nuevo lo intentó y volvió a caer. Las manos se le cuartearon al intentar agarrarse de alguna piedra del muro. A pesar de ser resbaladiza tenía pequeñas piedras incrustadas que se le clavaban en la piel. Ocho caídas fueron las que Vanessa enfrentó antes de terminar en el suelo, jadeando y con dolor por todo su cuerpo. Quiso llorar, mas no le iba a dar el placer de verla derrotada. Tomó una bocanada de aire y volvió a levantarse. Su cuerpo temblaba y sentía cómo de sus hombros un dolor punzante le avisaba que lo tenía dislocado.

Sin embargo, la testarudez de Vanessa era igual a su valor. Suspiró, aguantó las lágrimas el dolor y la angustia. Se echó más hacia atrás, corrió directo al muro y saltó. Esta vez chocó con sus pies y se impulsó. Con una sola mano, logró sentir el otro extremo del muro en la punta de los dedos y se agarró con fuerza. Jadeó y gruñó cuando forzó el otro brazo a hacer la misma fuerza. Y subió. Se sintió en la cima del mundo cuando pudo sentarse en el borde de la pared y escuchó los aplausos de ánimo de Arianna. Retomando el aliento y con una sonrisa plena, giró el torso para observar al coronel. El cigarrillo se le había consumido en la boca sin siquiera dar una calada más. Su ceño permanecía fruncido y resoplaba con furia. No obstante, a pesar de la rabia, su entrepierna se apretaba y se tensaba al observar lo terca, orgullosa y segura de sí misma que se veía. Esa forma de retarlo, esa sonrisa radiante, el que no se hubiera rendido a pesar del dolor, todo le provocaba un fuego interno imposible de sosegar.

Con la cabeza en alto y una sonrisa provocativa, Vanessa saltó al otro lado y fue recibida por su compañera Ari. Ambas siguieron con el recorrido hasta llegar a la zona del río.

Las aguas bravas se movían con tanta agresividad que formaban espuma. El sonido ensordecía el lugar y, junto a ello, también los pensamientos de Vanessa. Observó el agua y tragó saliva. Ari tomó la sogla con la que debían sostenerse y columpiarse hasta llegar al otro extremo y dejarse caer.

—Lo que queda ya es fácil —se atrevió a decir la cadete. Sin embargo, Vanessa no lo tenía muy claro. Apretó los labios entre sí y negó con la cabeza.

—No sé nadar —confesó, pero con el sonido del correr del agua, Arianna no le prestó atención y saltó antes de que lo hiciera ella. Tomó una bocanada de aire y habló para ella—. Vale, Vanessa, tú puedes. Solo debes sostenerte y pasar al otro extremo. No es nada.

Cuando la sogla se balanceó y llegó a su extremo, la sostuvo e inhaló con fuerza. Se armó de valor y saltó. Intentó sostenerse y no caer; sin embargo, un fuerte y doloroso tirón en el brazo que se había dislocado la desestabilizó. El vaivén de la cuerda la sacudió y cayó al río sin poder evitarlo.

—¡Vanessa! —exclamó su compañera y llevó la vista hacia el coronel. Él observaba, en apariencia, impassible; no obstante, bajo su aparente tranquilidad, apretaba con fuerza las manos

en puño.

Vanessa no lograba ganar contra la corriente. Intentaba impulsarse con las piedras que, a su vez, golpeaban su cuerpo. Tomaba bocanadas de aire que perdía con cada golpe. Hasta que logró gritar con angustia.

—¡No sé nadar! —con la exclamación, el sollozo se hizo presente en ella mientras era arrastrada por la corriente.

Su compañera intentaba encontrar el modo de sacarla, pero al estar al otro extremo del río y al haber una caída inmensa, no encontraba el modo. Ricardo la escuchó, bufó con pesadez, pero su cuerpo se movió de forma involuntaria. Se estaba odiando por moverse del sitio y olvidarse de los moretones que iba a recibir por correr ladera abajo sin control ni seguir ningún camino establecido. Se repetía sin descanso que no debía de bajar desesperado ni sentir una presión en el pecho al escuchar sus gritos de agonía. Que, de hecho, debía disfrutarlo y no saltar al vacío como un animal sin consciencia, con tal de salvarla. Pero así lo hizo. Se lanzó en picado al río y nadó a favor de la corriente hasta que llegó junto a Vanessa. La tomó de la cintura y la elevó. Ella jadeó y respiró con dificultad, sujetándose de su cuello con fuerza.

—¡Sujétate bien! —ordenó el coronel. Ella asintió, acompañada por la tos con la que expulsaba agua. Ricardo intentaba sostenerla rodeándola con un brazo por la cintura, a la vez que se estabilizaba con el otro para evitar hundirse. Si debía hundirse y quedarse sin aire o tragar agua, prefería hacerlo con tal de que Vanessa se quedara en la superficie.

Pronto, el ingenio de Ricardo obró su parte. Vio una piedra saliente y al otro extremo un árbol medio caído cuyas largas ramas quedaban sobre el agua. Dejó que la corriente los siguiera arrastrando hacia esa zona y se volteó, quedó de espaldas y dejó a Vanessa sobre su pecho. Golpeó la piedra con las piernas y se impulsó hasta sostenerse de una de las ramas. A pesar de la fuerza del agua, Ricardo logró que salieran de aquel infierno acuoso.

Ambos jadearon con alivio cuando la espalda del coronel tocó la orilla y los talones de sus botas se clavaron en el barro. Vanessa recobró el aire sin tomar en cuenta que se encontraba tumbada sobre su coronel. Apoyó la cabeza sobre su pecho y comenzó a tiritar por el sofoco de la situación. Ricardo contuvo un jadeo al sentirla de ese modo y se le formó un nudo en la garganta. Su cuerpo se tensó y rodeó su cintura con el brazo. Arrugó la nariz, no debería estar abrazándola, aun así, lo estaba haciendo.

Vanessa se apoyó de sus hombros y elevó un poco el cuerpo para observarlo al sentir ese agarre. No se esperó quedar tan cerca de él. La joven se perdió en el infierno gris de su mirada, mientras él recorrió el atardecer que brillaba en sus ojos marrones.

Los jadeos de ambos se mezclaron y se acompasaron a medida que sus pechos subían y bajaban para encontrarse en el camino.

—Sigue retándome con la mirada, soldado —susurró Ricardo. Ella negó con la cabeza.

—Solo siento que no puedo alejar la mirada de usted cuando me observa de ese modo, coronel —respondió.

—Quizás, yo tampoco quiero que lo haga. —Una exhalación fuerte salió de los pulmones de Vanessa y con ella ahogó un quejido al escuchar a Ricardo. Él se mordió el labio inferior con suavidad cuando observó aquella reacción en la joven.

—¡Vanessa! —el grito de Arianna los sacó del momento y ambos se movieron. No antes de que ella pudiera ver la postura en la que se encontraban—. Vaya, ¿están bien?

—¡Sí, sí! —Vanessa se dejó caer a un lado y sintió un dolor agudo en una de sus costillas. Jadeó y se puso la mano, justo en el lugar, para luego observarla teñida de rojo—. ¡Ah!, mierda.

Ricardo le apartó la mano y sin permiso levantó un poco su uniforme. Le vio la herida provocada por algún golpe durante el recorrido por el río y suspiró hondo.

—No es gran cosa, presiona y en el campamento le daremos solución —comentó el hombre. Se levantó primero del suelo y ayudó a Vanessa a ponerse de pie. Luego observó a Arianna. La rabia con la que la observaba era por algo más que por haberlo desobedecido y no seguir con el recorrido del entrenamiento. Apareció en un mal momento—. Está de más decir que usted, también va a cumplir penitencia en las noches.

—Lo sé, coronel —dijo Ari con un hilo de voz—. Lo siento.

El caminar de Vanessa con la herida profunda y el dolor de cada magulladura era por completo errático. Se apoyaba de su amiga con sutileza, para no tropezar e irse de boca, sin embargo, el paso lento que mostraba, crispaba los nervios de Ricardo. Cuando se dio la vuelta para observar el motivo por el cual estaban caminando como una tortuga, se percató de que la sangre que corría desde las costillas de Vanessa era más escandalosa de lo que hubo imaginado en un inicio. Suspiró hondo y se movió de forma instintiva. Se agachó y tomó a Vanessa en brazos como si de una novia se tratase. La joven se quedó de piedra y su amiga también. La cara de las dos mujeres fue un poema. Ricardo no les prestó atención y, aunque el aroma de Vanessa azotaba en sus fosas nasales y le estaba provocando un desorden en todo su cuerpo, decidió no agachar la mirada.

Vanessa, sin embargo, sí elevó sus ojos hasta encontrarse con el rostro del coronel. Tragó saliva de forma forzada. Se le había secado la boca. Su corazón latía tan fuerte que le retumbaba en la garganta, y su cuerpo se quebró con un pequeño estremecimiento cuando él la estrechó más contra el suyo para evitar movimientos que pudieran lastimarla más de lo que estaba.

El barullo de sus compañeros se hizo audible cuando la vieron así; no obstante, Vanessa solo podía mirar fijo una de las manchas del uniforme de su coronel. Intentaba mantener la concentración en un punto, para no pensar cosas que luego pudiera notar en sus mejillas sonrojadas que ya empezaban a tomar color y el ardor en ellas le hacía brillar los ojos. Su juventud y poca experiencia al estar cerca de hombres fuera de sus familiares la convertía en una mujer ingenua. Sentía más de un terremoto en su interior con solo un breve acercamiento.

—Ya vieron por qué tienen que estar preparados para formar parte de mi escuadrón —les recriminó Ricardo a sus cadetes. Su voz gruesa e imponente retumbó en los oídos de Vanessa hasta sacarle un jadeo suave que fue imperceptible por Ricardo. Escucharlo desde tan cerca le estaba nublando el pensamiento.

Una de sus manos se movió hasta detener los dedos sobre un botón de la camisa del hombre que la cargaba. Entre un botón y otro introdujo con suavidad los dedos y rozó leve la piel de su pecho. Ricardo seguía su sermón, el cual Vanessa no estaba escuchando en su totalidad, pero al sentir ese sutil roce cortó sus palabras y dirigió la mirada hacia ella, ojeando una suave mordida en su labio inferior. Ricardo tensó su cuerpo. Debía forzar la expresión de *póker* y no terminar mordiéndose él también el labio antes de abalanzarse y comerle la boca a esa caperucita que lo estaba tentando.

Cuando Vanessa se percató de que la observaba, llevó su mirada hacia él y la sostuvo fija en sus ojos. De nuevo, ella estaba retándolo con esa mirada expresiva y, esta vez, llena de deseo. Se podía sentir. Sobre todo, por como brillaban sus ojos, como respiraba agitada, aunque disimulara. Ese vaivén de su pecho cuando tomaba aire no se podía ocultar. Tampoco el sonrojo en sus mejillas.

—Disculpe, coronel —susurró Vanessa con una voz suave, inocente. Lo obligó a ahogar un

gruñido al escucharla hablar de esa manera—. Debí decir que no sabía nadar.

—Debió aprender a nadar antes de venir aquí —respondió él con sequedad, aunque su voz un poco rota lo delatara por el momento de tensión que estaba pasando. Los dedos de Vanessa trazaron pequeños círculos por su pecho. Por suerte, conforme la tenía sujeta, lograba que el lugar donde ella tocaba fuera un punto imposible de observar para el resto de los cadetes.

La seriedad en Ricardo se volvió más notoria; sin embargo, se veía cautivado por los ojos de Vanessa. Por esas suaves caricias que le erizaban la piel. Estaba ardiendo, quería probar cada curva de su cuerpo. Lamer y morder hasta marcarla y que todos vieran que esa mujer orgullosa y descarada era suya. No obstante, debía seguir actuando como si nada de lo que hiciera caperucita, le afectara.

»¡No se queden ahí como pasmarotes! —exclamó. Todos los presentes saltaron, incluida Arianna. Aunque el asombro y preocupación de la joven era mayor al ver a su compañera tan calmada en brazos de ese depredador.

El andar de Ricardo era cada vez más apresurado. Las caricias de Vanessa y su cercanía lo estaban volviendo un maldito animal. Intentaba contenerse, llegar cuanto antes a la base militar y alejarla de él. Ese era su plan hasta que recordó que él era quien se ocupaba también de las pequeñas curas que pudieran necesitar sus soldados al tener licencia como doctor dentro de la milicia.

Tuvo que aguantar esas ardientes caricias hasta encerrarse con ella en la zona de curas. Cerró la puerta y la observó. Vanessa no le había quitado la vista en todo el camino y había notado cuánto estaba alterando su respiración y su cuerpo. Desató el botón y alargó las caricias pasando por completo la mano por debajo de la tela y tocando sin pudor alguno la piel del coronel. Este echó la cabeza hacia atrás y jadeó con los ojos cerrados. La apretó más contra su cuerpo y gruñó su nombre como reclamo.

—Vanessa... —Lo estaba descontrolando—. Detente.

—¿Sabe por qué no alejo la mirada de usted, coronel? —con la pregunta él volvió a observarla—. Porque sé que quiere odiarme por alguna razón que desconozco, pero cuando me mira es diferente a lo que dice o quiere expresar. Si las miradas mataran, la suya me estaría dando placer en lugar de a la mujer con la que se acostó anoche. Puede que sea joven pero no estúpida. La besaste mientras me mirabas a mí, coronel. —Vanessa levantó la mano y esta vez acarició con total seguridad los labios de Ricardo, haciendo énfasis en el inferior, con el que jugó suave y movió hasta arrancarle un sonoro jadeo—. A quien quiere besar y poseer es a mí.

Ricardo gruñó. Estaba perdido, se inclinó hacia ella hasta que sus narices chocaron. Los jadeos de ambos se acompasaron y Vanessa llevó sus caricias a la mejilla del coronel. Sin embargo, los apellidos de la joven llegaron como una tormenta perfecta a los recuerdos de Ricardo y destruyeron todo lo que hubiera podido ser en ese momento.

—Vanessa, para —rogó a baja voz.

—Bésame —pidió ella. Ricardo volvió a gruñir y se mordió el labio inferior al escucharla. Jamás en la vida había deseado tantísimo a una mujer ni se había controlado tanto a la vez.

—No puedo —confesó—. Si tan solo las cosas fueran distintas...

—¿Es por la edad? —preguntó ella y elevó de manera sutil el rostro hasta que los labios de ambos se rozaron—. A mí no me importa.

La puerta sonó para salvar a Ricardo de la tentación, por un momento breve. Se alejó de ella dolorosamente. No quería hacerlo, aun así, debía. Ella suspiró por la impotencia. Ricardo la acostó en la camilla de metal, con sábanas finas, que se encontraba en la estancia, y la ojeó.

Debía intentar controlarse más con ella. Iba a besarla y hacerla suya en esa misma camilla si no hubieran llamado a la puerta. Se colocó la bata de médico para tapar la notoria erección que había provocado ese momento y abrió la puerta.

—Le traigo la maleta con los artilugios de sutura —informó la teniente—. Tuve que tomarlo antes, un arma falló y... —Ricardo tomó la maleta y le cerró la puerta en la cara antes de que terminara de hablar. La teniente inhaló y exhaló en son de calmarse. Luego sonrió con rabia—. No hay nada como tener compañeros de trabajo tan agradables.

—¿Lo dice por mí? —preguntó Nathaniel, quien recién había hecho acto de presencia—. Ya sé que me quiere.

—¿Dónde estaba, cabo? —le preguntó la teniente, ignorando su fanfarronería—. No puede estar saltándose sus obligaciones para hacer vete a saber qué cosa.

—Deme un beso y se lo digo. —La sonrisa atrevida de Nathaniel y su actitud exasperó del todo a la teniente. Arrugó la nariz con rabia y prefirió retirarse sin hacer más preguntas, aunque fue acompañada por Nath, para su desgracia.

—Piérdase de nuevo, por favor —rogó la teniente.

—Luego, cuando me acepte una cita.

Ricardo se colocó al lado de Vanessa. El ambiente seguía tenso, aunque hubiera podido librarse por un segundo. La incorporó con suavidad, tomándola de la espalda y la ayudó a librarse de la camisa. Ricardo desató botón tras botón sin dejar de observarse el uno al otro como lo habían hecho desde que se vieron en las celdas de la policía. El coronel la despojó del ropaje sucio y lo dejó caer en el suelo. La observó en sostén y se lamió los labios sin querer siquiera ocultar frente a ella cuánto es que deseaba probarla. Se alejó para lavarse las manos y luego se puso unos guantes para no tocar la herida sin protección. Con agua limpió la herida hasta que pudo ver bien el corte tras tanta sangre.

—Como ya le dije en el río, no parece grave. Creo que solo bastará con un par de puntos. La sangre es muy exagerada. —Bajo la atenta mirada de Vanessa se puso a arreglar todo para darle los puntos. Vanessa se sentía extraña. Dobló las rodillas y entrelazó con suavidad las piernas, pues sentía una presión en su intimidad, que la acaloraba y no sabía cómo quitársela.

Vanessa siempre estaba luchando por ser correcta. Desde pequeña quiso ser una buena hija, buena sobrina y, luego, una buena mujer. Sin pensar sucio ni hacer cosas obscenas. Quería ser una Marim distinta y sabía que sus familiares pecaban de fogosos, alebrestados, atrevidos e impulsivos. Por eso, ahogaba esos rasgos de ella. Si debía limpiar el apellido, no podía ser como ellos. No podía dejarse tentar con tal facilidad. No había llegado nadie a su vida que le hiciera perder el control y se mostrara como en realidad era, hasta ese momento. Su ingenuidad en algunos momentos debida a su edad no significaba inocencia. Su faceta dulce podía descontrolarse si dejaba que ese hombre se le acercara de vuelta. Sin embargo, alejarlo no estaba en sus planes.

La crema adormeció la zona herida y los puntos de sutura no fueron dolorosos para ella, más bien recorría en su cuerpo una oleada de calor cada vez que Ricardo la rozaba, aunque fuera breve, con sus dedos en zonas donde sí sentía el tacto.

—A ver el brazo —inquirió el coronel y sus fuertes manos sostuvieron el hombro de Vanessa y lo movieron un poco. Ella se quejó por el dolor que sintió debido al toque—. Tome aire, porque esto le dolerá. —Tras la advertencia, Ricardo movió brusco las manos y le recolocó el hombro. Tal fue el dolor que el puño de Vanessa rozó su mejilla. Sin embargo, le sostuvo la

mano y la redirigió. Le dio un suave tirón y ambos quedaron tan cerca que las respiraciones se acompasaron—. Cuidado, cadete Marim. Golpear a un superior es algo grave.

El móvil de Ricardo resonó con fuerza y observó un número privado en la pantalla. A pesar de su ansiosa cercanía con Vanessa, se obligó a alejarse y tomar una bocanada de aire. Ella aprovechó el momento para intentar volver a ser la mujer correcta que decidió ser para no parecerse a sus familiares.

Él se marchó sin mirar atrás y Vanessa suspiró hondo para tomar la fuerza suficiente y poder caminar con el cuerpo temblando.

—¿Dónde estabas? —preguntó Ari al ver a su hermano llegar al comedor comunitario—. No te encontrabas aquí, te busqué en todas las instalaciones.

Nathaniel levantó la mano en son de que bajara la voz y se sentó a su lado, hablando con el mismo tono que pedía.

—¿Dónde está Vanessa? —preguntó el Cabo.

—Tuvo un accidente en los entrenamientos. —Su hermana arqueó las cejas al ver su rostro de preocupación—. Nathaniel, ¿qué pasa?

—¿Tuvo un accidente o provocaron que tuviera el accidente? —Ari se quedó boquiabierta y se encogió de hombros. Era cierto que, de todos los recorridos de entrenamiento, el coronel había elegido uno en especial difícil para Vanessa—. Creo que el propósito de que alguien, siendo tan joven y de baja estatura esté aquí es otro.

—Ella tiene potencial, quizá fuera por eso —debatió Ari.

—No, el coronel la ha estado vigilando desde que nació.

—¿Qué?

Los hermanos tomaron silencio cuando vieron pasar al coronel Reyes. Tras de él vieron a Vanessa, todavía aturdida y algo adolorida. Les dedicó una sonrisa y se acercó a la mesa con ellos.

—Iré a cambiarme, estoy congelándome —les comentó. Sin embargo, la seriedad en los dos la preocupó sobremanera—. ¿Qué ocurre?

No obstante, los dos hermanos se miraron y, al percatarse de la cercanía de Ricardo, forzaron las sonrisas para aparentar normalidad.

Capítulo 7: El diario del coronel.

El pensamiento oscurecido de Andrés se asemejaba a las nubes borrascosas que cubrían el cielo sin cesar. Quizá podían disiparse un rato y dejar que el sol brillara y le iluminara los ojos cansados de sufrir, pero de nuevo los rayos se cubrían y se apagaba la luz en la calle y en su alma. No podía dejar de pensar en su madre. Esa mujer hermosa que se encontraba en un sanatorio mental por culpa de un monstruo.

Apretó las manos en el volante y recordó la última vez que la había visto. El modo en que no lo reconoció como su hijo y se alteró más por el parecido que tenía con su tío. Ese detalle le inquietó tanto que no lograba olvidarlo. ¿Por qué se pondría nerviosa, si el parecido era hacia su propio hermano?

El trayecto terminó en la casa de la mujer que trasportaba.

—Oye, guapo —lo llamó. Él dirigió la mirada hacia la puerta del coche, una vez que ella se había bajado—. Si quieres pasar, te lo compenso por haberme traído. No me importaría.

—Lo agradezco —respondió Andrés, para mala suerte de la mujer, también negó con la cabeza—. Pero no estoy de humor.

—Qué lástima —se lamentó la joven—. Creo que elegí mal anoche.

—Estoy de acuerdo. —La sonrisa de Andrés podría iluminar un día oscuro como ese en un segundo y así lo hizo. Tanto fue su efecto en la joven que incluso tropezó antes de poder cerrar bien la puerta.

Tan pronto como arrancó el vehículo, la seriedad volvió a imperar en su rostro. Cuando tuvo que detenerse en un semáforo, los gritos de los niños que jugaban en un parque llamaron su atención. Dirigió la vista hacia allí y sonrió con dulzura. Cuánto hubiera deseado él haber podido jugar así cuando era pequeño. Sin embargo, sus recuerdos de infancia estaban rodeados de entrenamientos, armas, disciplina y odio.

»Debes ser constante para vengar a tu madre y no caer en tentaciones banales —dijo en voz alta, recordando la frase que siempre le repetía su tío. Miró de nuevo al frente y suspiró con angustia. Debía trabajar en los negocios que tenía su tío, pero antes necesitaba ver a su madre.

Entre pestañas largas y hermosas, los ojos de la mujer centellearon junto a su pelo cobrizo. Se veía como de costumbre, inmersa en sus pensamientos hasta que escuchó la voz de Andrés hablando con los doctores. Observó hacia la puerta y abrió un poco la boca. De sus labios quiso escaparse el nombre de su hijo, pero sabía que no debía. Cerró la boca una vez más y calló como llevaba años haciéndolo. Solo le dedicó una mirada repleta de cariño en el momento en que lo vio llegar al lado de la camilla. Con un abrazo y un beso en la frente de su madre, Andrés se sintió un poco mejor. Necesitaba verla bien después del altercado en el que la había visto tan ida.

De vuelta al trabajo y con el motor del coche rompiendo el silencio en el interior, los pensamientos de Andrés se desviaron. Recordó el brillo en los ojos marrones de Vanessa en el momento en que lo cubrió por la mañana. Su sonrisa radiante y sincera. Sonrió al recordarlo y acarició con suavidad su nuca. No obstante, sus recuerdos se fueron al día en que la conoció y pateó su coche, hecha una completa fiera. Negó con la cabeza y suspiró hondo, esa chica no era

lo que quería aparentar y él lo sabía. El problema llegó cuando, al recordarla encarándolo con soberbia, un escalofrío recorrió su columna vertebral. Tuvo que soltar el aire de sus pulmones de golpe y tragó saliva.

—No, Andrés, no —se dijo para sí mismo. Bajó la ventana del coche y se lamió los labios con nerviosismo—. No puede ser, quítatelo de la cabeza. Además, es insoportable. No te pueden gustar las mujeres así. Por no decir que... —Se calló y formó una mueca. Se miró en el espejo retrovisor y bufó—. ¿Por qué estoy hablando solo?

El recorrido terminó en un aeropuerto clandestino. El Cártel de Las Sombras tenía varios repartidos por cada país. Las avionetas se amontonaban junto a cajas repletas de mercancía. Desde la más suave a la más letal. La droga no era lo único que se exportaba. Armamento y munición también se amontonaba en la parte trasera de cada avioneta. Vigilando a los trabajadores en el aeropuerto de México, Gael revisaba su móvil en busca de respuesta por parte de su hija, pero no la conseguía. Observaba con desespero el cargamento, y a su vez los mensajes que le mandaba a modo de disculpa. Sin embargo, lo distrajo una llamada desde Estados Unidos.

—¿Mucho estrés? —Al escuchar la voz de Andrés, Gael tragó saliva, de un modo audible—. Tranquilo, no soy mi tío.

Gael expuso un suspiro. Ambos miraban lo mismo, aunque en diferente localización. Andrés se colocó al lado de una de las avionetas, con los brazos cruzados a la altura del pecho y el altavoz del móvil puesto.

—No debería de estar aquí —expuso Gael—. Perdí a mi mujer, y mi hija no encuentra consuelo. Debería de estar con ella.

Andrés guardó silencio. Recordó las palabras de su tío al insinuar que de Gael no obedecer, lo matarían. Suspiró hondo y recordó cuántas veces su tío hubo arrebatado la vida de un padre o madre de familia sin que el pulso le temblase. Cuántas veces el llanto de familiares y niños no había conseguido paliar su maldad. Solo apretaba el gatillo y se deshacía de quién no le obedecía.

—¿Sabes qué? —Andrés destensó los brazos y esbozó una fina sonrisa con la que sus hoyuelos fueron visibles—. Anda, largo. Yo me encargo.

—¿En serio? —preguntó Gael, atónito. Andrés aceptó con seguridad—. ¿No me darán un balazo alguno de tus empleados cuando me dé la vuelta para marcharme?

—No, hombre. —Andrés suspiró y volvió la vista hacia los empleados que se encontraban en su puesto—. ¿Ibas a tomar alguna avioneta?

—Sí, faltan pilotos —informó el hombre—. Debía de realizar una de las entregas.

—Bien, déjame a mí —sentenció Andrés—. Mandaré a alguien para allá, y yo me encargo de alguna de las entregas desde aquí. Ni una palabra de esto a mi tío.

—Gracias.

Después del agradecimiento, Gael se retiró para encontrarse con su hija en casa.

Cuando el cargamento había sido puesto en las avionetas, Andrés se colocó en la cabina de mando de una de ellas. No era la primera vez que sobrevolaba el país. Su tío lo había entrenado para todo y arrebatado la infancia para que fuera un soldado de primera en cada misión que se le necesitase. Por esa misma razón, a pesar de sus cortos dieciocho años ya se encontraba siendo general y traía medallas que acreditaban cada una de sus habilidades en combate y con las armas.

—Estoy preocupado —comentó uno de los empleados, hablando con otro compañero. Andrés preparaba todo para el viaje cuando lo escuchó. El hombre siguió hablando—. Los secuestros de jóvenes se han magnificado. Tengo dos niñas pequeñas y, con sinceridad, me aterra

el hecho de que estén solas en algún momento.

—No es por nada, pero se rumorea que los culpables de los secuestros son una banda criminal bastante extensa —comentó el compañero—. Y ambos sabemos cuál es el cártel que más poder tiene en el país.

—Cállate —susurró el primero que había hablado, al percatarse de la presencia de Andrés. Los hombres se miraron entre sí y al observar cómo el ceño del general se fruncía, agacharon la cabeza y se dedicaron a sus trabajos sin decir nada más.

La libertad que sentía al tomar el mando de la avioneta, le dio la oportunidad a Andrés de pensar con profundidad en las palabras de ambos empleados. Pensó en su tío, en todo lo que le había visto hacer. El rencor y el odio reinaban en él, pero de alguna manera, no podía imaginar que fuera capaz de jugar así con la vida de las personas. Suspiró y negó con la cabeza. No quería creerlo.

Ricardo se había retirado del campo militar después de darse una ducha y alistarse. Sus ojos grises permanecían oscurecidos, y esta vez no volteó la vista para buscar a Vanessa entre los cadetes. Subió al coche y se marchó a toda prisa. Justo cuando se retiró del campo militar, atendió una llamada. El altavoz resonó en el interior del vehículo.

—Las personas importantes necesitan entretenimiento —habló un hombre cuyo rostro era indistinguible para Ricardo. Jamás lo había visto ni lo iba a ver—. No he recibido mucho de ti últimamente.

—Hablemos de dinero antes —pronunció Ricardo con seguridad—. No hay espectáculo sin dinero.

—¿A cuánto subimos las apuestas?

—Omar dijo que no hay un límite de ceros esta vez —expuso Ricardo—. Tenemos dos malditos furgones preparados. Todas las muñequitas son jóvenes y hermosas, ¿cuánto crees que puedan pagar por ellas?

El hombre tras el teléfono se carcajeó con emoción.

—Señor Reyes, jamás me defrauda —dijo después—. Las espero con ansias.

—Mis empleados de la Web oscura saben bien lo que deben hacer —informó el coronel—. Debido a que trabajan contigo, espero que te sorprendan con lo que les ordené, y que el dinero crezca como la espuma.

Entre paredes blancas y lujo en cada esquina, Omar se retorció entre dinero y mujeres. Como todo un viejo verde disfrutaba de comprar vírgenes para que se pasearan por su casa en ropa interior y tenerlas para él cuánto quisiera. Con normalidad, eran mujeres que de forma ilegal habían accedido al país por necesidad y sin recursos para poder sobrevivir se vieron forzadas a aceptar todos los engaños que el hombre les prometía. Cuando Ricardo llegó, con un solo mensaje de ambos, los furgones que esperaban por indicaciones arrancaron de sus puestos. Harían lo que fuera por dinero.

El coronel ignoró los tragos que le ofrecían las mujeres de la casa y junto con su compinche bajaron al sótano del hogar. Las paredes parecían decoradas por cámaras que vigilaban cada

movimiento de los furgones, mediante el *hackeo* de cámaras de vigilancia provenientes de las calles. Las imágenes pasaban de una en una hasta verse en un espacio oscuro, apenas iluminado, pero visible para percatarse de los grilletes que anclados al suelo en el centro de la habitación.

Desde un ordenador, se mostraba un chat encriptado al que solo personas de alto poder, con las identidades anónimas, comenzaban a hablar y exponer la felicidad que sentían por saber que la fiesta pronto iba a efectuarse.

—¿Les dijiste a los verdugos que hicieran lo que te pedí? —preguntó Omar. Ricardo asintió—. Excelente.

—Creo que esta vez te pasaste —admitió Ricardo—. Pero cuánta más sangre más dinero. Solo espero que aguanten vivas lo suficiente.

—Tranquilo, Ricardo. Son muchas —lo tranquilizó el compañero—. Tendrán espectáculo para horas.

El coronel suspiró hondo y tomó asiento. Como de costumbre, movió la silla de modo que su espalda diera hacia las cámaras. Sacó los auriculares del teléfono y se los puso.

—Avisa cuándo todo termine —dijo.

—Esta vez deberías de ver, va a ser maravilloso. —La sonrisa de Omar dibujaba un cinismo inhumano—. Van a gritar mucho. Ya siento que me excito.

—Es realmente desagradable que me cuentes tus mierdas —contestó Ricardo—. Y no, prefiero no ver. Me dan ganas de asesinar a todos los que están detrás de ese chat.

Omar lo observó confundido y formó una mueca en el rostro.

—¿Eres consciente de que esas mujeres están ahí por nuestra culpa? —Ricardo lo observó de reojo al escucharlo, pero no dijo más. Volvió la vista hacia la pared y el sonido del piano ahogó cada grito que se escuchaba a través de las grabaciones.

El altavoz que amenizaba el lúgubre lugar lleno de cámaras narraba cuáles eran las aberraciones que las personas debían pasar. Una por una terminaba pereciendo en un tormento parecido a una película de terror. Con hierros arrancaron sus dientes, con sogas partieron sus extremidades, con químicos quemaron sus ropajes y sus pieles, y la tortura continuó hasta el extremo aberrante, en donde lo sexual complacía a los señores poderosos que pedían por más y engrosaban la cartera de todos los implicados.

Sin embargo, en el mundo de Ricardo, sus pensamientos no estaban en ese lugar. Mientras el piano sonaba en su cabeza y movía las manos sobre su regazo simulando tocar el instrumento, sus pensamientos viajaron a una época en la que el rencor, el odio y la maldad no existían en su ser.

En el patio de la casa de su tía, él jugaba feliz en un país al que no le pertenecía pero que amaba, pues solo los días en los que allí se encontraba se sentía en familia.

—¡Hola! —exclamó una niña al otro extremo de la calle. Lo observaba curiosa y sonrió feliz cuando él le prestó atención. La pequeña corrió a su encuentro y ladeó leve la cabeza. Ricardo jugaba con sus cochecitos de juguete, arrodillado en el suelo, sin estudios ni responsabilidades, siendo al fin un niño. Lo que no podía ser en Turquía—. ¿Cómo te llamas?

—Ricardo Reyes —respondió con un hilo de voz. Le costaba entender el castellano, pero la voz baja era producto de su timidez. El pequeño se levantó del suelo y como adulto le extendió la mano frente a ella para que se la estrechara. La niña lo observó dudando, pero al final le tomó

la mano.

—Yo me llamo Marta, Marta Rivera. ¿Eres nuevo aquí? —Ricardo asintió—. ¿Quieres que seamos amigos?

—Claro —Él sonrió. Como una oleada de esperanza e ilusión, esperó cada día por ella. Jugaron a ser mayores hasta que lo fueron y en cada festividad se tomaron de la mano y consiguieron sonreír juntos a pesar de las adversidades. Ella era su salvavidas y él juró protegerla de cualquier villano que la quisiera lastimar. Prometió estar con ella y arroparla hasta que su alma dijese basta. Sin saber que, el villano de la historia de esa mujer a la que amó con todas las fuerzas que su corazón podía emanar, iba a ser él mismo. Y de su maldad, de su codicia, no podía salvarla. Pues, de él mismo también era preso.

Se borraron los atardeceres de verano, las noches de música al son del piano en las que ambos se observaban a los ojos y Ricardo se sentía en el cielo. Se esfumaron los juegos de niños y aquel primer beso bajo las estrellas. Él la quería como suya, como un bien material, como solo lo habían enseñado a querer. No sabía amar de otra manera. Por eso se desesperó y el monstruo afloró en su interior. Sin embargo, aun después de haberla perdido y ser un hombre por completo diferente al que esa mujer había conocido, cuando su mente se quedaba en paz y escuchaba las notas de un piano armonioso, ella volvía a su mente una y otra vez. Entre nostalgia y rabia, Ricardo cerró las manos en puño, pues su sonrisa, sus ojos marrones, su expresión, le recordó casi en automático a Vanessa. La petición de un beso por parte de la joven se instauró en sus pensamientos y junto a él se dibujó una suave sonrisa en sus labios. Como si en ese momento, aquel niño inocente hubiera sonreído en el interior del despiadado coronel, rompiendo su expresión de póker.

En la hacienda, el primo de Vanessa empezaba a desesperar. Con solo un mensaje por parte de su prima, la seriedad en su rostro era abismal. Observó a su madre cuando llegó con él a los establos.

—Debes venir a comer, hijo —le dijo Marta. Este hizo una pequeña mueca y bufó. Le enseñó el móvil con indignación.

—Dijo que iba a llamar todos los días y solo me mandó un mensaje. Me mintió —sentenció el joven. Su madre sonrió y suspiró hondo. Lo abrazó a sabiendas de que su hijo no toleraba los cambios.

—Cuando pueda te llamaré, te lo aseguro —lo intentó calmar—. Pero cuando lo haga, no puede verte todo desvalido, porque se va a preocupar, ¿verdad que no quieres eso? —El joven negó con la cabeza—. Bien, vamos entonces.

Los ojos marrones de la mujer se iluminaron al ver a Óscar llegar a lomos de un caballo negro. Este bajó del animal de un salto y no dudó en besar con suavidad los labios de su esposa. Acarició el pelo de su hijo y los acompañó hasta la casa. Sin embargo, antes de entrar, se detuvo un instante en la puerta. Como una sombra impasible, pudo observar a alguien entre varios árboles. No obstante, cuando agudizó la vista, nada fue perceptible.

—Creo que me estoy volviendo paranoico —comentó.

—Desde siempre —respondió su hermano Tobías desde el salón. Este llevaba una

incansable búsqueda con el ordenador junto con su esposa Luna. Testimonios en papel llenaban la mesa de centro, así como números de pistas falsas y personas descartadas que no sabían nada que les pudiera ayudar. Wade, preocupado por su prima y al percatarse de que iban a enfrascarse en una conversación privada, se retiró a su habitación.

—¿Alguna novedad de Corina? —preguntó Óscar al tomar asiento al lado de ambos. Marta se sentó en su regazo.

—No, y sigo pensando que su desaparición no fue voluntaria —sentenció Luna—. Es imposible que haya desaparecido de la nada y por tantos años. Ni siquiera un mensaje, algo que nos haga saber que está bien.

—Teniendo en cuenta que no tenía a nadie en el momento que desapareció y que nosotros éramos lo más cercano a una familia, también veo inverosímil que simplemente se haya esfumado —admitió Óscar.

—Además, se marchó con su hijo siendo un bebé —comentó Marta—. Eso me preocupa todavía más. Hay que seguir buscando.

Marta suspiró y dejó a su hermana y su cuñado con la búsqueda.

Recordando esos tiempos de angustia, Marta se retiró a su habitación seguida por su esposo. Entre viejas fotografías donde salía con sus ya difuntos padres, encontró una en la que sonriente posaba al lado de Ricardo. Jóvenes, radiantes, felices. Tomó asiento en la cama y suspiró hondo.

—A veces me pregunto qué habrá sido de él —confesó—. Y si estará bien. Aunque ni siquiera merece que lo recuerde.

Óscar se agachó frente a ella y le tomó las manos. Se las acarició hasta que ella sintió que el dolor se desvanecía con esos suaves toques.

—Mala hierba nunca muere, estará genial —bromeó Óscar. Marta dejó escapar una risita—. Solo espero que ese monstruo no vuelva a aparecerse en nuestras vidas.

—Ojalá. —Marta volvió la vista a la fotografía y sonrió con una pizca de dulzura—. Cuando nos tomaron esta foto, él no era como tú lo conociste. La ambición lo cegó.

—El karma actuará y se dará cuenta de que no todo se consigue con dinero —sentenció Óscar. Tomó la foto con cuidado y la volvió a guardar. Envolvió a Marta entre sus brazos, y a besos la acostó en la cama. Las risitas juguetonas de Marta hicieron una melodía hermosa junto a las de Óscar, amándose como el primer día.

Sus ropajes eran negros como la noche y su máscara cubría parte de su rostro. Con un ojo cubierto por una cicatriz notoria y un antifaz que solo dejaba entrever el color de su mirada bicolor, pero letal; Halcón al fin volvía a tomar un arma entre sus manos. En los campos de entrenamiento escondidos propiedad de la TBB, estaba dispuesto a volver a ser el que siempre había sido. Vestía con el uniforme reglamentario que portaba para la organización cuando no trabajaba como militar. Su pelo largo permanecía recogido en una trenza. Inhaló aire y lo dejó escapar de golpe. Con el único ojo que tenía visión, dio una mirada rápida a los objetivos y lo cerró. A ciegas, pero con la puntería de un halcón que sobrevuela el cielo y para el que la cacería es fructífera al ver a sus oponentes, a pesar de la adversidad, Elías levantó el arma y disparó. Cayeron uno tras uno los botes que había colocado. Disparó a los muñecos que por un control remoto se movían por toda la sala. A pesar del movimiento, acertó en todos en partes vitales; la cabeza, el pecho y el estómago. Justo donde la diana indicaba. Abrió los ojos y dejó que las

manos le temblasen. El sonido de cada disparo lo trasportaba a esa fatídica noche. Suspiró hondo y negó con la cabeza. Pensó en la cantidad de familias que estaban perdiendo a sus seres queridos. Pensó en su dolor y lo triplicó al pensar en los niños que, sin padres, quedarían huérfanos si no detenían a la organización que le había robado la vida.

El temblor se detuvo. Frunció el ceño y se acercó a un saco de boxeo. Sacó su rabia y su dolor. Cada puñetazo hacía que el pesado saco se moviera. Gritó mientras lo golpeaba. Aunque los nudillos le doliesen y el sudor recorriese su rostro junto con las lágrimas. Las patadas acompañaron en el desquite. Esquivó el vaivén del artilugio con rapidez, demostrando con cada movimiento que seguía siendo el mismo hombre letal y efectivo de siempre. Una llamada lo forzó a salir del entrenamiento.

—¿Sí? —preguntó al descolgar. Su móvil estaba hackeado y solo unos pocos sabían cómo contactar con él.

—Elías, tenemos que hablar —respondió un chico joven con acento italiano. Era notoria su falta de practica con el habla castellana y el hecho de que intentaba hablar de manera correcta—. Las pesadillas han vuelto.

Elías suspiró hondo y se sentó en el suelo.

—¿Qué es la vida, sino una pesadilla que solo brevemente se convierte en un sueño?

—Elías, lo digo de verdad —se molestó el remitente—. No puedo más. Si Cuervo o tú no hacen nada, lo haré yo.

—Estate quietecito, Gian Marco, te juro que pronto... —Antes de que Elías pudiera terminar con la frase, el pitido del móvil lo alertó de que la charla había terminado—. ¿Gian? —Miró la pantalla del dispositivo y bufó. No era el único desesperado con la situación y, en cierta manera, se sentía culpable. Apoyó el móvil en su frente y susurró—. Lo siento.

Gael llegó a su casa. El silencio lo aturdió cuando pasó la puerta de la entrada y no encontró a su hija en el sillón, como de costumbre. Frunció el ceño y caminó preocupado hacia la habitación de la niña. Abrió la puerta sin llamar, sin previo aviso, pues la angustia de que le hubiera pasado algo lo consumió. No obstante, fue peor lo que pudo observar. Frente a la cámara del móvil y hablando con un completo desconocido, su hija se encontraba en ropa interior confiada por completo.

—¡Teresa! —gritó Gael, azotando la puerta contra la pared.

—¡Papá! —La joven cubrió su cuerpo con las sábanas e intentó tomar el teléfono antes de que lo hiciera su padre. Sin embargo, no pudo. El hombre vio la cámara del chico con el que su hija chateaba. Estaba en negro, solo ella se veía. Colgó la videollamada y revisó los mensajes, mientras Teresa hacía un escándalo y reclamaba por el dispositivo. La conversación pasaba de tierna y romántica a candente.

—¿Qué demonios es esto, Teresa?! —reclamó—. ¿Con quién hablabas?! ¡Si a eso se le puede decir hablar!

—¡Estás rompiendo mi privacidad! —reclamó ella, luchando por quitarle el móvil de las manos—. ¡Si no te dije que tenía novio *online* es justo porque sabía que lo ibas a tomar mal!

—¿Cómo? ¿Novio *online*? —Gael arrugó la nariz con reproche y bufó—. Teresa, ¿lo has visto alguna vez?

—Por fotos, papá.

—¿Por qué no pone la cámara? —indagó Gael.

—¡Porque no le funciona!

—¡Eres una ingenua! —Gael se dispuso a apagar el móvil—. Se acabó.

—¡Papá!

—¡Espero que no le hayas dado ningún dato personal a ese desconocido! —Gael gruñó. Hasta las manos le temblaban—. Yo no te crie así, para que te comportes como una regalada con cualquiera que te mande dos mensajes bonitos.

La mano de Teresa chocó con fuerza contra la mejilla de su padre. La bofetada sonó por toda la casa. Gael se quedó con la boca abierta. Teresa se arrepintió al instante. No podía controlar el llanto, pero cuando fue a pedirle perdón, la decepción en los ojos claros de Gael le cortó las palabras. Él dejó caer el móvil al suelo y observó cómo su hija se preocupaba más porque no se rompiera el dispositivo, que cuán roto podía encontrarse su corazón y sus sentimientos como padre.

Volvió a salir de la casa. Necesitaba recuperar el oxígeno que esa bofetada le había quitado. Con los ojos brillando en impotencia y dolor, comenzó a caminar por las calles, sin rumbo, pensando en qué había hecho mal como padre y culpándose por el trabajo que, en vez de salvar a su familia, la había destruido.

En el campo militar, la teniente Lorena tenía más trabajo que nunca, aunque se le hacía más pesado aguantar las bromas sin sentido del cabo Nathaniel. Fue consecuente con el estado de salud de Vanessa y, aunque sus compañeros siguieron con el horario de entrenamiento y disciplina correspondiente, dejó que la joven descansara para reponerse de cada herida, incluyendo la que había necesitado puntos. Sin embargo, el comportamiento extraño de sus compañeros le crispaba los nervios. Observaba pequeños cuchicheos y miradas cómplices, preocupantes y hacia su dirección. Frunció un poco el ceño y se cruzó de brazos. Esperó paciente a que el día transcurriera y tuvieran un momento para hablar con privacidad.

—¡Ustedes! —los llamó. Ambos la miraron, sabiendo que los iba a interrogar—. Creo que tienen algo que decirme.

—No —dijo el cabo con sequedad.

—Hermano... —Ari le tomó del brazo y suspiró hondo—. Creo que tiene que saberlo.

Nathaniel la observó y arrugó la nariz. Luego miró a Vanessa. Dudando, con angustia y pensando en cómo se tomaría todo lo que había averiguado.

—¿Qué es lo que debo saber? —Vanessa arqueó las cejas. Se estaba poniendo más nerviosa con tanto secretismo—. ¡Díganme, ya, porque no tengo paciencia!

—¡No grites! —Nath le cubrió la boca con la mano y esta gruñó con rabia. Entornó los ojos y se vio arrastrada por sus compañeros hasta la habitación comunitaria—. Toma asiento, mejor.

Vanessa bufó con desesperación.

—Ya, dejen el secretismo, me enferma.

—Pues más te vas a enfermar. —Ari le tomó las manos y se sentó con ella—. Nathaniel descubrió algo importante que te ata de manera directa con el coronel Reyes.

—¿Qué? —La sangre de Vanessa se congeló y soltó las manos de su amiga. Tragó saliva y observó a Nath. Pensó por un momento en que fueran parientes y el dolor se le instaló en el pecho. No eran nada, pero la atracción estaba ahí—. No me digan que es familia mía o algo así.

—No. —Vanessa suspiró aliviada al escuchar a Ari—. Mejor no te relajes tan rápido.

Nathaniel se agachó de cuclillas frente a ella y se lamió los labios pensando cómo empezar a contarle las cosas, pues Vanessa permanecía callada, estática y confusa.

»Escuché rumores con respecto a ti, incluso antes de que vinieras al campo militar por eso me interesé en averiguar más sobre ti —confesó el joven. Suspiró hondo—. Decían que era extraño que una novata se inscribiera sola. Normalmente, las inscripciones se hacen en grupo, sin embargo, todos los cupos estaban cubiertos y los novatos se encontraban aquí un mes antes de tu llegada.

—Creí que habían llegado el mismo día que yo y que llegué sola por ser de otro país —comentó Vanessa. Nath negó con la cabeza.

—Lo normal es que se les llame para quedar en una localización y traer a todos los novatos juntos.

—No me dijeron nada de eso, debía venir sola... —indagó Vanessa—, ¿por qué?

—El coronel quería que vinieras sola —declaró Nath—. Quería que te sintieras perdida y tenerte a su merced desde el primer día que llegaste aquí.

Vanessa hizo una mueca.

—No entiendo el propósito de ello.

—No lo sé. —Nath se encogió de hombros y continuó—. También fue inusual tu entrada a la milicia, por tu edad y tu baja estatura. Para trabajar aquí hacen falta unos requisitos indispensables que tú no cumples y el desempeño no es suficiente para saltarse la ley y esos requerimientos físicos.

—Entonces, ¿estoy aquí por error? —Los ánimos de Vanessa iban en picado contra el suelo—. Y, si es así, ¿qué tiene que ver Ricardo con ese error?

—No fue un error, mi teoría es que él te quería aquí.

—No entiendo —balbuceó el joven más intrigada—. Ni siquiera me conocía.

—De algún modo te conocía —soltó al fin Nath—. Escuché rumores sobre ello. Ya sabes, como cabo uno sabe todo. Por eso contacté con un hombre que entrenó con él antes de trabajar aquí. Le pregunté si alguna vez lo escuchó pronunciar tu nombre, y admitió que el coronel tenía un diario donde de manera constante hablaba de una mujer llamada Vanessa Marim Rivera y que, su obsesión era tal, que decía su nombre en sueños.

—Pero, en ese entonces... —La respiración se le entrecortó y siguió hablando con un hilo de voz—, en ese entonces, yo era una niña, ¿no? —Nath asintió—. Suena muy enfermo.

—¡Y lo es! —exclamó Ari—. Aléjate de ese hombre.

—Pero... —Vanessa suspiró y se levantó de la cama. Se pasó las dos manos por el pelo y negó con la cabeza—. Ahora tengo muchas dudas. Demasiadas como para dejarlo pasar, así de simple.

—No nos pongamos en lo peor, ¿quizá solo sean coincidencias? —intentó quitar hierro el cabo, al observar cuán alterada se encontraba Vanessa.

—¿Cómo van a ser coincidencias si hasta le dijiste sus apellidos? —reclamó Ari.

—Solo estoy intentando calmarla, hermana —le reprochó Nath. Vanessa no escuchaba la conversación. Su mente iba a mil por hora. Había notado un odio extremo hacia ella en la mirada gris de ese hombre desde que lo observó entre las rejas de la comandancia. La conocía y forzó su entrada a la milicia. ¿Cómo y por qué?

—El diario —susurró, interrumpiendo en la discusión de los hermanos, la cual ni siquiera escuchaba—. Tengo que encontrar ese diario. Si el coronel se desahogaba escribiendo, entre esas páginas hallaré respuestas.

—Hace muchos años, desde que Ricardo trabajó con el hombre que me lo dijo —aclaró Nath—. Dudo que todavía tenga ese diario en su poder.

—Quizá sí.

—¡No, no, no! —Ari se levantó de la cama y se tiró del pelo—. ¡¿Estás loca?! ¡No vas a ponerte en peligro averiguando cosas sobre ese loco demente!

—Quizá si me acerco al sobrino pueda saber... —divagó Vanessa.

—¡Vanessa! ¡¿Me estás escuchando?! —Ari la tomó de los hombros y la zarandeó con sutileza—. Ese hombre te conoce desde pequeña, está obsesionado contigo. Por favor, te lo pido, no te metas a la boca del lobo. No sabemos con qué fin te seguía la pista y te trajo hasta aquí, cerca de él. Desamparada, sola. Suena a película de asesino en serie.

—Oh, vamos —Vanessa suspiró.

—No, Ari tiene razón. —Nath se detuvo a su lado y asintió con la cabeza—. Es la primera vez que estoy de acuerdo con mi hermana. No te quedes a solas con el coronel, no te acerques a él y tampoco a su sobrino. Déjame a mí. Averiguaré todo, pero no te arriesgues, por favor.

Vanessa asintió. Más para calmar a sus amigos que por querer cumplirlo. A pesar de su aceptación ante la idea de alejarse de Ricardo y el misterio que ahora lo envolvía, su curiosidad era mayor. Más por su seguridad, pues no sabía a lo que se estaba enfrentando en realidad, y ella no era de las que se quedaban de brazos cruzados. Incluso cuando el sol se posó y todos se encontraban durmiendo, Vanessa seguía con la mirada perdida en dirección a la habitación del coronel. Se extrañó por no verlo llegar ni a él ni al general. No obstante, vio una oportunidad para acercarse al lugar de descanso de Ricardo y empezar a buscar.

Esperó paciente, en silencio y fingió dormir. Cuando todos se encontraban descansando, se puso sus botas y caminó sigilosa hacia la puerta. Se percató de que nadie la observara y trotó hasta la puerta de la habitación de Ricardo. Intentó abrir, pero no lo logró. Gruñó con impotencia al percatarse de que se encontraba cerrada con pestillo. Observó las paredes y dio la vuelta alrededor en busca de una ventana que halló, pero también estaba trancada.

—Mierda —susurró. Unos pasos la pusieron en alerta y se escondió entre las sombras de las instalaciones.

—No es serio que cada vez que está indispuesto me esté llamando a mí —hablaba la teniente. Lorena bufó y negó con la cabeza—. No, coronel, debe ser más consecuente. Estoy agotada y quiero descansar. —La mujer hizo una pausa y suspiró—. Ahora voy.

Cuando colgó el teléfono empezó a maldecir en voz baja hasta que se percató de la silueta de Vanessa en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí a estas horas? —Vanessa suspiró y apretó los labios al saberse pillada.

—Lo siento, teniente, soy yo. —Lorena suspiró y se relajó al escucharla—. Siento si la tensé, pero no puedo dormir y escuché la conversación por error, ¿ocurrió algo?

—El coronel me trae de cabeza como si fuera una sirvienta —se desahogó la mujer—. Siempre que se emborracha y no está en condiciones de conducir, prefiere llamarme para que lo traiga en vez de pedir un taxi. Si no lo hago me amenaza con degradarme o abrir acusaciones falsas en mi contra.

—¿Y si voy yo a por él? —las palabras le salieron sin pensar. Cuando recobró el sentido común era demasiado tarde.

—Pues, la verdad, se lo agradecería, cadete —aceptó la teniente—. Estoy tremendamente agotada y mañana debo madrugar más de la cuenta. Por lo visto, el general no llegará para despertar a las tropas como de costumbre, y al cabo Nathaniel no se le puede confiar nada.

Vanessa solo pudo asentir con la cabeza. Al fin y al cabo, la propuesta había sido suya. Tomó las llaves del vehículo que le entregó Lorena y se encaminó rumbo a la casa de apuestas que la mujer le había mencionado y de donde de forma constante salvaba a Ricardo de tener un accidente de vuelta al campo militar.

Él se encontraba en la barra del bar del local. Había tomado hasta que el estómago le ardió. La cartera, que unas horas antes rebosaba de billetes, estaba vacía. La cabeza se le iba y, aun así, levantó un dedo en busca de más alcohol. Ludopatía y alcoholismo, dos enfermedades que, en conjunto con su mente distorsionada, estaban terminando con su vida. En su mente no dejaban de pasar recuerdos. Deseando que esos momentos estuvieran ocurriendo en ese preciso instante y que no formaran parte de un pasado. Recordó cada verano con sus tíos y los momentos que pasó con la única mujer que había considerado su mujer formal. Bufó y miró a la camarera.

—Dame más alcohol.

—Señor, creo que tiene suficiente —debatía la mujer al verlo tan mal.

—¿Le digo a usted que tiene suficiente bótox en la cara? —La mujer abrió los ojos con sorpresa y frunció el ceño.

—¡Grosero!

—¡Cállese y sírvame que para eso le pago! Si no fuera porque vengo a consumir no podrías inyectarte toda la cara.

La mujer gruñó con rabia y fue hacia uno de los compañeros que la ayudaba a atender.

—Atiende tú a ese borracho, es insoportable —le pidió. El hombre asintió y de buen gusto le dio a Ricardo los tragos que pedía.

Vanessa aparcó el vehículo en un descampado que se encontraba al lado del casino. Observó el lugar y suspiró horrorizada. Cuando bajó del coche se percató de sus ropajes. Aunque llevaba las botas puestas no se había quitado el pijama. Su preocupación se esfumó cuando observó las pintas que llevaban dos recién casados por un Elvis Presley tan delgado que parecía que fuera a romperse. Arrugó la nariz y entre gente vomitando y vehículos con cristales empañados, que se movían de arriba abajo de forma sugerente, llegó a la puerta del local.

—Dios santo, cómo extraño el pueblo —murmuró para sí misma al tener una arcada por el olor a deshechos humanos que se sentía en toda la acera.

Empujó la puerta y la mirada de todas las personas cercanas se dirigieron hacia ella.

—¡Vaya, vaya, nos llegó una stripper en pijama! —Se alegró un hombre con perilla y aspecto sucio—. ¿Vas a hacernos un bailecito erótico sin llevar nada debajo de esa pijamita holgada?

Vanessa entornó los ojos. No iba a contestar, ni siquiera quería prestarle atención, pero cuando el hombre dio un paso hacia ella e intentó posar la mano en su hombro, Vanessa se la sujetó y se la dobló. Los huesos le crujieron y con facilidad le dio un rodillazo en sus partes nobles. El hombre ahogó un grito y se quedó arrodillado en el suelo. Una vez así, le metió los dedos, de la misma mano que le había quebrado, en la boca.

—Toma, úsalos como chupete, así como los bebés. Tienes menos coeficiente intelectual que ellos —comentó Vanessa—. Aprende a respetar, hijo de perra.

Al escucharse, ella misma suspiró e intentó aparentar inocencia. Sonrió dulce hacia la gente que la había visto y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Le había salido esa parte de su ser que tanto quería esconder.

Llegó hasta la recepción e ignoró la mirada déspota del recepcionista que la observó de arriba abajo.

—Disculpe, estoy buscando a Ricardo Reyes —informó Vanessa—. Llamó y dijo que estaba aquí.

—Sí, siempre está aquí —afirmó el hombre con pesadez. Dio la vuelta al recibidor y le indicó a Vanessa que lo siguiera. Esta le obedeció y llegaron al bar. Antes de que el hombre lo señalara, ella ya había puesto sus castaños ojos en él y se sorprendió por verlo en ese estado.

—Gracias —dijo con un hilo de voz, antes de que el hombre se retirase. Ni siquiera le salían bien las palabras. Pudo llegar con rapidez a la conclusión de que ese hombre no estaba bien. Era cliente habitual y eso lo dedujo por cómo se había comportado el recepcionista y, además, se veía devastado y con una mirada triste que nunca le había observado en el rostro.

—Dame otro vaso —balbuceó Ricardo y levantó el vaso vacío.

—Coronel. —La voz de Vanessa le retumbó en la mente y le hizo eco. Le aflojó los músculos y dejó caer el vaso sobre la barra. Se dio la vuelta y la observó con los ojos tan abiertos que las luces del local se le reflejaban en el azul grisáceo de su interior.

—Qué... qué... —Ricardo se trabó y carraspeó la garganta—. ¿Qué haces tú aquí? Deberías estar haciendo guardia.

—La teniente me dejó descansar por hoy debido al incidente de esta mañana —explicó Vanessa—. No podía dormir y le dije para venir a por usted en lugar de ella.

—¿Por qué? —Vanessa se encogió de hombros ante esa pregunta. Ni siquiera ella entendía la razón por la que le había propuesto ir en su lugar.

—Lorena no tiene jurisdicción para romper mis órdenes —espetó Ricardo.

—Y tampoco debería ser su niñera, señor.

—¿Cómo? —Ricardo hizo una mueca y Vanessa arqueó una ceja—. Ya vamos con esa actitud de mierda.

—¿Quién tiene la actitud de mierda?

—Él, claramente —interrumpió la camarera en la charla. Ambos la miraron con el ceño fruncido y decidió retirarse con miedo.

—Mira... —Vanessa suspiró y se lamió los labios con pesadez—. No estoy de servicio, así que te voy a hablar claro, Ricardo. —Al escucharla decir su nombre y hablarle con esa fiereza, el coronel entreabrió la boca y se quedó observándola como si los minutos no pasaran—. Eres adulto, debes de ver por ti. No puedes estar malgastando tu dinero y tu vida aquí, y encima amenazar a Lorena de perder su puesto si no viene a hacer de niñera. —Vanessa se percató de que Ricardo iba embobado y chasqueó los dedos frente a su rostro—. ¡Ey! ¿Estás escuchándome?

—Pues no, estoy muy borracho —admitió Ricardo. Hizo una pequeña mueca y sonrió leve—. Deberías estar cuidándome en vez de regañarme de esa manera.

—Esto es inútil. —Vanessa bufó y se acercó a él—. ¿Puedes andar hasta el coche?

—Pues claro, no soy un disminuido.

—En ese caso, levanta de una vez.

Ricardo se puso de pie, pero se tambaleó. Una de sus manos terminó en el hombro de Vanessa para encontrar estabilidad. Ella levantó la vista hasta encontrarse con su mirada de depredador clavada en su ser. Se lamió los labios con nerviosismo y lo sujetó bien por la espalda baja. Donde alcanzaba a llegar.

—Ni se te ocurra caerte, porque me aplastarás —le advirtió Vanessa.

—Tranquila, Caperucita, sé lo que hago.

—Claro. —Vanessa suspiró y fue caminando despacio hasta llegar al aparcamiento.

—Sí, sé lo que hago, lo tengo todo controlado. Me gusta controlar cosas —desvarió el coronel—. Pero tú no te dejas controlar, Vanessa. —Ella lo observó de reojo y arrugó la nariz. Recordó entonces la charla con Nathaniel y lo soltó de golpe. Ricardo se tambaleó y se golpeó contra un vehículo en el que pronto sonó la alarma antirrobo—. ¡Auch!

—¡Perdón, disculpa! —Se acercó a él de vuelta y lo ayudó a incorporarse, tomándolo de las manos. Una pequeña sonrisa se le escapó al instante—. Conque podías caminar solo, ¿eh?

—Ja, ja. Mira, qué graciosa saliste.

—¡Ey, ustedes! —Ambos dirigieron la mirada hacia el enfurecido hombre dueño del coche—. ¡Aléjense del coche!

—¡No me grites, bastardo! —respondió con furia Ricardo—. Podría sacarte los ojos y dárselos de comer a los caimanes del zoológico.

—Pero ¿qué dices? —susurró Vanessa, asombrada y espantada a la vez. Lo tomó del brazo y le dio un suave tirón—. Vámonos, Ricardo.

—¿Qué acabas de decir, payaso? —contrató el hombre—. Mejor hazle caso a tu hija y deja de joder, borracho.

—¿Cómo me llamaste? —se molestó Ricardo.

—¿Cómo que hija? —Vanessa arrugó la nariz, pero tuvo poco tiempo para procesar esas palabras. Pronto, observó cómo Ricardo se llevó la mano a la cintura y sostuvo una pistola. La respiración se le cortó. Le sujetó la mano en son de que no sacara el arma y lo observó. La mirada de Ricardo iba fija en ese hombre y en el enfrentamiento. Como si su mente de alguna manera se hubiera bloqueado. Sin embargo, Vanessa tomó la iniciativa de ponerse de puntitas y abrazarlo por el cuello. Ese suave contacto que se volvió pleno cuando Ricardo se agachó un poco por el agarre, le ahuyentó cada demonio que estaba aflorando en sus acciones.

—Para, por favor —susurró Vanessa. El cuerpo de Ricardo se relajó. Ignoró las provocaciones del dueño del vehículo y pasó el brazo por su espalda. Vanessa se estremeció al sentir que le había devuelto el abrazo. Sintiendo cálido, tierno incluso. Con la mano que sostenía con fuerza el mango de la pistola, tomó la de Vanessa en su lugar y los dedos de ambos se entrelazaron. Ella le acarició con suavidad el cuello con la mano libre que todavía lo estrechaba y, aunque en el aparcamiento la oscuridad reinaba lo suficiente para no observar con claridad, pudo percatarse de que los ojos grises de la fiera se mostraban como los de un cachorro en búsqueda de un poco de cariño.

—Bueno, ¿pueden alejarse ya de mi coche?! —rompió el momento el propietario del vehículo del que Ricardo todavía hacía uso para no caerse.

—¡Cállese, ya! —le gritaron los dos en coro. El hombre dio un pequeño salto hacia atrás y ambos suspiraron. Vanessa se colocó a su lado y la ayudó a despegarse del vehículo.

—Anda, vamos. Ya hemos hecho bastante espectáculo aquí —susurró Vanessa.

—Me duele la cabeza. —Ricardo se sostuvo de la sien. Arrastraba los pies en vez de levantarlos para caminar.

—Normal que te duela, ¿cuántas horas llevas tomando? —Ricardo se encogió de hombros y Vanessa suspiró. Lo observó de reojo y tragó saliva. Debería temer al lobo feroz, pero solo podía compadecerlo.

Llegaron hasta el coche. Ricardo se apoyó en lo que Vanessa abría la puerta del copiloto. Volvió a sostenerlo, pero cuando fue a sentarse, Ricardo se dejó caer y la arrastró con él. Sentada en sus piernas y cerca de sus labios, sintió cómo el corazón brincaba hasta posarse en su garganta. Ricardo dejó escapar el aire de golpe. Sus pulmones no podían retenerlo al sentirla tan

cerca de él. Esa forma de tentarlo con la mirada, que era incalculable, solo lo conseguía ella.

Vanessa suspiró. Su intuición la obligó a levantarse de su regazo después de toda la información que poseía y que todavía rondaba en forma de preguntas espeluznantes por su mente. Bajo la atenta mirada del lobo, tomó el cinturón y se lo colocó. Los dos se quedaron en silencio, el mismo que se rompió con el sonido del motor. Ricardo terminó durmiéndose. Era de esperarse con la cantidad de alcohol que portaba en el cuerpo. Vanessa lo observó de reojo y con lentitud llevó una mano hasta sostener la de él. Quería comprobar si se sentía bien y solo consiguió un estremecimiento por el tacto. Suspiró con pesadez, sintiéndose culpable por todo el remolino de emociones que ese hombre le hacía experimentar. Al sentirlo frío, encendió la calefacción del vehículo.

Solo las luces del vehículo iluminaron el campo militar, puesto que todos dormían. Varios soldados hacían guardia y dejaron pasar a Vanessa junto con el coronel. Aparcó cerca de su habitáculo y suspiró. Debía despertarlo y ayudarlo a llegar a la cama.

—Vamos, Ricardo —le instó, él solo balbuceó. Vanessa le quitó el cinturón y lo ayudó a levantarse cuando observó que abría los ojos—. Despacio, ya casi estás en la cama.

—Las llaves están en el bolsillo de mi pantalón —anunció Ricardo al darse cuenta de que era imposible buscarlas entre la cartera y tarjetas de números de teléfono que le habían dejado algunas chicas en el casino. Vanessa bufó y metió la mano hasta que palpó las llaves.

—Intenta apoyarte de la pared. —Ricardo obedeció a sus palabras y se apoyó un poco. Vanessa abrió la puerta y lo acompañó hasta la cama—. Unos pasitos más y llegamos.

Cuando Ricardo tropezó con la cama, suspiró y, sin pensarlo ni un segundo, se dejó caer. Tal y como había ocurrido al subir al coche, arrastró consigo a la joven cadete. Esta se sujetó de la camisa del coronel por la impresión de la caída, y lo observó tumbada junto a él en la misma cama. El olor de Ricardo perforó sus sentidos y estremeció su cuerpo. El danzar de su corazón embravecido y ardiente por tal cercanía le aceleró la respiración. Aunque el hombre que la abrazaba estaba dormido, sus labios entreabiertos le gritaban con desesperación, implorando por un beso. La cordura y lo correcto se mezclaban con una sensación de peligro y deseo imposible de sosegar.

Quedó embelesada durante casi una hora, debatiéndose entre lo que sentía y lo que pensaba. Hasta que el razonamiento ganó al deseo. Moviéndose con lentitud el cuerpo y pudo deshacerse del brazo posesivo del hombre. Se arrastró sigilosa hacia el borde de la cama y caminó con cautela. Sabía a lo que se enfrentaba si el coronel se despertaba, pero como buena Marim Rivera, no podía quedarse quieta.

Abrió los cajones de las mesillas de noche. Rebuscó entre papeles, ropa y contactos de más mujeres.

—No pierdes el tiempo —susurró observando los números. Siguió rebuscando entre los cajones hasta que se fijó en una estantería llena de libros. Al coronel le encantaba la lectura a la vez que la escritura, y era notorio, pues había libros apilados sobre otros. Pensó que quizás el diario pudiera encontrarse entre ellos, así que empezó a revisarlos.

—¿Qué estás haciendo, Caperucita? —La voz de Ricardo sonó áspera e imponente a espaldas de Vanessa. La respiración se le cortó y se dio la vuelta para encontrarlo frente a ella, mirándola a escasos centímetros de sus labios. Él llevó las manos a uno de los estantes y se agarró, dejando a la joven encarcelada entre los libros y sus fornidos brazos—. No está bien querer robarle al lobo feroz.

Capítulo 8: El misterio de los Reyes

—Andrés Reyes a mando de control, ¿me reciben? Cambio. —Andrés observó la pantalla con la que se guiaba en la oscuridad de la noche. Varias turbulencias lo sacudieron y falló su guía; los controles empezaron a fallar y no hallaba respuesta—. Mierda... ¡Aquí Andrés Reyes a punto de control! ¡¿Me reciben?! ¡Estoy teniendo problemas técnicos y no sé dónde está la pista! —Una explosión en uno de los motores de la avioneta lo alertó y jadeó con desesperación. Volvió a mandar otro mensaje—. ¡Soy el sobrino de Ricardo Reyes, vuestro jefe, alto al fuego, repito, alto al fuego!

Ni hubo respuesta ni cesaron con el ataque. Otra explosión precipitó a la avioneta.

»¡Joder! —Andrés dejó los mandos. Se levantó del asiento y caminó contra la gravedad. Luchó por no perder el conocimiento debido al cambio brusco de presión. Las cajas con la droga y armamentos se movieron y empezaron a precipitarse hacia él. Saltó los bultos y se agarró de las paredes. Jadeó y se tambaleó en el interior. Otra explosión lo derribó y observó cómo el armamento explosivo se prendía en llamas.

—¡Genial! —Llegó hasta el paracaídas y se lo colocó. La pupila se le achicó cuando observó las llamas más cerca de las cajas. Pateó una de las puertas hasta que el hierro cedió. El compartimento se abrió y fue absorbido por la gravedad, a un segundo de que toda la avioneta saliera volando por los aires junto con el armamento y la droga. A ciegas, Andrés abrió el paracaídas, pero como la suerte no estaba de su lado, aunque apaciguó un poco la caída, una de las cuerdas cedió y se precipitó hacia un árbol alto y frondoso.

—Ah... —dijo un quejido por el dolor, pero no quiso agudizar el lamento, puesto que sabía que ese ataque había sido provocado. Colgando de una de las ramas y por el paracaídas, pudo escuchar la voz de unos hombres que no reconocía. Sacó del bolsillo de su pantalón un cuchillo y cortó las cuerdas que faltaban. Se quitó el chaleco y cayó sobre unos matorrales que amortiguaron el golpe. Se palpó los ropajes y se lamentó al no portar arma ni móvil.

—¿Estará muerto? —dijo uno de los hombres que se aproximaba al lugar de la colisión.

—Esperemos que sí, nuestro jefe quiere su cuerpo en el despacho esta misma noche —contestó otro.

Andrés frunció el ceño, pues acababan de asegurarle que el ataque no había sido un accidente. Caminó silencioso entre los espesos matorrales de aquel bosque frondoso y los siguió hasta que uno de ellos se quedó unos pasos atrás. Lo tomó por la espalda y le cubrió la boca. Apretó su cuello con el brazo y forzó el agarre hasta que los huesos se quebraron y su respiración se detuvo. Le quitó el arma y la apoyó sobre la sien de otro de los atacantes.

—¡Alto! —El hombre al que apuntaba se detuvo al igual que sus compañeros, aunque estos levantaron las armas hacia Andrés—. Eh, eh, eh... Esas armas las quiero en el suelo, ahora. —Andrés se acercó al hombre que apuntaba y lo despojó del arma. Se la guardó y negó con la cabeza—. Un paso más y le vuelo la cabeza.

—No serás capaz —dijo uno de ellos—. No eres Ricardo Reyes.

Andrés esbozó una suave sonrisa.

—Vuestro error y vuestra condena a muerte ha sido subestimarme. —Disparó. La sangre y los sesos del hombre salpicaron el rostro frío y sin expresión de Andrés. Sacó el arma del hombre

y a dos manos disparó, dando a los objetivos uno por uno y sin miramiento. Cuando las balas se agotaron, le dio cabezazo a uno de sus contrincantes y le crujó el brazo en la espalda. Sacó de nuevo el cuchillo con el que había cortado las cuerdas y cortó el cuello del hombre. Este empezó a agonizar. Los chorros de sangre eran escandalosos. De su boca empezó a brotar sangre hasta que pereció bajo los pies de Andrés. Lanzó el cuchillo y lo clavó en uno de los ojos de otro hombre que lo intentaba matar. No fue suficiente, pues al sacar el arma lo acuchilló sin cesar en el estómago hasta que las tripas le reventaron y pudo observarlas fuera de su cuerpo.

Un último hombre se quedó con la boca abierta tras esa visión. Intentó disparar, pero el sonido del arma advirtió a Andrés de que no tenía munición. Este sonrió y ladeó el rostro con una expresión maníaca. El atacante empezó a correr, y Andrés fue a su caza como un lobo hambriento y sin remordimientos. Cuando dio con él, lo golpeó con el puño en el rostro y le partió la nariz. Tomó al hombre del cuello y lo clavó contra un árbol, atravesando su mano y el tronco con el cuchillo.

—¡Ah! —exclamó el hombre antes de ponerse a suplicar por su vida—. ¡Déjame vivir, por favor, solo cumplo órdenes!

—¿Quién mandó a que me aniquilaran? —preguntó Andrés con tranquilidad.

—¡Si te lo digo, me matarán!

—De todos modos, te voy a matar yo.

—Por favor...

—Hagamos una cosa, si me lo dices, pensaré en dejarte con vida, ¿vale? —El hombre, temblando, tragó saliva y después de darle una mirada breve al cadáver de sus compañeros, asintió con la cabeza—. Muy bien, así me gusta. Dime, ¿quién mandó mi ejecución?

—Alaric —nombró el hombre—. Alaric Collins.

Andrés recordó a ese hombre. Lo había visto pocas veces, aun así, supo que conspiró contra el antiguo jefe del Cártel de Las Sombras antes de que su tío y Omar fueran los jefes. Exmilitar, con un aspecto de roquero al que le encantaba pintarse la raya del ojo de negro y, por si fuera poco, el exnovio del enemigo número uno del cártel, Halcón. Fue el mismo hombre que mató al nuevo interés amoroso del espía y marine hacía dieciocho años.

—Interesante —murmuró Andrés. Después de matar al novio de Halcón y trabajar con Omar unos diez años, desapareció y no se había sabido nada de él hasta el momento—. Esto se va a poner divertido. Lo habíamos dado por muerto.

—¿Me dejarás vivir? —preguntó el hombre.

Andrés suspiró y lo observó fijo a los ojos.

—Lo estaba pensando, pero interrumpiste mis pensamientos.

—No, por favor.

—Además, podrías decir que salí con vida de esto si te encuentran. Si traicionaste a tus jefes tan fácil, puedes traicionarme a mí también.

—¡No lo haré! —El hombre lloraba—. ¡Te lo suplico!

Andrés le tomó del rostro, le apretó la quijada hasta que abrió la boca y le clavó en el interior el cuchillo. Le traspasó las carnes y parte del cráneo hasta llegar al tronco del árbol. Lo observó mientras convulsionaba y expulsaba la sangre con la que se estaba ahogando.

—Los empleados pensáis que vuestra vida vale algo para la gente como yo, pero te equivocas. Solo sois marionetas. Qué lástima. Es demasiado tarde para que lo entiendas. —El hombre dejó de respirar y cayó al suelo. Andrés se agachó y quitó el cuchillo de su interior. Lo limpió con sus ropajes y le arrebató el teléfono móvil. Suspiró hondo y empezó a marcharse con

la misma tranquilidad con la que había arrebatado la vida de todos esos hombres. Con una sola llamada, tuvo suficiente para que la gente del cártel de su tío supiera donde se encontraba.

Elías estaba de camino al hotel en el que se hospedaba. Todavía vestía como Halcón, pero la oscuridad de la noche lo cubría. Ni siquiera se percató de que, al pasar frente a un banco, alguien lo estaba observando.

—¿Saliste de una fiesta de disfraces? —Esa voz le sonaba, pero no la reconoció hasta que dirigió la mirada hacia él y se encontró con el hombre que lo había salvado del ataque de ansiedad en la mañana. Halcón no respondió—. ¿Adónde vas tan tarde?

—Podría decir lo mismo, deberías de ir a casa. Las calles son peligrosas a estas horas —advirtió Elías.

—¿Para ti no lo son? —Elías arqueó una ceja y negó con la cabeza—. Vaya, pareces un hombre distinto al que vi esta mañana.

—Vete a casa —interrumpió la charla el espía. Justo cuando iba a seguir sus andares, escuchó al hombre reclamar.

—¿Ni siquiera me vas a dar las gracias?

—Gracias. —susurró Elías. Suspiró y se lamió los labios con duda. Se dio la vuelta y se sentó al lado del hombre—. ¿Por qué estás aquí como un alma en pena?

—Mi mujer falleció, tengo un trabajo de mierda que me aleja de mi hija y esta se echó un novio *online* del que no confío. Ah, y me abofeteó. No quiero ir a casa. —Ambos se quedaron en silencio. Gael observó a Elías y apretó los labios—. ¿Eres padre? —Elías negó—. Bueno, de todos modos, ¿tú qué harías en una situación así?

—Lo prohibido atrae —confesó Elías—. Y más a una joven como tu hija. Cuánto más discutas con ella, más te alejará de sus decisiones, y llegará el momento en que no sabrás nada de ella. No podrás salvarla de ser necesario, porque no confiará en contarte las cosas.

—¿Quieres decir que debo aceptar que hable con un desconocido?

—No, quiero decir que debes ser más padre y menos hombre. —Halcón suspiró y se acomodó en el banco para observarlo mejor—. Habla con ella, sé comprensivo y olvida la impulsividad. A las madres eso les sale natural, a nosotros nos cuesta un poquito más. Debes hacerlo para no perderla y estar ahí cuando se le quite la venda de los ojos.

Gael suspiró hondo y se pasó las dos manos por el pelo.

—Justo así actúe, impulsivo. Le grité, quise romper el teléfono contra el suelo. —Se encogió de hombros—. Te haré caso. Es una lástima que no seas padre, lo harías bien.

—Bueno, tengo una sobrina. No es mi familiar de sangre, pero se crio conmigo. Es militar y siempre le hacía de canguro cuando era pequeña, así que.

—Ya vas entrenado —bromeó Gael.

—Sí, estoy curado de espanto. —Elías sonrió un poco, al igual que Gael, y le hizo una señal para que se levantara del banco. Ambos lo hicieron—. Ve a casa y mañana, con calma, hablas con ella. Seguro de que también está arrepentida por la bofetada.

—Ahora las gracias te las debo de dar yo. —Gael levantó la mano para despedirse y Elías se la estrechó—. Gracias.

—No hay de qué.

—Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Bueno... —Halcón lo observó con detenimiento. No parecía que fuera parte de los hombres que querían darle caza—. Elías Ávila, ¿y tú?

Gael entreabrió la boca. Se quedó observándolo atónito. Claro que había escuchado hablar de él. En el cartel todos tenían aviso de que, si llegaban a verlo, debían acabar con él. Por un momento su mano rozó el arma que portaba en el pantalón. Sin embargo, algo le dijo que ese hombre no lo merecía. Tomó el móvil y no el arma.

—Disculpa, justo me llamó mi hija —se excusó para no presentarse. Le dedicó una sonrisa y Elías se la devolvió—. Quizá pueda hablar con ella hoy.

—Suerte —le deseó Elías. Gael asintió con la cabeza y le dio un golpecito en el brazo a modo de agradecimiento.

Ambos tomaron rumbos distintos en la misma calle, esperando no volver a encontrarse.

Al llegar a la habitación de hotel, Elías se encontró con un panorama desolador. Toda la habitación estaba revuelta, y aunque cada pertenencia estaba en su sitio, sobre la cama un papel anunciaba que lo habían encontrado. Tragó saliva, miró hacia la puerta de entrada y escuchó unos pitidos que se tornaban más rápidos entre sí. Agarró tan solo la maleta que nunca deshacía, corrió hasta fuera de la habitación y se lanzó al suelo del pasillo antes de que todo saliera por los aires. Cuando los dueños del hotel arribaron a la planta para encontrarse con los daños, Halcón ya se había marchado.

Gabriela se encontraba en su piso. Después de trabajar en el hospital y asistir a la TBB durante unas horas, se relajaba dentro de la bañera, con el agua tibia y el jabón relajante, haciendo espuma mientras los chorros del spa le masajeaban el cuerpo. Una copa de vino tinto y una música *chill out* amenizaban el momento. Sin embargo, un sonido extraño le agudizó el oído. Tensó el rostro y miró hacia la puerta del baño. Alargó la mano hasta sostener un arma que siempre portaba desde que trabajaba para la organización. Cargó la pistola y la levantó cuando la puerta del baño se abrió.

—Quieta, fiero. —Elías levantó las manos.

—¿Otra vez tú?! —Gabi dejó el arma a un lado—. ¿No sabes avisar?! ¡Imagina que llego a dispararte!

—Tranquila, la muerte no me quiere. —Se acercó a la bañera y se sentó en el borde. Se inclinó un poco hacia la doctora e introdujo la mano en el agua, jugando con la espuma—. A la próxima entro contigo.

—Hablando de entrar a sitios donde no te invitaron, ¿cómo es que estás en mi casa?

—Me colé por la ventana del salón, trepando por la fachada —aclaró Elías—. Y antes de que me regañes, fue de urgencia. Me encontraron en el hotel en el que estaba e iban a matarme.

—Ah, genial, ya me quedo mucho más tranquila —respondió Gabi con sarcasmo.

El bien y el mal son dos conceptos que no deberían unirse. Sin embargo, cuando la línea entre ellos es borrada, se forma un arcoíris de escalas grisáceas. Se confunde lo correcto y la ley se desvanece con los latidos del corazón. Con una respiración agitada, con una mirada deseosa. Los pensamientos se bloquean y se esfuman como si de cenizas se trataran después de un

imparable fuego. El mismo que volvería a arder tan pronto como le dieran leña. Vanessa no sabía qué decir y sus palabras se habían vuelto saliva que tragó junto a sus jadeos. El lobo feroz la observaba con odio, con intención de acobardarla. Estaba acorralada entre sus fuertes brazos y su cuerpo fornido. Entre su mirada gris y su exquisito olor a alcohol.

—¿Qué estabas haciendo, Caperucita? —preguntó el coronel—. ¿Aprovechando que el lobo duerme para traicionarlo? ¿No sabes que la intuición de un depredador es más letal que la astucia del cervatillo?

—Yo solo ... —La voz se le cortó. Se lamió los labios e inhaló con fuerza. Buscando el valor que estaba perdiendo. Carraspeó la garganta y decidió hablarle con respeto y seguridad—. Yo solo estaba viendo los libros. No sabía que le gustaba la lectura.

—Una persona que no lee está condenada a vivir una sola vida, a sucumbir a la ignorancia y hundirse en la oscuridad del mundo real. —Ricardo dejó caer sus brazos, ya no la acorralaba, aun así, no se alejó, y Vanessa le sostuvo la mirada sin apartarse y sin miedo. El coronel entrecerró los ojos y ladeó el rostro—. No eres lo que aparentas, Vanessa.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé, pero de ser una chica buena, no estarías en la cueva del lobo sin el cazador.

—No me hace falta ningún cazador. —El cuerpo de Vanessa temblaba, mas su coraje la impulsó a dar un paso al frente y levantó el rostro hasta que la respiración del coronel golpeó sus labios—. Me valgo sola.

—Entonces, deja de mentir. —Ricardo golpeó con fuerza la estantería y varios libros cayeron alrededor de la joven. Sin embargo, ella solo formó una mueca, no hizo más para demostrar que no le infundía terror—. Muéstrate como en verdad eres. Deja de aparentar ser una mosquita muerta. No lo eres.

—Y eso lo sabe por intuición, ¿no? —Ricardo asintió—. ¿Y no será por qué conozca a mi familia? —El coronel entrecerró los ojos al escucharla y ella sonrió con sarcasmo—. Claro, sabiendo los antecedentes de mi padre y mis tíos es obvio pensar en cómo es mi forma de ser en realidad.

—Admites que estás fingiendo.

—No soy la única que finge, coronel. —Vanessa levantó los brazos y le acomodó el cuello de la camisa. Dejó suaves caricias por su cuello mientras lo arrastraba al ardiente desierto marrón que se escondía en sus ojos expresivos—. Veamos cuál descubre antes la verdad.

—¿Me estás retando? —habló Ricardo con la voz gruesa. El odio, la rabia y el deseo se estaban mezclando en su interior, al punto de que su cuerpo tembló y la sostuvo de la nuca con brusquedad. La movió contra la pared y la apoyó. Golpeó con el puño y el muro retumbó—. No sabes cuánto es que te odio.

—No, no lo sé. —El cuerpo de Vanessa estaba estremecido. Su pulso se sentía en la garganta. Sin embargo, mostrar debilidad no estaba en sus planes—. No estoy retando a nadie, le estoy advirtiendo, coronel. Si tiene algo en contra de mis familiares, Caperucita se va a convertir en la peor de sus pesadillas. —Vanessa golpeó su pecho y se alejó del agarre. La mirada furiosa de Ricardo la elevó en la victoria que ya sentía suya—. Siento decepcionarlo si esperaba una sumisa, coronel. Tendrá que seguir pagando por los servicios de una mujer que sí cumpla con todo lo que desea. Incluso con el miedo que quiere que yo sienta.

Vanessa empezó a caminar hacia la puerta. Pasó por delante de Ricardo. Atónito, gruñó en voz baja.

—¡No des un paso más! —advirtió. Vanessa se detuvo un momento. Lo observó de reojo y

sonrió con sarcasmo. Dio un paso tras otro hasta que llegó a la puerta. La abrió y se volteó solo para guiñarle el ojo y acompañarlo con el movimiento de la mano, simulando el disparo de una pistola. Después azotó la puerta a sus espaldas y se marchó.

»¡Maldición! —El coronel gruñó con rabia e ignoró la tensión que se había formado en sus pantalones por el acercamiento de la joven. Tumbó de un golpe todos los libros que se encontraban sobre los estantes y lanzó por los aires el escritorio. La rabia no cesó hasta que toda la habitación quedó destruida.

Cuando el cielo se iluminaba por un día nuevo, Andrés llegó al campo militar. Después de haber estado llamando a su tío repetidas veces y que no atendiera, imaginó que había estado bebiendo. Y no se equivocaba. Lo comprobó al percatarse de que el coche de Ricardo no se encontraba. Observó a Lorena, pensando que la teniente se había ocupado de traerlo de vuelta. Llegó con ella e ignoró la fila de cadetes que esperaba por indicaciones de la teniente.

—¿El coronel Reyes sigue dormido? —preguntó el general.

—Sí, señor —contestó Lorena con un hilo de voz—. El coronel tuvo una larga noche.

Andrés suspiró con pesadez. Siguió su camino hacia la cabaña de Ricardo. Sin embargo, su mirada se encontró con la de Vanessa. Andrés frunció el ceño y ella siguió esa acción.

—¿Qué esconden? —susurró para sí misma.

—¿Decías? —preguntó Nath a su lado.

—No, que tardan mucho —mintió Vanessa.

—Sí. —Nath hizo una pausa y susurró para que solo ella escuchara—. Sé que anoche estuviste con el coronel. —Vanessa lo observó de reojo y arqueó una ceja. Nadie la controlaba, menos iba a hacerlo un compañero que acababa de conocer—. Jamás he visto a nadie con las mismas agallas que tienes tú.

—Empiezo a sentirme más acosada por ti que por el coronel —contestó con frialdad.

—Tranquila, fierecita. —Nathaniel sonrió y dejó salir una breve carcajada—. Entiendo tu curiosidad. También me intriga toda la situación.

—Entonces, en vez de prohibirme que investigue, ayúdame. —Vanessa lo observó con seriedad—. Eres cabo, sé que sabes más de lo que cuentas.

—¡Cabo Nathaniel! —lo llamó Lorena. La teniente se acercó a ellos e interrumpió la charla—. Te encargas de este escuadrón, yo tengo otro trabajo.

—De acuerdo, teniente. —Nath observó a Vanessa por un breve momento y se retiró para seguir con sus obligaciones, de manera que el entrenamiento no tardase en iniciar. La joven cadete tuvo algo claro en ese momento. Estaba sola, todos escondían algo y no podía confiar en nadie. Ni siquiera en la sonrisa que le mostraba Arianna. El misterio no solo envolvía al coronel y al general. Todos eran sospechosos.

Andrés aporreó la puerta de la estadía de su tío.

—¡Abre! —Ricardo regañó y se escuchó hasta fuera—. ¡Abre la maldita puerta!

—¡Relájate! —gritó Ricardo al abrir—. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Quisieron asesinarme! —Empujó a Ricardo a un lado y se adentró a la habitación. Observó el desastre, los muebles rotos, pero no quiso preguntar. Entornó los ojos y se pasó las dos manos por la cabeza—. Desde que nuestra encrucijada con esa mujer empezó, todo está yendo de mal en peor. Es como una maldita maldición.

—¿Cómo que han intentado matarte? —Ricardo cerró la puerta y se asomó por la ventana para asegurarse de que nadie podría escuchar—. ¿Qué estabas haciendo cuando eso ocurrió? Nadie me notificó.

—No atendiste al jodido móvil. —Ricardo arrugó la nariz al escucharlo y fue cuando ojeó el teléfono. Bufó y lo lanzó sobre la cama—. ¿Viste? Por estar pensando en la venganza contra esa mujer, nos olvidamos de cosas más importantes. De Halcón, por ejemplo. Ese sigue queriendo darnos caza.

—Dime algo que no sepa. —Ricardo se masajeó la sien y bufó. El dolor por la resaca iba en aumento por el estrés—. ¿Fueron los de la TBB? No creo que esos pájaros sean tan idiotas como para arriesgarse tanto sin un plan. Además, Vanessa es como la sobrina de Halcón. Si se pasan van a recibirla por correo, a trocitos.

—No, no fueron ellos.

—¿Entonces?

—¿Recuerdas a Alaric Collins? —Los ojos de Ricardo se abrieron con sorpresa y la pupila se le achicó—. Veo que recuerdas a ese loco de ojos pintados, con mucha claridad.

—No puede ser, ¡lo dimos por muerto!

—¡Pues no lo está! —Andrés hizo espavientos con los brazos—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que se habrá juntado con Feray y tendremos competencia —respondió Ricardo. Andrés asintió—. Esa mujer es peor que una víbora.

—Y junto con Alaric son un arma muy peligrosa.

—¡Joder! —Ricardo pateó la cama con rabia—. Tenemos que encontrarlos.

—Ellos nos tienen localizados —aseguró Andrés—. Supieron que había tomado una avioneta cuando pedí específicamente que nadie supiera que quien transportaba la mercancía era yo. Tienen a alguien infiltrado. Tenemos que notificarle a Omar.

—No. —Ricardo entrecerró los ojos y se quedó pensando en las posibilidades que existían de una traición por parte de Omar—. Por ahora, no le digamos nada.

—¿Crees que nos traicionó?

—Quién sabe, sobrino. En este trabajo, cualquiera puede matarte.

En el lugar del accidente, un hombre con la raya de los ojos pintada de negro como un pirata observaba lo que quedaba de la avioneta. Recogió uno de los sacos de droga y probó la sustancia. Arqueó una ceja y caminó hacia la dirección de los cuerpos. Sus empleados se encontraban sin vida y por todo el lugar. Sin embargo, lejos de sentirse mal o derrotado, sonrió con felicidad. Sus ojos azules centellearon como solo un cínico podría hacerlo. Se acomodó bien la chaqueta de cuero y sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—Feray, todo está saliendo como te dije —informó—. Andrés terminó con todos y ahora mismo, le estará informando a Ricardo.

—*Genial, Alaric* —respondió la mujer tras el teléfono—. *No debieron dejarnos fuera del negocio. Van a pagarlo muy caro.*

—Ellos y los pájaros espías. —Alaric empezó a reír a carcajadas—. Esto va a ser como jugar al «tú la llevas». Caerán uno por uno.

La sonrisa en el hombre se agrandó y la frialdad de su alma afloró en sus ojos, sin el mínimo remordimiento por la carnicería que sus ojos estaban observando.

Capítulo 9: Propiedad del coronel

Le advirtieron que en la lucha por el poder perdería, e intentaron callar la ley de sus labios. Amenazaron y las palabras que sus oídos escuchaban le oprimieron los pulmones, pero no lo suficiente para hacerlo callar. Le hicieron bailar entre mentiras de algodones empolvados y perfumados por azufre y así lo arrastraron a su propio infierno. Él no quería ser militar; sin embargo, su padre insistió para que fuera más hombre.

Jamás entendió que el hecho de elegir a quién amar no le quitaba su hombría. Elías Ávila tuvo que luchar solo. Contra viento y marea hasta alcanzar un puesto relevante. Sin embargo, todo se oscureció cuando los casos sospechosos de narcotráfico y armamento involucraban al escuadrón en el que él servía.

—Teniente general, debería preocuparse más por usted y los suyos —le advirtió Omar a un joven e inexperto Elías. Este dibujó una mueca en el rostro y negó con la cabeza—. ¿Se niega a cumplir mis órdenes?

—Usted está encompinchado con el comandante Villalba, ¿no es cierto? —preguntó sin más. Omar suspiró hondo y apretó los labios con rabia—. Somos militares, no traficantes.

—Es muy joven, Ávila. Demasiado. —El hombre posó la mano en la espalda de Elías, pero el joven se apartó con brusquedad—. Te lo digo como consejo, deja de investigar sobre nosotros.

—¿Si no?

—Acabaremos contigo, teniente. —Omar se arregló la chaqueta. En honor a su retiro de la milicia, había una fiesta en la que todos los de la brigada estaban invitados. Incluido Elías—. Disfruta de la fiesta.

—Usted igual, señor, mientras pueda —la advertencia de Elías sucedió en el momento justo en el que un mensaje le aseguraba al militar que, según las investigaciones que había llevado, no solo traficaban con armamento y droga, también con seres humanos. El ceño de Elías se frunció y la agresividad se trasladó a los sentidos de Omar. Ambos se observaron y se comprendieron sin palabras. Elías estaba dispuesto a acabar con él y con su compañero. Por otro lado, a Omar no le iba a temblar el pulso.

Cuando los invitados cortaron la lucha interna de ambos y se llevaron al homenajeado, Elías se retiró sin querer pasar más tiempo en ese lugar.

—Llegas temprano, hermano —lo recibió una joven de pelo rubio, largo y ojos bicolores como los suyos. Elías se acercó a ella y dejó un suave beso en su frente. Le acarició los brazos y la estrechó con suavidad, dejando un hueco entre ambos para la barriga de la mujer embarazada a la que estaba estrechando—. La pequeña se alegra de ver a su tío.

—¿De verdad? —Elías sonrió y se agachó frente a ella. Besó su barriga y la acarició con una ternura impropia de un militar tan rudo como él mostraba ser—. Hola, bebé, ¿sabes que tu tío te quiere? Ansío poder verte la carita y llenarte de besos.

—Le gusta cuando le hablas. —La joven tomó la mano de su hermano y la puso en el lugar exacto donde las patadas se sentían.

—¡Anda! A ver si nos sale futbolera —bromeó Elías.

—Creo que será inquieta y adicta al café como su tío.

Entre risas, los hermanos no se percataron de que el padre de familia se había levantado.

—¿Qué hacen tan tarde y en el salón? —El hombre hizo una mueca al observar la actitud cariñosa de Elías. Pronto se levantó y se irguió como si estuviera en el campo militar—. No disimules. Le estabas dando cariño a ese bastardo.

—No le lames bastardo —regañó Elías. Su hermana lo sostuvo del brazo para calmar su ira.

—Déjalo, no me importa —le susurró la joven—. Vamos a la cama, hermano.

—Es un bastardo, ¿acaso sabemos quién es el padre? —siguió atacando el hombre—. Solo me dan dolores de cabeza. Quién sabe de quién lleva la sangre ese niño.

Elías iba a responder, pero su hermana lo detuvo una vez más. Le dio un suave tirón en el brazo y con una sonrisa tierna apaciguó las aguas embravecidas en el interior de Elías. Ambos se marcharon a sus habitaciones tras despedirse con un beso en la frente.

No obstante, esa noche no estaba destinada para el descanso. Con un golpe en la parte baja de la casa, Elías se alertó. Se movió en la cama y tomó su pistola. Después de las palabras de Omar, no dudaría en disparar a cualquiera que se hubiera adentrado en su hogar en la madrugada.

Se apegó a las paredes y posó el arma sobre su pecho. A cada esquina pasaba primero la pistola y luego se asomaba con sigilo. Bajó cauteloso las escaleras y se encontró en el salón. Sobre el sofá, los cojines amontonados y desparramados por el suelo le advirtieron de un allanamiento. Escuchó un sonido parecido a pasos por la cocina y dirigió la mirada y la pistola hacia allí. Sin embargo, lo sostuvieron por la espalda y le cubrieron la boca con un trapo húmedo. No pudo hacer ruido y la pistola cayó al suelo con rapidez. Se intentó resistir, pero pronto sus fuerzas se desvanecieron a causa del cloroformo.

Cuando recobró el sentido, se observó lleno de sangre que no le pertenecía. Habían derramado ese líquido sobre sus ropajes, aun así, él seguía en el salón. Se tocó la cabeza y con dolor se apretó la sien. Observó la situación hasta que su vista fue nítida y se alarmó al no saber de dónde provenía esa sangre que todavía se sentía tibia sobre el suelo. Se levantó del piso y se tambaleó. Logró sostenerse del barandal de la escalera y subió uno a uno los escalones que se observaban con manchas claras de sangre.

El pulso se le aceleró, los pulmones no podían recoger el aire, y las pupilas se le achicaron cuando se percató de que la puerta de la habitación de sus padres estaba abierta. Corrió con desesperación hacia el encuentro de ambos, muertos, sobre la cama. Con varios tiros en zonas donde era claro que agonizaron por un largo tiempo y poco a poco se desangraron hasta empapar toda la estancia. Las zapatillas de Elías se empaparon por la sangre de ambos y todavía pudo escuchar las gotas que caían al suelo desde el dedo índice de su madre. El «chip chap» de las gotas cayendo sobre el enorme charco que revestía la habitación, marcó las horas de Elías.

—Papá, mamá —dijo con la voz rota y temblorosa. Sus manos sudaron de los nervios. Sostuvo el rostro de su padre y aumentó su llanto. Lo zarandeó un poco y lo sintió frío—. No puede ser, ¡papá, levántate y regáñame!

Las lágrimas de Elías comenzaron a cegarlos. Tomó a su madre de las manos. Lo único que permanecía algo caliente era el líquido que salía de su aorta. Le acarició el pelo y agachó la frente hasta que la posó sobre su pecho. Fue entonces cuando el olor de su madre, ese que

nunca más volvería a sentir, le recordó a ese perfume que usaba su hermana. A flores frescas. A bondad y ternura.

—Hermana —susurró. Todo el cuerpo le temblaba, imaginando lo peor. Soltó con cariño a su madre y corrió hacia la habitación de la joven—. ¡Hermana!

—Elías. —Logró escuchar con un lamento. Pronto se encontró al lado de la malherida mujer. Tiroteada en el pecho, había roto aguas prematuramente. Sus labios se encontraban morados, su piel blanca como una muñeca de porcelana frágil. Elías negó con la cabeza y se quitó la camisa. Le presionó uno de los balazos y la escuchó gruñir de dolor—. Hermano, es inútil.

—¡No digas eso! —exclamó Elías. Su hermana le sostuvo el rostro con las pocas fuerzas que le quedaban y juntó ambas frentes.

—Coco —dijo en susurro, lo que él le decía cuando le hacía ese gesto al ser pequeña y jugar con ella.

—Coco —respondió Elías desconsolado. La estrechó entre sus brazos y observó hacia su barriga, encontrándose con la sorpresa de la sangre que también expulsaba por el bebé.

—Salva a tu sobrina, Elías —pidió la joven—. Por favor.

—Salvaré a las dos. —Ni un segundo demoró en tomarla en brazos. Corrió con ella hasta el coche y llegó al hospital con la joven inconsciente.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó el recepcionista del hospital.

—¡Atacaron nuestra casa, mi hermana y mi sobrina están graves! —Elías salió con los doctores y los ayudó a cargarla en la camilla. Su impotencia creció cuando la adentraron por un pasillo donde no lo dejaron pasar—. ¡Sálvenlas, por favor! —Bajó la voz—. Son la única familia que me queda.

Minutos después, un doctor interrumpió el impulsivo acto de tomar cafés en Elías. Lo hacía al estar nervioso y eso agravaba la situación.

—Señor —lo llamó el doctor. Elías lanzó el vaso a la papelera y se acercó corriendo hacia él.

—¡Dígame que están vivas, por favor! —La respiración del militar era angustiante—. ¡Si les pasa algo yo me muero detrás de ellas!

—Todavía es muy pronto para darle noticias, pero haremos lo que esté en nuestras manos. Como comprenderá, en un caso así debemos dar parte a las autoridades —explicó el doctor—. Espero que lo entienda.

—Sí, claro, soy teniente —expuso Elías—. Sé cómo actúa la ley en estos casos.

—Bien, dará declaración en cuanto lleguen.

Elías asintió y suspiró hondo. Se miró en los cristales de una de las ambulancias y se divisó sin camisa. Comprendió los cuchicheos de algunas de las doctoras y enfermeras del hospital. Apretó los labios y decidió ir al coche para no llamar más la atención hasta que la policía llegase para prestar declaración.

El sonido de un móvil se escuchó al llegar al vehículo. Se sorprendió al verlo sobre el asiento del conductor. No era el suyo y tampoco el de su hermana. Miró alrededor y no vio a nadie que le resultara sospechoso. Ya no sabía qué esperar. Bufó y apoyó la frente sobre la puerta del coche. Se golpeó leve varias veces hasta que decidió ingresar al vehículo y descolgar.

—Te lo advertí —fanfarroneó Omar.

—Eres un hijo de puta. —Elías golpeó con rabia el volante—. Te voy a matar con mis propias manos y, si me entero de que Villalba está metido, también lo mataré.

—Gracias por darme tanta importancia —se burló el hombre al teléfono—. Pero nuestro asesinato tendrá que esperar. Me han dicho que a los desequilibrados que matan a toda su familia por enajenación mental les dan unos cuantos años de prisión.

—¿Qué? —Elías apretó las manos en puño y la voz le salió rasposa—. ¿Qué demonios estás diciendo?

—Llegaste de la fiesta con unas copas de más, y con tu arma reglamentaria mataste a toda tu familia —Al escucharlo, Elías se llevó la mano al pantalón y notó que no portaba su arma. Recordó que la empuñaba antes de ser dormido con cloroformo. Bufó y se pasó una mano por la cabeza—. Así es. Van a creer que los mataste tú, y con pruebas de balística lo comprobarán. Además, ¿vas a culparme? Sigo en la fiesta, Elías. Antes de amenazar, debes saber a quién te diriges. Eres muy fácil de destruir. Un peón más. Solo me hace falta hacer una cosa para que pases toda tu vida entre rejas.

Omar colgó antes de que siquiera Elías pudiera reaccionar, preguntar o simplemente responder.

—Mierda —murmuró el joven teniente. Bufó y cuando el llanto en él era insoportable, empezó a golpear con rabia el volante del coche. Ahogó los quejidos, el dolor y se agarró la camisa a la altura del pecho. La ansiedad lo nubló. Miró hacia el hospital y gimoteó. Debía irse, no podía estar preso por un crimen que no cometió y permitir que el asesino de sus padres quedara impune. Arrancó el vehículo con la esperanza de que, si lo llamaban, sería para darle la noticia de que su hermana estaba viva y, con ello, diera la confesión definitiva que no lo culpara.

Llegó a la escena del crimen buscando alguna pista que lo ayudase a verse inocente. Sin embargo, solo la suela de sus zapatillas se dibujaba en la sangre esparcida por todo el suelo, y la única arma usada era la suya. No había nada más. Ni siquiera forcejeo en puertas o ventanas. El sonido de su teléfono móvil lo llevó, arrastrando los pies y devastado, hacia su habitación. Se dejó caer en la cama e intentó pensar que los cadáveres de sus padres no seguían ahí. Descolgó.

—¿Sí?

—¿Dónde está, cadete? —preguntó el comandante Villalba—. Amaneció y ya sabe que teníamos que ir a una zona de inspección para asegurarnos de que esté todo en orden.

—¿Usted no sabe nada? —preguntó Elías con un hilo de voz.

—¿Saber qué? Si no viene lo suspendo.

Las sospechas que tenía Elías acerca de que Villalba estuviera envuelto en el caso eran cada vez más confusas. Así que limpió su piel, despejó su rostro y cambió sus ropajes antes de dar parte a las autoridades, acerca de los cuerpos que se hallaban en casa. Desaparecer en un momento como ese era el indicado. Al menos hasta que pudiera pensar qué hacer.

Todo pasó muy rápido. Subir al avión, descubrir el cargamento de drogas y verse envuelto en un altercado con todos sus compañeros. Más tarde lanzó una bomba, que estalló parte del avión. La mercancía se perdió y cuando colisionó en el agua se observó en una playa junto con su superior que, a risas y con una frialdad absoluta, se apuñaló con un cuchillo y le aseguró que lo culparían también de esa catástrofe.

Por mucho que sus pies corrieron, por mucho que quiso evitarlo, lo inevitable lo apresó con sus celdas tras el veredicto de «culpable». Villalba sobrevivió y testificó que Elías había enloquecido y atacado a toda la brigada, para más tarde intentar matarlo a él. Después de observar el panorama en su casa, no hubo dudas para encarcelarlo.

—Tengo una mala noticia —se mofó Omar, apoyado de las barras de la celda. Elías

permanecía sentado en el suelo con la mirada fija, perdida—. Tu hermana ha muerto y el bebé también. Ahora te sumarán más años por asesino.

Elías alzó con lentitud la mirada. Dejó de pensar. Su cuerpo se levantó por impulso, se acercó a la reja, tomó al hombre por la camisa, entre los barrotes, y lo golpeó con fuerza contra el hierro. Le rompió el tabique nasal y lo observó sangrar. Gruñó y golpeó las rejas cuando lo miró alejarse.

—¡Algún día voy a salir de aquí, Omar, y te mataré! ¡Juro por mi vida que te mataré!

—¡Maldita sea! —El hombre se limpió la sangre con la manga de la camisa—. ¡Iba a ser compasivo contigo, pero ahora estás jodido Elías, muy jodido!

Sin nadie que abogara por él, Omar se encargó de trasladarlo a una prisión apartada de la mano de Dios, donde las continuas palizas se sumaban al hambre y las adversidades climáticas. Aquel lugar donde, sujeto por las manos y los pies, le arrojaron agua ardiendo en el rostro para quemarle las retinas y dejarlo ciego.

—¡Aaaah! —gritaba Elías con desesperación—. ¡Parad!

—Tienes los ojos demasiado bonitos como para dejarlos intactos, espía —lo acusó el hombre, pues Omar le había puesto más cargos. Espionaje y traición. Los gritos de Elías fueron decayendo como sus ganas de vivir, y ladeó el rostro. Toda el agua le cayó a su ojo azulado y se esfumó por completo la visión.

Y justo cuando creía que iba a morir, uno de los soldados que allí trabajaban y que más tarde degradarían por ayudarlo, desató los grilletes cuando el sol se puso. Le estrechó la mano presentándose. Ese estrechón de manos fue un pacto de amistad que perduró hasta la actualidad.

—¡Elías, ey! —Carlos, quién lo había salvado años atrás, lo zarandeó apenas.

—Vino anoche diciendo que le habían atacado en el hotel —informó Gabi.

Cuando Elías abrió los ojos, después de soñar con el pasado como si estuviera ocurriendo en ese momento, dejó que el impulso lo llevase hacia Carlos y lo abrazó con fuerza.

—¡Oye! —Carlos levantó los brazos, sorprendido, y se quedó con la boca abierta. Sintió asfixia por un momento y lo tomó de los hombros, intentando alejarlo de él—. Elías, me vas a matar. Soy un ser vivo, necesito oxígeno.

—Cállate. —Elías lo empujó con molestia y por poco le da contra la pared, sin quererlo—. Rompes todos los momentos bonitos. Por cierto, estás muy canoso. Nada queda de aquel joven que me sacó del infierno.

—¿De nada? —Carlos hizo una mueca, pero luego sonrió, sabiendo que era la forma que Elías tenía de demostrar su afecto. Incluso Gabriela escondía la risa—. Cuervo me dijo que te vas a reincorporar en la milicia.

—Le dije que es una locura —intervino Gabriela—. Soy doctora, no es prudente que vuelva.

—Yo creo que podría ser una terapia de choque —confesó Carlos.

—Pero ¿qué dices?! Sí, Elías tiene razón, te han sentado muy mal los años.

Elías suspiró. Los dejó discutiendo y se levantó de la cama. Dijeran lo que dijeran, iba a volver, debía hacerlo. Cuando Elías se mostró en calzones, Carlos cortó las palabras y se quedó mirándolo. Luego observó a Gabi. Solo había una cama. Su sorpresa era tal, que la chica pronto entendió.

—¡No! ¡Quita tus pensamientos extraños! ¡Aquí no pasó nada! —Se alteró la doctora y movió las manos haciendo movimientos erráticos—. ¡Le gusta dormir así, no hay más!

—No mientas —bromeó Elías desde el baño—. Duermo así porque me haces chantaje. Te pago viendo mi cuerpo para que me dejes dormir en tu cama.

—¡Elías! —con el grito de Gabi se le escuchó reír—. Es insoportable.

—A mí me lo vas a decir —comentó Carlos a baja voz. Luego se dirigió a Elías—. ¿Y cuándo te vas a reincorporar?

—Hoy —contestó en rotundidad.

—¿Qué?! —exclamaron sus compañeros a la vez.

—No hay más terapia de choque que esa —afirmó. Salió del baño con el cepillo de dientes en la boca y se encogió de hombros—. Y adivina quién me acompañará. Siento que te invoqué, Carlos.

—Qué suerte la mía. —El sarcasmo de Carlos le arrancó una sonrisa a Elías—. No sé por qué no me niego, si eres un suicida.

—Me quieres.

—Bueno, me iré a trabajar —avisó Gabriela—. Sirve para que me despeje de tanto coqueteo.

—¿Cuál coqueteo? —se molestó Carlos. Elías siguió cepillándose los dientes sin objetar nada.

La corneta y los gritos de Andrés despertaron a Vanessa como cada mañana que había pasado en el centro de entrenamiento. Pero esta vez, los azotes a la puerta que dio el general fueron más agresivos que de costumbre. Vanessa se sentó de golpe en la cama y cuando volteó a verlo se percató de que estaba embravecido y se fijaba en ella. La furia en su mirada, el odio que emanaba de su ser le provocó un escalofrío. Hasta el momento, a pesar de las discusiones y malos tratos, no la había mirado así.

—Al parecer, el general no está de humor hoy —comentó Arianna mientras se alistaba. Andrés se había retirado a esperar afuera al escuadrón. Vanessa aprovechó el momento para sacar el móvil de entre sus pertenencias y mandarle un mensaje a su primo Wade. Sin embargo, el mensaje pronto se convirtió en videollamada.

—*Dijiste que ibas a llamarme todos los días* —respondió el primo con seriedad. Todavía estaba en su habitación y se veía recién duchado con una toalla gris envolviendo su cintura.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ari con apenas verlo desde el teléfono. Vanessa la alejó y bufó mirándola con enojo—. ¡¿Quién es ese?!

—Es mi primo pequeño —contó Vanessa.

—¡¿Cómo que pequeño?! ¡Dudo de que ese hombre tenga algo pequeño!

Vanessa la observó con los ojos saltones por la impresión. Su primo seguía serio, impasible, como si estuviera jugando al póker. Su molestia solo se sintió por un resoplido. Golpeó con el puño la pared de la habitación y el sonido fue suficiente para que Vanessa prestase atención a la conversación y su amiga se callara.

—*No me gusta que me mientan* —siguió Wade.

—No te mentí, primo. Fueron días difíciles —lo intentó calmar.

—*¿Días difíciles? ¿Quién te ha hecho los días difíciles?* —Arianna lo iba escuchando y

acercándose a la cama de Vanessa hasta quedar sentada en el colchón y disfrutar de las vistas. Wade la observó y arqueó una ceja, extrañado—. *¿Y esa quién es?*

—¡Me llamo Ari! —contestó ella antes de que Vanessa pudiera hablar.

—*Hola.*

—¡Me saludó! —Con efusividad, ella tomó el brazo de Vanessa y la zarandeó—. ¡Me saludó tu primo sexi!

—Ya vi, ya vi —balbuceó Vanessa. Su primo volvió a observarla con seriedad a través de la pantalla y su mirada marrón se le clavaba como dagas en las entrañas—. Wade, tranquilo, nadie me está haciendo los días difíciles. Los comienzos cuestan, eso es todo.

—*Es que si me entero de que alguien te lastima o te rompe el corazón, yo le arrancaré el suyo y lo pasaré por la licuadora.*

Las dos se quedaron en silencio al escucharlo. Vanessa miró de reojo a Ari y ella hizo lo mismo. Cuando los gritos de Andrés fueron más notorios, Vanessa se apresuró para terminar la llamada.

—Primo, relájate, te van a salir canas. —Besó hacia el móvil—. Tranquilo, intentaré llamar más. Te quiero.

—*Pero, Vane...* —Vanessa colgó y lo dejó con la palabra en la boca.

—Tu primo me infunde respeto —comentó Ari—. Pero está como para hacerle un hijo.

—Ahora estará furioso por colgarle de esa manera. —Entre risas volvió a esconder el móvil. Se terminó de vestir y salió con sus compañeros.

Andrés no tenía apetito esa mañana. Tampoco quiso tomar una ducha en su redil, donde podía disfrutar del lujo de tener ducha propia, con agua caliente, al igual que Ricardo. Ese día sentía que necesitaba refrescar sus pensamientos. Se quitó la ropa y se metió debajo del chorro de la ducha que usaban los cadetes. Miró al cielo y aguantó el frío mientras las nubes se le dibujaban en sus ojos claros. Aunque parecieran apacibles, sus mejillas no solo se mojaban por el agua, también por alguna lágrima traviesa que se resbaló al pensar en su madre. Sin embargo, su angustia iba creciendo, no solo por lo que siempre le acongojaba, sino porque su mente no dejaba de divagar. Pensaba en su tío, en por qué su madre se había alterado tantísimo al notar su parecido con él, si era su hermano. En los hombres que aseguraron que la mafia más grande que gobernaba el país traficaba con personas. En el intento de asesinato y la rabia que sentía por tener que ver a Vanessa cada día sin poder terminar con el plan, dándole un balazo a ella y cada miembro de su familia.

—Algo se me escapa —murmuró para sí.

—¡General, termine ya! —ordenó Lorena desde afuera—. ¡Está formando cola y retrasando los entrenamientos!

—¡Cállese, teniente! —bramó Andrés. Apretó las manos en puño—. No me deja pensar.

—¡Pero debe entender que nos retrasa el horario!

—¿Qué está pasando? —preguntó Ari cuando llegó a la cola junto a Vanessa. Esta se encogió de hombros.

—No lo sé. Iré a ver. —Ari asintió y la dejó ir junto a Lorena—. Teniente, ¿está todo bien? Si hubo problema en las cañerías puedo echarle un vistazo. Mi papá me llevaba con él cuando debía arreglar cosas de la casa.

—No es eso, es que los Reyes desesperan a cualquiera —susurró para que solo Vanessa escuchara. Volvió a golpear la puerta—. ¡Andrés!

El general azotó la puerta. Su cuerpo desnudo fue el aliciente perfecto para un sofoco

automático en todas las cadetes presentes. Lorena apartó la vista y cubrió su boca con asombro.

—¿Quién demonios le dio autoridad de llamarme por mi nombre, teniente?! —bramó enfurecido. Alargó los brazos en cruz y se encogió de hombros—. Ya he salido, ¿contenta?

Vanessa estaba en *shock*, pero sus ojos recorrieron cada músculo de Andrés. Dibujó su silueta como si fuera un cuadro que debía admirar. Se fijó en cada marca y cada peca que decoraba su piel. Incluyendo los tatuajes que formaban dibujos únicos. Detuvo la mirada en su antebrazo izquierdo, donde portaba la silueta, en negro, de un humano. Vanessa arrugó la nariz por el secreto que podría esconder esa enigmática sombra tatuada. Sin embargo, su recorrido visual le nubló los sentidos. Se fijó en su trasero perfecto. Se mordió el labio inferior sin pretenderlo. Terminó ojeando lo que portaba entre las piernas y jadeó, quedándose con la boca abierta. Andrés la ojeó de reojo e hizo una mueca. Caminó hacia ella hasta que la arrinconó contra la pared. Su abrasadora mirada la poseyó como solo un ardiente villano podría hacerlo. Le arrancó jadeos sin tocarla. Le aceleró la respiración y le secó la boca. Cuando la joven chocó con la pared, él alargó el brazo y tomó la toalla que había dejado en uno de los ladrillos. Le cortó la respiración, pues el pecho de ambos se rozó. Cuando volvió a la posición, Andrés se colocó la toalla alrededor de la cintura y le susurró bajo, ronco, con una voz tan varonil que podría derretir a cualquier mujer.

—Eres perversa, pero no me desees.

—No lo hago —respondió ella con la voz temblorosa.

—Bien, porque desearme a mí puede llevarte al infierno.

Andrés dio un paso atrás y sin mirar a nadie se retiró para terminar de vestirse. Todos los compañeros de Vanessa, incluyendo la teniente, se habían quedado con la boca abierta sin saber cómo reaccionar ante lo que estaban viendo. Por primera vez en su vida, las piernas de Vanessa temblaron. Se desvaneció y fue sujeta por Lorena. La tomó del brazo e impidió que cayera al suelo.

—Cadete Marim, ¿está bien? —preguntó la teniente.

—Sí, sí. —Vanessa se tocó las mejillas ardientes y observó cómo Andrés la observó por un instante antes de cerrar la puerta. Su mirada fue instintiva hacia el lugar de descanso del coronel y allí lo encontró. Impasible, serio, con los brazos cruzados tras haber observado la escena por completo. La furia de Ricardo lo empujó a ir hacia Vanessa y tomarla del brazo.

—¡Ey!

—¡Camina!

—¡Me lastimas! —El *shock* en todos los presentes solo aumentó al ver a Vanessa siendo arrastrada por el coronel de esa manera tan posesiva—. ¡¿Qué demonios te pasa?!

—¡Cierra la boca y obedece de una jodida vez! —Al adentrarse en su redil, Ricardo la empujó y cerró puerta. Vanessa tropezó y por poco cayó al suelo. Sin embargo, tras recobrar el equilibrio se volteó y su mano visitó con fiereza la mejilla de Ricardo.

—¡A mí me respetas! ¡¿Oíste?! ¡Me respetas! —Levantó el dedo en advertencia. Ricardo se quedó con la boca abierta y los sentidos fuera de control—. ¡Que seas mi coronel no te da derecho a tratarme como un muñeco de trapo!

Ricardo gruñó para sí mismo y se pasó el dedo por la comisura de sus labios. Observó la sangre que la bofetada de la joven le había provocado. Sonrió con rabia y caminó fiero hacia ella. La tomó por el pelo desde la nuca y le arqueó la espalda hasta que quedó pegada a él. Vanessa lanzó una exhalación y apretó las manos en los fuertes brazos de Ricardo.

—Así me gusta —gruñó él—. Que saques tu verdadera forma de ser, conmigo. Solo

conmigo.

—¿De qué hablas? —La respiración de Vanessa estaba ajetreada. Su pulso iba a mil. No podía respirar con normalidad. Su cuerpo tembló por completo. No eran solo las piernas, esta vez, cuando Ricardo la sostuvo de la parte baja de la espalda, todo su ser se contrajo. Tragó saliva y se le escapó un suave quejido.

—Hablo de esto, mírate. —Ricardo la sostuvo de los hombros y le dio la vuelta con brusquedad. Ella se quejó y sintió como le apresaba las manos tras la espalda. Le levantó el rostro, tomando su mentón y quedando a espaldas de ella. La obligó a verse en el espejo del armario. Roja, alterada, excitada, sin poder siquiera cerrar la boca, porque de lo contrario no podía respirar lo suficiente. Ricardo golpeó con la rodilla la parte interna de sus muslos y le abrió las piernas. Ella gimoteó y no pudo evitar volver a estremecerse. Cerró los ojos, intentando no verse tan perdida en el espejo, pero la perversión en ella crecía a unos límites que no creyó posibles y volvió a mirarse, sintiéndose tan poseída por el coronel.

—¿A qué juegas? —preguntó la joven con la voz temblorosa.

—Tú eres la única que está jugando a ser la tentación del villano, Vanessa —susurró Ricardo. Con el rostro le apartó el pelo del cuello y posó la nariz sobre la piel sensible de esa zona. Vanessa no se alejó. Ladeó el rostro y gimoteó. En su interior, se estaba odiando. No podía ser la chica perfecta que todos creían que era cuando estaba con él. Desataba su locura. Ese animal dormido que ansiaba salir y arañar a todo el mundo—. No eres inocente ni dulce. Lo sabes.

—Suéltame —pronunció la joven.

—Tu boca me dice que te suelte, pero tu cuerpo, tu cuerpo me grita que lo toque y lo pruebe hasta la última consecuencia. —La tomó del rostro y la obligó a ver de nuevo hacia el espejo—. Mírate y mírame, Vanessa. Porque no quiero que haya otro hombre que te haga temblar las jodidas piernas y te moje como yo. No me hagas enfurecer.

Vanessa jadeó y dejó salir un pequeño grito. Sus ojos se encontraron con los del coronel a través del espejo.

Aunque todo escapaba a su comprensión, se hundió en sus ojos grises de modo que no existía nada más. Vanessa iba a sacar su verdadero ser. Iba a darse la vuelta y besarlo hasta arrancarle un gemido. Sin embargo, al moverse un poco lo escuchó hablar de vuelta.

—Eres de mi propiedad, ¿entendiste? —Esas palabras fueron el detonante para que Vanessa le diera un fuerte codazo en la boca del estómago y lo obligase a soltarla.

Ricardo se quejó y se agarró en donde le dolía. Cuando se iba a abalanzar de nuevo hacia ella, encontró la mano de Vanessa en alto, indicándole que se detuviera.

—No soy de tu propiedad, Ricardo. No soy ningún objeto. Si dejo que mi cuerpo se caliente contigo es por decisión propia, no porque tú me lo ordenes o por querer complacerte. —La mirada de Vanessa se oscureció. Se volvió agresiva, intimidante a pesar de su estatura. Levantó un dedo en advertencia y siguió—: Mi mundo no gira alrededor de un hombre con grandes atributos, ¿entiendes? Me importa una mierda lo poderoso que seas, el dinero que tengas. —Tomó la cartera de Ricardo que se encontraba en la mesa y se la lanzó al pecho—. No me vendo por nada ni por nadie. Tampoco mandas en mí fuera del rango militar. Que yo sepa estoy soltera y tú también lo estás. Tanto como para traer mujeres aquí con las que te acuestas. ¿Qué mierda me estás reclamando? Me temblarán las piernas con quién quiera. A ver si por ser mujer no puedo hacer lo mismo que un hombre cuando es soltero. ¡Ubícate! —Vanessa tomó el pomo de la puerta y lo apretó con rabia—. Y, sobre todo, deja de tratar a la gente como objetos porque a la

próxima que me arrastres como un títere, en vez de sentirme tentada, te daré un rodillazo en los huevos tan fuerte que te dejaré estéril.

Vanessa se salió del lugar y azotó la puerta tras ella. Cuando dirigió la vista hacia sus compañeros, se sorprendió al ver que estaban en silencio, gustosos del chisme. Al darse cuenta del cabreo que llevaba la joven, todos los cadetes, incluida la teniente, disimularon estar haciendo otras cosas, aunque era notorio el hecho de que estaban poniendo la oreja. Vanessa suspiró y entornó los ojos.

—Con lo bonito que había amanecido y me tiene que tocar este imbécil —regañó entre dientes. Volvió con sus compañeros, pero solo por como miraba, ni siquiera Arianna se atrevió a abrir la boca.

Ricardo se había quedado a cuadros. Su expresión era un poema. Anonadado. Se observó en el espejo y tocó su mejilla enrojecida por la bofetada. Resbaló los dedos hacia el labio partido por el mismo impacto y se lamió la herida, pasando la lengua con suavidad. Una sonrisa ladeada se dibujó con lentitud en su rostro.

—Ya entraste a mi juego, Caperucita —susurró—. Ya sé cuál es tu verdadero ser y jugaré eso a mí favor.

El general, lejos de pensar con el acto lascivo que había hecho de forma impulsiva frente a todo su escuadrón, sacó un cigarrillo y empezó a fumar. Cada calada quemaba sus instintos más primarios y ahogaba su ser caótico, para pensar con claridad. Mientras el humo se desvanecía por la habitación, Andrés sacó una caja de debajo de la cama. En ella, se encontraban papeles que, hacía años, Ricardo le había entregado. Actas de nacimiento y pruebas que certificaban quién era su padre y que era el único culpable de la locura de su madre. Entre tantos papeles tomó una foto en la que el hombre salía sonriente junto con todos sus familiares. Incluidos los hijos que sí había concebido en matrimonio. Andrés suspiró y se fijó en cada uno de ellos.

—Pronto dejarás de sonreír —se dijo para sí—. Aunque sea lo último que haga con vida.

La melodía del móvil retumbó por la estancia. Se levantó del suelo y descolgó el número oculto.

—Hola, hijo de puta —respondió sin más.

—*Alaric, me llamo Alaric* —contestó el hombre que llamaba entre risas sarcásticas—. *¿Cómo supiste que era yo?*

—Lo imaginé, eres un cobarde.

—*Crees que me conoces mucho cuando apenas hemos cruzado palabra.* —Alaric suspiró—. *¿Dónde está tu tío?*

—Y yo qué sé, no soy su niño. —El hombre empezó a reír a carcajadas—. *¿Qué demonios te pasa? ¿Ya estás drogado?*

—*Siempre* —admitió Alaric—. *Dile a tu tío que debemos hablar.*

—Claro que debemos hablar, ¡quisiste asesinarme! —exclamó Andrés. Golpeó de una patada la mesilla de noche y cayó un libro que leía antes de dormir. Bufó y lo recogió para dejarlo sobre la cama.

—*Sabía que los ibas a asesinar, no seas dramático.*

—¿Dramático? ¡Estás desquiciado! —Andrés se pasó la mano por el pelo y tiró de él—. Cuando te vea serás tú el dramático.

—*Dile a Ricardo que nos vemos a la hora de comer* —aceptó el hombre—. *Apunta la dirección.*

Andrés caminó furioso hacia la estancia de Ricardo. Pasó de largo por la pista de

entrenamiento y su mirada furiosa se envolvió con la de Vanessa solo unos segundos. Arrugó la nariz con asco, repudio y rabia. La alejó y apresuró el paso. Vanessa entrecerró los ojos y ladeó leve la cabeza. Cada vez le parecía más extraño la manera en la que esos hombres interactuaban con ella. Cuando el general llegó a la estancia del coronel, no le hizo falta llamar antes de que él abriera la puerta.

—Contigo quería hablar —le empezó a regañar Ricardo—. ¿Qué fue eso de la ducha de hace un rato?

—¿Qué? —Andrés pestañeo varias veces, incrédulo de que le estuviera queriendo regañar por algo tan banal.

—Lo que hiciste con Vanessa —recalcó Ricardo—. ¿Debo recordarte quién es?

—¿Te lo debo de recordar yo? —Ricardo formó una mueca tras la contestación altiva de su sobrino. Sin embargo, él cambió la conversación—. Tenemos que marcharnos. Alaric me llamó con una actitud demasiado calmada para lo que me hizo, y tuvo el valor de invitarnos a comer.

—¿Cómo?

—Lo que escuchas.

—Bien. —Ricardo se dio la vuelta, tomó un arma, la cargó y se la pasó a su sobrino. Este la tomó y vio como su tío cargaba otra pistola y se colocó más balas en el cinturón—. Nadie toca a mi sobrino y no recibe las consecuencias.

Andrés asintió con la cabeza. Ambos militares salieron del lugar armados hasta las cejas. Subieron al todoterreno y arrancaron con agresividad, marcando los neumáticos en la arenisca de la entrada. Vanessa observó con atención y llevó la vista hacia la habitación del coronel. No se había detenido a cerrar con llave. Iba a ser su momento para entrar y encontrar el diario.

Capítulo 10: Notas de piano y obsesión

Con una mano tras la espalda, Vanessa hacía flexiones en el suelo. Lorena vigilaba junto con Nathaniel que el escuadrón no se detuviera. Cuando la teniente ordenó el cambio de brazo, Vanessa obedeció y observó a Nath pasar frente a ella. De repente, un pequeño papel cayó ante sus ojos. Frunció un poco el ceño y levantó la vista para encontrarse con una mirada de reojo que el cabo le estaba dando. Fingió caer y tomó el papel con disimulo.

—¡Ay! —se quejó Vanessa para hacerlo más creíble.

—¡Cuidado, cadete Marim! —Lorena se acercó a ella y se agachó—. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Puedes continuar? —Vanessa asintió—. Bien, ¡seguimos!

Vanessa volvió a su posición y siguió con el entrenamiento. Con un leve vistazo, observó a Ari para asegurarse de que no se había percatado de la nota. Ella le sonrió con amabilidad, aunque su cuerpo empezaba a temblar por el esfuerzo.

El entrenamiento cambió y debían correr campo a través sorteando obstáculos. Vanessa observó a Lorena y, en un instante, Nathaniel la entretuvo. Ambos empezaron una conversación acalorada.

—¡Deje de decir cosas inapropiadas, cabo! —le regañaba Lorena—. Al final lo reportaré por mala conducta.

—Solo dije que esos pantalones le hacen un buen trasero. —Nath sonrió y soportó el empujón de la teniente. Observó de reojo a Vanessa y ella lo comprendió. Con disimulo y oculta entre los árboles se separó de la brigada y volvió a las instalaciones. Escondida por la fachada del comedor comunitario, Vanessa miró la nota con un mensaje breve: «Te ayudaré, estoy contigo».

La joven cadete sonrió. Era la primera vez que se sentía arropada desde que había llegado a ese lugar. Suspiró hondo y corrió hacia la habitación del coronel. Con disimulo miró a ambos lados y, al cerciorarse de que nadie la ojeaba, se coló sin ningún problema. Cerró la puerta a su espalda y observó el interior. Pronto, su mirada encontró el espejo donde se había visto por completo entregada a Ricardo. Tragó saliva y expuso un jadeo. Debía encontrar el control con ese hombre. Se acercó a los libros y sorprendida ojeó títulos de romance. Hizo una mueca y tomó uno.

—Vaya, Ricardo, quién lo diría. —Dejó el ejemplar en la estantería y siguió buscando. Entre los libros resaltó una especie de cofre pequeño. Entrecerró los ojos y lo tomó. Con una pequeña duda lo abrió sin esperar lo que encontraría en su interior. Fotografías que la mostraban a ella. Siguiendo y captando cada uno de sus pasos. Incluso cuando fue a estudiar inglés. Había fotografías que la mostraban en la hacienda con todos sus familiares. El terror y la impresión se apoderó de ella. El cofre y las fotografías cayeron al suelo y ella se apoyó contra el armario. Jadeó y miró de reojo su reflejo. Volvió a recordar cómo ese hombre la había tocado y cerró los ojos, apretó las manos en puño, ahogando un quejido. Era cierto que estaba obsesionado con ella, pero ¿por qué?

El odio hacia el Cártel de Las Sombras se extendía por cada rincón del mundo. Por eso, en Italia el miedo se acumulaba en Gian Marco, un joven adinerado al que le habían arruinado la

vida como a tantos otros. Su familia adoptiva formaba parte de la TBB, y al estar relacionado con sus padres biológicos, fallecidos por culpa del Cártel, le hizo jurar a Elías que lo entrenaría hasta volverlo en alguien igual o más letal que él. Así lo hizo. Halcón cumplió su promesa, sin embargo, Gian no podía esperar más. La paciencia no era su virtud y llevaba desde los nueve años ansiando venganza.

Él se ocupaba de administrar armamento para la TBB al igual que tomar decisiones tácticas si se presentaba un combate. Ahí demostraba su inteligencia a la hora de armar planes y eso era lo que estaba haciendo. Traicionando a todos por un bien mayor. El suyo.

La sede de la TBB en Italia era bastante grande, pero operaba igual que todas las demás. Bajo tierra, entre apartados que iban del cargo más pequeño al más grande, el dispositivo de la entrada reconoció los rasgos serios y varoniles de Gian. Escanearon sus ojos castaños y lo dejaron pasar. Se puso la máscara reglamentaria y caminó con seguridad hasta el ascensor. Apretó el número de la última planta y revisó la hora en su reloj de mano. Su actitud no cambió, aun cuando otros compañeros usaban el ascensor con él. Normalmente no hablaba con nadie. No era comunicativo. Solo se dedicaba a matar y operar en situaciones difíciles. Era un buen espía, contaba con el respeto de todos, por eso no fueron capaces de dirigirle la palabra ni para decirle buenos días. Al llegar al despacho del Cuervo, aumentó la velocidad de los pasos. Sabía que el jefe no se encontraba en Italia, pero sí su mano derecha, así que tenía los minutos contados. Sacó una cinta adhesiva y la pegó en el teclado del ordenador que reposaba en la mesa. Con polvo traslúcido, miró la huella dactilar de Cuervo.

Colocó la impresión en una pantalla que cubría una caja fuerte. El detector lo dio por bueno y la puerta se abrió. Detrás de esta, se encontraban archivos y un dispositivo electrónico elaborado, con el que Cuervo vigilaba todos los pasos de la policía y cualquier ser humano que quisiera rastrear. Era tecnología avanzada, tanto, que solo se le estaba permitido a él usarla. Pero, Gian no lo pensó ni dos segundos y lo robó. Se colocó el ordenador debajo de la chaqueta de cuero negra y volvió a sellar la puerta. Salió del despacho y subió al ascensor sin quitar el porte enigmático que ya todos conocían. Cuando salió de la sede, se quitó la máscara y como señal de su desacato la dejó caer en el suelo. Iba a detener al Cártel de Las Sombras, aunque tuviera que hacerlo por sus propios medios.

Llegó a su casa. Varios criados abrieron la puerta de la mansión. En el interior, su hermana mayor lo observó con recelo. Su expresión cambió cuando se dio cuenta de lo que portaba Gian en sus manos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Antonella—. Nos acabas de condenar a la muerte, Gian. La TBB no perdona.

—Para morir solo hace falta estar vivo —respondió Gian con sequedad—. No me da miedo, hermana. Ya no.

Gian abrió una habitación repleta de armamento y empezó a cargar toda clase de dispositivo explosivo y de defensa dentro de sacos. Antonella suspiró y se pasó las dos manos por el pelo. Alterada, sabiendo que su hermano adoptivo iba a meterse en problemas, corrió hacia la habitación y tomó su móvil. Llamó a Elías acalorada y escuchó cómo descolgaba.

—¡Halcón, soy el Azor, la hermana del Gavilán! —exclamó la muchacha, intentando hablar castellano correcto—. ¡Se ha vuelto loco! ¡Tienes que llamarlo, no puedo contener más sus neuras!

—Hermana —respondió Gian a través del móvil. La pupila de Antonella se achicó—. ¿Crees que no había pensado en ti mucho antes? No podrás llamar ni mandar mensaje a nadie

hasta nuevo aviso.

—¿Qué?! —Antonella colgó y corrió de nuevo hacia su hermano—. ¡Detente, Gavilán! ¡Van a matarnos! ¡Sé por todo lo que pasaste, pero el ojo por ojo no lleva a nada!

—Estás conmigo, o... —Gian levantó la pistola cargada y la posó sobre la sien de su hermanastra—. ¿O contra mí?

—Gian... —Antonella levantó las dos manos en forma de rendición—. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡Estás fuera de control!

—Repito, ¿estás conmigo, o no?

—¿Me matarás si digo que no? —preguntó la joven—. ¡¿Matarás a la poca familia que te queda, por un pasado que no superas?!—

Gian suspiró y bajó el arma. Sin embargo, cargó los sacos llenos de armamento. Pasó por el lado de su hermana y se encaminó hacia la puerta de salida de la mansión.

—No te mataré —aseguró—. Solo no te interpongas en mi camino.

—¡Gian Marco!

En el avión privado, Gian pudo encender el dispositivo de rastreo. Con los pocos datos que tenía de los agentes de la TBB, encontró uno de los últimos eslabones en el Cártel de Las Sombras. Un subordinado fácil de torturar para conseguir una declaración. Si ellos jugaban a ser dios y decidir quién moría y quién vivía, él también podía hacerlo.

—José Fernández —dijo el nombre en voz alta. Observó su expediente. Casado, padre de familia y embarrado hasta las cejas. Con deudas millonarias, y toda la gente que lo amaba pensando que era un simple policía de pueblo—. ¿Cuánto me dirás por regresar con tu esposa y tus hijos, José?

Anne había preparado el desayuno con prisas. Debía llevar a los niños al colegio y más tarde regresar a casa para limpiar. José no recogía nada en el hogar, no la ayudaba en nada que fuera de la casa o de los niños. Según él, porque eso era solo trabajo de la mujer. Por ello, Anne creyendo que eso era lo normal al casarse solo se resignaba a seguir su vida y ahogar los llantos junto al sonido constante del agua del fregadero. Era una mujer hermosa con unas curvas que cualquier hombre desearía, pero no se sacaba partido. Siempre vestía con ropa holgada y delantales en la casa. Con el pelo recogido, recatada. Sin escote ni faldas, pues a José le molestaba.

—Te salió quemado el huevo —se quejó José.

—Lo sé, lo siento. —La mujer tomó las mochilas de sus hijos y les dejó el almuerzo—. ¡Niños, vamos!

—¿No comes? —preguntó José.

—No tengo tiempo —explicó Anne. José asintió sin más preocupación y siguió comiendo. Anne suspiró y tomó la puerta para irse.

—Por cierto, cariño. —Se detuvo al escucharlo—. Esta noche no me esperes, tengo reunión, además de turno de noche. Llegaré tarde. Deberías de haber preparado algo para que comiera en el turno de noche, pero no te lo tomaré en cuenta, al menos no por hoy.

—No sabía que tenías turno de noche, de haber sabido...

—Tranquila, soy comprensivo —la interrumpió José—. Comprendo la capacidad mental de las mujeres. No te esfuerces tanto, amor. Yo te amo así, tal cual eres.

La seriedad en Anne se volvió en lágrimas que mató en sus párpados para que sus hijos no la vieran llorar. Le devolvió una sonrisa fingida a su esposo y, sintiéndose el ser más miserable del mundo, se marchó para llevar los niños al colegio.

José, por el contrario, comió con tranquilidad. Dejó los platos sucios sobre la mesa y se marchó, no hacia el cuartel como su esposa esperaba, sino a reunirse con Gael y terminar la exportación de armas en una de las embarcaciones.

Gael seguía sin hablar con su hija. A pesar de los consejos de Elías, le era difícil mantener una conversación con ella, y más al ver que a pesar del altercado de aquel día no se disculpó con él y no soltaba el móvil ni para desayunar.

—Tessa, estamos desayunando —regañó el padre. Ella levantó la mirada unos instantes de la pantalla para volver a agacharla. Gael suspiró con pesadez y se pasó las dos manos por el pelo. Se le había quitado el apetito. Recordó las palabras de Elías y se lamió los labios con nerviosismo—. Siento el haberte gritado aquel día, pero entiende que tu seguridad me preocupa. Que estés bien es lo que más anhele en el mundo.

—Que mamá se haya muerto no significa que yo lo vaya a hacer también —contestó la joven con total desprecio. Gael apretó las manos en puño y dibujó en sus labios una fina línea.

—No me refería a eso —susurró con la voz ronca producto de la rabia. El silencio se apoderó de ambos. Teresa siguió comiendo y pronto dejó el móvil sobre la mesa.

—Siento lo de la bofetada —se disculpó al fin—. Me puse muy nerviosa.

—No pasa nada. —Gael seguía recapitulando las palabras de Elías para encontrar las correctas—. También obré mal y creo que te pierdes la boca. Dices cosas sin pensar, que terminan lastimando y, eso me pasaba de joven. Pero intenta medirlas. Y sobre lo que ocurrió, bueno. No es que yo quiera prohibirte que te enamores o que seas feliz, solo me preocupo por ti. La cantidad de cosas que pasan a nuestro alrededor, que son caóticas, me hace estar tenso.

—¿Cosas caóticas? —La joven enarcó las cejas—. ¿Cómo cuáles?

—Eso no importa, saldré de ellas antes de que te des cuenta. —Teresa frunció el ceño con desconfianza. Gael suspiró y se levantó de la silla. Besó la frente de su hija y le acarició el pelo—. Todo lo que hago es por ti y tu bienestar, Teresa. Eres mi vida, hija. Espero que lo entiendas y que, si en algún momento necesitas algo o alguien, confíes en mí. Soy tu padre y no estás sola.

Teresa lo observó con preocupación. Las palabras de su padre la pusieron en alerta. Arrugó la nariz con preocupación y extrañeza. Algo le ocurría a su progenitor. Se notaba incluso en la forma en la que iba a salir para trabajar. Su pelo rubio revuelto, sus ojos azules apagados y su mirada fija en la puerta, como si fuera la última vez que la fuera a cruzar.

—¡Espera! —exclamó Teresa antes de que se marchara. Gael la miró y observó cómo su hija se levantaba de la silla y corría hacia él para darle un fuerte abrazado—. También te quiero, papá.

Los ojos de Gael se empañaron, sin embargo, sostuvo las lágrimas para que no lo viera roto. La estrechó con fuerza y la levantó del suelo unos centímetros.

—Anda, termina de desayunar —habló luego con la voz rota—. Papá debe ir a trabajar.

Teresa sonrió y asintió con la cabeza. Volvió a sentarse en la mesa y su padre la observó de nuevo, temiendo que en algún momento esa fuera la última vez que lo hiciera.

Cuando llegó a donde estaba José, ambos se miraron con desdén. Sin embargo, Gael tenía otros planes en mente, ese día.

—¿Te enteraste de lo que ocurrió con el general? —preguntó José.

—¿Con Andrés? —José asintió—. No, no supe nada.

—Derribaron su avioneta.

Gael sintió que el suelo se movía bajo sus pies y tuvo que apoyarse de la pared del barco. Andrés lo dejó ir con su hija y por eso había ido a hacer una entrega en su lugar.

—Dime que está bien —se preocupó—. Él tomó esa avioneta para sustituirme.

—Sí, para nuestra desgracia está bien. —Gael hizo una mueca y lo miró con acusación—. ¿Qué? Él y el coronel son unos malnacidos. Mejor para nosotros si estuvieran muertos.

—Aun así...

—Mentalmente eres demasiado débil para este mundo —comentó José—. Aunque te veas amenazante, tu mente no está preparada. Empieza a entrenarla para soportar el dolor.

—Créeme, soporto suficiente dolor. —Después de una breve pausa, Gael continuó—: Quiero dejarlo, José, pero no sé cómo.

—En una caja de pinos —contestó—. No te van a dejar ir de otra forma.

—¿Nunca has pensado en marcharte? —José se encogió de hombros—. ¿De veras que no?

—Necesito dinero para que mi mujer y mis dos hijos sean felices —explicó José—. Con el sueldo de un policía no me alcanza.

—¿Estás seguro de que son felices? —preguntó Gael—. Porque cada vez que veo el dinero en mi tarjeta bancaria lo único que me inspira es angustia. Ganas de vomitar. El dinero sucio no puede llevar felicidad.

—Tú di lo que quieras, pero mi mujer es la más feliz del mundo.

—Si tú lo dices. —Gael suspiró hondo. Recibió un mensaje de su hija en el que le avisaba de un partido de fútbol que jugaría después de clases. La sien le dolió, sabiendo que de nuevo iba a enojarse con él por tener que trabajar hasta la noche—. En serio, quiero irme de esto cuánto antes.

—Suerte, la vas a necesitar —respondió José, incrédulo por las palabras de Gael—. Por cierto, siguen buscando a Elías Ávila, ya sabes, ese tal Halcón. Por lo visto es una gran amenaza para la organización. Quizá si lo capturas tú, puedas negociar con ellos. Aunque yo ni siquiera sé cómo es su cara.

Gael se quedó en silencio. Él sí lo sabía bien. Incluso sabía cómo sonaba su voz. Era consciente de que debió delatarlo esa noche, pero algo lo impulsó a no hacerlo. Una corazonada de que ese hombre era bueno y había sufrido suficiente. Suspiró hondo y se encogió de hombros.

—Yo tampoco sé cómo es —mintió—. Pero sí. Sería buena idea.

Alguien en oculto llamó al teléfono de José. Este arqueó las cejas y se alejó de Gael para responder.

—¿Sí?

—*Hola, José* —habló una voz masculina que no conocía.

—¿Quién eres?

—*No temas, soy un amigo. Aunque sí que tienes un enemigo queriendo cazarte.*

—¿Cómo dices? —José frunció el ceño ante tal amenaza y se alejó unos pasos más—. Mira, cabrón, soy policía, así que no quieras joderme.

—*Un policía muy corrupto* —siguió el hombre—. *Lo sé todo de ti. Cada paso que diste, todo. Por eso, también sé que hay alguien que va a ir a por ti muy pronto.*

—¿Quién demonios eres? —José empezaba a tensarse. Suspiró hondo y tragó saliva con sequedad, pensando en sus familiares—. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—*Haces muchas preguntas, solo debes confiar y ya.*

—Dime al menos tu nombre.

—Lo dejamos para más tarde, por el momento, si quieres que te ayude debes hacer lo que yo te diga. Te conviene quedarte solo en ese puesto de traficante. Gael nos sobra. Es demasiado blando y entorpecerá las cosas. Debes sacarlo de la ecuación.

—¿Cómo? —José miró de reojo a su compañero sin titubear.

—Así me gusta —dijo la voz al teléfono, después de una risa esporádica—. Vas a llamar al coronel y le dirás lo que yo te diga, ¿está claro?

—Bien.

El pánico se acumulaba en el cuerpo de Vanessa mientras estaba en la estancia de Ricardo. Dejó las fotos y todo en su sitio. Escuchó a varios compañeros hablar afuera y comentar que Lorena la estaba buscando. Suspiró hondo y tras mirar de vuelta a los libros, observó unos desgastados y con las portadas negras. Tomó el que más deteriorado estaba y observó las hojas escritas a mano por el coronel, con tinta negra. Todo lo de él parecía ser negro. Se guardó el diario debajo de la chaqueta militar y volvió corriendo con los compañeros, como si se hubiera perdido por el recorrido.

—¡Disculpen! Me desorienté —mintió. La teniente la observó con sospecha, pero al final suspiró y asintió con la cabeza.

—Bien, ya empezaba a preocuparme.

—Quisiera ir un momento a la tienda, siento que se clavó algo en mis botas —pidió la cadete.

—Bien, pero no tarde, Marim.

—¡No, no! —Vanessa corrió hacia la tienda y escondió el diario en su saco, junto con la ropa y el móvil que tenía oculto. Por mucho que Nathaniel la ayudara, era mejor, por el momento, no confiarle a nadie lo que tenía en su poder.

La noche llegó y todos los cadetes se prepararon para ir a dormir. Sin noticias del coronel y el general, Lorena se mostraba preocupada. Al final, a pesar de verse joven, era como una madre que cuidaba de todos los del campo militar. Sin embargo, no era la única preocupada, y a pesar de la consternación que provocó en Vanessa lo que había visto en el redil del coronel, no podía evitar una angustia en la boca del estómago, al percatarse de que no aparecía. Así fue como decidió permanecer despierta, por si de nuevo se había quedado borracho en el casino y debía ir a por él, aunque no fuera su obligación. Se tapó la cabeza con la manta, tomó el diario del coronel y dejó la linterna del móvil encendida dentro del iglú de sábanas que había formado sobre la cama.

Todo esperaba menos encontrar algo muy distinto a un diario. Entre pensamientos y diálogos intensos repletos de sentimiento y dolor; Vanessa se encontró leyendo un libro de drama, cuyo protagonista no hallaba la paz y se hundía en el dolor hasta convertirse en un monstruo. Vanessa había intuido que le gustaba la lectura debido a la cantidad de libros que tenía en su habitación, aun así, no imaginó que los pensamientos de Ricardo fueran tan profundos como para escribir algo que le estaba empañando los ojos.

Entre párrafos, consiguió sentir el corazón encogido, cuando imaginando la voz gruesa del coronel, leyó:

«Sé que no soy normal. Vivo acariciándole las fauces a la locura. Tengo mil defectos y

ninguna virtud. Soy el villano de todos los que se acercan a mí, no merezco el perdón. No obstante, creo que está bien si entre tantos demonios, alguien encuentra al menos un motivo para enamorarse de mí. Y solo, con ese único motivo, se quede conmigo».

El corazón de Vanessa palpitaba acelerado. Quizás esa misma locura de la que hablaba en el diario resultaba contagiosa. Lo cierto era que, cada vez, se sentía más atraída por ese enigmático villano. Sofocada, se sentó en la cama y movió las hojas del diario. ¿Cómo imaginar que Ricardo tenía esos pensamientos y el deseo tan palpable de ser amado? Se mostraba frío, distante, posesivo. Era alguien que no sabía amar, aunque deseaba saber hacerlo. De entre las hojas, se asomó un pequeño y viejo iPod con poca carga, pero suficiente para que Vanessa pudiera escuchar con los auriculares la única canción que se encontraba guardada. En el nombre de la música aclaraba que era el mismo Ricardo quien tocaba el piano y lo grababa para guardarlo, entonando tecla a tecla la canción de ColdPlay *Hymn for the weekend*.

Un suspiro se escapó de los pulmones de Vanessa. Se acostó de vuelta y cerró los ojos, hundiéndose más a cada paso en el mundo y la locura del coronel Ricardo Reyes.

Camino a la reunión con el cártel que les había declarado la guerra, Andrés observaba por la ventana del vehículo. Alaric había retrasado la cita hasta la noche y los mandó a una dirección alejada del campo militar. Los ojos claros de Andrés se reflejaban en el cristal. Sin embargo, su mirada iba perdida, igual que sus pensamientos. Su lengua mojó el labio inferior al recordar los ojos de Vanessa y la forma en que lo observó al acorralarla. La respiración que la cadete sostuvo hasta formar suaves jadeos le aceleraba el corazón en ese momento. Tragó saliva y se pasó una mano por el pelo. Cerró los ojos en un intento inútil por olvidar el deseo que estaba sintiendo por esa mujer. Sin embargo, cuando los cerró ahí estaba de nuevo, como si la estuviera viendo en ese preciso momento. Con el cuerpo temblando, la boca entreabierta esperando por un beso robado. Bufó y bajó la ventana hasta que el viento le golpeó el rostro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ricardo—. Estás rarísimo.

—No me derriban la avioneta todos los días —mintió el general—. Es obvio que esté pensativo.

—Tranquilo, sobrino. Se les van a quitar las ganas —le aseguró.

—A mí no —susurró Andrés.

—¿Cómo? —Ricardo lo observó desde el retrovisor, pues no lo había escuchado bien.

—No, nada. —Después de una larga pausa, Andrés volvió a hablar—. Tío, ¿estás seguro de todo lo que me has contado sobre Vanessa y su familia?

—Obvio. —Ricardo lo miró de reojo. Andrés apretó los labios con molestia—. ¿Por qué la pregunta?

—Nada.

—La actitud que tuviste con ella al salir de la ducha no fue propia de ti —continuó Ricardo—. No me digas que te atrae esa mujer.

—No —respondió a baja voz.

—Sabes que no puedes, que no es correcto.

—Lo sé.

—Continúa sirviendo y siendo un lobo solitario, sobrino —siguió con el sermón el coronel

—. Esa gente debe pagar por todo, incluyéndola a ella. Elige tu supervivencia por sobre todas las cosas, ¿de acuerdo?

Andrés asintió con la cabeza y dirigió la mirada hacia la carretera.

Al llegar al lugar del acuerdo, se encontraron con una enorme casa con jardín espacioso para varios coches. Se notaba el lujo en cada rincón. Ricardo llevó la mano al arma y se la colocó en el pantalón. Andrés ejecutó el mismo movimiento. Al bajar del vehículo, los hombres, que escoltaban el lugar, sacaron las armas y no tardaron en abrir fuego contra ellos. Los obligaron a esconderse en la fachada del vehículo.

—Que buen recibimiento —se mofó Andrés—. Ni siquiera me invitan a un café y ya quieren agujerearme.

—¿Te crees que es momento de bromear, sobrino? —Andrés se encogió de hombros. Ricardo bufó y le indicó con la mano que cada uno fuera por un lado del coche. Andrés asintió y tomó la dirección.

Ambos sostuvieron a dos de los primeros hombres que se encontraban cerca del vehículo y les partieron el cuello, obrando en sincronía. Ricardo rodó por el suelo y sacó un cuchillo que insertó en la pierna de uno de los hombres y le desgarró el muslo, cortando una arteria a su paso. Mientras se desangraba, tomó el arma y a dos manos obró por separado. Una de las pistolas disparó a uno de los enemigos en la cabeza; la otra, en la garganta. Andrés usó los puños hasta reventar el rostro de uno de los atacantes y enseguida disparó debajo de su mandíbula. Dio una vuelta por encima del capó del coche y sostuvo a otro por cuello con las piernas. Le dio la vuelta y le estampó la cabeza contra el vehículo. Seguido de eso le disparó en la frente. De repente, el filo de dos cuchillos que volaron desde la casa se clavó en los hombros de ambos, deteniendo la pelea.

—¡Joder! —se quejó Andrés e intentó quitárselo.

—Para —lo detuvo Ricardo y levantó la mano—. ¿Estás entrenado para la supervivencia y, aun así, lo quieres arrancar sin más?

—¿Propones otra cosa, genio?

Ricardo observó desde el cristal del coche una silueta asomada en una de las ventanas de la casa. Luego sacó un cálculo matemático para que la trayectoria de una sola bala pudiera impactar en ese mismo hombre sin necesidad de moverse ellos y arriesgarse. Estiró el cuello y suspiró. Una sola bala le bastó. Disparó al metal del coche, esta rebotó y atravesó las hojas de los árboles cercanos hasta impactar en el hombre que los había lastimado. Justo en el pecho, para morir en el acto. Andrés se quedó con la boca abierta, observando a su tío.

—¡Eso fue increíble! ¿Cómo lo hiciste?

—Estudiando —confesó el coronel. Unos aplausos lentos detuvieron la charla. Tío y sobrino observaron de nuevo hacia la casa y levantaron las armas en contra de Alaric. El hombre de vestimenta desaliñada y ojos pintados de negro no estaba armado, lo que los hizo dudar a los dos.

—Espero que la bienvenida haya sido entretenida —comentó—. Pasen, la cena está lista.

Cuando se dio la vuelta, los dos hicieron mueca de desagrado. Se miraron entre sí y bajaron las armas.

—Ni se te ocurra comer —murmuró Ricardo—. Ese nos quiere drogar para hacernos algo raro.

—¿Quién está bromeando ahora?

—No, no estoy bromeando. —Andrés se llevó una de las manos al trasero y tragó saliva. Ricardo asintió ante ese acto—. No comas ni bebas nada. No me fío.

Capítulo 11: Deseo y muerte

Ricardo y Andrés siguieron a Alaric. Este sonreía y caminaba tambaleándose un poco. Se notaba de sobra lo perjudicado que estaba.

—¿Dónde está el médico de la casa? —preguntó el asesino a uno de sus empleados—. Estos hombres están heridos. Le dije al de los cuchillos que solo los asustara. Aunque supongo que se cegó al ver a sus amigos muertos —bufó, negó con la cabeza y con la misma sonrisa irritante observó a Andrés y a Ricardo—. Qué difícil es encontrar gente competente, ¡son nuestros invitados, idiotas!

Coronel y general arrugaron la nariz, los dos a la vez. El doctor intervino en la entrada de la casa. Con un suave movimiento y sin lastimar más de la cuenta a Andrés, le sacó el filo y envolvió la herida con una venda, pues carecía de material para suturas. Luego se dirigió hacia Ricardo e intentó el mismo procedimiento.

—No me toques —le advirtió. El hombre levantó las manos y dio unos pasos hacia atrás. Ricardo se despojó del arma él solo. Sintiendo como su piel se cortaba. Sin embargo, con los movimientos exactos para no lastimar nada que comprometiera la movilidad del brazo.

—¡Guau! Tu tío sí que es un lobo salvaje, ¿eh? —Alaric empezó a reír, dirigiéndose hacia Andrés—. Por eso, siempre le ha ido tan mal. Por su espíritu independiente y no dejar que nadie forme parte de su vida.

—Cállate un mes —respondió Ricardo y lo empujó para pasar al salón—. ¿Dónde está Feray?! Tu voz me taladra el cerebro. —Se señaló la cabeza—. ¡Aquí! —Se dio pequeños golpecitos—. ¡Y si no aparece te juro que te ahorco!

—Estoy aquí. —La exótica mujer bajó los escalones que llevaban a la segunda planta de la casa y sonrió con falsa amabilidad. Con un vestido para dormir y un abrigo del mismo conjunto, se mostraba desenfadada y tranquila. Como si no hubiera atacado al sobrino del coronel. Pasó frente a Ricardo y le acarició la mejilla a su paso. Ricardo levantó el labio superior con molestia y arqueó la espalda hacia atrás para que no osara tocarlo más de la cuenta.

—Actúan como si no hubieran querido asesinarme —comentó Andrés.

—Nunca quisimos —aseguró Feray—. De lo contrario, no estarías aquí. Ricardo no habló ni cambió su aspecto. Solo sacó el arma de paseo y disparó a Feray en una de sus piernas. Alaric levantó un arma que guardaba bajo el pantalón y se la puso a Ricardo en la sien. Sin embargo, Andrés hizo su parte y puso la suya en la cabeza de Alaric.

—No he querido matarte —comentó el coronel—. De haberlo querido...

—¡Ah! —La mujer se sostuvo con fuerza de la herida y levantó la otra mano para que Alaric bajara el arma. Con dudas, lo hizo—. Vale, me merecía esto.

—Te lo diré una sola vez, Feray, una. —Ricardo levantó el dedo índice—. Si tocas a mi sobrino de nuevo, te destruiré. Y estoy ignorando el hecho de que le está sangrando el brazo. Soy compasivo. Me sorprendo de lo buena persona que soy.

Una risita sarcástica salió de Feray. El doctor, pronto, pasó al salón para curarla, sentada en el sofá. Ricardo mostró una sonrisa falsa, pero pronto volvió a su seriedad habitual.

—Tenemos que hablar, Ricardo —dijo la mujer, todavía tranquila. Cosa que a Ricardo tensaba—. Pasen, tomen asiento, ¿quieren algo para tomar?

—¡No! —exclamaron tío y sobrino a la vez. Feray hizo una mueca, extrañada. Luego pidió una bebida cargada de alcohol para ella. Andrés sí se sentó, sin embargo, Ricardo permaneció alerta y de pie como un soldado en batalla.

—Al grano, Feray. Tus juegos me aburren —atacó Ricardo—. Apura.

—Está bien, veo que no cambias. —Feray tomó un sorbo al coctel y sonrió—. Cuando nos expulsaste a Alaric y a mí de la organización, después de ayudarlos para destruir a los hermanos Marim y a Halcón, fue un golpe muy bajo.

—Es que no los destruimos —debatía Ricardo—. Ellos se salieron con la suya. Todo salió por los aires, y Alaric, teniendo a tiro al Halcón, no lo terminó de rematar, solo mató a su novio. ¿Qué excusa pones a eso? —Alaric, presente en la conversación, apretó los labios con rabia y agachó la mirada al suelo—. Yo creo que tu hombrecito sigue sintiendo cosas por Halcón y por eso no apretó el gatillo cuando debió de hacerlo. ¡Todo salió mal!

—¡No fue por eso! —contratacó Alaric.

—Alaric, por favor. —La mujer levantó una mano y él se calló.

—Eso, Alaric. Sé un buen perro faldero y... —Ricardo hizo como si se cosiera la boca—. Cierra el hocico.

—Basta. —Feray suspiró y siguió con su discurso—. El caso es que, a pesar de la derrota, nosotros fuimos fieles, y sin la ayuda de Alaric, tú ni siquiera hubieras podido ser coronel. Seamos sinceros, todo fue bien, a pesar de ese pequeño fallo. Así que, empezamos a movernos por nuestra cuenta.

—¿Cómo? —Ricardo hizo una mueca al escucharla y observó a su sobrino, el cual iba tenso y con la mano apretando el arma.

—Así es, tuvimos muchos años para poder crear nuestra propia organización. Y nos fue bien, recogimos a toda la gente que tú destruiste, ¿imaginas el odio que te tienen? —Ricardo observó con cautela a algunos de los empleados que vigilaban la conversación y pudo reconocer vagamente algunos rostros. Frunció el ceño y volvió a mirar a Feray—. Tenemos todo para destruirte; sin embargo, nos faltan contactos en la milicia, y cargos importantes. Al igual que cómo manejar el cargamento por aire, ya que ustedes, en ese aspecto, tienen el control.

—Dije que me aburres —contestó él sin mostrar que le afectase su declaración—. ¿Qué quieres, Feray?

—Una alianza —propuso la mujer—. Entre tu cártel y el mío. Se que tienes suficientes problemas entre la TBB y Halcón, que forma parte de ellos, pero que actúa en solitario y, una vez despierte de su depresión, sabes que será imparable. La unión hace la fuerza, Ricardo.

—Y también provoca traiciones —dejó caer el coronel—. ¿Cómo sé que no me traicionarás?

—Sencillo. —Feray suspiró y se levantó del sofá. Con dolor por el reciente disparo, ya tratado, caminó hacia Ricardo y sonrió más amplio—. Sabes que entre nosotros hay algo en común y es que no lastimamos a nuestra familia. Tenemos un código que jamás rompemos. Por eso, proteges tanto a tu... —Miró hacia Andrés y se le escapó una risita. Ricardo gruñó de rabia—, a tu sobrino. Quiero un pacto que nos una como familia.

—¿Ahora quieres que te dé mi sangre y hacer un ritual satánico? —Ricardo miró a ambos lados—. ¿Vas a dejar entrar una cabra para hacerla sacrificar? No mato animales.

—No, hombre —se alarmó la mujer. Andrés aguantó la risa, pero con una mirada de su tío tuvo suficiente para volver a erguirse y quedarse serio. Feray continuó:— Quiero que nos unamos en matrimonio.

—¿Cómo? —El ceño de Ricardo se frunció más.

—A poder ser, con él. —La mujer señaló a Andrés y este negó con la cabeza.

—Espera, ¿desde cuándo yo me tengo que prostituir? —contestó Andrés.

—Sobrino...

—¡Eso no es justo! ¡No voy a estropear mi vida a ese grado!

—¡Andrés! —lo calló su tío—. Vete al coche.

—Pero...

—¡Largo! —Ricardo señaló la salida tras el grito. Andrés suspiró y negó con la cabeza. No quería irse, pero el rostro convencido de su tío lo hizo entender que no dejaría que nada así le ocurriera. Suspiró hondo y tomó rumbo al vehículo.

—¿Por qué él? —preguntó Ricardo una vez que el general había salido de la casa.

—Porque se nota cuándo alguien es tu debilidad, Ricardo. No puedes mentir, eres como un libro abierto y sé que no harías nada que pudiera perjudicar su vida. —Fera y hizo una pausa y se mordió el labio inferior, acariciando con suavidad el rostro de Ricardo—. ¿Se lo has contado ya?

Ricardo le tomó la mano que rozaba por su barba y la alejó de él. Bufó con exasperación y se lamó los labios por la rabia que emanaba.

—Yo ocuparé su puesto —reencaminó la conversación—. Quieres unirse a nuestra familia, y el máximo poder lo tendrás si te casas conmigo.

—¿Estás abandonando tu libertad por salvar a Andrés? —Fera y levantó las cejas, sorprendida—. ¿Quién lo diría?

—Mi vida ya está completamente rota y perdida, no tengo salvación. Él sí —confesó Ricardo—. A pesar de todo en lo que está metido, Andrés tiene oportunidad en esta vida, a mí solo me espera la muerte. Es una sentencia que escribí el mismo día que me puse el uniforme de coronel.

—Ya veo. —Fera y se quedó pensativa por un rato, luego levantó la mano frente a Ricardo con el fin de sellar el acuerdo—. Acepto, Ricardo Reyes. —El coronel le estrechó la mano con seguridad—. Es un placer hacer negocios contigo.

Al subir al coche para marcharse del lugar, Andrés estaba exasperado.

—¡¿Qué te ha dicho?! ¡Dime que no tengo que casarme con esa señora!

—No —lo calmó. Arrancó el vehículo—. Todo está arreglado, sobrino. No te preocupes.

—¿Cómo lo hiciste?

—Eso no importa. —Ricardo observó las vendas ensangrentadas de su sobrino y suspiró—. Te llevaré al hospital, deben atenderte y en el campo militar solo tengo lo básico. Prefiero que vean que no tienes nada grave en un lugar más apto para ello. Les dices que ha sido un accidente en tu guardia de noche.

—¿Y tú?

—Que una persona vaya con un cuchillazo puede ser accidente, dos no. Yo mismo me curaré, tu quédate en el hospital y más tarde mandaré a alguien a buscarte, ¿de acuerdo?

Andrés asintió. Bajó del vehículo una vez que llegaron al hospital, y Ricardo se marchó, mareado por la cantidad de sangre que estaba perdiendo.

Por la mañana, el coronel llegó solo al campo militar, con el brazo ensangrentado y goteando hasta empapar la arena que cubría el camino. Vanessa se asombró por el aspecto en el que había llegado. Sin mirar a nadie, el coronel se metió a la enfermería. Se quitó la camisa dejando al aire su fornido y robusto cuerpo. Por la preocupación, a Vanessa se le quitó el apetito y se levantó de su asiento. Lo había visto tambalearse y ella sabía de enfermería gracias a su tía

Marta. Con seguridad, podría ayudarlo de alguna forma. Cuando abrió la puerta de la enfermería se encontró con su ancha espalda. Ricardo intentaba limpiar él mismo su herida. Apretaba los brazos y los músculos haciendo que sus venas se marcaran. Los ojos de Vanessa le hicieron un repaso instintivo. Era algo que no podía evitar. La fiera mirada de Ricardo se clavó en ella.

—¿Qué haces aquí?

—Creí q-que... —Vanessa tragó saliva al sentir que la voz le salía temblorosa y que empezaba a tartamudear—. Necesitabas ayuda.

—No —negó en rotundo, para luego seguir con la limpieza—. Largo, Marim.

Vanessa frunció el ceño e iba a irse, hasta que observó el mal uso de uno de los cicatrizantes. Ricardo no se encontraba bien y si seguía perdiendo sangre iba a desmayarse.

—Espera, eso necesita puntos. —Ignorando la petición del coronel, cerró la puerta tras su espalda y se acercó a él. Se puso guantes y empezó a limpiarle la herida.

Ricardo bajó la mirada hacia ella. Vanessa podía sentir su mirada penetrante sobre su humanidad igual a la de un cazador famélico. La obligó a tragar saliva y levantó la vista solo un poco. Un error, pues cuando se encontró con la mirada gris del lobo clavada en ella, le provocó un suave escalofrío. Sin querer, su respiración se agitó y entreabrió los labios para dejar escapar los tenues jadeos. Vanessa se estaba odiando. Algo diferente se instalaba en su cuerpo cuando estaba con él. Algo que no conseguía detener. Un nervio incomprensible que se apoderaba de su pecho y sus pulmones. Se alejó de él antes de que las manos le temblaran sobre la herida. Preparó el hilo de sutura y con un masaje suave le puso una loción que adormeciera cerca del corte. Ricardo no podía dejar de mirarla. Agudizaba sus sentidos para escucharla respirar agitado y, de algún modo, su respiración iba elevándose poco a poco.

—Te odio —le dijo de repente con la voz gruesa. Vanessa lo observó y pudo percatarse de la forma en la que respiraba. Tragó saliva y se lamió los labios sin darse cuenta.

—Ignoro el porqué de ese sentimiento —respondió, intentando no temblar con la respuesta—. Pero escondes tantas cosas que tampoco me caes bien.

—Es mutuo, por lo que veo —aseguró Ricardo; sin embargo, sus manos se cerraron en puño para no abalanzarse sobre ella y empezar a besarla. Quería probar su boca y escuchar esa voz que le decía cosas horribles, gemir su nombre.

Vanessa bajó la mirada. No la pudo sostener. Esta vez había perdido y tuvo que alejar la vista antes de romperse por completo. Empezó a coser la herida.

—Respiras agitado —se atrevió a decir Vanessa.

—Sí.

—¿Te sientes mal? ¿Cómo te has hecho esta herida?

—A ti qué mierda te importa. Además, tú respiras del mismo modo. —Las manos de Vanessa temblaron un poco. No se atrevió a levantar la mirada de la herida. Tragó saliva y siguió cosiendo para no pensar demasiado—. ¿Te pongo nerviosa?

—Solo me da aprensión la sangre —mintió la joven—. Deja de creerte más de lo que eres.

Vanessa terminó con el último punto y limpió el material quirúrgico. Seguido, tomó las cosas para dejarlas en su sitio.

—¿Te gusto? —soltó Ricardo de golpe. Las manos de Vanessa temblaron, y sin querer los objetos cayeron al suelo. El bisturí cortó el guante y también la piel del dedo índice de la joven.

—¡Ah! —se quejó y el guante empezó a teñirse de rojo.

—Con esa reacción, me diste la respuesta.

—No respondí nada —se quejó Vanessa—. ¿Por qué dices las cosas de esa manera?

—Soy claro, no me ando con rodeos.

—Ya veo. —Vanessa observó cómo la distancia entre ellos se cortaba. Se vio arrinconada contra la camilla de metal. Ricardo le tomó la mano y estiró hacia él. El pecho de ambos se pegó y la obligó a exhalar de golpe—. ¡¿Qué demonios haces?!

—Lo que me da la gana. —El coronel miró su mano y con suavidad le acarició por la muñeca, quitando con lentitud el guante—. Me llamas lobo, eso es lo que hacemos los predadores. Lo que nos da la gana con nuestra presa.

—Yo no... —«No soy la presa de nadie», pensó Vanessa, pero las palabras no salían. Tragó saliva y los jadeos se acrecentaron cuando la mano de Ricardo se resbaló por debajo del guante y le acarició la palma de la mano y los dedos por completo—. Ah...

El coronel la miró con más furia cuando la escuchó gemir por esa caricia. Se lamió los labios. Sintió que la boca se le secaba. Lanzó el guante al suelo y lamió el dedo de Vanessa, por donde una gota de sangre se había resbalado hasta la palma de su mano.

—Dios mío —gimoteó Vanessa. Tembló y se agarró de la camilla con la mano libre—. Para.

—¿Por qué? —Volvió a subir con la lengua por el dedo hasta que lo metió suave entre sus labios. Vanessa volvió a gemir. Estaba sudando, ida. No pensaba—. ¿No quieres que el lobo feroz te coma, Caperucita?

Que Ricardo le llamara así era algo común, sin embargo, escucharlo en un momento como ese le provocó un escalofrío que la hizo sobresaltarse. Intentó retirar la mano.

—No —pronunció con un hilo de voz cuando él no le permitió quitar la mano.

—Lo tienes difícil, porque este lobo ya probó tu sangre —susurró Ricardo. Resbaló los labios por los dedos de Vanessa y mordió suave cerca de su muñeca—. ¿Qué podemos hacer? Ahora necesitare beber mucho más de ti.

El coronel volvió a pasar los labios por los dedos de Vanessa y, de forma instintiva, ella los movió. Acarició sus labios lento y suave. Sintió la lengua del hombre, que la estaba enloqueciendo, pasar parsimoniosa por la yema de los dedos. Vanessa empezó a jadear sin restricciones. Él la sostuvo de la nuca con brusquedad. Ella gimoteó. Ahogó un grito por tal agarre y se observó pegada al cuerpo del coronel. Este rozó la nariz contra la de ella y sintió una suave caricia entre los labios de los dos.

—Aléjate de mí —le susurró Ricardo—. Si te digo que te vayas, vete. Porque eres una tentación de la que no estoy dispuesto a huir. Así nos condene a los dos, Caperucita. Quizá no sea el leñador que esperas, soy el lobo, pero justo por eso soy capaz de comerte sin sentir cargos de conciencia. —Sostuvo su rostro con una mano y le acarició el mentón. Subió hasta los labios de Vanessa y se los acarició. La cadete se contrajo ante las caricias y cerró los ojos. Entreabrió la boca y apretó con las manos los rudos brazos de Ricardo que la sujetaban y la poseían para que no se alejara—. Deja de tentarme.

—Devuélveme el control de mí misma y mis pensamientos —habló al fin Vanessa con un hilo de voz. Ambos jadearon fuerte y acompasados a la vez. Con la misma sincronización, alejaron el rostro y cambiaron de posición. Ricardo cerró los ojos un momento para controlarse. Se tocó la nuca y bufó con desesperación. Vanessa se sostuvo de la pared por un momento e intentó no mirarlo. Estaba confusa, perdida y se regañó mentalmente. Todo estaba mal, demasiado mal.

—Vanessa... —Al escuchar que la llamaba, dirigió la mirada hacia él—. Tengo cuarenta y cuatro años y tú a penas cumpliste la mayoría de edad. No soy para ti. Tú lo sabes y yo lo sé. No nos hagas esto y solo aléjate de mí.

Vanessa lo observó y el cuerpo le tembló. A pesar de la cifra en la que se encontraba la edad de Ricardo, nada la impulsaba a alejarse. Seguía siendo el mismo hombre que la descolocaba desde que lo vio.

—¿Y si me diera igual? —Ricardo suspiró hondo y negó con la cabeza al escucharla—. ¿Y si a pesar de saber exactamente tu edad, te pidiera que igual me besaras? ¿Lo harías?

—Vanessa, ¿te has propuesto enloquecerme?

—Bésame. No es la primera vez que te lo pido. —Un jadeo fuerte escapó sin querer de Ricardo al escucharla tan convencida—. Quiero que me beses y sé que tú también quieres hacerlo.

Ricardo suspiró y se aguantó las ganas de cumplir su petición. No solo por la edad, sino por lo que ella significaba para él. Se puso la camisa, sostuvo el aliento y calmó sus pensamientos, sus impulsos por poseerla. Tampoco quiso mirarla, porque sabía que la haría suya en ese mismo lugar. Tomó su pistola y se encaminó hacia la puerta.

—No es lo correcto —expuso antes de abrir la puerta.

—¿No quieres besarme por la diferencia de edad o por miedo a lo que puedas sentir cuando lo hagas?

Con la pregunta en el aire, Ricardo suspiró y se marchó, dejando a Vanessa sola y sin la posibilidad de saber qué estaba pensando en realidad el coronel.

Vanessa volvió con sus compañeros. Tomó asiento y observó los alimentos sin lograr controlar sus pensamientos. Ricardo sabía quitarle el control, pero no devolvérselo. Unos minutos más tarde, lo miró llegar con un uniforme limpio. Él evitó mirarla, mas a ella le fue imposible. Nathaniel y Arianna hablaban, y ni siquiera los escuchaba.

—¿Es posible gustar o enamorarse de alguien mucho más mayor que tú? —Los dos hermanos se callaron de golpe al escuchar la pregunta que Vanessa susurró. Ari se atragantó con la comida y empezó a toser. Nath no pudo reaccionar, aunque su hermana se asfixiara.

—Supongo que, ¿sí? —respondió el cabo, dudando.

—¡Pero no le digas eso! —Ari se recuperó y dio un trago de agua—. ¡Está claro por quién lo dice, no la empujes a los brazos del lobo, hermano!

Vanessa saltó sobre la mesa y le cubrió la boca a Ari. Tarde, pues el grito llegó hasta oídos de Ricardo. Él observó de reojo y fingió no haberse enterado. Sin embargo, esa mirada retadora y seria no pasó desapercibida para Vanessa. Se volvió pequeña en el asiento y se resbaló, queriendo que la tierra se la tragase. Nathaniel se quedó observándola. Vanessa sabía que le debía una larga conversación y que, a pesar de todo, no podían dejar la investigación a medias.

El cabo interrumpió el entrenamiento recién iniciado y se alejó de los cadetes junto a Lorena. Después de una charla que nadie escuchó, ambos se acercaron al escuadrón.

—Cadete Marim. —Vanessa se irguió al escuchar a la teniente—. Puedes retirarte con el cabo.

Vanessa frunció el ceño. No entendía el porqué de su retiro; no obstante, quiso seguir la corriente para no levantar sospechas. Nathaniel la condujo hasta el coche y la cadete titubeó a la hora de entrar; sin embargo, una indicación con la cabeza por parte de Nath la convenció en el acto.

—Bien, ¿qué averiguaste sobre el coronel?

—Poca cosa —murmuró Vanessa. Vio que arrancaba el vehículo y frunció el ceño—. ¿A dónde vamos?

—A donde pasa su tiempo libre, el casino —aclaró Nath—. Le dije a la teniente que debías hacer unos trámites legales para seguir en Estados Unidos. Por eso te dejé venir conmigo.

—Bien. —Vanessa se quedó en silencio, aun así, debido a que Nath la estaba ayudando, vio pertinente contarle todo—. El coronel tenía unas fotos mías. Como si hubiera rastreado toda mi vida.

—¿Qué? —Nath hizo un mohín de extrañeza—. Vanessa, cada vez me da más miedo.

—Es extraño, porque él mismo me advierte que me aleje, aun cuando se acerca a mí, es como si su mente estuviera dividida —explicó la joven—. Y sus diarios son como libros.

—¿Libros? —Vanessa asintió—. ¿El coronel escribiendo?

—Y toca el piano. —Nath abrió los ojos al máximo y retiró la vista de la carretera para observar un momento a su compañera—. Sí, sé que es extraño, pero tiene un lado sensible y artístico dentro de esa coraza ruda que muestra.

—Eso no quita que sea un acosador —sentenció Nath. Vanessa suspiró y negó con la cabeza. Por mucho que lo quisiera negar, sabía que Nathaniel tenía razón—. La pregunta que nos hiciste en el desayuno a Ari y a mí fue muy reveladora.

—También es revelador el hecho de que no incluyas a tu hermana en los planes —contraatacó Vanessa—. ¿Por qué?

—Digamos que no quiero inmiscuir la en esto —abrevió el joven cabo—. Con dos que investiguen es suficiente.

—Bien, así levantaremos menos polvo. —Vanessa suspiró hondo y asintió con la cabeza—. Lo haremos solos, pero no intentes jugármela. No soy una damisela en apuros.

—Tranquila, a como vi al coronel, creo que si te hiciera algo terminaría muerto. —La joven cadete arqueó las cejas al escucharlo. ¿Tanto se notaba la obsesión de ese hombre con ella? ¿Hasta ese punto podría llegar para que estuviera bien? Sin querer, sintió que las mejillas le ardían.

Llegaron al casino y Vanessa bajó del vehículo militar. Se arregló la camisa y suspiró hondo. Había dejado de ser la joven cadete del campo de entrenamiento, para mostrar una actitud seria, amenazante, dispuesta a resolver todos los entresijos que envolvían al coronel. No había sentimientos, tampoco atracción que le hiciera romper las reglas de su trabajo. Por eso olvidó todo y fue la primera en acceder al local.

—Buenos días —anunció—. Somos la cadete Vanessa Marim y el cabo Nathaniel, vinimos por para hacerles unas preguntas.

El encargado no la observó como cuando la vio en pijama. Esta vez, sus pupilas se achicaron y le mostró respeto aceptando su entrada y mostrándole todo el local, con el cuerpo temblando.

—Como ven, nada sale de la ley aquí —les expuso el hombre—. No entiendo el porqué de su visita. Somos un lugar tranquilo dentro de lo que puede ser un casino.

—En realidad, nuestras preguntas se centran en un cliente habitual del negocio —empezó Vanessa—. Tenemos sospechas de que el coronel Ricardo Reyes pudo hacer alguna declaración que nos interese al estar aquí bajo los efectos del alcohol.

—Señorita, eso no estaría bien. Mis clientes son respetados por el local y... —Nathaniel le mostró la pistola, echando la camisa hacia atrás y el hombre tragó saliva. Cambió de parecer—. ¿Qué necesitan?

—Traiga aquí a todos los empleados que han tenido contacto con el coronel en los últimos meses —exigió Vanessa—. También queremos las cámaras de seguridad.

—Pero eso es demasiado —susurró el hombre—. No tienen orden de registro.

—Ni usted tiene permiso para ejercer la prostitución en el bar y tengo pruebas de que así es —comentó Vanessa. Del bolsillo de su chaqueta sacó el móvil con varias fotos que había logrado, a través de Internet, de la mujer que Ricardo llevó al campo militar—. No le conviene hacer un pulso conmigo, señor. Lo perderá.

—No nos arruine, por favor —rogó el hombre.

—Entonces, colabore y nos iremos rápido.

El hombre no tuvo más remedio que acceder a cada palabra de Vanessa. Reunió a los empleados, los llamó por teléfono, pues, por las horas que eran, algunos no se encontraban en el local. Llegaron uno a uno. Camareros que le sirvieron las copas, mujeres que lo entretuvieron; otras que terminaron en reservados con él para seguir con la fiesta, e incluso personal de recepción con el que había tenido trato al llegar y darles la chaqueta. Cualquier mínimo roce que tuvieran, eran buenos para interrogarlos.

—Solamente le serví unas copas —dijo el camarero asustado. Cada personal que se encontraba en el recinto pasaba de manera individual hasta una mesa en uno de los reservados donde Vanessa y Nathaniel los interrogaban. Aunque Vanessa se estaba llevando la gran parte del interrogatorio.

—Los borrachos no mienten, ¿estás seguro de que no te contó nada? —presionó la joven.

—Un día me dijo que estaba harto de todo y que había pensado en el suicidio, pero que ni siquiera era libre para tomar esa decisión.

—¿Te contó por qué? —El hombre negó ante la pregunta de Vanessa—. Haga memoria, ¿no dijo nada más?

—Después de esas palabras se desvaneció, había bebido muchísimo.

—Dígame todo lo que sepa del coronel Ricardo Reyes —continuó Vanessa, interrogando a una mujer que había estado jugando con él, o más bien, arruinándolo para que apostara más de la cuenta.

—Mire, señorita, yo solo hago mi trabajo.

—Y yo el mío, responda. —La mujer suspiró y asintió.

—Es un alcohólico y un ludópata, es lo único que sé. Las chicas y yo sabemos que cuando viene es dinero asegurado. Apuesta todo lo que tiene hasta que su cartera queda vacía. Es un blanco fácil.

—¿No le habló de nada personal? Debido a que pasan tiempo con él, quizá les comentó algo.

—No, nada. Es un hombre serio y reservado, incluso frío. No es fácil sacarle conversación.

Otra mujer pasó en su lugar y Vanessa le realizó las mismas preguntas.

—Un día dijo que le daba igual gastar ese dinero en el casino, porque era dinero sucio y no lo quería para él.

—¿Explicó por qué decía que ese dinero era sucio? —indagó Vanessa.

—No lo sé. Todos sabemos que es militar, me extrañó que hablara así de su trabajo. Pero despreciaba ese dinero. Dijo que, si lo usaba para algo, era para destruirse, y que al menos moriría siendo poderoso. Me pareció que estaba delirando por tanto alcohol que traía en el cuerpo.

Otra mujer pasó a testificar:

—Señorita, yo solo sé que ese hombre folla rico y da una gran cantidad de dinero.

—Datos que no me interesan en lo absoluto —contestó Vanessa con desdén.

—Es lo único que sé. Me acosté con él una sola vez. No repite mujeres, odia repetir. Es

como si tuviera miedo a pasar demasiado tiempo con un ser humano distinto a los que suele frecuentar.

Al fin, pasó a la sala la mujer que Vanessa había visto en el campo militar.

—Era nueva aquí cuando me contrató —contó la joven—. No lo conocía de antes y no pude hablar mucho con él. Me trató horrible. Su sobrino me llevó a casa. Fue la peor experiencia de mi vida.

—¿Alguna de sus compañeras no le advirtió sobre ese hombre? —La muchacha asintió a la pregunta de Vanessa—. ¿Qué le dijeron?

—Una amiga me comentó que no me juntara con él, que ese hombre era oscuro, sin embargo, me ofreció mucho dinero.

—¿Esa mujer se encuentra aquí hoy?

—No, hace unas semanas que le perdí el rastro. El mismo día que empecé a trabajar y que me advirtió sobre el coronel. Supe que iba a pasar la noche con él, le iba a dar una suma de dinero tan alta que podría marcharse. Es lo último que me dijo y no la volví a ver.

—Si se hubiera marchado, ¿no cree que siendo su amiga se hubiera puesto en contacto con usted?

Después de una breve pausa, la muchacha respondió:

—Pensándolo así, sí. Es extraño que no me haya llamado si quiera.

Vanessa se marchó del reservado y corrió al mostrador junto al encargado. Nathaniel la siguió.

—Dígame cuál fue la última habitación que alquiló Ricardo —exigió la cadete. El encargado la buscó y la halló rápido. Le dio las llaves y Vanessa las tomó sin perder tiempo. Corrió hacia la habitación y al abrir la puerta encontró el cadáver descompuesto de la mujer sobre la cama, sin ropa, con la boca abierta y las cuencas vacías. Se cubrió la nariz con la mano y aguantó una arcada. Nathaniel se quedó congelado.

—No puede ser —se alarmó el encargado—. Limpiamos todos los días.

—Despida a la limpiadora —sugirió Vanessa. Alejó unas moscas de su rostro—. No hizo bien su trabajo. —El encargado iba a dar paso a la habitación, pero Vanessa lo detuvo—. No toquen nada, no entren hasta que venga una compañera.

—¿Quién? —preguntó Nathaniel.

—Mía Aradia —contestó Vanessa—. La mejor forense que existe y existirá.

Capítulo 12: Juegos mentales

Cuando alguien tiene poder, dinero y una mezcla de rencor que no lo deja dormir por las noches, nace un animal deseoso de sangre, de venganza, de odio. A pesar de ser del bando de los buenos. No existe bondad cuando el odio es mayor a la razón.

Gian Marco se vio envuelto en un mal sueño del que jamás salía. Entre calles oscuras estrechas, intentaba alcanzar a su madre y su hermana. Ambas escapaban de los hombres de negro de un cártel sombrío que arrancaba vidas. Estiraba la mano, intentaba alcanzarlas, pero caían abatidas por los disparos y se desangraban junto al cadáver de su heroico padre, quién había intentado liberarlas. La ropa del joven se empapó de sangre, y la culpa por no haber hecho más lo consumió mientras se escondía detrás de unos botes de basura para no terminar pereciendo junto a sus familiares.

Gian despertó jadeando, con el pecho oprimido y los ojos brillando. Derramó una lágrima que limpió con rapidez. Tragó saliva y cerró de nuevo los ojos para intentar relajarse. Las uñas las había clavado en el asiento del avión y las desencajó con rabia.

—Señor —lo llamó la azafata. Gian la observó—. Llegamos enseguida.

Gian se preparó y se asomó por la ventana del avión privado. Observó su propio aeropuerto en una isla que había comprado meses atrás, donde le esperaba una mansión con una seguridad inquebrantable. Había pasado de ser un huérfano a uno de los hombres jóvenes más millonarios de Italia. Gian suspiró y apretó los labios. Si tan solo pudiera disfrutar de sus progresos en vez de fijarse en su doloroso pasado, podría intentar ser feliz.

Además de CEO en varias empresas de sectores distintos, el trabajo como espía y proveedor de armas para la TBB le daba un alto estándar de vida. El dinero le llegaba como la lluvia en invierno. Para él todos esos lujos eran lo natural.

Al llegar, los empleados lo recibieron con amabilidad. La misma que él ignoró y llevó sus pasos hacia la casa. En la entrada, un hombre tomó su chaqueta y con una reverencia le obsequiaron una copa de bourbon al llegar al salón.

—¿Dónde están los matones que pedí? —preguntó en italiano. Sin embargo, al cambiar de país y tener empleados cercanos a México, todos se miraron entre sí sin entenderlo. Gian suspiró hondo y se esforzó por hablar en castellano—. Los... —Hizo sonido de ahogue mientras se agarraba del cuello—. ¿Entienden? —Sacó la lengua—. ¿Sí? —Los empleados seguían confusos. Una de las señoras de la limpieza tuvo que sostener la risa y girar leve el rostro para no reír. Gian tomó el móvil y escribió en el traductor, luego les mostró—. Esto... ¡Matones!

—¡Aaah! —dijeron todos a la vez al entender. Gian puso los ojos en blanco. Lo suyo no era la paciencia. Dos hombres llegaron con él y lo saludaron con un estrechón de mano.

—Nosotros somos esos hombres —se presentó el primero—. Haremos lo que usted nos pida. Prometemos eficacia.

—Quiero que vayan a por un hombre —siguió Gian. Su castellano era torpe, aun así, entendible. Su acento italiano se mostraba en cada palabra y a veces debía detenerse a pensar cómo era la entonación en castellano, pero lo lograba—. Lo van a traer aquí. No quiero testigos. Si los hay, los eliminan. Lo quiero vivo, tiene una mujer y dos hijos que cuidar.

—Bien —asintió el otro hombre, aunque eran dos los que iban a encargarse de la tarea—.

¿Para cuándo?

—Ya —exigió Gian—. No tengo paciencia. Esta misma noche. —Los sicarios asintieron—. Si vienen con las manos vacías... —Hizo un disparo con la mano apuntando a uno de ellos y luego al otro—. Es importante, valioso. —Los hombres tragaron saliva y asintieron—. Retírense.

Ambos se marcharon. Tenían un vuelo que tomar para llegar al país y salir de la isla. Gian suspiró hondo e ignoró las delirantes llamadas de su hermana Antonella. Ella imaginaba que iba a meterse en problemas y preocupada, teniendo acceso en el móvil solo para llamarlo a él, se sentía cada vez más desesperada. A la centésima vez, la llamada de su hermano al fin fue atendida.

—Antonella, eres muy pesada —dijo Gian nada más descolgar.

—¿Qué vas a hacer? ¡No seas impulsivo, sabes que no te trae cosas buenas!

—Haré lo que la TBB no se atreve.

—¡¿Matar a todo el mundo?!

—¡Pues si hace falta, sí! —gritó Gian—. Estoy harto de esperar, Anto. Se acabó.

—Por favor, mide lo que haces —rogó su hermana—. *No quiero quedarme sin hermano, te lo suplico.*

—No hagas ruido, no hables sobre esto, no se lo cuentes a nadie y, así, tendré más posibilidades de salir vivo de esta. —Gian tomó tomo rumbo a su habitación, queriendo ducharse con agua caliente y descansar—. Mañana, tendrás total manejo de tu móvil nuevamente. De ti depende el delatarme y que me maten, o callarte y darme una oportunidad de hacer lo que quiero hacer de una vez por todas.

En la comandancia militar del pueblo, todos los presentes le habían dado la bienvenida a Elías. No tuvo problemas para presentarse por allí sin justificación por su ausencia. Cuervo ya se había encargado de limpiar su historial y presentarlo como una baja por el cuidado de un familiar. Nadie sabía que, en realidad, padecía depresión y ansiedad postraumática. Expresaron cuánto lo extrañaron en el cuerpo, a él y a Carlos, quién lo acompañaba con su uniforme policial. Carlos había pasado de cargo como le daba la gana, y algunos compañeros dudaban de su veracidad en el cuerpo, pero al ser la mano derecha de Elías, nadie se atrevía a decir nada al respecto.

—Pero ¡qué ven mis ojos! —Se alegró una mujer rubia, que pronto se abalanzó hacia los brazos de ambos. Sofía trabajaba para la policía del pueblo y también como investigadora para la TBB; sin embargo, desde la última misión en la que la vida de Elías se rompió, no los había vuelto a ver—. Los extrañé muchísimo.

—Y nosotros a ti —respondió Elías. Ambos le siguieron el abrazo.

—¡Yo no puedo perderme un abrazo grupal! —exclamó otra mujer. Se trataba de Mía, quien había llegado para entregar los papeles de la autopsia de un caso que llevaba Sofía. Corrió hacia ellos y se lanzó en medio, haciéndolos perder el equilibrio, pero uniéndose al abrazo con facilidad.

—Mía, eres única —comentó Carlos.

—Da sentimiento vernos unidos de nuevo —confesó Sofía con los ojos llorosos y la voz un poco rota. Todos asintieron ante sus palabras.

La sonrisa de Mía se borró cuando recibió un mensaje de Vanessa. Se colocó un mechón de

pelo tras la oreja mientras lo leía y con lentitud levantó la mirada hacia Elías.

—Tu sobrina me acaba de pedir ayuda —le contó, y este adoptó la misma expresión seria de la mujer—. Encontraron el cadáver de una mujer y teme que la haya asesinado el coronel que está en su escuadrón.

—¿Cómo? —Elías caminó con decisión hasta el despacho de Sofía. Esta le dio la clave del ordenador y mientras Mía llamaba con preocupación a Vanessa, ellos empezaron a averiguar sobre el coronel.

—Ricardo Reyes —comentó Sofía—. ¿De qué demonios me suena?

—El único Ricardo que suena en mi mente ahora mismo, fue un desgraciado que conocía a Marta —comentó Carlos.

—¿Marta Rivera? —indagó Elías.

—Así es, pero ese hombre no era militar —aclaró Carlos.

—Si tienes dinero, puedes ser quien quieras, como Barbie. —Elías siguió su búsqueda, pudo encontrar archivos que acreditaban el entrenamiento y las medallas de Ricardo hasta conseguir el puesto de coronel; sin embargo, se notaba que su entrenamiento había sido a una edad avanzada.

—¿No hay nada de él de más joven? —preguntó Sofía.

—Absolutamente nada. —Elías hizo memoria—. Creo que ese tal Ricardo del que habla Carlos también me suena a mí. Sin embargo, lo recuerdo como un hombre de negocios que, si bien fue un cabrón, no creo que llegara a un rango tal en la milicia, o que matara a nadie. Ese hombre no tenía dónde caerse muerto.

—Entonces, no será el mismo —comentó Carlos—. ¿No hay ninguna foto? Quizá con su rostro le podríamos preguntar a Marta.

—Déjame ver. —Con un solo clic la búsqueda saltó de página. No encontró nada relevante sobre Ricardo y, además, una página espejo inundó la pantalla del ordenador y lo llevó directo a un sitio de la Web oscura en donde la pantalla del ordenador empezó a parpadear. La cámara se encendió y, con rapidez, Elías la cubrió con el dedo.

—*Te he visto* —dijo una voz robótica, a través del dispositivo—. *No busques de más, Halcón. No quieras que más gente a la que quieres termine muerta.*

—¿Quién eres? —preguntó Elías. Con un movimiento de cabeza, Sofía encendió un dispositivo de rastreo, pero el aparato no funcionaba.

—*No intentes rastrear mi dirección IP; será inútil* —comentó el hombre, como si supiera a lo que se estaba enfrentando—. *La última vez fuimos compasivos, marine. Esta vez, no será así. Estamos por mar, aire, tierra y en cada dispositivo eléctrico. Te vigilamos, Halcón y a todos los tuyos. Vanessa es una muchacha muy perspicaz... ¿Cuánto le durarán las ganas de jugar a Sherlock Holmes?*

—Si le haces algo a mi sobrina...

—*Ahórrate la amenaza, Halcón* —lo interrumpió el hacker—. *Tengo a tu sobrina tan cerca, que podría estirar la mano y tocar su pelo. ¿Imaginas lo que podría hacer si la mano va a su cuello? Esto solo acaba de empezar. Por cierto, descuelga el teléfono.*

—¿Qué? —El móvil de Elías empezó a sonar a la vez que una risa cínica se coló en el ordenador. Sofía apagó el dispositivo y Elías se levantó de la silla. Ese hombre estaba controlando todo lo que hacía, incluyendo a cada persona cercana a él. Descolgó al ver que era Cuervo—. Jefe, la línea no es segura.

—*Los teléfonos de la empresa están protegidos* —comentó Cuervo—. *Solo un hacker con la mente brillante podría romper las barreras.*

—Pues, te aseguro, que alguien ha roto la seguridad —le contó Elías. En ese mismo instante, recordó que Mía se encontraba hablando con Vanessa—. Debo colgar, jefe. Iré a la sede para que hablemos, es lo mejor.

—*Está bien Halcón, es urgente.*

Mía se encontraba en medio de la conversación con Vanessa.

—Si tiene ese color en la piel, lleva días allí, incluso semanas —comentó la forense—. Tomaré el primer vuelo para llegar cuánto antes.

—*Te lo agradecería* —respondió Vanessa—. *Tengo serias dudas de que el asesino es mi coronel.*

—¿Cómo estás tan segura?

—*Tengo una testigo* —confesó Vanessa—. *Ella me dijo que al último que vio esa mujer, fue a Ricardo Reyes. Sabe quién es, se acostó con él. La vi en el campo militar con el coronel, así que no se confunde de hombre.*

—Ten cuidado, Vanessa. Todo esto no me está gustando nada.

—*Tranquila, Mía. Sé lo que hago.*

—¡Mía! —exclamó Elías. Este corrió hacia ella y colgó el dispositivo sin dar explicaciones—. ¡No hablen más!

—¡¿Qué pasa?! —se exaltó la forense.

—Mándale un mensaje a mi sobrina y dile que los móviles están vigilados —le contó Halcón—. No quiero que se diga nada que se pueda rastrear por Internet.

Vanessa leyó el mensaje y pronto lo eliminó. Se quedó pensativa y arqueó una ceja. De inmediato, se le dibujó en el rostro una pequeña sonrisa. Ese mensaje solo anunciaba la caída del lobo en su propia trampa. Suspiró y se acomodó en el asiento del casino. Pidió un vaso de agua y miró de reojo a Nathaniel.

—¿Por qué sonríes así? —preguntó el cabo.

—¿Cómo se caza a un depredador? —preguntó la joven cadete—. Poniendo un pedazo de carne en una trampa. Solo así, dejando que se meta solito, puedes atraparlo.

—¿Qué has pensado?

—Regresa al campo militar —le ordenó la joven—. No hables con nadie de esto, menos por teléfono. Voy a estar bien.

—Pero, Vanessa.

—Confía en mí, te necesito en las sombras, Nath. Él no puede verte aquí conmigo ni vincularte con la investigación. —Nath suspiró y asintió con la cabeza. Se levantó de la silla y le tomó las manos—. Tranquilo, cualquier cosa, te avisaré.

—Sin falta, recuerda que somos compañeros y que estamos juntos en esto.

Vanessa le sonrió y asintió con la cabeza. Cuando el joven se marchó, borró la sonrisa de su rostro y volvió a centrar la vista en el vaso de agua que removía con los suaves movimientos de la mano.

—Vamos, Ricardo, ¿cuánto tardarás en venir?

En la milicia de la ciudad, Ricardo se encontraba en su despacho. Se quitó los cascos, el distorsionador de voz y apagó los ordenadores con los que había controlado cada uno de los movimientos de los dispositivos. Su mirada gris se oscureció y gruñó en voz baja. Tomó rumbo al coche patrulla.

—Vanessa, Vanessa —dijo para sí mismo—. Estás jugando con quién no debes.

Ricardo siempre tenía un as bajo la manga. Sabía más de la cuenta, incluso de su propio compañero de negocios, Omar. Era mejor vigilar a todos desde las sombras y que lo vieran desde un perfil medianamente bajo. Sin que esperaran el peligro. Con una llamada, sentenció la vida de la mujer que había declarado en su contra.

»Una vez que esté con la cadete, maten a esa puta —ordenó con una llamada telefónica.

—Sí, señor —respondieron.

Vanessa observaba impaciente la puerta del casino hasta que lo vio aparecer, y sus sospechas se confirmaron. Entrecerró los ojos y tomó el último sorbo de agua. Ricardo fingió sorpresa al verla sentada en el salón de juegos; sin embargo, ella no rompió la seriedad en su rostro.

—¿Qué hace aquí, cadete? —le preguntó él.

—¿Y usted?

—Soy cliente habitual.

—Lo sé. —Vanessa se levantó de la silla—. ¿Sabe que hubo un asesinato aquí?

—¿Asesinato? —Ricardo negó con la cabeza—. No, para nada.

—Ya, bueno, vine a investigar ese suceso.

—De eso se encarga la policía.

—Estaba justo aquí cuando lo descubrieron, ¿quiere verlo? —No dejó que Ricardo le respondiera. Ella ya le había dado la espalda y se encaminaba hacia el pasillo donde se encontraba la habitación. La abrió y observó el rostro sin vida de la mujer y también el de Ricardo, pues ni siquiera hizo una sola mueca al observar a la mujer—. Es extraño que no muestres aprensión.

—Como militar he tenido que ver cosas peores —confesó el coronel. Luego observó a Vanessa—. Pero de nuevo, creo que esto es trabajo para los investigadores y forenses de la policía.

—Discrepo, porque tengo una sospecha de quién la pudo matar —continuó Vanessa y lo retó con la mirada—. Y creo que no merece el puesto que tiene.

—¿Qué quieres decir, Marim? —Ricardo se ubicó frente a ella con las manos en los bolsillos del pantalón—. Recuerda que culpar sin pruebas es delito.

—Sí, y teniendo en cuenta que mi última testigo va a morir, no tengo pruebas. —El rostro de Ricardo cambió por completo. Vanessa se acercó y lo encaró con más rabia—. Si la mujer con la que te acostaste hace unos días, y que trajiste al campo militar, muere mientras estás aquí hablando conmigo, no tendré ni una sola duda de que has sido tú.

—Estás paranoica —contestó él con rabia—. Y puedo mandarte a tu casa por estas acusaciones.

—Pero no lo harás, porque estás jugando al gato y al ratón conmigo. Lo que no tengo muy claro es quién es el gato y quién el ratón, coronel. —Unos disparos se escucharon seguido de varios gritos. Pues la mujer había sido abatida antes de entrar a su trabajo. Vanessa sonrió con desdén y con rabia, y dio unos suaves golpes en el pecho de Ricardo—. No sé si esta sea la primera vez que caes tú en una trampa, pero no será la última y, no, ahora no tengo pruebas, aun así, no voy a detenerme hasta que termines preso. Ahí es donde debes estar.

Vanessa pasó por su lado para marcharse. Sin embargo, Ricardo la sostuvo del brazo y detuvo con fuerza sus pasos. Le dolía el brazo por el agarre, pero Vanessa levantó la cabeza con orgullo y no emitió ni un solo quejido de dolor.

—Conmigo te quitas todas las caretas de niña buena, ¿te diste cuenta?

—Lo sé, porque la oscuridad, con fuego se combate. —Ricardo soltó una risita irónica al escucharla. Vanessa movió el brazo con brusquedad y logró soltarse de su agarre.

—Has dejado que una persona fuera asesinada, Vanessa —comentó Ricardo—. Sabías que iba a morir y no hiciste nada, ¿en qué te convierte eso?

—En una Marim —respondió ella con seguridad—. Puede que ante todos quiera negar quién soy, cómo soy, pero mi monstruo interno puede aflorar si es para impartir justicia.

—¿No será que te pusiste celosa al ver que me la follaba y tu única manera de desquitar tu rabia fue dejando que la mataran? —Vanessa dio una carcajada que salió del fondo de su alma. Ricardo gruñó en rabia al ver su burla.

—Sigue en tu mundo ficticio, coronel, y ten cuidado conmigo. —Al fin pasó de largo.

—Me asombra que me estés advirtiendo, ¿resulta que ahora yo soy la víctima y tú el verdugo? —preguntó Ricardo con sorpresa. Se dio la vuelta para ver cómo se alejaba.

—Lo has sido toda tu miserable vida —le respondió ella, y lo observó solo para terminar—. Pero no te compadezco. No me interesa tu vida, tampoco tú y si te has dispuesto a hundirme por un odio irracional, me encargaré de que tengas motivos para sentir eso por mí.

La quijada de Ricardo se tensó. Arrugó la nariz y con rabia gruñó para sus adentros. Lo había engañado y no sabía si sentirse con rabia o más atraído por ella. Sin embargo, miró hacia la mujer que yacía en la cama y negó con la cabeza. Tomó el móvil y llamó a uno de sus contactos.

—Quiero saber qué ocurrió con una mujer hace cosa de una semana —ordenó—. Apareció muerta y en un lugar en el que, de manera sospechosa, me incrimina y yo no maté a esta escoria. Que sea rápido, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió su contacto. Otra llamada llegó al teléfono del coronel, respondió a desgana al ver que se trataba de José.

—¿Y ahora qué?

—*Tengo algo urgente que contarle, señor* —comenzó a hablar el policía—. *Sé quién fue el que llevó a su sobrino al atentado del otro día.*

—¿Quién? —preguntó el coronel, con rabia en el tono de su voz.

—*Gael* —soltó José—. *Fue quién lo mandó con la avioneta. Creo que debe saberlo. Tengo serias dudas de que nos traicionó y por eso hizo que Andrés fuera solo. Estuve hablando con él y me confesó las ganas que tiene de dejar el trabajo. Qué mejor forma de hacerlo que matando a uno de sus jefes.* —Ricardo gruñó y fue escuchado por José—. *Espero no haberlo importunado, coronel.*

—En lo absoluto —respondió Ricardo—. Tomaré cartas en el asunto.

Vanessa se encontraba a la salida del casino, donde el personal sanitario y la policía se agolpaban por el reciente asesinato de la joven que trabajaba en el local. A pesar del revuelo, les explicó que ella estaba allí por otro motivo y se encargó de que el jefe del local no les confesara lo ocurrido con la chica del reservado si quería que no abriera la boca respecto al negocio de prostitución que traían. Ricardo pasó por su lado y se detuvo un instante.

—Te estás equivocando —le susurró.

—¿Es una amenaza? —Vanessa extendió las manos y fingió temblar—. Mira, tiemblo.

—No, no es una amenaza, te estoy informando —aclaró Ricardo—. No maté a esa mujer.

—¿A cuál de las dos? —Ricardo frunció el ceño al escucharla—. Vas a ir de cabeza a prisión por asesino.

—Asombroso. —Ricardo suspiró y negó con la cabeza.

—¿El qué lo es?

—Que hace unas horas me estuvieras curando y queriendo que te besara y ahora quieras meterme en prisión. —Ricardo frunció el ceño y arrugó la nariz—. Debí imaginarlo, la gente que porta tu sangre es traicionera. Ni siquiera debí pensar que eras diferente.

Cuando empezó a marcharse, Vanessa hizo una mueca y corrió tras él para detenerlo.

—¡Ey! Espera. —Ricardo ignoró sus palabras y llegó al vehículo. Abrió la puerta—. ¡Ricardo!

—Coronel —la corrigió—. Eso soy para ti, lo de tutearme me enferma.

—Haré lo que quiera fuera de mi trabajo —lo retó Vanessa. El nervio en Ricardo iba en aumento. Suspiró y fingió una sonrisa de rabia. Se volteó dando un portazo en el coche y se cruzó de brazos.

—¿Qué demonios quieres?

—¿De qué conoces a mi familia? —preguntó la cadete.

—¿Ahora me vas a interrogar a mí? —Ricardo levantó las cejas e hizo una mueca de desagrado—. Estás loca.

—Mira quién habla de locura. —Ricardo abrió la puerta del coche, pero Vanessa la volvió a cerrar.

—Vanessa —la abrió y de nuevo se puso en medio y la cerró. Ricardo se pasó las dos manos por la cabeza—. ¡Me estás sacando de los nervios!

—¿De qué conoces a mi familia?! —insistió la joven—. ¿Crees que porque grites me vas a asustar o algo por el estilo? Te falta mucho para llegar a asustarme.

—Ya veo. —Ricardo bufó y volvió a cruzarse de brazos—. Me acabas de acusar de asesinato y ahora estás aquí en el aparcamiento, sola, conmigo. Tu sentido de la supervivencia es escaso.

—Me gusta el riesgo.

—Eres una suicida, aparta. —Ricardo intentó tomarla del brazo, pero Vanessa le sostuvo del hombro, dio la vuelta sobre sí misma y con una llave lo empujó contra el coche y lo inmovilizó a pesar de su tamaño. Ricardo arqueó las cejas y se quedó con la boca entreabierta. Pronto sintió cómo le apretaban los pantalones y arrugó la nariz. Tampoco hizo fuerza para desatarse del agarre de la joven. Se sentía bastante cómodo con esa cercanía.

—No me voltees la conversación, eres muy listo, pero no me la das —dijo Vanessa. Le soltó el brazo y dio un paso atrás—. Te he hecho una pregunta.

—Y yo te estoy dando evasivas porque no me sale de los huevos responder. —Ricardo suspiró y se le escapó una suave sonrisa al observar la furia en la expresión de la cadete—. Todo el mundo conoce a tu familia y, como coronel, me doy el tiempo de investigar y saber cómo son cada uno de mis futuros soldados. Eso también implica el investigar sobre sus familiares.

—¿Dices que haces eso con todos? —Ricardo asintió—. ¿Y también les tomas fotos? —La expresión de Ricardo cambió y la puso tensa. Frunció el ceño y gruñó con exasperación—. Sí, vi las fotos. ¿Sabes que eso es acoso? No, peor, pedofilia.

—Me llamaste asesino y pedófilo en menos de una hora. —Ricardo apretó las manos en puño y golpeó el coche, dejando una abolladura en la puerta—. Te vas a terminar quemando conmigo.

—Me importa una mierda, Ricardo. Las pruebas así lo dicen, de lo contrario, ¿por qué tienes fotos mías de cuando era niña?

—A ver. —Ricardo bufó y empezó a caminar como un gato enjaulado. Se carcajeó con

sarcasmo y negó con la cabeza—. Crees todo eso de mí y, aun así, no te estás alejando. Sí, eres malditamente masoquista.

—Explícame entonces, para que deje de pensar todo eso de ti. —Vanessa señaló hacia la multitud—. Porque no me puedes negar que mandaste a matar a esa mujer cuando estuvieras hablando conmigo.

Ricardo sonrió con molestia. Se podía sentir su odio, su ira emanando de cada rincón de su ser. Observó a Vanessa con molestia y se mordió la lengua en un acto de contenerse, aunque no pudo.

—Si se supone que soy un pedófilo, ¿por qué solo tengo fotos tuyas y no de más niños? —Vanessa iba a responder, no obstante, él continuó dando un paso hacia ella. Vanessa dio uno atrás—. ¿Por qué no hay ninguna foto tuya que sea comprometedor o sexual? Las habrás visto todas, ¿cierto? Todas relacionadas a tu vida estudiantil, ¿o no? Ah, y alguna con tu familia.

—Pero...

—¡Pero nada! —la interrumpió Ricardo—. No hay ninguna foto en la que un enfermo quisiera hacerse una jodida paja, ¿crees que yo sí? ¿Quieres pensar que me la hice viendo tus libros de inglés?

—No, yo...

—¡Respeto mucho a los niños porque yo no tuve infancia, Vanessa! —gritó tan fuerte, que incluso varias personas voltearon a ver—. ¡No sabes una mierda de mí y te atreves a juzgarme como todos siempre lo han hecho! ¡¿Viniste a preguntarme si soy un pedófilo?! ¡¿Es eso?! ¡Crie a Andrés desde el segundo mes de vida, solo! ¡No le faltó de nada e hice mi mayor esfuerzo por él! ¡Ve y pregúntale si alguna vez fue abusado por su tío!

—Ricardo, yo no, no sabía que...

—¡Nadie sabe nada! —la volvió a interrumpir—. Pero es más fácil culpar a la gente de cosas horribles sin ahondar en su vida, en su pasado. ¡Yo sí fui un niño abusado, Vanessa! —Ricardo empezaba a sentir que el pecho se le oprimía. Un nudo en la garganta se le formó a la vez que sus ojos grises se cristalizaban. Inhaló y exhaló para intentar contener las lágrimas—. No haré que ningún niño pase por lo que pasé yo. Puedo ser un monstruo, pero por ahí no vayas, Vanessa. Con los niños no.

Vanessa notó ese brillo de dolor que se dibujó en el océano gris de los ojos del coronel. Tragó saliva y apretó los labios. Sintió el dolor que él estaba expresando. Jamás lo había visto tan abatido y sincero, aunque él no era de andarse por las ramas y se lo demostró al preguntarle si le gustaba. Suspiró hondo y volvió a la pregunta.

—¿Y por qué tienes fotos mías? —repitió.

—No es por ti, nada es por ti —confesó Ricardo—. Tu familia tiene muchas cuentas pendientes, Vanessa, y si insistes en seguir averiguando lo que no debes, terminarás en el mismo saco que ellos.

—Siento que ya lo estoy por el simple hecho de portar sangre Marim Rivera. —Vanessa se acarició un brazo y suspiró hondo. Quería ser militar para borrar el pasado de su familia, para limpiar su apellido; no obstante, el pasado la estaba persiguiendo y ahora se le presentaba como el coronel por el que estaba sintiendo algo más que cariño a pesar de ser una locura.

—Quizá sí, pero ten en claro que cuando eras pequeña, no sentía nada por ti. Deja de pensar tantas mierdas de mí. Me provocarás el vómito. —Vanessa levantó la mirada hacia su rostro. Él no la observaba, sabía bien lo que había dicho. Literalmente, que tenía sentimientos por ella. Abrió la puerta del coche y la miró de reojo—. Sube, tu trabajo no es estar aquí. Debes formarte

para ser militar. No te daré el entrenamiento por bueno si te entretienes en otras cosas.

Vanessa suspiró. Nathaniel se había llevado el coche y no tenía cómo volver al campo militar. Apretó los labios entre sí y, a pesar de que la desconfianza todavía rondaba por su mente, suspiró hondo y subió al vehículo.

—Nathaniel debió dejarte el coche —comentó Ricardo. Vanessa se sorprendió ante sus palabras. Lo miró con los ojos abiertos de par en par. El coronel se encogió de hombros y siguió —: Tu amigo deja pistas muy evidentes cuando intenta averiguar sobre alguien. Incluyendo el hecho de que habló con gente que se entrenó conmigo y no les exigió silencio. Por no decir que, no has podido llegar al casino sola sin transporte. Dejan muchos cabos sueltos. Igual como tus inútiles intentos por entrar en mi despacho. Por eso dejé la puerta abierta. Me dije: si quiere entrar, le daré esa satisfacción. —Vanessa estaba sorprendida. No podía hablar, la voz no le salía, solo podía escucharlo—. Que encontraras las fotografías era muy poco. Estabas jugando a los detectives, así que quise darte algo con lo que entretenerte. Por eso, puse unos de mis viejos diarios entre los libros y los más recientes, los guardé. Supongo que cogiste uno de ellos. A tomar en cuenta que quieres averiguar mi pasado, te habrás llevado el que más desgastado se viera, y en la noche lo habrás leído y escuchado el iPod que cargué antes de ponerlo entre las páginas. No pensaste que esa época, por muy viejo que fuera el dispositivo, todavía no se habían inventado. Seguro que solo te dedicaste a escucharme tocar el piano y pensaste que tenía una parte sensible. Porque sí, se nota lo novelera que eres y no creo que sea una virtud.

—Lo tramaste todo —susurró Vanessa.

—Sí —admitió—. Sabía que querías saber qué escribía en mis diarios y maté tu curiosidad de forma que creyeras que lo habías conseguido sola. Me gusta la lectura y escribo para no terminar muerto. La escritura es esa cuerda que me ha mantenido a cinco centímetros por encima del abismo. Escribo novelas, unas más personales que otras, pero así es. No vuelvas a pensar que vas un paso frente a mí. Eso es casi imposible, aunque he de admitir que me sorprendiste en el casino. Mereces un premio, pocas personas logran algo así. —Vanessa suspiró decepcionada al darse cuenta de que nada había conseguido, llevó la mirada hacia la ventana del vehículo, observando su rostro reflejado en el cristal—. Encárgate de hacer tu trabajo y yo haré el mío. Deja de perseguirme con tus inútiles investigaciones policiales.

—No —negó en rotundo la joven y alzando la voz para que la escuchara bien—. Dijiste que en el casino te sorprendí —continuó—. Es suficiente para saber que puedo contigo.

Ricardo suspiró y se encogió de hombros. Apretó las manos contra el volante y asintió con la cabeza.

—Sabía que dirías eso —dijo el coronel, aunque no podía esconder su impotencia—. Suerte.

—Tú igual —respondió Vanessa, alzando la vista para retarlo de nuevo—. La vas a necesitar para librarte de mí.

Ricardo la observó desde el retrovisor y mentalmente rogó jamás librarse de ella.

Después de desconectar todos los dispositivos de la red, Elías llegó a la central de la TBB. Cuervo lo esperaba con noticias demoledoras para él.

—Tu ahijado me robó —dijo su jefe sin titubear.

—¿Cómo que te robó?

—Uno de mis ordenadores —aclaró Cuervo. Este suspiró hondo y se apoyó en la pared de

su despacho—. Te dije que estaba lleno de odio y no era buena idea entrenarlo.

—Sé que Gian es bueno —lo encubrió Elías—. Solo ha sufrido demasiado.

—Te sientes responsable de él, porque pasaste por algo similar y te tocó verlo en el centro de menores —expuso Cuervo—. Pero no deberías de encubrir cada uno de sus errores. Esta vez, quiero que sienta las consecuencias.

—Pero, señor... —Cuervo levantó la mano, a lo que Elías se calló.

—No lo detendremos —continuó Cuervo—. Dejaremos que haga su plan y se caiga solo, sabrá que el pago por la imprudencia es un plato que, al igual que la venganza, se sirve frío. Aprenderá a obedecer por las malas. Y, Elías, no se te ocurra avisarle de que me enteré de su robo.

Capítulo 13: El secuestro

Teresa se asomó por la puerta de su habitación y se cercioró de que su padre no hubiera llegado a casa todavía. Al fin estaba escuchando la voz del chico que la hacía suspirar. Con sospecha, le preguntó por qué no sonaba como la de un chico joven, a lo que él le respondió que estaba resfriado y, bajo su inocencia, la chica lo creyó. Sus padres siempre la habían criado rodeada de un manto de cariño y bondad, por lo que ver la maldad en la gente se le dificultaba muchísimo.

—Me alegra escucharte —confesó—. Mi papá te tenía como un fantasma, porque no te veía.

—*Tu papá es idiota* —respondió su amigo—. *Que no te influya lo que diga, él tampoco es un santo.*

—Supongo que no.

—*¿Cuándo nos podremos ver?* —Teresa se quedó en silencio. Tragó saliva y se lamió los labios con nerviosismo. Gael no la iba a dejar salir de casa para encontrarse con él. Tras la pausa, el chico insistió—. *Si no nos vamos a ver nunca y te dejas guiar por lo que tu papi diga, prefiero buscarme a otra.*

—¡No, no!

—*Habré perdido demasiado tiempo contigo, pero lo prefiero. A un hombre se le debe cuidar, Teresa* —siguió presionando—. *Si no, tendré que buscar fuera lo que tú no me des.*

—¡No! Es solo que, mi papá...

—*Tu padre está amargado, y porque tu madre no esté no tienes por qué cargar con él. ¿Acaso va a vivir él tu vida?*

—No —pronunció ella con un hilo de voz.

—¡Claro que no!

—Bueno, nos veremos —aceptó ella al fin—. Solo déjame unos días y lo planeamos.

—*Genial.* —Se alegró el muchacho—. *Ansío el momento de verte.*

—Y yo —respondió ella con una sonrisa de ilusión en el rostro.

Gael se encontraba en el coche, fuera de su casa. Había visto el amanecer y suspiró hondo sin ganas de entrar por la puerta de su casa. La fachada decorada en piedra que la hacía ver hermosa y en la cual gastó parte de ese dinero sucio, le parecía lo más horrible del barrio. Miró hacia el banco donde había hablado con Elías y suspiró hondo. Quizá de haberlo atrapado tendría cómo negociar para que lo dejaran libre. Sin embargo, lo estaba buscando para un consejo. Necesitaba otro consejo y no tenía con quién hablar que fuera de confianza. Sacó el móvil y observó el contacto de Andrés, dudó antes de llamar, pero al fin lo hizo.

Andrés aprovechando que su tío lo había dejado en el hospital, el general tomó un taxi para ver a su madre. Siempre que podía lo hacía, ya que no quería dejarla sola, aunque a veces no lo reconociera. Cuando observó de quién se trataba, descolgó al instante.

—Gael, vaya de la que te libraste el otro día —comentó despreocupado y con un toque de humor—. Casi me matan. Aunque quizá de haber sido otro no lo hubieran interceptado.

—*Me enteré de ello* —comentó Gael—. *Lo que no sé es cómo se enteraron de que el piloto eras tú.*

—Ni idea, si no te conociera diría que nos traicionaste. Suerte que te conozco. —Gael sonrió

un poco al escucharlo y suspiró aliviado—. ¿Ocurrió algo?

—*Quería comentarte si sería posible salir del negocio* —Gael dijo sin más, esta vez, sin titubear.

—¿Salir? —Andrés firmó la hoja en la recepción donde anotaban las visitas en el psiquiátrico—. Gael, eso no me concierne a mí y lo sabes.

—*Sí, pero el coronel es más suave contigo.* —Gael bufó y siguió insistiendo—. *Por favor, tengo una hija a la que estoy descuidando por esto. Me metí para salvar a mi mujer. El costo de los hospitales era alto, pero ahora ya no está y necesito estar con mi niña.*

Andrés suspiró hondo ante el ruego del hombre. Hizo una pequeña mueca en el rostro y terminó mostrando una suave sonrisa en sus finos labios.

—Está bien, hablaré con mi tío, pero no te aseguro nada.

—*Dios mío, gracias.* —La sonrisa de Gael se volvió plena.

—Pero no te aseguro nada, eh —repitió Andrés—. No te hagas ilusiones, mi tío ni siquiera por mí rompe esa armadura que trae para todo lo que no sea su propio beneficio.

—*Con intentarlo, ya es mucho, general.*

Quien también necesitaba consejos era Elías. Sin dormir ni probar bocado se sentía inútil. Como militar y como padre. Gian había sido como un hijo para él desde que conoció su situación y se vio reflejado en los ojos castaños del niño mientras lloraba por la muerte de todos sus familiares. Entendía su dolor y su soledad. Con ella, ambos se acunaban en las noches y cuando se conocieron se complementaron para no sentirse más de ese modo. Hasta que Elías comprendió que su caótica vida solo lo estaba llevando a la locura y lo ponía en peligro constante. El rencor del niño italiano iba en aumento, a medida que sabía todo lo que hacía el cartel con personas y familias como la suya. Por ese mismo motivo, Elías lo metió en un centro de menores y, después de observar la cantidad de veces que se escapaba y la astucia que presentaba, lo mandó en adopción a una familia de su país que trabajaba en la TBB. Nunca perdió el contacto con él y, considerándolo un hijo, sentía el corazón encogido al saberse de su traición.

Además de permanecer en silencio por petición de cuervo y tener que despedirse de Carlos, sintió de nuevo esa sensación de soledad que lo abrumaba.

Por eso, no le importó que sobre su cabeza una tormenta tan oscura como su vida se estuviera formando sin frenos. Lo arremetió en medio del camino y el agua empapó su ropaje militar. Lo volvió oscuro, como todo lo que sus ojos bicolores veían desde hacía años atrás.

Siempre se repetía que era una maldición, y que todas las personas que se acercaban a él terminaban muertas o con problemas que derivaran a lo primero. Su camino llevó donde siempre. El único lugar en el que se sentía cerca de alguien que lo amaba. Frente a la tumba de Eduardo Villalba.

Sus piernas flaquearon y se arrodilló en el suelo. Apretó los puños sobre la lápida y agachó la cabeza. El llanto lo envolvió y lo abrazó junto a la fría lluvia. Estaba mal en el aspecto psicológico, y la presión por volver al trabajo junto a la noticia de Gian y tener que permanecer en silencio, no le estaban ayudando a estar estable mentalmente. El pelo le cayó a los lados del rostro y lo cubrió para que nadie más que él y Edu pudieran ver lo lastimado que estaba. O ese era el cometido.

No obstante, en busca del mismo consuelo, Gael llegó al cementerio, pero para sentirse cerca de su difunta mujer. Bajó con un paraguas y caminó sin mirar a nadie hasta encontrarse

frente a la foto donde, sonriente, le contagiaba la alegría de ese momento. Gael la recordó. Era el día en que cumplían años de casados. Suspiró hondo y acarició el cristal de la empapada fotografía.

—Quisiera que me dijeras, si lo estoy haciendo bien —susurró a su esposa—. Si estoy siendo un buen padre con Tessa, o si simplemente soy un fracaso.

Detuvo sus palabras al escuchar un pequeño sollozo a un costado. Observó hacia el lugar y lo divisó. Agachado, empapado sobre un charco que cada vez se volvía más notorio. Lo reconoció rápido, a pesar de su vestimenta militar y lo mojado que se encontraba.

Elías dejó de sentir las gotas de agua contra su cuerpo. Frunció el ceño al escuchar que la lluvia no había cesado. Cuando levantó la mirada encontró a Gael cubriéndolo con su paraguas mientras permanecía de pie a su lado.

—¿Qué haces? Vas a pillar una pulmonía —Gael le extendió la mano y Elías la tomó—. Estás congelado, hombre.

—Lo sé —pronunció con la voz apagada. Gracias al tirón de Gael, Elías se puso de pie a su lado. El hombre le entregó el paraguas.

—Espera, toma un momento —le pidió. Elías lo agarró y lo observó mientras se quitaba la chaqueta y le cubría los hombros—. ¿Lo tuyo es estar casi muerto siempre que te encuentro?

—Bueno, siempre no.

—En el banco me encontraste tú a mí y tenía una crisis existencial, nada bueno cuando nos vemos. —A pesar del sofoco en el que militar había llegado allí, las ocurrencias de Gael le arrancaron una sonrisa

—Suelo traer desgracias como un gato negro —comentó Elías. Tomó la chaqueta con las manos temblorosas y se arropó en ella—. Gracias.

—Esas son todas supersticiones. —Gael le hizo una seña para ir a la salida—. Vamos al coche, no quiero tener que correr al hospital otra vez.

—No sé, creo en las supersticiones. Deberías de llevar algún amuleto, estás muy cerca de mí. —Elías lo empezó a seguir con el cuerpo tembloroso. Llegó a tambalearse, y Gael, por instinto, lo sostuvo de la parte baja de la espalda para que no se cayera. Elías se estremeció por el contacto, aunque lo disimuló como un espasmo por el frío—. Bueno, ahora peor. Ya estás maldito.

—¿Estás tonto? —Gael expresó una carcajada sincera. Jamás pensó que pudiera reír así cuando se sentía tan mal hacía unos escasos segundos—. Eres muy pesimista.

—Así me enseñó la vida.

—A veces la vida cambia, ¿no lo has pensado?

—A mal.

—Dios santo. —Gael volvió a reírse—. Eres un pozo de alegría.

—Ja, ja.

Llegaron al coche. Gael encendió la calefacción y arrancó. Elías se hizo bolita en el asiento junto a la chaqueta de Gael. A pesar de ser más grande que el asiento, hasta se veía tierno. Un suave olor a perfume le inundó las fosas nasales. Sintió el aroma de Gael envolviendo su cuerpo, proveniente de la chaqueta. Tragó saliva y levantó la mirada hacia él mientras conducía. Las mejillas le ardieron. Conduciendo se veía varonil, rudo, atractivo. Elías se obligó a ahogar un jadeo. Tragó saliva y negó para sí mismo.

—Te ves rojo —se percató Gael, desde el retrovisor del vehículo. Elías escondió su rostro en la chaqueta, dejando visible solo los ojos—. Seguro ya tienes fiebre. Loco que estás, loco.

—Ya, deja de regañarme —ese reclamo sonó para Gael igual al de un niño pequeño. Se le escapó otra sonrisa y suspiró sin regañar más a Elías.

—Eres muy tierno, ¿sabes? —Las palabras de Gael incendiaron más el rostro de Elías y su corazón latió tan fuerte que se sintió en la garganta—. Iremos a mi casa y te prestaré algo de ropa. Como ya viste, el día de tu ataque de ansiedad, está cerca de aquí y evitamos que pilles un resfriado.

Elías asintió con la cabeza; sin embargo, cuando Gael movió el volante, la manga de la camisa se le retiró y dejó ver un tatuaje en el brazo izquierdo, que Elías podría reconocer en cualquier lado. Todos los integrantes del cartel al que él perseguía y quienes lo querían muerto tenían la misma silueta negra de un hombre en el mismo lugar. No había dudas. Bufó y se maldijo por su suerte. Sin embargo, lo próximo que hizo fue cargar la pistola y apoyarla sobre la cabeza de Gael.

—¿Qué haces?! —exclamó este, dando un pequeño volantazo—. ¡Yo te salvo y tú me apuntas con un arma!

—¿A dónde vamos? —respondió Elías con seriedad.

—¡A mi casa! —Gael gruñó de impotencia y frenó de golpe en el arcén. Elías se tambaleó un poco, pero siguió estable con la mira de la pistola en su sien—. Aunque no voy a llevarte a casa, está mi hija y te veo muy desequilibrado. ¡Baja el arma!

—El tatuaje. —Al escuchar a Elías, Gael entendió y suspiró hondo. Bajó la manga de su camisa y lo observó con seriedad—. ¿Crees que vas a engañarme con tus aires de Romeo y que voy a dejar que me mates?

—¿Cuáles aires de Romeo? —A pesar de ir apuntado por la pistola, a Gael se le volvió a escapar la risa.

—¡Lo digo en serio!

—No te haré nada, Halcón. Si no lo hice antes, menos ahora.

—¿Por qué? —Gael se encogió de hombros ante la pregunta de Elías—. Debe de haber una explicación.

—¿Por qué confiaste tú en mí al decirme tu nombre? —Los pensamientos de Elías quedaron en pausa. En ese momento, pensó que se veía un buen hombre, aun así, lo cierto era que no iba por ahí diciendo su identidad verdadera, por muy amable que fuera alguien.

—Pues, no lo sé.

—Bien, estamos a mano, baja el arma.

Dudó, pero la retiró con lentitud hasta que un estornudo lo desestabilizó y se golpeó la cabeza contra el asiento. Gael agachó la cabeza e intentó aguantar la risa.

—¡No te rías! Me siento mal —reclamó Elías.

—Normal, para de hacer el payaso y deja que te lleve a casa. —Gael extendió la mano y sostuvo el collar que portaba Elías con la identificación militar y al lado una chapa con la forma del pájaro de la TBB—. Eres muy localizable para tus enemigos, ¿sabías?

—Me importa poco, siempre salgo vivo, los que mueren son los otros.

—Adoro tu pesimismo mortal. —Se carcajeó Gael.

—Mortal, sobre todo.

Entre risas, Gael arrancó el vehículo y se pusieron de camino a su casa. La lluvia se hizo más agresiva, por lo que al final, Elías accedió a quedarse a dormir en casa del que era su enemigo, cuando ya se había duchado y puesto ropa seca. Porque así era, aunque Gael no lo aparentara, era de la organización criminal que Elías odiaba y ellos a él. La hija no había salido

de la habitación nada más que para comer, y no levantaba la vista del móvil, así que no pudo cruzar palabra con ella. Elías se sentó en la cama de la habitación de invitados mientras Gael bajaba unas mantas del altillo del armario. Momento en que el militar aprovechó para darle un repaso visual a su espalda ancha y su trasero. En ese punto, se fijó más y arqueó una ceja. Se le estaba haciendo muy atractivo.

—Si necesitas más mantas te traigo —comentó Gael y se dio la vuelta. Elías reaccionó y llevó la mirada hacia su rostro con rapidez.

—¿Eh?, sí. Sí, claro. —Gael sonrió con amabilidad, sin percatarse de hacia dónde se dirigía la mirada de Elías. Cuando se marchó de la habitación, Elías dejó escapar un suspiro e hizo una pequeña mueca—. Te gustan delincuentes, Elías —se susurró él mismo—. Así vamos mal, demasiadas *red flags*.

Se dejó caer en la cama con la cara hacia arriba y bufó. Entornó los ojos y se acomodó. Era mejor dormir a seguir desvariando.

Anne vivía una mentira de la que, además, no era feliz. Presa de la monotonía, de su marido. Hacía años que no se sentía mujer. Incluso cuando José trabajaba en las noches, intentaba verse bonita en su habitación, con pijamas finos y lencería, aunque no lograba cómo verse atractiva. Pronto se recogía el cabello y volvía a ponerse sus holgados pijamas con estampados de animales que no le resaltaban para nada la figura. No era la primera noche que pasaba sola en la casa ni iba a ser la última. Sabía que los turnos de noche de su esposo eran continuados, aunque no sabía por qué. Ella creía que como policía debía vigilar el bienestar del pueblo. Jamás imaginó que en realidad se encargaba de la mercancía del puerto.

—Vamos, a dormir. —Tomó a los dos niños en brazos y besó sus mejillas.

—Papá nos deja más tiempo cuando está en casa —reclamó el más pequeño, añadiendo una mueca de rabieta.

—Pero papá no está y no es fin de semana, así que deben descansar, que mañana van al colegio. —Entró a la habitación de los pequeños y los acostó en la cama, que consistía de una litera para que durmieran los dos juntos—. Descansen, mis amores.

Besó sus frentes, pero la niña mayor le sostuvo la mano.

—Espera, mami, ¿nos puedes leer un cuento? —pidió con ilusión.

—¡Sí! —respondió su hermanito.

—Está bien, ¿cuál quieren que les cuente? —Anne tomó asiento en la silla del escritorio.

—Quiero la bella y la bestia, mami —sugirió la niña. El pequeño asintió y se puso en la cama junto a un peluche de osito para escuchar cómo su mamá relataba la historia sin necesidad de un libro que la guiase. Así, poco a poco, se quedaron dormidos.

Anne recogió la casa, pues debía hacer tantas cosas en el día, que las horas no le daban para terminar nunca. Tomó la bolsa de basura y con el pijama salió a la calle. La oscuridad la apresó y adelantó el paso hasta el contenedor de basura cercano. Se sentía vigilada y el corazón le palpitó raudamente en el pecho. La adrenalina fue suficiente para correr de camino a la casa. Se adentró en su hogar y cerró la puerta con la respiración acelerada. Era una sensación extraña, angustiante pero verídica, pues entre los árboles que rodeaban su hogar, y que decoraban el pueblo, los matones que había contratado Gian vigilaban la casa con atención.

Con una llamada, avisaban al espía italiano de que José no se encontraba en su casa.

—Si vienen con las manos vacías les meto un disparo entre ceja y ceja —advirtió—. Para

algo les he pagado, panda de inútiles. Busquen a José y, si no, rastreen la casa que tiene Omar Muller en el país. Debe haber alguien o algo valioso para él en esa casa, puesto que no la vendió y lleva años sin pisar la propiedad. Sé que se encuentra en Estados Unidos, pero una extorsión también me vale. Alguna prueba incriminatoria, testigo, algo.

—Bien, señor.

Sin dar más explicaciones, Gian dio por finalizada la llamada.

—No nos paga tanto como para arriesgarnos de esa manera —comentó uno de los hombres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su compañero.

—Se supone que vinimos a por un eslabón bajo de ese cártel. Omar es alguien más importante, de una posición más alta. Si nos metemos en su casa y luego se entera de que fuimos nosotros quiénes le robamos algo o interrogamos a alguien, ¿crees que el italiano nos ayudará para que no nos mate? Pues, claro que no.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Lo tengo claro —confesó el hombre—. ¿Viste la mujer que salió de la casa? —El compañero asintió—. Debe ser la mujer de ese tal José. Está sola y la casa no tiene vigilancia, además de que no nos jugaríamos el pellejo. No llegaríamos con las manos vacías, ¿entiendes?

Ambos hombres sonrieron con cinismo.

Anne iba a acostarse. Se sentía insegura después de esa extraña sensación que le oprimió el pecho al salir a echar la basura. Se aseguró de cerrar bien la puerta de la entrada, pero se volteó hacia el pasillo al escuchar unos sonidos pertenecientes a unos pasos.

—¿Quién anda ahí?! —preguntó sin obtener respuesta—. Niños, si son ustedes me voy a enojar muchísimo.

Temblorosa, caminó hasta el oscuro salón y encendió cada luz hasta verse de pie en medio del pasillo, nuevamente, y sola. Solo se escuchaba su respiración y el goteo intermitente del grifo de la cocina que se debía arreglar. Caminó rauda hacia su habitación, pero antes de que pudiera abrir la puerta y encerrarse para pasar una terrorífica noche, y pensar que solo estaba imaginando las cosas; un sujeto la sostuvo por detrás y pasó un trapo con un líquido que no conocía. Pataleó, intentó gritar, pero los gritos eran callados por el mismo trapo humedecido. Así hasta que la droga que empapó sus fosas nasales hizo efecto y se desmayó frente a ellos. Ataron sus manos y pies, amordazaron su boca y le cubrieron la cabeza con un saco para impedir que si despertaba supiera dónde se encontraba.

No fue hasta encontrarse en el avión que Anne empezó a despertar. Los hombres la escucharon dar un quejido y quitaron el saco de su cabeza, a sabiendas de que ya no podría moverse ni escapar. La vista de Anne se hizo borrosa e intentó encontrar el norte mientras los escuchaba hablar.

—Pues, es una mujer muy hermosa —comentó uno.

—Lástima que no podamos disfrutar de ella y tenga que llegar en una pieza —dijo el otro—. Aunque tiene hijos, mejor no meternos con mujeres que traen mochila.

Ambos empezaron a reír. Sin embargo, escucharlos hablar de sus hijos fue lo que a Anne terminó de despejarla por completo. De su interior solo salían alaridos callados por la venda que cubría su boca. Pudo patalear a duras penas y al levantarse, cayó sobre uno de los atacantes. Solo pensaba en sus hijos, en salvarlos si les habían hecho algo. Intentó golpear al hombre que la observaba con desprecio. Ni el *shock* la podía detener a la hora de defender a sus pequeños.

El hombre al que intentaba golpear, aunque fuera a cabezazos, la sostuvo de los hombros y golpeó su rostro con el puño. El dolor de Anne fue acompañado por el aturdimiento. La sangre se

le resbaló por la mejilla y cayó en el suelo, como una muñeca rota y asustada.

—¡Cuidado, idiota! —regañó el compañero del agresor—. Debe llegar viva.

—Pues que esté quieta —advirtió el hombre, levantando el dedo índice como amenaza. Se agachó frente a ella y la sostuvo del pelo. Con un tirón brusco hizo que lo mirara, la obligó e ignoró el temblor de pánico que Anne traía en todo el cuerpo—. Escúchame bien, gatita. Comportate, porque no queremos limpiar sangre de este avión.

—Cuando el jefe vea que la has golpeado sí que te tocará limpiar sangre, la tuya —comentó el compañero, en el momento en que su móvil sonó. Ambos saltaron a la vez al imaginar que se trataba de Gian. Sostuvieron a Anne de los brazos y la obligaron a sentarse en el asiento del avión. Esta vez, la ataron con fuerza para que no pudiera volver a levantarse. El matón puso el altavoz.

—*¿Ya están de camino, inútiles?* —La voz de Gian sonaba gruesa, pausada—. *Imagino que, con lo poco que tardaron, pudieron encontrar a José.*

—Ah, sí, algo así —El agresor de Anne se mordió el labio con nerviosismo, escuchando cómo le explicaba todo el compañero—. Solo que, el paquete se cayó y se rompió la mejilla.

—*¿Quién demonios lo dejó caer?* —La rabia en el italiano era notoria—. *Solo yo puedo infligirle torturas.*

—Yo no fui —delató a su compañero.

—¡Mentira! —gritó el que todavía no había hablado. Anne dio un pequeño brinco en el asiento. No entendía nada. Los veía como a unos desquiciados mentales, y el llanto pronto se hizo presente hasta empapar sus suaves y rosadas mejillas, mezclándose con la sangre.

Gian puso los ojos en blanco. Los escuchó discutir como niños y prefirió colgar el móvil. Su enojo iba en aumento. Era un hombre con la paciencia justa para no matar a todo el mundo, aunque pronto se le terminaba. Prefirió guardar la calma por el momento, pues si al final le traían a José, valdría la pena el dinero invertido y el esfuerzo de soportarlos.

La ansiedad de Anne superaba los efectos del puñetazo y la droga en su organismo. Comenzó a balbucear de nuevo, a intentar gritar sin resultados. La soga se apretaba en sus manos con cada intento que hacía ella para soltarse. La pupila se le achicó cuando con el puño el hombre la amenazó de nuevo.

—¡Cállate!

—Quieto, Gian te mata si te la cargas —le recordó el otro.

Anne permaneció en silencio. Sintió que iba a desmayarse en cualquier momento. La angustia y el estrés aumentaban por segundos. Fue más agudo cuando volvieron a cubrir su cabeza con el saco. Al llegar a la estación de la isla privada, uno de los hombres la cargó sobre el hombro y la llevó a la casa. Guiados por el personal que esperaban su llegada, los condujeron al despacho de Gian Marco. La dejaron caer sobre la silla. Anne gimió de dolor por el golpe. Cuando le quitaron el saco de nuevo, el terror se dibujó en su mirada marrón. Observó a los lados. La enorme biblioteca que la rodeaba, los decorados caros, los cuadros de artistas de época, que distaban mucho de ser falsificaciones. Un olor marítimo se instaló en sus fosas nasales y frunció el ceño. Estaba muy lejos de casa.

—¡Señor! —Avisaron al espía. Se encontraba fumando en una de las terrazas de la enorme mansión—. Llegaron.

—¿Con alguien? —El empleado asintió con la cabeza, y Gian sonrió satisfecho. Apagó el cigarrillo y caminó raudo hacia el despacho—. Hasta que al fin hacen las cosas bi... —iba a seguir con la oración hasta que observó el pijama rosa que se asomaba desde la silla y los pies

finos de una mujer. Desde la puerta caminó atónito y con la mirada fija en los ojos expresivos de la mujer—. No cubrieron sus ojos —masculló.

Como una cafetera a vapor, Gian empezó a subir de grados. Golpeó con el puño la mesa del despacho y todos los presentes saltaron, incluida Anne, quién a sollozos, en su mente se despedía de sus hijos, pensando en la peor de las situaciones.

—Señor, sabemos que no es lo que pidió, pero...

—Es una mujer —susurró Gian. La rabia le volvía la voz gruesa y amenazante.

—Pensamos que era mejor traerle una persona que alguna pista de casa de Omar —intentó explicar uno de ellos—. Era ella o los niños.

—Niños... —repitió Gian. La rabia, la ira se estaba acumulando en su ser. Traía un tic nervioso en el ojo que lo hacía parecer perturbado—. Es madre de unos niños que dejaron solos.

—Algo así. —Ambos se miraron entre sí, sabiendo que la conversación no estaba yendo bien.

—¡No tenían que secuestrar a la mujer de José, hijos de puta! —explotó. Varios empleados salieron corriendo del despacho y lo dejaron solo con los dos hombres que habían estropeado la misión. El terror en cada empleado era evidente. También en la pobre Anne, quién temblaba y lloraba sin control. Más, después de ver cómo Gian Marco atemorizaba a todos en ese lugar. No sabía qué ocurriría con ella y con sus hijos. La incertidumbre la estaba llevando a un grado de estrés tal, que le empezaba a faltar el aire y sentía que iba a perder el conocimiento en cualquier momento.

—Señor, solo creímos que le gustaría tenerla a ella en lugar de unas simples pruebas —insistieron los hombres—. La mujer es hermosa.

—¿Creen que esto es 365 días o qué?! —se exaltó Gian—. Estoy rodeado de idiotas.

—¿El qué, señor?

—¡Nada, cállense!

Gian se sentó en el borde de la mesa frente a la mujer. Sacó una navaja del pantalón y comenzó a jugar con esta, dándole vueltas entre los dedos con el propósito de calmarse. Bufó. No sabía qué hacer con la mujer, pero la poca profesionalidad de esos hombres lo había llevado a ser visto por ella. No le habían cubierto los ojos, así que la idea de liberarla era imprudente. Por no decir que podría avisar a su marido y romper todo el plan que tenía bajo la manga.

—¿La matamos? —sugirió uno de los empleados. La mirada furiosa y marrón del CEO se centró en ellos. Ambos tragarón saliva. Matarla tampoco era viable, esa mujer tenía hijos.

—Desapareced de mi vista —ordenó con la voz rasposa por la rabia—. Estoy por abriros en canal a ambos. —Lanzó la navaja y se clavó en la pared justo en medio de los dos sujetos. Los dos saltaron, sus cuerpos se tensaron y tragarón saliva con angustia. No tardaron en salir del despacho y cerrar la puerta sin hacer ni una sola pregunta más. Gian se levantó, tomó la navaja de nuevo y empezó a caminar por el despacho mientras divagaba, Anne lo seguía aterrada con la mirada—. José va a pensar que Omar y el coronel lo traicionaron —habló para sí mismo y en italiano, por lo que Anne no entendía nada, pero pudo reconocer el nombre de su esposo. Frunció levemente el ceño—. No salió tan mal el hecho de que esté aquí. —Se acercó a Anne y al fin le quitó la mordaza de la boca. Cambiando de idioma, con dificultad, se dirigió hacia ella—. Vamos a hablar, seguro que sabes muchísimas cosas.

Anne expulsó un jadeo de terror cuando sintió la boca liberada. A pesar de su temblor evidente y su respiración alterada por el estrés y el terror, Anne pudo hablar con la voz rota.

—No sé nada —dijo con sinceridad. Tragó saliva y su llanto aumentó—. ¡Le juro que no sé

nada! ¡Tengo hijos pequeños! —Gian entornó los ojos al escuchar los sollozos de la mujer—. ¿Usted no tiene hijos?!, ¿eh?! ¿Padres?! —La mandíbula de Gian se tensó—. ¿Sus padres no le enseñaron a tener trabajos honestos y no secuestrar a personas inocentes?!

La impulsividad de Anne menguó al darse cuenta del odio que emanaba de Gian después de oír sus palabras, y que se había pasado al reclamar de ese modo en la situación en la que estaba. El italiano golpeó de nuevo la mesa. Tan fuerte que varios objetos cayeron al suelo. Anne saltó y ahogó un quejido de angustia. El espía se acercó a ella. Inclínó el cuerpo sobre la silla y apoyó las manos en los reposabrazos, dejándola presa entre la dura madera de la silla y su cuerpo. Él apretó con más fuerza sus manos donde antes las había puesto y la sacudió con rabia. Anne se contrajo en la silla, dejó salir un grito de terror y sus mejillas se empaparon con más lágrimas cristalinas mientras observaba los fieros ojos de Gian.

—Me dice lo del trabajo, una mujer cuyo marido está metido en la trata de personas —le soltó sin más, encarándola con desdén—. Hay que tener valor, Anne. Porque sí, sé cómo te llamas y quién es toda tu maldita familia. —Apretó los dientes con rabia y soltó la silla—. Me importan una mierda tus hijos. Estás aquí por culpa de tu marido, así que no puedes recriminarme a mí.

Anne estaba en *shock*. Por la cercanía de ese extraño e imponente hombre, por cada palabra de realidad que expulsaba por su boca. Su mente bloqueaba la información debido al trauma que suponía darse cuenta de que todo su matrimonio había estado pavimentado con mentiras.

—No puede ser —susurró y terminó gritando y abogando por su marido—. ¡Se equivocó de personas! ¡Mi marido es policía! —Y repitió—: ¡Se confundió de familia!

Gian volvió a sentarse sobre la mesa. Escuchó atento los gritos de la mujer. Después de una breve pausa empezó a reír. El cinismo en sus carcajadas le puso a Anne la piel de gallina.

—¿De verdad que no sabes nada? —La confusión en el rostro de la mujer era notorio. El espía se levantó y del cajón del escritorio sacó unos archivos que había conseguido gracias al ordenador de la TBB. En los papeles se encontraban pruebas fotográficas de José junto con Omar en una de las pocas veces que el capo visitó el país para ver cómo seguía el negocio. Con las fotografías en la mano, se las mostró a Anne—. ¿Ese no es tu marido? —Anne jadeó. Su mente no lograba procesar tanto dolor y engaño—. Es un policía corrupto metido hasta el cuello en una red de trata de mujeres —siguió Gian. Lanzó las fotografías sobre la mesa, con rabia y con puro sarcasmo le aplaudió en el rostro—. Mira, te aplaudo. Tú vienes a decirme a mí que mi trabajo no es honesto. —Bufó. Impotente por no poder conseguir nada, posó una mano en su sien e insistió de vuelta—. Deja de fingir, es imposible que no sepas nada.

Anne estaba con la boca abierta. Su cerebro no pudo procesar nada, así que se bloqueó en su red de mentiras para no perder el sentido común.

—¡No, no, no! —exclamó—. ¡Usted se equivoca y es un mentiroso! —Pataleó y comenzó a sentir la falta de oxígeno por el estrés y la ansiedad—. ¡Mi marido es policía, usted miente! ¡Lléveme a casa!

—Eres realmente estúpida —espetó Gian Marco, y compuso una sonrisa de fastidio en el rostro.

—¡El estúpido eres tú! —Con brusquedad y hastío, volvió a cubrir su boca con la venda—. ¡Mmmm!

—¡Deja de gritar! No me dejas pensar qué hacer contigo y no te conviene.

Gian pasó ambas manos por su pelo y volvió a sentarse sobre la mesa. La rabia que portaba era inmensa. La observó de reojo. Era obvio que no sabía nada y no podría sacarle información,

y eso le molestaba. El sollozo de Anne iba en aumento, lo que le dio a Gian poder para asustarla todavía más.

—Al menos eres bonita —comentó. La sostuvo del mentón e hizo que lo observara—. ¿Qué me darán por ti si te vendo a un proxeneta? De todos modos, eso es lo que hace tu marido con otras mujeres, ladrón que roba a ladrón son cien años de perdón, ¿no dicen eso? —Anne solo lo observaba, lloraba y temblaba. Su mente era un pozo de incertidumbre y terror. El captor soltó su rostro con desprecio y bufó con exasperación—. Por ahora, es mejor mantenerte viva. Iré viendo cómo sacarte provecho. No te puedo dejar libre. Me delatarás, además de que estás ciega con el farsante de tu marido. —El temblor de Anne fue en aumento. Su piel palideció y sus ojos se fueron hinchando por el llanto. Gian la observó con detenimiento y negó con la cabeza—. Muerta te sacaría dinero, pero no tanto.

Dicho esto, Gian se agachó y la cargó sobre su hombro. Anne sintió vértigo. Su estómago se descompuso y ahogó un grito que de todos modos no se escucharía con la soga. Empezó a patear, a intentar golpearlo, pero todo era en vano. Era llevada por él como si se tratase de un muñeco. Con una simple seña con la cabeza, por parte de Gian, los empleados de la casa lo siguieron. No necesitaban palabras para obedecerlo. Los quejidos y movimientos de Anne iban en aumento.

—¡Quieta, o te tiro de cabeza! —amenazó el espía, emitiendo una sacudida que la zarandeó como a unas maracas. Anne se sintió mareada y cerró los ojos con fuerza, viéndolo capaz de hacer lo que había advertido. La llevó a una habitación y la dejó caer en la cama sin el menor cuidado. Ella ahogó un quejido de asombro. Gian ordenó que cerraran la puerta y añadió—: Ustedes vigilarán la puerta día y noche. Si intenta salir, le meten un tiro. —Con la puerta cerrada y las órdenes dadas, procedió a desatar a la mujer. Anne, en *shock*, todavía no sabía cómo reaccionar—. No creo que la celda que tenía preparada para tu marido sea lo adecuado para ti. Creo que terminarías muerta, así que te quedas aquí. No te acostumbres a la hospitalidad que te estoy dando, si sales por la puerta te meterán un tiro en la cabeza, ¿entendiste?

—¡Mi esposo pagará lo que sea! —terció la mujer cuando vio que de nuevo podía emitir palabra. Se observó las manos enrojecidas y se las palpó sintiendo el dolor producido por la soga cuando ya le había liberado de la atadura—. Por favor, debe soltarme, mis hijos... —Y por ellos, se movió de la cama y se arrodilló frente al hombre que la tenía presa. Implorando, suplicando por su libertad—. Por favor, por favor. Déjeme volver a casa, se lo suplico.

La paciencia de Gian iba agotándose. La observó suplicar y arrugó la nariz cuando en su ruego posó las manos sobre sus piernas y tiró de la tela para que la escuchara. El llanto, el estrés y el dolor que sentía Anne no hacía más que irritarlo y a la vez sentirse culpable por tal situación. Bufó y como consecuencia de su impotencia e imposibilidad de manejar sus emociones, sacó el arma, la cargó y le abrió la boca para meterla en ella y quedarse a centímetros de apretar el gatillo.

—Deja de gritar, maldita sea —ordenó. Se agachó a su altura sin sacarle el arma de la boca. Anne se paralizó. Gimoteó y se quedó estática mientras el corazón se le subía a la garganta—. No estás aquí por dinero, no seas estúpida. Te conté quién es tu marido y lo que hace. Que estés ciega no es asunto mío. —Movió la pistola por su boca y observó los labios de la mujer moverse y rodear el arma junto a la saliva que comenzaba a empaparla. Se fijó en ello mientras lo hacía. Los labios de Anne se veían rosados y estimulantes. Tanto que lo obligaron a retirarse y se guardó el arma—. Soy de gatillo fácil, así que deja de gritar. Te quedarás aquí hasta que sepa qué hacer contigo o dónde meterte. Intenta no ser un estorbo.

Anne observó hacia la puerta, sofocada. Había cerrado los ojos esperando el disparo que no llegó. Pensó en salir corriendo, pero desistió de la idea al saber que detrás de la puerta solo le esperaba una cruel y dolorosa muerte. Se levantó del suelo, temblando, se sostuvo de la cama y, cuando Gian se dio la vuelta para salir de la habitación, ella se subió al colchón y con la espalda pegada a la pared se abrazó a sus rodillas. Su llanto estalló, el pánico no salía de su corazón y todo su cuerpo. Gian la observó una última vez y, a pesar del remordimiento que sentía, pensó que estaba impartiendo justicia de alguna manera. Cerró la puerta y lo último que pudo escuchar Anne dentro de su mar de angustia y decepción fue el sonido de las llaves que sellaron la cerradura de su libertad y su alma.

Capítulo 14: Obsesiones pasadas

Todo era blanco, menos sus ojos azules que brillaban, mientras veía el día desde la habitación del sanatorio mental. Andrés tomaba un café e intentaba relajarse y unir las piezas de lo que escuchó decir a los empleados con todo lo demás. Incluido el ataque de Feray, y ese extraño acuerdo de boda. Había algo que no encajaba. Entre todo lo que más le llamaba la atención, fue el hecho de que su tío arreglara ese acuerdo de forma tan sencilla. Imaginó que había tomado su lugar, pero conocía a su tío. Solo se rompía ante un motivo de peso.

Su madre balbuceó y él llevó la vista hacia la camilla. La sostuvo de la espalda y la ayudó a sentarse. Pronto le llevaron la comida, y con cariño se sentó en la cama y se la dio como si de un niño pequeño se tratara. Andrés le sonreía y su mamá no le quitaba el ojo de encima, haciendo pequeñas muecas que parecían coincidir con la felicidad que en apariencia mostraba.

—A ver, una más, di, ¡aaah! —Hizo un avión con la cuchara y se la acercó a su boca. La mujer tomó con gusto la comida que le entregaba su hijo—. ¡Muy bien!

—Andrés —susurró la mujer. Andrés se sorprendió al escucharla decir su nombre con tanta claridad. Sonrió más feliz y asintió con la cabeza ante el llamado de su madre.

—Sí, soy Andrés. —Dejó el plato a un lado y le tomó las manos. Le acarició los nudillos con suavidad y se inclinó para besar su frente—. Y te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Me recuerdas a tu tío —confesó ella. Esta vez, no temía por los parecidos como la última vez que nombró a Ricardo y entró en crisis. Además de que Andrés jamás la había escuchado hablar una frase larga y con coherencia. La estrechó con cariño en un abrazo y siguió dándole la comida.

—Suelen decírmelo, a veces me siento un poco como su sombra y, créeme, pesa mucho. —La mujer formó una mueca, extrañada; sin embargo, ya no comentó nada más.

Cuando Andrés se marchó, el doctor entró en su habitación y le entregó unas pastillas que tomó con un vaso pequeño de agua. O eso parecía. Una vez que el hombre había salido de la habitación, sacó los fármacos de sus mejillas y los lanzó por el inodoro. Frunció el ceño mirando hacia la puerta de la habitación y se limpió la boca con agua. Su rostro de enojo cambió cuando pensó en Andrés y sonrió con dulzura.

—Está enorme —dijo para ella misma, mirándose al espejo del baño—. Y es un buen chico, lo sé. Tiene su mirada.

Andrés se sentía feliz. La emoción lo asaltó cuando subió al coche. Los ojos se le empaparon y dejó que de ellos cayese un río de esperanza. Había visto mejorías en su madre y, después de ver cómo la trataban los médicos la última vez, no avisó de ello. No quería volver a verla maniatada y forzada. Ese momento le desgarró el alma. Suspiró hondo y se dirigió al campo de entrenamiento. Llevaba demasiado tiempo eludiendo sus responsabilidades y sabía que, a pesar del cargo, Lorena iba a tener muchas palabras para él, y no buenas.

Vanessa se sentía abatida. Darse cuenta de que lo poco que sabía era solo porque Ricardo había querido le estaba desesperando. Informó a Nathaniel, así que él optó por ser más precavido las próximas veces, si las había. Ella escuchó varias veces más las notas de ese piano que parecía romperse de vez en cuando, igual como la vida de Ricardo, pues entre las letras del diario podía verse un cambio abrupto en su manera de pensar, de sentir y actuar, como si poco a poco su alma

se hubiera estado oscureciendo.

Hablaba de posesión, de obsesiones, de muerte, de locura. De la única forma en la que sabía expresar sentimientos. Los únicos que sentía.

Guardó el diario y siguió a sus compañeros para ir a comer. La comida era poca y si llegabas tarde era difícil llevarte un trozo de pan a la boca. Cuando cruzaron el campo para llegar al salón comunitario en donde repartían la comida, Andrés llegó en un coche. Vanessa lo observó y achicó los ojos cuando se percató de la herida en su brazo, tal y como la que tenía Ricardo. No solo el coronel escondía cosas, también el general.

—Vayan ustedes —indicó Vanessa a Nathaniel y Ari—. Me olvidé de guardar una cosa en la habitación.

Tras la excusa, sus compañeros se apresuraron y ella quedó atrás. Andrés pasó por su lado para llegar hasta la habitación que le correspondía y así cambiarse antes de los entrenamientos.

—¡Espere, general! —lo llamó Vanessa. Sin embargo, él formó una mueca de desagrado y siguió adelante. Vanessa lo siguió—. ¡Espere!

—¿Qué ocurre, Marim? —le preguntó, mas no detuvo sus pasos y Vanessa se vio corriendo detrás de él por la rapidez con la que quería llegar a la habitación y cerrarle la puerta en la cara.

—¿Dónde estaba? —con esa pregunta Andrés se detuvo y se giró para mirarla. Arqueó las cejas asombrado de que se atreviera a preguntarle tal cosa—. Vino herido, ¿está bien?

—No sea hipócrita fingiendo preocupación. —Andrés se cruzó de brazos y la observó con desdén, dándole un repaso de los pies a la cabeza—. Parece una pulga.

—No empiece, general —se quejó Vanessa. Aunque quería abofetearlo, tomó aire y se calmó para seguir con las preguntas—. Le soy sincera, no es que me preocupe mucho que digamos.

—No me digas...

—Pero... —levantó el dedo índice—, sí creo que le viene bien que alguien se preocupe por usted de vez en cuando.

Andrés suspiró hondo. Arqueó una ceja y se quedó mirándola, en silencio. La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Se escuchó el viento pasar entre los dos como en una serie de anime, y algún pájaro cantando al fondo. Faltaban los grillos, que de ser de noche estarían haciendo sonar su melodía para hacer visible el momento incómodo. Vanessa miró hacia los lados y luego centró la mirada en él, fingiendo una sonrisa.

—Olvidalo —rompió Andrés el silencio y retomó el camino.

—¿Olvidar?, ¿el qué? —Vanessa volvió a caminar detrás de él, o más bien correr, porque dos pasos de ese hombre eran cinco de ella.

—Quiere acercarse a mí para averiguar cosas porque mi tío no es accesible —soltó. Vanessa se congeló un momento y detuvo los pasos. Lo había creído estúpido, pero al parecer no lo era. Bufó y volvió a seguirlo.

—Vale, en cierta manera es eso, aunque, en serio, creo que necesita que alguien se preocupe por usted, general. Siempre anda solo. Se va solo, vuelve solo y herido, no habla con nadie, parece un cubo de hielo. Ni siquiera tiene amigos aquí.

Andrés suspiró y se detuvo de nuevo, esta vez a la puerta de su habitación. La observó un momento y apretó los labios con rabia.

—Quiere saber por qué mi tío y yo tenemos la misma herida en el mismo lugar y no le interesa en absoluto que yo esté solo. —Vanessa bufó y se encogió de hombros. No quería ser falsa o desagradable con él, pero la actitud de Andrés siempre le hacía volverse distante—. Fue

un accidente. Ambos estábamos entrenando con armas y nos pasamos, es todo.

—No vino con él —indagó.

—Estuve en el hospital para recibir las curas y luego fui a ver a mi madre.

—¿A su madre? —preguntó curiosa—. El coronel dijo que lo había criado desde bebé.

—Y así es.

—¿Por qué no está con su madre? ¿Toda su infancia estuvo aquí? Porque para ser general tan joven, ¿a qué edad empezó el entrenamiento?

Andrés sonrió con sarcasmo. Negó con la cabeza y la observó con una pizca de decepción en su mirada.

—Espera. —Le hizo seña con el dedo y abrió la puerta de la habitación. Tomó un puñado de ropa sucia y se la dejó caer sobre la cabeza.

—Pero ¿qué?! —Intentó quitarse rápido el lodo, pero varias ramas se quedaron atoradas por su pelo. Escupió incluso al sentir el sabor del barro en la lengua.

—Esos son los únicos trapos sucios que va a conseguir que saque —aseguró Andrés—. Es tremendamente cruel. No se haga pasar por mi amiga cuando en realidad mi vida no le interesa.

—¡Eso no es del todo cierto!

—No, claro. Mi vida le interesa, porque mi tío le interesa —aclaró él. Vanessa apretó los labios sin dar ninguna objeción. Mentir no era su fuerte. Suspiró hondo y bajó la mirada al suelo—. Mire, Marim. Aunque tengamos la misma edad soy su superior, empiece a comportarse como una subordinada y deje de preguntarme cosas que no le conciernen. De lo contrario, puedo ser poco benévolo con usted. —Una sonrisa sarcástica se dibujó en su rostro y se le marcaron los hoyuelos de las mejillas—. Soy estúpido. —Tras esas palabras, recordó el momento en el que la escuchó jadear cuando se acercó a ella en las duchas. Como lo había mirado. Esa cercanía que tanto le había gustado. Negó con la cabeza, pensativo, y dejó a un lado el llamarle de usted—. Eres como una maldición. Te juro que no vas a estar más por mi mente.

—¿Qué?

—Nada. —Andrés iba a entrar a la habitación y cerrar la puerta, pero Vanessa puso el pie y lo escuchó bufar—. Eres como un grano en el culo.

—Qué cosas más bonitas me dices. —Negó con la cabeza y observó que él hacía el mismo gesto—. Gracias por tutearme, llamar de usted a alguien de mi edad es complicado para mí. —Andrés suspiró. Ni siquiera se había dado cuenta de ello hasta que Vanessa lo nombró. Se cruzó de brazos y levantó una ceja, esperando que ella continuara—. ¿Por qué me odian tanto? No hice nada.

—Nacer —respondió con claridad—. El único motivo por el que te odio es porque tú fuiste creada por monstruos y vas a ser un monstruo como ellos hasta que te mueras. Finges ser diferente, ser buena persona, pero mira cómo eres. Viniste a preguntarme cómo estaba para manipularme y así saber más de lo que quieres averiguar. No te importa una mierda las personas, solo tú y tus objetivos. Te avergüenzas de tu propia familia, de tu propio padre. Escondes a todo el mundo tu verdadera personalidad tóxica, queriendo encajar y ser la más buena y bondadosa de todo el campo militar, pero no, Vanessa, no. Eres una víbora, así como todas las mujeres de tu familia. Quizá peor porque al menos ellos no se avergüenzan de quienes son y no intentan manipular a la gente.

Las lágrimas de Vanessa se habían agolpado y precipitado desde sus ojos para empaparle el rostro. La impotencia afloró en su interior, pues no había nada que hubiera dicho Andrés que en realidad ella no pensara. Levantó la mano y con ella visitó la mejilla del joven general. La

bofetada resonó por toda la habitación. Este se sostuvo la cara y suspiró hondo. La observó llorar, aun así, no hubo nada de remordimiento por ello.

»Ahora que entiendes por qué eres odiosa y por qué todo el mundo debería de odiarte... — Le señaló la puerta—. Lárgate y déjame en paz para toda tu miserable vida, porque si existo, es para literalmente, verte morir.

—Hablas de mí como si pudieras darme alguna lección —le respondió con un hilo de voz y con la respiración cortada por el llanto—. Pero lo cierto es que eres oscuro, Andrés. Por eso estás siempre solo. Creí que tu tío era el que arrastraba a todos a su oscuridad, ahora creo que me equivocaba. Solo lo tienes a él porque tu odio, tu oscuridad te ciega. Yo finjo ser alguien que no soy, pero tú también. Te vi aquella mañana, en el banco, devastado. Tu mirada no era fría aquel día, era distinta. Distinta incluso a la del coronel. Cálida. Me sentí en casa cuando me miraste. Me niego a creer que eres como te estás mostrando hoy.

—Supongo que la decepción es mutua. Yo también te creía diferente. —Andrés le volvió a señalar la puerta—. Lárgate y ve a buscar a mi tío, que es quién de verdad te interesa. Date prisa, puede que mi oscuridad te arrastre antes de que salgas por la puerta, ¿cómo te llama él? Ah, sí, Caperucita.

—Si no supiera que es imposible, diría que estás celoso —espetó la joven cadete antes de salir de la habitación y cerrar la puerta con rabia.

Vanessa suspiró hondo y Andrés hizo lo mismo a la vez en el interior de su redil. Ambos cerraron los ojos intentando contenerse y ahogaron un grito de rabia. Parecían estar hechos con el mismo molde. Ella volvió con sus compañeros después de limpiarse las lágrimas.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Nath—. ¿Lloraste?

—Sí, vi un mensaje de mi primo y me emocioné —mintió—. Pero en nada me repongo.

—Uy, ese primo. Es normal que te emocione solo por el hecho de que exista —bromeó Ari. Su primo la observó con prejuicios y entrecerró los ojos—. ¿Qué? Solo digo la verdad, no viste a ese monumento de hombre.

Mientras Ari enumeraba todo lo que le había parecido atractivo de Wade, Vanessa suspiró y, sin apetito, observó hacia la habitación de Andrés, dándole vueltas a todo lo que se habían dicho.

—¡Celoso! —se quejaba Andrés, dando vueltas por su habitación como un gato enjaulado—. ¡Celoso yo, de ella! —Lanzó un cojín por los aires—. ¡¿Quién demonios se piensa que es?! ¡Claro que no estoy celoso! ¡Por mí puede quedarse con mi tío, qué más me da! —Tomó la foto que tenía de toda la familia de Vanessa y la rompió por donde salía ella. Agarró un encendedor y prendió fuego a esa parte—. Ahí, así, te voy a quemar para que salgas de mi vida, como si esto fuera vudú. —Cuando quedaba poco de la fotografía, las llamas quemaron un poco sus dedos—. ¡Ah! —Lo soltó en el suelo y antes de provocar un incendio lo pisó. Suspiró hondo y se sentó en la cama. Se pasó las dos manos por la cabeza, enredando los dedos por su pelo y se quedó mirando un punto fijo de la habitación—. No son celos —se dijo para sí mismo, confesando luego—. Solo quiero que me mires siempre como me miraste aquella mañana. Solo eso.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

—¿General? —habló la teniente—. Lleva días sin ocupar su cargo, necesito que tome hoy las riendas del entrenamiento. Debo ir con otro grupo.

—Vaya a trabajar, teniente —le respondió sin abrir la puerta. Sin embargo, se extrañó de que fuera a avisarle de lo que iba a hacer y no a su tío. Se levantó de la cama y abrió la puerta—.

¿Dónde está el coronel?

—Ni idea.

Andrés frunció el ceño. Había muchas cosas que su tío le guardaba y cada vez lo estaba poniendo más tenso. Sacó el móvil y lo llamó. Los pitidos se volvieron eternos hasta que en el segundo toque descolgó.

—¿Qué pasa, sobrino?

—Tío, necesito hablar contigo urgentemente. ¿Dónde estás?

—Eh... —Ricardo observó frente a él varias mujeres maniatadas y maltratadas a las que obligaban a subir a un furgón—. Estoy en la comandancia, en el despacho. Tenía que hacer unas cosas.

—Tío... —Andrés volvió a meterse a su habitación y bajó la voz—. Esa mujer debe de irse, ya.

—¿Quién?

—Vanessa —gruñó su nombre—. No la soporto.

—Andrés, las cosas se deben de hacer bien. —Ricardo se alejó de los empleados y a lo que él llamaba mercancía para hablar mejor—. No podemos simplemente deshacernos de ella. Hay que ir escalando posiciones poco a poco.

—No veo que escalemos nada, creo que estás perdiendo el norte, tío. Mira, si no haces nada, lo haré yo.

—Andrés, ten paciencia —insistió Ricardo—. Vamos a conseguir que desespere, tenlo por seguro. Tendremos a esa familia comiendo de nuestra mano, muy pronto.

Andrés resopló. Estaba perdiendo la paciencia. Colgó el teléfono. Pudo escuchar sollozos entre las palabras de su tío, así que no le creyó cuando le dijo donde se encontraba. Muchas cosas rondaban por su cabeza, pero lo que más daño le hacía en ese momento eran las palabras de Vanessa, que resonaban en su mente cuando le había dicho que era alguien oscuro y frío. En sus recuerdos, se trasladó a cuando era pequeño. Conocía de armas, aviación, matanzas, supervivencia y combate, mas no de cómo interactuar con la gente.

El único día que fue a un parque donde los niños de su edad jugaban, fue porque se escapó en medio de un entrenamiento. Una niña hermosa, de pelo ondulado y ojos grandes, le otorgó una flor y le sugirió jugar. Él no supo de qué forma un niño jugaba, así que lanzó la flor, asintió ante la proposición y creyendo que era un juego de lucha como en los entrenamientos, la golpeó.

—*¡Eres malo!* —le gritó mientras lloraba. Los padres de la niña corrieron a socorrerla, pero ella seguía gritando—. *¡Eres una persona mala! ¡Ya no quiero ser tu amiga!*

En el pasado tanto como en el presente, Andrés cerró las manos en puño con impotencia y la culpabilidad que se apoderó de él hasta sentir que le faltaba el aire. Abrió la puerta para salir de su habitación e ir a hablar con Vanessa. Se sentía culpable, angustiado. Justo cuando la puerta se abrió, el puño de Vanessa golpeó suave con los nudillos el abdomen de Andrés. Iba a llamar a la puerta en ese preciso momento. Vanessa levantó la mirada con lentitud hasta que se encontró con el mar azulado de Andrés. Se puso las dos manos en la espalda y se retiró un paso hacia atrás, sintiendo un nervio extraño en la boca del estómago.

—Lo siento —pronunciaron los dos a coro. Ambos abrieron los ojos en sorpresa y se quedaron pasmados mirándose. A Vanessa se le escapó una risita nerviosa y se encogió de hombros.

—Le perdono hasta la próxima discusión, general —bromeó la cadete.

—Le tomo la palabra, cadete. —Andrés dejó la mano frente a ella y esta se la estrechó

afianzando el acuerdo. El general pasó por el lado de la cadete para llegar antes que los demás al campo de entrenamiento—. No tarden.

—¡General! —lo detuvo la joven—. Esta vez, lo digo de verdad, ¿se encuentra bien de la herida?

Andrés sonrió un poco y asintió con la cabeza. No respondió con palabras, aun así, Vanessa volvió a sentir esa calidez azul que emanaban los ojos de Andrés en pocas ocasiones, pero que la transportaba a un lugar en paz. Le ofrecía tranquilidad y provocó en ella un suspiro de alivio.

Con el furgón preparado, Ricardo estaba más pendiente del móvil que del trabajo. Omar lo observaba con recelo y entrecerraba los ojos a medida que se daba cuenta de cuán distraído estaba. Cuando el furgón arrancó, Ricardo se adentró a la casa abandonada que les servía como escondite y se apoyó de una pared, sin hablar si quiera o verse concentrado en lo que debería. Omar bufó y negó con la cabeza. No le gustaba nada que el hombre con el que llevaba el negocio se estuviera alejando tanto de sus responsabilidades. Se acercó a él y colocó una mano en su hombro.

—¿Qué te ocurre, Ricardo? —preguntó. Ricardo levantó la vista del dispositivo y lo observó con seriedad. Se movió unos centímetros al lado para alejarse de ese toque y suspiró hondo.

—Necesito encontrar al asesino de una prostituta —contó—. Apareció en el lugar que menos querría y frente a las narices de Vanessa.

Omar arqueó las cejas. Formó una mueca en su rostro y se le escapó una sonrisa de fastidio.

—¿Y qué más da que te culpen de un asesinato? No sería la primera vez y tenemos el dinero suficiente para sacarte de prisión en menos de una hora —expuso Omar. Ladeó leve el rostro y bufó—. A no ser que tu preocupación no sea ir a la cárcel.

Ricardo quitó la mirada y volvió a observar el móvil.

—La cárcel no supone para mí un problema —confesó—. En realidad, lo que me preocupa es que Vanessa piense que... —A medida que iba hablando, Ricardo fue disminuyendo el tono de voz. Se iba dando cuenta de lo que estaba diciendo, lo que pensaba, y terminó callado y con la mirada perdida en la inmensidad de la destrozada habitación—. Olvídalo.

—No, no lo olvido, continua —le instó Omar—. ¿Te estás escuchando, Ricardo? —El coronel bufó con exasperación y empezó a caminar raudo a la salida, perseguido por Omar—. ¡Esa muchacha debería de estar muerta o encarcelada a estas alturas! —siguió Omar—. Lo estás alargando mucho. Escuché cómo hablabas con tu sobrino hace escasos minutos y él te reclamaba por lo mismo. Si lo estás alargando tanto es por algo. Llevamos años trabajando, te conozco.

Ricardo se carcajeó en voz alta. Una risa que podría hacer temblar a la propia parca y helaría al demonio en su propio infierno. Se detuvo y se volteó para observarlo de arriba abajo.

—Nadie me conoce, menos tú, Omar. —Ricardo negó con la cabeza y suspiró hondo—. Lo que siempre nos ha unidos han sido los negocios. No somos amigos y lo que sabes de mi vida es porque lo averiguaste, no porque te lo haya contado yo. No intentes pensar que soy alguien a quién conoces.

—Bien, ¿y tú mismo te conoces? —Ricardo se encogió de hombros ante la pregunta—. Me alegra que admitas que ni tú mismo te conoces, porque parece que te estés enamorando de esa mujer.

Esas palabras le repatearon el hígado a Ricardo. Se pasó la lengua por los labios con la rabia emanando de su expresión y gruñó. Aclaró la garganta y levantó el dedo en advertencia.

—No te atrevas si quiera a pensar que yo vaya a enamorarme de esa mujer, sabiendo la

sangre que corre por sus venas.

—Entonces, ¿qué haces? —insistió Omar—. Mírate, te preocupa más lo que piense ella que el terminar en prisión.

—Yo no me enamoro —respondió, en cierto modo para convencerse él mismo—. Nunca supe lo que es amar de esa forma. Yo poseo, reclamo, destruyo. Me obsesiono con las personas como si fueran objetos y no noto que esté obsesionado con ella.

—Pues si no es obsesión, reitero en que te estás enamorando. —Ricardo volvió a resoplar y se encaminó hacia el coche—. Deja de resoplar como un caballo. Odio tus rabietas de niño pequeño cuando no te gusta lo que te están diciendo.

—Oye —Ricardo abrió la puerta y lo retó con su mirada gris—. O te callas la boca o consideraré ponerte en mi lista de personas que podrían traicionarme, y no te conviene.

—¿Me estás amenazando?

—Es una advertencia, Omar. —Ricardo iba a subir al coche, pero Omar habló, deteniendo cada músculo de su cuerpo.

—Esa mujer debería de estar muerta y espero que si no terminas tú con ella alguien más lo haga, porque nos va a repercutir en el negocio.

Ricardo se quedó un segundo observando la puerta del vehículo. Suspiró hondo, quizás en un intento inútil por calmarse. La cerró de golpe y tomó a Omar del cuello. Golpeó su frente contra el vehículo y el golpe retumbó por todo el callejón. Omar intentó tomar su arma. La sangre le resbalaba por el rostro, desde su frente, pero le fue imposible, pues Ricardo le tomó la mano y se la crujió hasta que la pistola cayó al suelo. Lo tomó del cuello y apretó. Lo levantó del suelo y arqueó su espalda, ahorcándolo contra el vehículo.

—Ri...Ricardo... —Omar se estaba asfixiando. Hablaba con pausas, casi a susurro—. Me... vas a matar.

—Esa mujer es mía —respondió el coronel, con el odio instalado en su voz ronca y varonil—. Si alguien debe acabar con ella, soy yo. Nadie más que yo tiene permiso a tocarle un solo pelo de la cabeza, ¿entendiste? —Omar asintió con la cabeza, empezaba a sentirse mareado—. Bien, porque si me entero de que algo malo le pasa, por pequeño que sea, olvidaré que pertenezco al Cártel de Las Sombras y te mataré.

Ricardo lo soltó y el hombre cayó a peso. Se arrastró por el suelo mientras intentaba recobrar el aliento. Jadeó con angustia y se retiró hasta que la espalda le tocó la pared de la casa en ruinas. Sin detener los jadeos, observó a Ricardo. Con una mezcla de terror y decepción. Estaba impresionado, pues hasta el momento no había dado indicios de traiciones, pero al parecer, Vanessa era el detonante para que Ricardo no obedeciera nada más que a su propio criterio.

El coronel se marchó sin mirar atrás. Sin darse cuenta del tremendo error que acababa de cometer, pues romper la confianza de quién llevaba el negocio con él, y el cual lo metió en la milicia, era algo que, de haber tenido los pies en la tierra, jamás se le hubiera ocurrido. Sin embargo, su mente estaba en otro lugar.

Llegó al campo de entrenamiento y su fiera mirada se centró en Vanessa, quien iba corriendo y pasando los obstáculos de la pista junto a los demás compañeros. Llegados a un punto, sacaban la pistola y disparaban a una diana. Era impresionante verla actuar de esa manera. La presión en sus pantalones aumentó. Gruñó para sí mismo. Para intentar calmar al lobo que vivía en él y bajó del coche.

—¡Cadete Marim! —gritó. Todos se detuvieron y su sobrino lo observó con sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Andrés—. Estamos en medio de un entrenamiento, coronel.

—Ella viene conmigo —sentenció Ricardo, sin dar más explicaciones o esperar reproche alguno. Vanessa miró a sus compañeros. Comenzaban a cuchichear, pues ya la habían visto demasiadas veces con el coronel y lo último era que detuviera un entrenamiento para llevarla con él. La cadete se sacudió el polvo y acudió con los superiores.

—¿Ocurre algo, coronel? —preguntó intrigada.

—Viene conmigo —repitió él, sin dar mayor explicación—. General, queda al mando de los demás.

Andrés no dijo nada. Sin embargo, los siguió con la mirada. No podía evitar sentirse extraño. Como si una fuerza invisible le estuviera presionando el pecho y le provocase una especie de asfixia incómoda. Vanessa siguió al coronel hasta el coche, sin percatarse del estado en el que se veía Andrés. La joven no hizo ninguna pregunta, pero una vez que estuvo a solas con su superior y el motor del vehículo se escuchó, lo observó de reojo.

—¿Vas a llevarme a algún lado para matarme y así terminar con tu cometido? —espetó con desdén y rompiendo por completo el trato cadete y coronel, que debía de tener.

—De nuevo tuteándome —se quejó Ricardo—. Estás muy mal acostumbrada.

—¿A dónde vamos? —insistió Vanessa.

—Cierra el hocico y confía en mí. —Vanessa arrugó la nariz al escucharlo. Este vio su mueca a través del retrovisor—. ¿Qué?

—¿Podrías ser amable al menos por una vez?

—No.

—Genial.

El camino se estaba volviendo largo y silencioso. El rugir del motor era lo único que rompía el silencio entre los dos. Vanessa tenía muchas preguntas rondando por su mente, sin embargo, formular alguna le parecía estúpido, sabía la respuesta negativa que le daría el coronel. Incluso las mujeres del casino comentaron que era difícil saber de su vida, aun estando bajo los efectos del alcohol.

Ricardo la observó desde el retrovisor. La mirada ensimismada de Vanessa y su silencio lo perturbaban más que cuando la joven no callaba, lo retaba y se imponía ante él. Para el coronel era obvio que algo le pasaba.

—¿Qué traes? —le preguntó.

—¿Eh? —Vanessa llevó sus grandes y marrones ojos hacia él y se encogió de hombros—. Nada.

—Esa es la respuesta universal de las mujeres para decir que pasa todo. —La respuesta de Ricardo le hizo fruncir el ceño. Bufó y negó con la cabeza, volviendo la vista al frente—. Volvamos a empezar, ¿qué te pasa?

—¿Te importa lo más mínimo?

—Si te estoy preguntando, ¿por qué será?

—¡Alto! ¿Al lobito le preocupa que caperucita esté rara?

—Caperucita suele exasperar al lobo con su actitud irritante y cuando no lo hace es preocupante, sí. Pero veo que ya estás mejorando.

Vanessa escondió una pequeña sonrisa y suspiró hondo. Miró de reojo a Ricardo en el momento en el que él la observaba por el retrovisor.

—Dejando a un lado que no sé por qué tienes una cruzada en mi contra, tengo otras preguntas en la mente que no me dejan estar en paz —confesó al fin la joven—. Preguntas que

no deberían si quiera preocuparme y, desde luego, no responderás.

—Puede que sí, puede que no. —Vanessa levantó las cejas con asombro ante la posibilidad de que le aclarara alguna de sus dudas. Ricardo se encogió de hombros y le indicó con la cabeza que empezara a preguntar.

—Bien, me dijiste que habías sido un niño abusado —la cadete fue directo al grano—. ¿Cómo fue tu infancia? —Una suave y ladeada sonrisa se dibujó en el coronel—. ¿Qué? ¿Está mal que pregunte eso?

—No esperaba que fueran preguntas personales —admitió Ricardo—. Creí que me preguntarías cosas como por qué vigilo a tu familia desde hace años y les tomé fotos. Quizás, por qué tu inscripción en la milicia fue tan rara. No sé, cosas útiles.

—¿Me contestarías alguna de esas preguntas? —Ricardo levantó las cejas y la miró de reojo. No le hizo falta responder—. ¿Ves? Y, ahora, ¿me vas a contestar a la que te hice?

—¿Te interesa mi vida personal?

—¿Por qué me respondes con otras preguntas?

—¿Por qué quieres saber de mí? —Vanessa resopló y entornó los ojos. Se rascó la sien y apoyó la cabeza sobre el cristal del coche.

—Déjalo, es inútil que intente preguntarte nada —se rindió. Se quitó la chaqueta del uniforme al sentirse agobiada por no sacar información y se acomodó la camisa—. Me exasperas.

—¿Para todo te rindes tan fácil? —La pregunta de Ricardo la puso más furiosa. Lo observó con rabia y él negó con la cabeza, aguantando la risa—. Mis padres eran de una clase social alta y yo era su único hijo. Debía de estar a la altura de mi familia. Pero cuando el apellido empezó a desquebrajarse y a arruinarnos, decidieron que era hora de que yo sacara adelante a la familia. Estudiaba todo el día y casi toda la noche. Dormía alrededor de tres horas diarias. Tomé clases de un montón de extraescolares para poder optar a una beca y me presenté a varios concursos en los que daban dinero en metálico que jamás vi. Sin embargo, para ellos nunca fue suficiente. Siempre me dijeron que, debía hacer más. Mi padre estaba obsesionado con el dinero, con el poder. Mi crianza fue simplemente posesiva y materialista. Si no sacaba notas altas, mi padre me esperaba con el cinturón tras la puerta. Mi madre y mi abuela apoyaban esa conducta y lo alentaban. Más después de saber, gracias a una maestra, que mi coeficiente intelectual era más alto de la media. —Vanessa escuchaba con sorpresa y pesar en sus ojos marrones. Se acomodó de costado en el asiento para escucharlo mejor. Él hizo una pausa en la que suspiró y volvió al relato—. A partir de ahí, me exigieron más. El dormir, descansar o jugar como un niño de mi edad se volvió secundario. Exprimieron mi potencial al máximo, pero todos los beneficios fueron para ellos. No obstante, no fue suficiente para que la familia no cayera en la ruina y entonces me culparon de no haber cumplido con las expectativas de la familia.

—Eso es horrible —susurró Vanessa. Ricardo se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Supongo que sí, pero me acostumbré —admitió—. De hecho, me hice como ellos.

—No creo que tú seas así. —La mano de Vanessa se posó sobre la de Ricardo y acarició sus nudillos. Él suspiró hondo y sintió como el corazón le golpeaba en el pecho. No alejó la mano y tampoco tuvo el valor de moverla mientras Vanessa le acariciaba y rozaba sus dedos y la palma de sus manos con suavidad.

—No deberías verme diferente a esas personas que me criaron, créeme —comentó el coronel, para mostrar tranquilidad ante las caricias de Vanessa, aunque no se sintiera para nada

calmado.

—¿Qué pasó después de que se arruinaran? —preguntó Vanessa. La curiosidad por él no hacía más que crecer.

—En el lecho de muerte, mi padre quiso verme. Solo quería decirme que esperaba que después de su partida dejara de ser un inútil y le diera a nuestro apellido el dinero y el poder que debía de tener —relató Ricardo—. Mi madre me hostigó hasta que me hizo salir con una amiga que había conocido en otro país y que tenía el dinero suficiente para reflotar nuestra familia.

—¿Sin estar enamorado? —Ricardo negó con la cabeza—. Cada cosa es peor a la anterior.

—La quería mucho, era mi mejor amiga por años, pero he de admitir que no la amaba al inicio.

—Oh, al inicio —indagó Vanessa.

—Luego sí. Con ella experimenté muchas primeras veces y planeaba estar a su lado toda la vida.

—Vaya, vaya. —Vanessa sonrió y subió las caricias desde la mano por el brazo de Ricardo. Él apretó los labios, sintiendo toda la piel erizada—. Así que... el lobito supo amar a alguien.

—A mi manera —expuso—. Y no es la manera tradicional.

—¿Cuál es esa manera?

—Yo no sé amar, Vanessa, yo sé poseer, apropiarme de la voluntad de las personas como si se tratasen de objetos —confesó sin tener la mínima intención de ocultarlo—. Me obsesiono y manipulo la situación hasta conseguir lo que quiera cuando quiera.

—No parece muy sano —admitió Vanessa—. ¿Qué pasó con esa mujer?

Un *flashback* pasó por la mente de Ricardo. La vio acercarse al altar. Verla hermosa, pero con sus ojos llorosos, triste. Le removió el estómago con ligereza, pues él se sentía feliz. Sin embargo, sabía que no era el deseo de ella vestirse de blanco para él. De pronto, los cascos de un caballo inundaron la iglesia y ella se marchó con quién había amado de verdad durante toda su vida.

La rabia en Ricardo afloró y apretó el volante con una mano, y la otra la cerró en puño. Intentaba infligirse dolor con sus propias uñas, para no terminar gritando de impotencia y rabia. Vanessa se percató de ese ataque de ira y tomó su mano.

—Para, te vas a lastimar —comentó con la voz calmada, como si no supiera que lo estaba haciendo a propósito. Deslizó la mano entre los dedos de Ricardo y entrelazó sus manos, haciendo pleno el agarre—. No hace falta que sigamos con la conversación si no quieres.

—Se fue con otro el día de nuestra boda —contó sin pensar—. Después de estar años con ella sin recibir nada a cambio; ella se fue con él y me dejó plantado en el altar. Humillado ante mi familia. Mi abuela y mi madre se rieron en mi cara. Y ni hablar del rostro de satisfacción que llevaban los familiares de ella. Hice muchas cosas mal, lo admito, pero...

—Nadie merece algo así —dijo Vanessa con un hilo de voz, y rota a punto de llorar solo de imaginarse ese escenario.

—El lobo siempre es el villano si el cuento lo cuentan los cazadores —comentó Ricardo. Luego se encogió de hombros—. Me desesperé. Después de estar años esperando por ella, temí perderla. A ella y el dinero. Te digo, esa es mi forma de querer. Me dio ansiedad e impotencia ver que, por mucho que yo había estado ahí desde su niñez, ella se olvidó de mí tan rápido como vio al otro hombre. Llegué a... —Ricardo tragó saliva, o lo intentó, pues el nudo en su garganta se volvía cada vez más grande—. Llegué a darle una bofetada. —La mano de Vanessa se retiró en el momento en que escuchó esa declaración. El coronel sabía que iba a hacerlo. Existían

límites que un hombre no debía traspasar y él los había cruzado sin mirar atrás—. No sentí remordimiento en su momento. Estaba lleno de ira.

—Entiendo la situación, pero...

—Lo sé —la interrumpió él—. No debí hacerlo. Ni siquiera por furia o despecho. Puedo tocar cualquier pieza en el piano, hacer cálculos imposibles en la mente con rapidez, escribir novelas con fluidez, recitarte de memoria cualquier libro de estudio que lea en media hora, pero no sé gestionar las emociones. Me enseñaron a todo, menos a eso.

—Tienes un coctel explosivo para salir como asesino en serie en un documental. —Vanessa ni siquiera lo pensó antes de decir aquello. Abrió los ojos al máximo, esperando algún reclamo de Ricardo. Sin embargo, él solo miraba al frente con seriedad. Lo que la puso más tensa—. Lo siento.

—No, está bien —aceptó—. Tienes razón.

El silencio volvió a reinar en el interior del vehículo. Vanessa apretó los labios y suspiró hondo. Ricardo era sincero las pocas veces que hablaba sobre él. Nunca se excusaba o ponía florituras para sus actitudes tóxicas y enfermizas. La joven podía sentir el peligro que ocasionaba el que él se obsesionara por alguien. Por eso, pronto recordó que en mitad de la discusión que habían protagonizado fuera del casino, él admitió sentir algo por ella en el presente. Lo volvió a observar mientras conducía y quiso ser igual de transparente que él.

—¿Alguna vez has amado de verdad? Ya sabes, sin obsesión —preguntó sin más.

—No.

—¿Estás obsesionado conmigo?

—No.

—Pero, si sientes algo, ¿no? —Ricardo bufó. Hablar de sentimientos no le agradaba en lo absoluto. La miró de reojo y asintió con la cabeza. Temía decirlo en voz alta—. ¿Y qué es?

—No lo sé.

—Si me marchara con otro o no te obedeciera, ¿me golpearías?

—De por sí, nunca me obedeces y me debates todo —regañó Ricardo. Vanessa ahogó una pequeña risita y cubrió su boca con la mano—. No, no lo haría.

—Cuando me viste con Andrés te pusiste bastante intenso —recordó la cadete—. No sé si creerte.

—En ese momento, no quería golpearte. Quería darte el mayor placer de tu vida.

La sinceridad de Ricardo y sus palabras, elevaron a Vanessa a un estado de excitación extremo. Por mucho que intentó ahogar el jadeo, no lo consiguió. Todo su cuerpo se estremeció. Deseó que la tomara en el coche, como fuera en ese momento. Se mordió el labio inferior y apretó con las manos sobre sus muslos. Se recordó mirándose al espejo y descubrió que no le hacía falta tocarla para poner la misma cara al verse en el espejo del vehículo. Le bastaba con hablar, para sentirse suya.

—Por qué —tartamudeó—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Era mejor que te marcharas, eres una mujer prohibida para mí. —A pesar de que él se veía calmado, con cara póker, se había percatado de cada reacción de Vanessa tras sus palabras, y la sangre le ardía. Todo su ser gritaba, imploraba por ella y la deseaba con toda su locura.

—Para el coche —pidió la joven. Señaló el arcén—. Por favor, solo un momento.

El coronel la obedeció. Ella bajó del vehículo y comenzó a jaderar sin control. Necesitaba aire, el oxígeno que no encontraba al estar cerca de ese hombre. Se pasó las dos manos por el pelo y empezó a caminar sin rumbo, solo para calmarse. Para no cometer ninguna locura. Se

apoyó de la parte trasera del vehículo y ahogó un quejido. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Lo imaginaba sobre ella, clavando sus garras de depredador en su piel. Volviéndola su presa. Se acarició los brazos e imaginó que ese duro agarre era suyo. Lejos de calmarse, aumentó su deseo.

Ricardo se dejó caer hacia atrás y tomó con las dos manos el cabezal del asiento. Se sentía igual de perdido que ella y no era la primera vez que el fuego entre ambos se avivaba tan fácil con las palabras. Se lamió los labios y cerró los ojos en busca de un control que no hallaba desde que la había visto por primera vez en aquella comisaría. Su fornido pecho subía y bajaba mientras jadeaba. Saber que Vanessa estaba afuera, intentando contenerse para no entregarse a él, le incendiaba los sentidos.

Observó hacia el asiento del copiloto y divisó la chaqueta del uniforme de Vanessa. La tomó con la intención de llevársela como excusa para ver su rostro y su cuerpo descontrolado, pero fue demasiado para él sentir su aroma.

Se la llevó al rostro e inhaló hondo. Sus jadeos se volvieron más notorios. La sostuvo con más fuerza y hundió el rostro entre las telas. Gruñó en deseo y desesperación. Sin darse cuenta de que se estaba comportando como un adolescente con las hormonas revueltas, sintiendo el aroma de Vanessa y callando el quejido en su chaqueta. No estaba obsesionado. Era consciente de que podía dejarla ir sin enloquecer, aunque no quería. Sus planes se estaban rompiendo poco a poco y sin poder evitarlo.

—¿Qué me estás haciendo, Vanessa? —se preguntó en voz baja, imaginando que sí le estaba formulando la pregunta a ella. Pronto, recordó la conversación con ella. Lo desolado que se sintió cuando soltó su mano. Y, por obvios motivos, las palabras de Omar acusándolo de enamorarse sobresalieron en sus recuerdos—. No puede ser, maldita sea, Ricardo —se maldijo con la voz gruesa—. Ella no, ella no, Ricardo. Ella no. —Aunque se lo repitió como un mantra, volvió a envolver su rostro con la chaqueta de la cadete y negó con la cabeza. Sentirse envuelto por su aroma era un paraíso para él—. Me va a enloquecer más de lo que ya estoy.

El móvil de Vanessa sonó desde uno de los bolsillos de la chaqueta. El coronel bufó. Tener el móvil activo en las horas de trabajo no estaba permitido, aun así, no le asombraba viniendo de Vanessa. Bajó del vehículo y se encontró con ella. Había ido decidida hacia él y tenía previsto robarle más de un beso, pero cuando lo vio bajar y observarla con sorpresa, la valentía se le esfumó.

—Tu teléfono... —comentó Ricardo y señaló el bolsillo. Vanessa tomó la chaqueta y se la colocó. Sacó el dispositivo, y con las mejillas encendidas disimuló dar la vuelta al coche por delante para llegar a su asiento. Vio que se trataba de Mía.

—Hola, Mía —respondió, con la voz visiblemente agitada. Carraspeó la garganta y miró de reojo a Ricardo, estando los dos dentro del vehículo. Tan poco espacio entre ambos la ponía nerviosa.

—*Te siento sofocada, ¿estás bien?* —preguntó la forense. De fondo se escuchaba el barullo de gente y sonidos de ruedas arrastrándose.

—Estoy bien. —Vanessa fue cortante para no dar más indicios del modo en el que estaba—. ¿Dónde estás?

—*En el aeropuerto, no encontré un avión libre antes y, además, se retrasaron, al parecer por tormentas* —explicó—. *Pero allí estaré en unas horas.*

—Está bien, Mía. No te preocupes, nos vemos. —La cadete no lo alargó más y colgó el teléfono antes siquiera de que ella respondiera para despedirse.

—¿Era la forense? —preguntó Ricardo. Vanessa asintió. Él arrancó el vehículo—. Eso me recordó a dónde vamos.

—¿A dónde?

—A por el verdadero asesino de la mujer del casino —dijo al fin—. Así dejarás de acusarme.

—¿Y cómo sé que ese es el verdadero asesino y no tú? Pudiste haberlo sobornado para que diga lo que tú quieres. —El coronel mostró una leve sonrisa—. ¿Por qué sonríes?

—Porque eres muy cínica y eso me agrada. De las pruebas se encargará la forense y la policía, ¿no? Estoy tranquilo, no fui yo.

—Veremos.

Capítulo 15: Sospechas

El entrenamiento de Andrés estaba siendo bastante duro ese día desde que Vanessa había partido con su tío. Nathaniel lo ayudaba a que todos cumplieran con las exigencias, sin embargo, pudo percatarse de los pequeños detalles, a pesar de que él no expresara nada de lo que sentía en ningún momento.

Se acercó a Andrés y comentó en voz baja.

—¿No cree que se está pasando un poco, general? Los va a lesionar. —La mirada clara y furiosa de Andrés bastó para que el cabo guardara silencio. Para ese momento, la teniente se encontraba en el campo con otro grupo, y observó a lo lejos el entrenamiento salvaje que estaba ejerciendo hacia la tropa.

—¡No quiero escuchar ni un solo lamento! —advirtió al terminar—. Aquí vienen a ponerse al límite. La vida no es como uno quiere, vayan aprendiendo a sentir dolor, inútiles.

Los cadetes ni siquiera lo miraron. Con cojeras y dolores, se marcharon del circuito de entrenamiento para cambiarse, comer e intentar respirar sin que la espalda les doliera. Nathaniel se retiró y se acercó con su hermana para ayudarla, pues sentía un tirón en una de sus piernas. Andrés bufó y negó con la cabeza.

—Son unos flojos —gruñó para sí mismo. Se apoyó contra uno de los obstáculos y se resbaló hasta quedar sentado en el suelo con la mirada perdida.

—¿General? —Andrés levantó la mirada y observó a Lorena. La teniente se cruzó de brazos frente a él, y aunque intentó poner una expresión ruda, no logró sostenerla por mucho tiempo—. Sé que te ocurre algo, ¿necesitas hablar?

—Yo puedo solo.

—General, ambos sabemos que no es así.

—La gente más feliz es la que está loca o la que está sola. Los que están locos, disfrutan la distorsión de su realidad y no pretenden ser aceptados, y los que están solos ven la realidad del mundo y no les importa una mierda lo que piensen los demás de ellos. Yo soy una mezcla de ambos. Veo la realidad, pero no pretendo ser aceptado y me importa una mierda lo que piensen de mí y estar solo.

—Pues no te veo muy feliz —continuó la teniente. Lorena suspiró hondo y se agachó frente a él—. Andrés, te he visto gatear por estos campos de entrenamiento y sostener tu primera arma cuando todavía usabas chupete y bebías leche. Te has criado aquí, con nosotros, ¿realmente crees que no voy a notar cuándo estás mal?

—Cuento con que, si lo notas, cierres la boca y te marches por donde has venido. —Andrés señaló el camino. Lorena suspiró y volvió a reincorporarse.

—Tu actitud con la tropa cambió cuando Vanessa se marchó con tu tío, no hace falta ser un lince para saber lo que te pasa —espetó Lorena—. Con esa actitud no vas a conseguir nada, Andrés. Sigues sin saber cómo relacionarte con las personas y así no vas a conseguir que esa chica se fije en ti.

—No quiero que se fije en mí, esto no es un jodido culebrón —se defendió—. Tengo problemas más importantes, que amargarme por ir tras las faldas de una mexicana con aires de superioridad.

—Sin embargo, estás así por ella y no por lo demás —rebatía Lorena. Terminó con una suave sonrisa en el rostro y suspiró hondo—. Ay, Andrés. A pesar de la situación, me da felicidad ver que tienes sentimientos. A veces, pensé que el criarte rodeado de violencia te había vuelto muy frío e inestable.

—Y así es —admitió él—. No he aceptado que tus sospechas sean ciertas.

—No hace falta, quien calla otorga y, aunque no sepas gestionar lo que sientes, me siento feliz porque alguien haya sabido remover cosas en tu interior, aquí. —Le señaló el pecho—. Además, un amor no correspondido. Me parece muy romántico.

—¿Te digo que es lo que me mueve esa mujer? —soltó Andrés sin miramientos—. Deberías bajar más el dedo para señalar la zona.

—¡Andrés! —La teniente retiró la mano y se cruzó de brazos con indignación—. No, así es imposible ayudarte a conquistarla.

—Ya dije que no quiero. —Andrés se levantó del suelo—. Tengo otras cosas en las que ocupar mi mente que sí son productivas.

—No quieres ni podrás con esa actitud sarcástica y pasota que llevas siempre. —Lorena lo siguió y bufó—. Creo que así es mejor, imagino que luego hubiera miniandrecitos por aquí con la misma actitud que tú y se me pasan las ganas de que te ennovies.

—Serían peor de lo que te imaginas si tuvieran mi actitud mezclada con la de ella. —Andrés se percató luego de sus palabras. Lorena sonrió y aplaudió con felicidad. Había logrado atraerlo a la conversación—. ¡No me arrastres a tu locura!

—¡Qué mono! Imaginaste cómo serían los hijos con ella, eso es muy tierno de tu parte —lo picó la teniente. Andrés negó con la cabeza y volvió a encaminar los pasos hacia el vehículo—. ¿Te vas?

—Debo ocuparme de esas cosas importantes, como ya te dije. Quedas al mando junto con Nathaniel —ordenó el general. Lorena asintió—. Y deja de pensar cosas extrañas conmigo y con Vanessa.

—No prometo nada.

No sabía qué iba a buscar con exactitud, pero lo que sí tenía claro es que no tenía las piezas de un rompecabezas que debía armar. Así que las iba a buscar, empezando por lo que más le importaba, su madre. Quería averiguar al máximo sobre ella. Esa forma de alterarse cuando lo vio y creyó que él era su tío no le gustó en lo absoluto.

Con mil pensamientos en la cabeza llegó al sanatorio y saludó al personal que allí trabajaba y se cruzaba con él en el largo pasillo de la entrada. En la recepción, el hombre que siempre lo atendía se asombró al verlo, pues era la primera vez que Andrés iba tantas veces seguidas, al punto de ir dos veces en un solo día.

—No esperaba verlo por aquí, señor Reyes —comentó el hombre—. ¿Ocurrió algo?

—¿Acaso tiene que ocurrir algo para que venga? —espetó. El hombre bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza. Andrés destensó su cuerpo y arqueó una ceja—. Quiero ver el informe de mi madre.

—¿Cómo? —El hombre alzó la vista, asombrado—. Eso es confidencial.

—Es mi madre y soy mayor de edad, quiero todo el registro de ella desde que entró a este lugar.

—Pero su tío...

—¡Me importa una mierda lo que dijera mi tío! —se alteró el general y, con un movimiento de la chaqueta, le mostró el arma escondida en sus ropajes—. ¿Quieres ir a malas conmigo?

—¡No, no! —El hombre levantó las manos en estrella—. Disculpe.

—¿Qué tanto esconden para no darme los papeles de una?

—¡Nada, lo prometo!

El hombre se retiró a toda prisa, bajo la mirada furiosa y amenazante de Andrés. Una vez fuera de su campo de visión y con el cuerpo temblando llamó a Ricardo. Sin embargo, este seguía con su misión de dar caza al asesino que lo había inculpado, y no tomó en cuenta el vibrar de su teléfono. El recepcionista suspiró, se vio con un nudo en la garganta, pero después de observar que Andrés no quitaba su actitud tensa y furiosa, decidió entregarle lo que pedía. Dejó los papeles sobre la mesa y le mostró una sonrisa nerviosa.

—Ahí está todo —comentó.

—¿Todo?

—Sí.

Andrés se alejó de la recepción y tomó asiento en uno de los sofás que se encontraban en la sala de espera de los familiares. El hombre que manejaba el sanatorio sintió que la respiración se le acortaba. No pensó que fuera a revisarlo ahí, y en ese preciso momento. Como pudo recogió sus cosas y caminó raudo hacia la salida.

—¿A dónde va? —La voz gruesa de Andrés detuvo sus pasos. Lo miró con la cabeza gacha y mostró una suave sonrisa repleta de malicia—. Usted no se va. Si da un paso más lo dejo cojo de por vida. —Cargó el arma—. ¿Pretende huir?

—¡No, no! —Un sudor frío recorrió todo el cuerpo del hombre—. Solo que es mi hora de descanso.

—Genial, porque así me puede atender a mí si tengo alguna duda, que, por su bienestar físico, esperemos que no.

El hombre tragó saliva y era tal su nerviosismo que caminó marcha atrás como un robot hasta tocar de nuevo el mostrador con su espalda. Andrés siguió revisando los papeles. Sin embargo, por mucho que leía y al no entender, el joven terminó por desesperarse. Su mente solo había estado entrenada para la acción, no para cosas que tuvieran que ver con leyes y tantas palabras juntas. Arrugó la nariz y recogió los papeles.

—Me los llevaré —anunció.

—Pero no puede...

—He dicho que me los llevaré —bufó con exasperación—. Otro reclamo más y le hago tragar la pistola.

Cuando se encontró de vuelta en el vehículo, Andrés se detuvo un momento para pensar. Sabía cuán poderoso era su tío y estaba averiguando, en cierta manera, porque sus sospechas hacia él iban en aumento. De ese modo, no podía contar con nadie que tuviera que ver con él. Cosa complicada, pues tenía sobornada a toda la gente que conocía. Eran fieles a Ricardo y de saber el mínimo detalle que lo pudiera acusar de algo, no sería a él a quién se lo dijeran. Suspiró hondo y sus pensamientos fueron a parar a una sola persona. Involucrar a alguien más sería un suicidio. Se mordió el labio inferior con rabia e impotencia. Negó varias veces con la cabeza, y con rabia golpeó el volante del vehículo.

—No puede ser, ¡joder! —Sacó el móvil y llamó al número de Vanessa. Lo había conseguido fácil, pues su tío y él tenían toda la información sobre ella desde antes de conocerla.

Vanessa se encontraba en el vehículo con Ricardo. Observó el móvil creyendo que sería Mía, pero al ver un número desconocido arqueó las cejas con extrañeza. Por miedo a que hubiera pasado algo y debido a todas las cosas extrañas que la envolvían, decidió descolgar.

—¿Sí?

—*Hola, minion. Ay, no, Caperucita con enanismo.*

—¿No se supone que habíamos hecho las paces? —Entornó los ojos—. Me irritas.

—*Me sale natural porque tampoco me caes.*

—Ya, ¿qué quieres? Estoy con...

—*No debe saber que soy yo* —la interrumpió antes de que siguiera hablando y lo delatara—.

Es importante.

Vanessa miró de reojo un momento y antes de que Ricardo posara sus ojos en ella, observó al frente con disimulo.

—Con el coronel —reencaminó la conversación—. Estoy trabajando, primo.

—*Gracias* —anunció Andrés y sonrió leve al escucharla—. *Ya veo que por mucho que él te caliente, yo, al menos, tengo un poquito de tu corazón, por eso me quieres ayudar.*

—No seas payaso —continuó ella y agregó una risita de rabia, fingiendo estar en una conversación agradable con Wade—. Apura, ya dije que estoy trabajando.

—*Tú tienes una tía que es abogada criminalista, ¿verdad?*

—Sí —Vanessa se acomodó en el asiento—. Nuestra tía Leslie debe estar en su buffet justo ahora, es su horario laboral, ya lo sabes, primo.

—*Ya, necesito ayuda legal sin que mi tío se entere* —confesó Andrés—. *¿Podrías facilitarme su número?*

—Ay, primito, ¡ya sabes que me encantan los chismes! —enfaticó en la palabra «chismes»—. ¡Me lo tienes que contar todo para eso!

—*¿De veras? ¡Vamos, Vanessa! ¡Deja de ser irritante por una vez en tu vida!*

—No. —Sonrió.

—*Pero...*

—No.

—*Vanessa.*

—No.

—*Solo quiero un número de...*

—No —lo interrumpió.

—*¡Oh, vamos!*

—Entonces, ¿me contarás?

—*Está bien* —gruñó.

—¡Qué bueno! Nos vemos luego por videollamada, primo.

—*Te odio.*

—Y yo, bonito. Besitos —Besó hacia el móvil antes de colgar. Luego miró hacia Ricardo—. Mi primo es demasiado apegado a mí. Debería buscarse una novia.

—Debería —contestó Ricardo sin darle mucha importancia.

Andrés suspiró hondo y dejó el móvil a un lado. Sonrió efusivo y se tocó la nuca con una felicidad que no podía esconder. No lo había delatado con su tío y, aunque fuera una tontería, se sentía extraño. Como si por primera vez la sangre le hubiera llegado al corazón y lo hubiera activado hasta sentirlo en la garganta. Sin embargo, pensamientos de historias contadas por su tío enturbiaron su sonrisa al igual que sus ojos azules. Apretó los labios y empuñó sus manos. Suspiró hondo y negó con la cabeza. Arrancó el coche y miró al frente con los ojos un tanto llorosos y la expresión seria que siempre mostraba.

—No puedo sentir nada por ella —se dijo para sí mismo y se repitió—: No debo hacerlo.

Siguiendo con la investigación que llevaba entre manos, había algo más. Pues seguían retumbando en su mente las palabras de los empleados acusando a su tío de trata de personas. Eso era un extremo al que por ningún concepto pretendía llegar y esperaba que su tío tampoco lo hubiera hecho.

Llegó al aeropuerto y observó a los empleados de aquel día descargando mercancía de una de las entregas. Hablaban y reían entre ellos hasta que lo vieron llegar y la seriedad imperó. Agacharon miradas e hicieron silencio.

—Los escuché hablar el otro día sobre una supuesta trata —comentó sin rodeos. La honestidad vibraba en él—. Necesito saber de dónde lo sacaron.

—Solo son habladorías —comentó uno de ellos para no ser regañado.

—Cuando el río suena es porque agua lleva, ¿no creen? —insistió el general—. Díganme qué saben.

—Señor, escuchamos sobre ello, pero tengo entendido que se extiende hasta México —confesó uno de ellos—. Se filtró por gente de la policía. Hay muchas mujeres desaparecidas.

—México —repitió él. Ellos asintieron—. Si le cuentan algo de esto a mi tío, les doy plomo.

Tras la amenaza, tomó una de las avionetas y, sin el menor temor por lo que le ocurrió la última vez que surcó los cielos, se elevó con el fin de aclarar algo de la situación.

Fueron horas en las que el cielo era lo único que Andrés visualizaba; sin embargo, en su cabeza iba armando una pizarra con nombres y datos de cada momento extraño que había tenido con su tío. La llamada con ese quejido agonizante de fondo, el terror en la mirada de su madre, la insistencia por el odio hacia la familia de Vanessa y que luego él se comportara distinto. Aquel ataque sin medida en el que fue derribado y ese acuerdo de matrimonio aceptado con tanta rapidez. Él no era ningún estúpido. Había heredado la inteligencia de su tío, solo le faltaban más datos.

Cuando la avioneta de Andrés arribó al aeropuerto de México, todos los empleados se asombraron por ello. No era habitual verlo en el país, pero sabían de quién se trataba. Se quitó los cascos y bajó de un salto.

—¡Anda, Andrés! —Lo saludó José. Todavía no había ido por casa. Entre el trabajo y pasar horas en un motel con distintas mujeres tenía suficiente. Lo saludó con la mano, pero fue ignorado. Gael observó la actitud del general desde otro extremo del aeropuerto. Temió por su vida, que hubiera sabido de algún modo quién había pasado la noche en su casa, no obstante, cuando sintió la mirada de José en él, disimuló tomando uno de los sacos de droga que iban a llevar a Estados Unidos.

Andrés le hizo seña a Gael con la cabeza y este dejó todo para ir tras él. A José no le agradó que la confianza de los jefes estuviera en Gael, aun así, sonrió leve al saber que Ricardo tendría algo preparado para él muy pronto.

—Juro que no es lo que piensas —empezó a explicar Gael, creyendo que lo estaba alejando de los demás para matarlo al no entregar a Elías—. No los traicioné, de verdad.

—¿De qué hablas? —preguntó Andrés y enarcó una ceja. Junto a su expresión y acento inglés notorio, se veía perdido—. O no entendí bien por el idioma o no sé de lo que me hablas. Aunque creo que mi español es fluido.

—Llovía mucho, no podía dejarlo en la calle. —Gael hizo una breve pausa—. ¿No viniste por Halcón? —preguntó sin pensar en las consecuencias de hacerlo. Andrés levantó las dos cejas en sorpresa—. ¿No?

—Se te da horrible trabajar aquí —admitió Andrés—. Acabas de confesar conocer a un enemigo principal de la organización y no delatarlo. No lo sabía.

—¡Juro que no los traicioné! —se alarmó Gael—. Solo me da pena. Siento que ese hombre ha sufrido mucho.

—Si mi tío se entera, te hará picadillo.

—¿Le dirás? —Gael junto ambas manos a la altura del pecho—. Te ruego que no lo hagas y que no me mates. Tengo una hija y está sola.

Andrés bufó y negó con la cabeza. Halcón era trabajo de Omar y su tío, no de él.

—Halcón no es mi objetivo. Quizá lo fuera hace un tiempo, pero no ahora. Mi tío me está ocultando muchas cosas y todos son aliados suyos, pretendo encontrar los míos. —Extendió la mano frente a Gael—. Necesito a alguien de confianza y solo puedo pensar en ti. ¿De qué lado vas a estar?

Gael no lo pensó. Agrandó la sonrisa y asintió con la cabeza. Estrechó con firmeza la mano de Andrés y lo acompañó hasta el vehículo.

—¿De qué se trata? —preguntó Gael antes de arrancar el vehículo.

—Debes prestarme ropa para que nadie note que soy militar y me reconozcan con facilidad, mi tío no sabe que estoy aquí —expuso Andrés—. Luego, iremos a las comandancias de los pueblos que se encuentren alrededor de nuestras bases, quiero preguntar sobre desapariciones de personas. Creo que mi tío está involucrado en algo horrible.

—Bien.

Gabriela observaba a Elías con la boca abierta y daba golpecitos con la cuchara en el vaso de café mientras estaba en el bar del hospital. No era concurrido al ser solo para el personal sanitario.

—¿Puedes cerrar la boca ya? —Gabriela la cerró tras la petición de Elías, aun cuando sus ojos seguían saltones—. Pareces un chihuahua después de tomar Coca-Cola.

—¿Me estás diciendo que dormiste en casa de un sombra? —Elías asintió—. ¿Los mismos del Cártel de las Sombras que te quieren muerto? —De nuevo asintió—. ¿Y tú sabías que lo era y él también quién eras tú?

—Así es. —Gabriela se volvió a quedar con la boca abierta—. ¡Gabi!

—¡Definitivamente, no puedes ser normal! —se alarmó la doctora y empezó a golpear más enérgico el café—. ¡Te hubiera podido matar!

—Pero no lo hizo. —Suspiró y sonrió jugando con un mechón de su pelo—. Es muy guapo.

—Pero ¡¿qué dices?! —Gabi se bebió de un trago el café—. ¡Necesito que me tomen la tensión!

—¿Qué ocurre? —Carlos llegó tras ser avisado por Elías. Observó la cara de desconcierto de Gabi y luego la tranquilidad en los ojos bicolores de su amigo. Se confundió todavía más por la desigualdad de actitudes que tenían ambos.

—Tu mejor amigo... —Gabi señaló a Elías—. Durmió en casa de uno de los empleados del Cártel de Las Sombras.

—Ah, bueno —reaccionó—. ¡¿Qué hiciste qué?! —

—Tranquilos, es diferente. —Gabi y Carlos lo observaron, ahora los dos, con la boca abierta—. ¡Dejen de mirarme así!

—¡Estás loco! —gritaron a coro los dos.

—Lo importante es que tengo información —añadió Elías. Gabi y Carlos tomaron asiento frente a él—. Pude pinchar su número de teléfono. Creo que ese hombre no trabaja con el grupo que maneja la trata de personas, aunque he podido escuchar ubicaciones de dónde se encuentran las bases de la organización. Puede que sea muy guapo y todo, pero no dejo de trabajar.

—Menos mal, ya creímos que solo te habías quedado en su casa para ligar —comentó Carlos con sarcasmo.

—Está claro que fue por eso —expuso Gabi.

—Clarísimo —siguió Carlos. Elías los observaba con los ojos entrecerrados y se cruzó de brazos con indignación.

—Decidido, ya no les cuento nada.

Había estado encerrada toda una vida. Presa de un matrimonio infeliz, de una monotonía que rompía su vida, pero en ese momento hubiera dado lo que fuera con tal de volver al lado de sus hijos. Cualquier tortura era soportable menos estar lejos de ellos. Anne no pudo dormir. Recorrió la habitación desesperada y le tentó la puerta, mas no la abrió, pues veía a esos hombres capaces de todo lo que les mandara el cínico que la había encerrado en la habitación. Se pasó ambas manos por el pelo. La desesperación aumentaba su angustia y varias veces se había ido a vomitar al baño que había en la habitación. Abrió la ventana de par en par y se encontró con unos barrotes de hierro que le impedían el paso. Los tomó con ambas manos y los sacudió sin éxito. Los golpeó con el puño hasta que la mano le dolió, pero no surtió efecto.

—¡Sáquenme de aquí! —empezó a vocear—. ¡Estás loco, esto es un secuestro! ¡Vas a terminar en prisión, sádico de mierda! —Corrió hacia la puerta y empezó a golpearla con el puño y a darle patadas—. ¡Sé que me estás escuchando, bastardo! ¡Abre la maldita puerta, infeliz! ¡Llévame con mis hijos, malnacido! ¡Ay de ti si les ocurre algo!

Ciertamente, la estaba escuchando. El italiano intentaba desayunar mientras los berridos de la mujer lo sacaban de quicio. Mojó la galleta en la leche y se partió antes de llevarla a la boca. Gruñó y golpeó con el puño la mesa.

—¡Que se calle! —ordenó a una de las cocineras—. ¡Súbele comida y que use su boca para hacer algo útil como alimentarse!

—¡Sí, señor!

—¡Corre! —La mujer salió corriendo del lugar, por el tremendo grito, y con las manos temblorosas preparó el desayuno.

Cuando entró a la habitación, Anne tomó en sus manos la lamparita de noche y la amenazó con ella, pegándose contra la pared. Jadeaba entre el nervio y la furia, a pesar de que sus lágrimas no cesaban cada vez que pensaba en sus hijos y la situación en la que se encontraba.

—El señor dijo que desayune —le sugirió la mujer.

—¡Me importa una mierda lo que quiera el señor! —y gritó más—. ¡¿Escuchas?! ¡Me da igual! —Gian apretó un pan desde el salón y lo despedazó. Anne bufó y miró de vuelta a la señora—. Sáqueme de aquí, tengo hijos y no pueden estar sin su madre. José no sabe cuidarlos. —Sujetó la bandeja de comida, la dejó en la cama y tomó las manos de la mujer para rogarle—. Por favor, usted seguro que tiene familia. Debe entenderme, ayúdeme.

La mujer suspiró y la acompañó hasta la cama. La hizo sentar y le entregó la bandeja de comida en el regazo. Luego, se sentó a su lado.

—Mire, debe alimentarse si quiere estar fuerte y aguantar hasta regresar con sus hijos —le comentó la mujer—. Si estuviera en mi mano la sacaría de aquí ahora mismo, pero el señor es

muy estricto con sus órdenes. Lo siento. —Anne suspiró, y aunque no tenía apetito, el pensamiento de tomar fuerzas para enfrentar al hombre que la había encerrado fue suficiente para empezar a comer. La sirvienta se percató de la herida en el pómulo que presentaba Anne y se asombró—. Me parece extraño que la haya golpeado.

—¿Extraño? —Anne hizo una mueca—. Ese hombre está loco. Me puso una pistola en la boca y pareció disfrutarlo.

—Me extraña que la haya lastimado, de todos modos —siguió la mujer—. Hace tiempo que trabajo para él y no es su forma de ser. El señor grita mucho, pero perro ladrador no muerde.

Anne suspiró y dio un sorbo a la leche.

—No me golpeó él —confesó y le dio mordisco al pan—. Aunque no me parecería raro que lo hiciera. Tampoco sé qué hago aquí o qué quiere de mí.

—El señor sabe primeros auxilios —cambió de tema la mujer, pues tampoco sabía por qué Anne se encontraba allí—. Le diré que cure su mejilla, ¿está bien?

—No, no me interesa que se me acerque o me cure nada —negó en rotundo—. Estoy aquí por culpa de él, y aunque no me haya golpeado, esto fue a causa de su secuestro. ¿Es que están todos locos aquí, o qué?

—Alguien debe curarle esa herida —siguió la empleada y le sostuvo la mano con cariño. Sin embargo, Anne le retiró el contacto—. Me puedo quedar aquí con usted, pero debe curarte.

—Que me libere y yo misma voy a un hospital, no quiero que se me acerque —sentenció. La mirada de Anne se perdió en la inmensidad del plato que sostenía—. Mi marido se llama José y es policía. Su jefe dice que hace cosas ilegales, pero... no creo que sea real. —La ansiedad volvió a su cuerpo y se pasó las dos manos por el pelo. El llanto se incrementó. La mente le iba a mil por hora—. Ya no sé qué pensar. Si por culpa suya estoy aquí, yo, yo... —La voz se le cortó y le salió un quejido. El apetito se le terminó de quitar y negó con la cabeza—. Dígame que a mis hijos no les harán nada, por favor.

—No, no, tranquila. El jefe no es tan despiadado —afirmó la mujer. Suspiró y le tomó la mano a Anne. Esta vez, no la quitó. La mujer, habiendo estado tanto tiempo trabajando para la familia de Gian, sabía bien de quién estaba hablando Anne. Suspiró y tragó saliva con el pesar incrustado en el pecho. Podía sentir su dolor y le atormentaba—. Siento decirle que el señor no se equivocó —le confesó la mujer—. José es un policía corrupto y está implicado en muchas cosas malas. Lo siento mucho, de veras. —La mujer se levantó y le acarició el cabello como a una hija—. Voy a ir a decirle que debe curarte la mejilla, ¿sí? Se puede infectar.

Escuchar las acusaciones de otra persona que no fuera el loco que la había encerrado en ese lugar fue el detonante para que el *shock* y el llanto de Anne se agravaran. Dio un quejido y negó con la cabeza. El llanto no le dejaba respirar, y apretó las manos en la manta de la cama con desesperación. A medida que las dudas se le iban, aumentaba su dolor.

La mujer, rodeó las escaleras y antes de llegar con Gian, sacó el móvil del delantal de cuadros que portaba. Suspiró hondo y se encerró en una de las habitaciones. Dio tono y se alegró, pues desde la llegada de Anne había intentado localizar a Antonella sin éxito.

—*Al fin llegaron las llamadas* —mencionó la hermana de Gian al descolgar—. *Rose, dime que no hizo ninguna estupidez.*

—Señorita, su hermano secuestró a una mujer.

—*¿Qué?!*

—Por favor, llámelo. La señora tiene niños pequeños y está muy angustiada. Me pidió ayuda y me rompió el corazón. Yo no pensé que fuera a hacer algo así. —La empleada no pudo

sostener por más tiempo las lágrimas mientras le contaba todo con pelos y señales desde que la había traído a la isla—. Haga algo.

—*Ni siquiera yo lo vi capaz de tal barbaridad.* —Antonella suspiró y la impotencia le desgarró la voz—. *Ahora le llamo, intente mantener la calma.*

La mujer asintió con la cabeza, a pesar de que Anto no la podía ver.

Gian se encontraba tomando vino tinto y mantenía una conversación seria con proveedores y gente de sus diferentes negocios. El italiano levantó la mirada hacia la mujer que había llegado con él y bajó un momento el teléfono.

—¿Está comiendo? —se interesó.

—Sí, señor, solo está algo herida —tras la afirmación de empleada, Gian volvió a la conversación y la ignoró mientras retiraba los platos, sin parecer que le importase en lo absoluto que Anne estuviera lastimada.

Pronto, la llamada de su hermana lo hizo entornar los ojos. Colgó la llamada en la que estaba y la atendió.

—¿Qué demonios te pasa a ti ahora?

—*¡¿Qué demonios te pasa a ti?! —lo enfrentó—. ¿Secuestraste a una mujer? ¿En serio, Gian?*

—No te metas en mis cosas.

—*¿Cómo le dijiste lo de José tan de golpe?* —Gian bufó al escucharla. Entornó los ojos y miró de forma acusatoria a la mujer que retiraba los platos, sabiendo que ella le había contado. Anto siguió—. *En realidad, no tienes tacto.*

—Creía que lo sabía y me enojé. —Tomó un trago de su bebida—. Aún le ocurre poco.

—*¡Ay, ya, por Dios!* —Antonella empezó a caminar con desesperación por el salón de su casa—. *Me sorprende de ti, Gian. Creí que juraste que nunca serías como nuestra tía.* —Gian gruñó y apretó tanto el vaso que lo partió en sus manos y se hizo un leve corte—. *¿Qué? ¿Te molesta la comparación?*

—Ni siquiera compartí sangre con ella, así que no te atrevas...

—*¿A qué? ¿A compararte?* —lo interrumpió Anto—. *Pues compórtate como toca, porque pareces un desquiciado mental.*

Gian se levantó de la silla con furia y la lanzó por los aires, golpeó la mesa hasta que los platos se estrellaron contra el suelo, tomó la botella de vino y la reventó contra la pared, sin importarle el dinero que costara.

—*¡¿Y si soy un desquiciado mental qué?! —gritó, ido, poseído por la cólera—. ¡Llevo esperando demasiado tiempo por mi venganza y la voy a conseguir cueste lo que me cueste, y no voy a dejar que tú vengas como Pepito Grillo a comerme la cabeza!*

Antonella suspiró al escucharlo. La pena por ver en lo que se había convertido su hermano la hundió. Tomó asiento en el sofá y se retiró un poco el teléfono para sollozar y que él no la escuchara. Cuando tomó aire y se vio capaz de hablar, volvió a pegarlo en su oreja.

—*¿Viste la herida que tiene esa mujer en la mejilla?* —preguntó, intentando desviar el camino de la conversación.

—Sí.

—*Le sigue sangrando. Busca tu humanidad al menos para curarla y no convertirte también en un asesino. Con secuestrador es más que suficiente.*

Gian suspiró al escuchar el pitido final de la llamada. Se quedó mirando a un punto fijo y se le formó un nudo en la garganta. Recapituló todo lo que había hecho hasta el momento y los ojos

marrones se le tornaron llorosos, como una tormenta queriendo arrasar en su interior. Sin embargo, ahogó los sentimientos al igual que las lágrimas. Miró a su lado cuando escuchó el sonido de los cristales y observó a Rose limpiándolos.

—Deje eso —le ordenó—. Se puede cortar, yo lo limpio luego. Mejor acompáñeme, no creo que esa mujer se deje curar si entro solo a la habitación.

Cuando se adentraron a la recámara no recibieron reclamos, llantos ni gritos de miedo. Tampoco una mirada de dolor. Anne se encontraba en trance. Miraba a un punto de la habitación y recordaba su falsa vida perfecta. A su marido sonriendo con sus hijos, y la decepción que se agolpaba en su pecho. Ni siquiera le caían las lágrimas, aunque sus ojos se cristalizaban entre los recuerdos que se rompían y se hacían añicos en su alma.

Gian suspiró agobiado al verla de esa manera. Se sentó a su lado y le tomó el mentón. Le levantó el rostro despacio, lento, como si fuera a romperse en cualquier momento. Ella ni siquiera fue capaz de moverse o devolverle la mirada. No podía.

—Sí que está fea esa herida —comentó Gian al fijarse más de cerca.

—¿La va a curar? —preguntó la empleada. Tomó una de las manos de Anne y observó a Gian asentir con la cabeza. Una pequeña sonrisa alivió la culpa en la mujer, pues, impotente, no podía hacer más por ayudar a Anne.

Gian Marco humedeció una gasa con alcohol y le desinfectó la herida con suavidad. A pesar del tacto con el que la tocaba, el dolor era evidente; sin embargo, ni siquiera el escozor logró que Anne reaccionara. No sintió la desinfección ni los dos puntos de sutura. Empezó a atar cabos. Las noches en las que José se perdía. Las guardias en las que decía estar trabajando, pero cuando llamaba a la comandancia, él no se encontraba allí.

—José, ¿qué has hecho? —susurró para sí misma, ensimismada en la tortura de sus recuerdos. Al fin las lágrimas se derramaron por sus mejillas y varias murieron en los dedos de Gian. Él le acarició suave la mejilla por puro impulso, pero cuando la mirada de Anne al fin se centró en él, apartó la mano y se levantó de la cama.

—Vamos —ordenó el italiano a la señora, quien todavía sostenía la mano de Anne.

—¿Ves? Te dije que el señor Gian Marco no es tan malo —comentó la mujer. Gian bufó asqueado. Ahora no solo sabía su apariencia, también su nombre. Era evidente que ni él ni sus empleados estaban acostumbrados a hacer algo tan grave como un secuestro y se veían como novatos. Lo que eran.

La mujer acarició con cariño los nudillos de Anne y se alejó de ella. Ayudó a Gian con el botiquín y ambos caminaron hacia la salida de la habitación.

—Luego te traeré medicación, *bambina* —anunció Gian sin siquiera darse la vuelta para mirarla.

—Gracias —susurró Anne y tras una breve pausa, continuó—. Gian.

No solo él y sus empleados no sabían comportarse en una situación así, tampoco ella. De haber sido más lista, debió haberse hecho la loca con respecto a su nombre, para tener más garantías de ser libre. Gian suspiró hondo y se detuvo en la puerta. La miró sobre el hombro y no quiso hablar. Salió de la habitación junto con la empleada y volvió a cerrar la puerta con llave.

Cuando Anne escuchó el sonido de la cerradura, la angustia volvió a su cuerpo. Se deslizó por la cama y se cubrió con la sábana.

—Me siento en un culebrón —susurró para ella misma—. Esto es tan raro.

Ricardo y Vanessa llegaron a una especie de barrio marginal en el que las casas parecían que

iban a caerse con un soplar de viento. Ricardo aparcó tras unos arbustos, en uno de los descampados cercanos a una finca de tres plantas con varias casas a cada lado. Vanessa observó atenta el lugar y la discreción en la que Ricardo estaba actuando.

—¿Qué hacemos aquí? —Ricardo quedó en silencio—. Ricardo, responde.

—Vamos a por el asesino de esa mujer, ya te lo dije. —La observó con seguridad y entrecerró los ojos—. ¿Traes arma?

—¿Arma? —Vanessa arrugó la nariz—. ¡Me recogiste en medio de un entrenamiento de fuerza, Ricardo! ¡¿Cómo diablos voy a estar armada?!

Ricardo levantó la mano y se colocó el dedo índice en los labios exigiendo silencio. Vanessa arqueó una ceja y lo observó sacar una pistola de repuesto. La cargó frente a ella y se la entregó. La joven la sostuvo con dudas y torció el gesto.

—Me enfureció que no me creyeras en el casino —expuso Ricardo—. Así que, vamos a esclarecer todo y espero que estés lista. Es hora de que me demuestres de qué madera estás hecha.

—¿Cuándo bajamos? —respondió Vanessa con decisión, observando con detenimiento cada detalle del arma. Ricardo sonrió complacido y cargó su pistola antes de abrir la puerta del conductor.

—Vamos.

Capítulo 16: Saltando al vacío

Nathaniel aprovechó la ausencia del general y el coronel para escabullirse entre los soldados y marcharse del campo militar. Ni siquiera su hermana sabía qué tramaba cuando, sin decir nada, en completo silencio, se subía al vehículo y desaparecía. Ari frunció el ceño al observarlo y se cruzó de brazos, fijándose en cada detalle que estaba ocurriendo en ese lugar. Pues si bien parecía una persona poco despierta, no lo era.

Lo cierto era, que, aunque Nath fuera reservado, cumplía sus promesas y con ello la de ayudar a Vanessa a enfrentar a los altos mandos, y saber qué traían en su contra. Era consciente de que se arriesgaba, pero desde hacía años jugaba a las cartas con la muerte. Sus padres lo habían dejado al cuidado de su hermana menor antes de morir en servicio, así que desde entonces les juró ser un cabo ejemplar. Si para ello debía ponerse en peligro, era un honor. Además, era fanático de Halcón. Ese revolucionario que había salido en la prensa varias veces, por desvelar información delicada de altos cargos, y que fue capaz de hackear todos los dispositivos electrónicos años atrás, para mostrar el rostro del jefe de un importante cártel.

Aunque no le había visto el rostro, lo admiraba e inspiraba para ser legal y justo como él, ayudando a las personas que más lo necesitaran.

—¡Hola, cabo! —lo saludó un soldado al llegar a la comandancia. Nath levantó la mano y le dedicó una sonrisa—. Qué agradable verlo por aquí, señor.

—¿Está todo en orden? —preguntó al observar alguno que otro comportamiento nervioso por parte de los soldados.

—Sí, todo bien. —el hombre fingió una sonrisa—. El coronel está un poco tenso y digamos que nos ha puesto las pilas a voces.

—Vaya, ¿supieron a qué se debe su comportamiento?

—Es el coronel Reyes. —El soldado hizo una mueca de asqueamiento—. Ese no está nunca de buen humor.

A la carcajada del soldado la siguieron las de otros compañeros. Nath intentó seguir las risas, pero no le salieron. Se despidió de ellos y se dirigió hacia su despacho. Los gritos que emanaban de la prisión colindante lo sacaron de contexto. Ricardo estaba tramando algo y no era nada relacionado a su mal carácter. Estaba movilizándolo a todo el mundo, y era claro que las medidas para sonsacar información a los presos estaban siendo más excesivas, ¿por qué?

Antes de adentrarse en su despacho, con disimulo, giró sobre su propio eje y se coló en el del coronel. Los papeles se agolpaban en pilas sobre la mesa del escritorio. El desorden era asombroso, tanto que le pareció extraño viniendo de Ricardo. Estaba desesperado y por algún motivo su despacho lo demostraba. Lo único que no había tomado polvo eran los libros de las estanterías. Allí donde él iba, había libros de diferentes géneros que le ayudaban a relajar la mente. Sin embargo, sobre el escritorio esta vez no tenía ningún manuscrito, sino una hoja en blanco en el que, ensimismado, había repasado el nombre de Vanessa una y otra vez hasta que la línea del bolígrafo caló hasta la madera.

—Vaya, algo respecto a ella te preocupa y mucho —murmuró para sí mismo. Observó entre los papeles hasta encontrar una carpeta de color negro. Al abrirla, encontró una amplia

investigación de cada miembro de la familia de Vanessa. Llevaba años recabando cada detalle para lo que fuera que estaba tramando. En un apunte a mano, señaló la fecha en la que Vanessa se había inscrito en la milicia, y en círculo las palabras «dieciocho años después» junto a papeles legales que atesoraba para meter preso a un cadete a la mayoría de edad—. ¿Qué demonios? —Unos papeles cayeron a un costado de la mesa. Nathaniel los tomó y entre sus dedos, pudo observar un acta de nacimiento junto a una prueba de ADN. Frunció el ceño y abrió el sobre. Observó el nombre y el cien por ciento que acreditaba quién era el padre de esa persona. Los pulmones se le cerraron y exhaló con fuerza. El corazón se le subió a la garganta y las manos le temblaron—. No puede ser.

La palidez en Nathaniel era notoria, tan pálido como las paredes blancas de la oficina. Cuando levantó la mirada hacia la puerta, observó en la pared de al lado una hoja desplegada con cada paso que Ricardo debía dar para destruir a toda la familia de Vanessa. Ese hombre estaba loco, pero la locura había escalado a un nivel de cinismo muy siniestro. Además de todo eso, varias anotaciones antiguas relataban la obsesión insana que ese hombre había llevado por años hacia una mujer de la familia de Vanessa. Nathaniel supo, en ese preciso instante, que sabía más de lo que debería.

—Cabo —lo llamó un soldado al verlo cerrar la puerta del despacho del coronel—. ¿Se encuentra el coronel?

—No, justo me asomé para ver si se encontraba —disimuló el joven—. Debo volver al campo militar, tengo trabajo.

—Claro. —El muchacho le dedicó una sonrisa y este se marchó de allí a toda prisa, sin detenerse a despedirse de nadie.

Vanessa y Ricardo rodearon una casa en medio de ese lugar lleno de pobreza. La joven supo seguir las indicaciones de su coronel tal y como si se encontraran en el campo de batalla, y pegó la espalda contra la pared al lado de la puerta de la vivienda. Con una patada, Ricardo derribó la puerta y acompañado por su pistola se introdujo primero al inmueble. Sin embargo, el silencio los envolvió. Vanessa siguió sus pasos con sigilo y el arma apuntando a cada puerta abierta de la casa.

Un suave reflejo iluminó los ojos castaños de Vanessa y, tras un paso en falso de Ricardo, ojeó el hilo transparente de una bomba casera que se encontraba estratégicamente colocada en el pasillo.

—¡Cuidado! —Tomó a Ricardo del brazo y lo empujó hacia atrás sin poder evitar la explosión que los aturdió a ambos por unos segundos mientras que por el temblor la fachada se venía abajo. Un pitido les ensordeció y entre el polvo observaron una silueta escapando del lugar de los hechos.

—¡Mierda! —Ricardo no lo pensó ni dos segundos. Se levantó del suelo y salió corriendo. Saltó uno de los vehículos estacionados y marchó tras el hombre que casi lo había volado en mil pedazos.

—¡Coronel! —Vanessa lo llamó, sin efecto. Bufó con asqueamiento y corrió tras él. Sin embargo, una patada la tumbó en medio del descampado. Rodó por el suelo y gruñó con dolor cuando varios golpes se le asentaron en las costillas. Levantó la mirada. Los hombres traían el rostro cubierto y un arsenal importante de armamento con el que podrían terminar con su vida con facilidad. La joven no se detuvo a que su vida pasara por sus ojos antes de morir. Si algo

tenían los Marim era que sin pelear no morían.

Vanessa puso un pie en el suelo. Agarró una bocanada de aire y se levantó. Los presentes se sorprendieron ante ello, pero Vanessa solo pudo gruñir de rabia y dolor. Cuando de su boca salió un poco de sangre por la comisura de sus labios, la furia en la joven se volvió igual de intensa que la de su padre en sus tiempos de juventud. Las manos le temblaron y, de repente, la expresión le cambió. Parecía una persona por completo distinta.

Tomó un puñado de arena y cegó a uno de los hombres. Aprovechó el cuerpo de su oponente para que fuera el escudo perfecto y que terminara siendo un colador. La sangre salpicó a sus compañeros y a ella misma. Eran tácticas que su padre le había enseñado. Ese hombre no sabía jugar con sus hijos sin enseñarles técnicas de defensa personal.

Vanessa tomó la pistola de uno de los hombres y golpeó con la rodilla su parte íntima. El hombre se inclinó y ella aprovechó para usar su espalda como trampolín. Subió sobre él y le dio una patada a otro en el rostro, quien empezó a quejarse al sentir la nariz rota y la sangre lo acreditaba. Los gritos de este último alertaron a Ricardo. Se detuvo un momento para observar hacia atrás, pero al cerciorarse de que Vanessa lo tenía controlado, volvió a su persecución. Confiaba a plenitud en las habilidades de la joven y en que no necesitaba de nadie para salir con vida.

Vanessa apretó el gatillo y el hombre que había usado de rampa cayó al suelo. El otro se apartó la sangre de la cara y la apuntó; sin embargo, no le dio tiempo a actuar. Vanessa se movió como un animal salvaje. Se agachó, golpeó las piernas del hombre por detrás y este cayó arrodillado. Con un disparo, le reventó la mano y se vio obligado a soltar el arma mientras la sangre de sus venas borboteaba y caía a chorros en la arena. En un acto inútil por salvarse, sacó un cuchillo e intentó clavárselo a Vanessa. Sin embargo, ella esquivó el cuchillo. Una y otra vez hasta que, con un fuerte golpe, el cuchillo salió volando. Dio unas vueltas por los aires frente al rostro de Vanessa y lo tomó con facilidad por el mango, para, acto seguido y sin titubear, acuchillar al hombre en la boca del estómago.

—¡Mierda! —Vanessa se levantó del suelo e intentó quitarse la sangre de las manos. Era la primera vez que hacía algo así. El cuerpo le tembló y recordó a su padre. No era distinta a él, claro que no, y en ese momento lo había demostrado.

Huyó no solo de la escena del crimen, también de sí misma. Corrió con todas sus fuerzas, y el llanto le nubló la visión, aunque pudo observar a lo lejos la silueta de Ricardo. Quiso gritarle, detenerlo y que la llevara al campo de entrenamiento, pero la voz no le salió. Tomó una bocanada de aire, ahogó un quejido y con el valor suficiente, siguió al coronel, quién como un lobo real seguía a su presa con fijación.

Ricardo sacó la pistola y, sin pensar en la gente que había en las calles, prendió fuego contra el hombre que perseguía. Sin éxito, las balas se perdieron en el camino. El perseguido se veía con el aliento al máximo. No podía más y el cansancio denotaba cuál iba a ser su final. No quería ser atrapado por Ricardo, sabía qué iba a suceder con él.

Así fue como, con agresividad, tomó a la fuerza un autobús. Entre sus gritos y los disparos de Ricardo que rebotaron en la carrocería del vehículo, la gente salió corriendo antes de que el perseguido arrancara.

Ricardo gruñó e intentó disparar a las ruedas, pero fue en vano. Bufó y sintió los jadeos de Vanessa. La observó a su lado y fue cuando se percató de las lágrimas que recorrían el rostro de la joven. Frunció el ceño y le tomó el rostro con las dos manos.

—¿Qué te ocurre? ¿Te lastimaron? —Revisó su cuerpo con la mirada y la observó negar con

la cabeza mientras todavía temblaba—. Tranquila, esto no se va a quedar así.

Ricardo se acercó a un vehículo y partió el cristal con una piedra. Vanessa traía el pecho encogido. Todo lo que estaba pasando estaba mal, ella lo sabía. Ricardo estaba cegado en demostrarle que era inocente. Se sentía culpable por todo. Lo era de las muertes de los hombres a los que había atacado.

—Ricardo, espera —pronunció con un hilo de voz—. Déjalo.

—No, esto no puede quedar así, Vanessa, mírate como estás. —Ricardo abrió la puerta del vehículo y la observó. El rencor, el odio, la sed de venganza eran sentimientos que bien conocía y los que lo guiaban de forma constante—. Sube.

—Maté a tres hombres —balbuceó Vanessa con la voz temblorosa.

—¿Y qué? —La joven se sorprendió, y con la boca entreabierta observó al coronel, quien decidido le señalaba el interior del vehículo—. He dicho que subas.

Con normalidad, no obedecía. Ella era independiente, altanera y soberbia. Pero en ese momento, su mente estaba bloqueada. Subió al coche sin chistar. Todo pasaba por sus ojos como *flashbacks* horribles. La respiración se le entrecortaba y se veía en el espejo del vehículo con la sangre salpicada en el rostro. Se preguntaba si huir de ella misma era una opción después de lo que había hecho y, hundida en sus pensamientos, no sintió cuando Ricardo arrancó el vehículo.

La persecución alertó a las autoridades. Pronto las sirenas de la policía fueron la melodía que los acompañaba, sin saber que, en el coche se encontraba el coronel. Vanessa reaccionó cuando Ricardo piso el acelerador al observar el autobús. Sacó el arma y se asomó un poco por la ventana para disparar e intentar hacer que el conductor perdiera el control. Debía terminar con esa locura a como diera lugar.

—¡Ricardo, te creo! —le gritó con la esperanza de que se detuviera—. ¡Para, por favor, déjalo!

—¡Te golpearon! —respondió decidido—. No va a escaparse. Toma el volante.

—¿Qué?

—¡Toma el volante!

Vanessa se apresuró a cambiar de asiento. Tuvo facilidad debido a su tamaño. Ricardo se colocó en el lado del copiloto y le señaló a un costado del autobús.

—¡Ponte a su lado! —ordenó. Vanessa tragó saliva. Los peatones huían despavoridos; los policías usaban los megáfonos para indicarles un alto, pero lo que más le sorprendió a la joven fue que, lejos de estar preocupada por sus acciones, temía observar a Ricardo tan desesperado e impulsivo. Sin pensar en él o en lo que le podría suceder. La preocupación se elevó cuando lo miró disparar a la puerta del conductor del autobús y este cedió. El coronel abrió la puerta del coche y Vanessa supo en automático lo que pretendía hacer. Por impulso alargó la mano y le sostuvo la camisa, acto que Ricardo sintió en su brazo. Vanessa quería gritarle que no se fuera, que lo quería con ella, que lo dejara y que en verdad creía en sus palabras. Sin embargo, la consternación y la situación de estrés la llevó a enmudecer cuando el coronel posó sus ojos grises en ella.

La mano de la joven lo soltó. Ricardo no pensó que su preocupación fuera tal. Hizo una mueca sin entender la acción, pues jamás nadie se había preocupado por él.

Vanessa tomó una bocanada de aire y se centró en llevar bien el vehículo para que nada le ocurriera a Ricardo. Él se preparó y saltó a la puerta del autobús. Aprovechó el vaivén de esta para colarse en el interior del vehículo y golpeó con las piernas al conductor.

El autobús se desvió por el golpe y derrapó en una de las esquinas. Colisionó contra unas

casas y obligó a Vanessa a zigzaguear para no quedar aplastada por el movimiento. El rostro del hombre al que Ricardo perseguía no fue de un extraño para él. Se trataba del dueño del casino. Con rabia, Ricardo le tomó de la cabeza y le golpeó varias veces contra el salpicadero. Ignoró sus gritos y el hecho de que el cristal delantero empezase a mancharse de sangre. El hombre intentó defenderse, pero Ricardo lo sostuvo del brazo y se lo sacó del sitio, dislocándole el hombro con un movimiento brusco.

—¡Ah, para! —suplicó el hombre, mientras Ricardo le seguía arrancando la extremidad—. ¡No fue cosa mía!

—¿De quién fue?! —presionó Ricardo—. ¡Habla!

—¡Me pagaron! —confesó entre llantos—. ¡Me dijeron que debías verte culpable frente a la cadete!

—¿La cadete?

—¡Sí, dijeron que perderías la cabeza si lo hacía!

Ricardo lo soltó, y su mente se quedó en blanco por un momento. Jamás había tenido debilidades. Nada lo hacía perder la cabeza. Todo era un señuelo. Una prueba de cuán loco estaba por ella. Hasta dónde podría llegar por Vanessa. Había sido engañado por primera vez en toda su vida por haberse mentido a sí mismo. ¿Cuánta gente se habría percatado de su debilidad antes que él mismo? Porque, aunque quisiera negárselo, el nudo que sintió en el estómago cuando vio decepción en los ojos marrones de Vanessa, dolió más que cualquier tortura vivida y por vivir. Por eso se empeñó en esclarecer quién era el asesino. Anhelaba que los ojos de la joven no lo volvieran a mirar así.

Ricardo sintió una presión en su muñeca. Observó hacia ella y vio unos grilletes que lo ataban al volante del autobús. La mente se le quedó en blanco. El hombre le sonrió y le mostró las llaves. Las lanzó al fondo del autobús y se dejó caer del vehículo en marcha antes de que este se precipitara por un puente hasta un río embravecido que empezó a hundirlo y arrastrarlo con fuerza.

El coche que conducía Vanessa derrapó cerca del borde por el que Ricardo había caído. Con el corazón en la garganta ignoró a los policías que la rodeaban. Observó al vacío, recordando que no sabía nadar. El pulso se le subió por las nubes y empezó a caminar desesperada de un lado a otro mientras se acariciaba el pelo. El llanto en la joven era visible y no se sentía capaz de responder ninguna de las preguntas que los hombres pronunciaban. Estos bajaron las armas al observar la vestimenta de la cadete y se centraron en esposar al hombre que había caído del autobús antes de ser arrastrado por el agua.

—Señorita, ¿qué ha pasado? —preguntó el oficial—. Necesitamos saber la situación para poder ayudar.

—¡Mi coronel está en el autobús! —señaló con desespero—. ¡No lo vi salir!

—Tranquila, llamaremos para que lo rescaten. —El hombre le colocó la mano en el hombro y se retiró para llamar. Sin embargo, Vanessa lo vio como una pérdida de tiempo. El sonido ambiental se confundió con los latidos de su corazón angustiado. Tragó saliva y, sin pensarlo dos veces, se lanzó al vacío sin importarle la altura o el peligro que suponía el torrente de aguas bravas.

—¡Señorita! —gritó el oficial al observarla saltar de esa manera.

La investigación de Andrés con Gael estaba siendo esclarecedora. En cada pueblo había más de cien desapariciones mensuales. Era algo cantoso y alarmante a la vez. La mayoría de las

víctimas eran mujeres, pero tampoco descartaban hombres jóvenes no mayores a los treinta años.

—Es demasiado extraño —comentó Gael—. Pero si tu tío está detrás de todo esto, estamos hablando de un nivel extremo de cinismo y maldad.

—Por eso espero estar equivocado —expuso Andrés. Se despidió de los compañeros militares y salieron del departamento—. Lo que es más extraño es que, a pesar del alarmante número, no haya investigaciones sobre esto. Lo que nos da a entender que quien lo hace sí es bastante poderoso como para juntar a gente que esté trabajando dentro de la milicia.

—No sé, Andrés. Esto me está poniendo tenso —aseguró Gael—. Es como un secreto a voces. Todo el mundo sabe que ocurre algo, pero nadie hace nada.

—Averiguaré qué está pasando. —Con un vistazo rápido al móvil, Andrés dio por terminada la charla—. Debo de hacer unas cosas en un pueblo cercano, en lo que a ti respecta, vuelve a casa. Sé que te espera tu hija. Los demás creerán que sigues trabajando conmigo. Toma el día libre.

Gael sonrió agradecido. Andrés golpeó su hombro con compañerismo y se despidió de él para que tomara rumbo a su casa. Después de una llamada, Andrés pudo conseguir un vehículo sencillo y poco ostentoso para no llamar la atención de nadie que pudiera avisar a su tío acerca de su escapada.

Tomó rumbo hacia la ciudad. Conocía cada calle a pesar de no haber estado nunca allí. La obsesión de su tío había sido transmitida a él y, con tal de espiar a la familia de Vanessa, tuvo que estudiar cada paso que daban. Desde los más mayores hasta los que tenían su edad. Así que estar en ese país era para él como una excursión por los mapas físicos de su tío y el *Google Maps* de su teléfono, que por tantos años revisó.

Estacionó el coche en un edificio negro y señorial. Justo cuando iba a bajar, se encontró con la persona que iba a buscar. Entrando a trabajar después de un breve descanso, Leslie, la tía de Vanessa, cargaba unas bolsas junto con unos vasos de café, e iba acompañada por su hermana Marta.

—Permítame —irrumpió Andrés, tomando sus bolsas antes de que se le cayeran al suelo. Marta levantó la mirada y, aunque iba a sonreír por la ayuda a su hermana menor, la sonrisa se le esfumó del rostro al fijarse en Andrés.

—¡Ay, gracias, joven! —agradeció Leslie—. Ya quedan pocos jóvenes de buenos modales.

—Se hace lo que se puede. —Andrés agrandó la sonrisa. Marta seguía fija en él y pudo divisar en el cuello del militar la placa identificativa que siempre portaba—. ¿Las acompaño y así ayudo con esto?

—No —respondió Marta con sequedad. Leslie la observó asombrada y torció el gesto.

—No le haga caso a mi hermana, es un poco difícil. —Asintió con la cabeza y lo dejó pasar con ellas a la empresa—. ¿Venía justo aquí?

—En realidad, sí, la estaba buscando a usted —admitió, Marta dejó las bolsas sobre la mesa del despacho de su hermana y se quedó escuchando con atención—. Necesito ayuda legal para algo importante, y Vanessa me comentó de usted.

—¿Conoce a mi sobrina, joven? —se alegró Leslie. Él asintió con la cabeza—. ¡Vaya, eso explica cómo eres tan educado! Mi sobrina solo se juntaría con buenos hombres.

—No estoy muy segura —balbuceó Marta, pero fue ignorada por ambos.

—Verá, se trata de mi madre. —Andrés miró hacia Marta y, sabiendo de quién se trataba, no le importó que prestara atención a su relato—. Ella se encuentra internada en un sanatorio mental, pero no tengo muy claro el por qué y si fue con alguna razón de peso o no. Siento que

me están escondiendo cosas.

—¿Cómo se llama tu mamá? —soltó Marta de repente. Andrés la observó y arqueó una ceja. Ese interés tan repentino se le había hecho extraño—. Lo siento, es que me recuerdas a alguien.

—¿Me disculpas un momentito? —Leslie fingió una sonrisa, tomó a Marta de la mano y la sacó del despacho con rapidez—. ¿Qué te pasa? Estás actuando extraña con el amigo de Vanessa.

—Sigues siendo igual de confiada que siempre —se quejó Marta—. ¿No le ves un parecido a Ricardo?

—Te dejó trauma, eso pasa.

—No, no es eso, fíjate. —Ambas se voltearon a verlo y él levantó la mano como si estuviera saludando. Era consciente de a qué se trataba la consternación de las dos, pero el querer respuestas era más importante que el poder crear sospechas.

—A mí me parece un buen chico —sentenció Leslie—. Y si conoce a nuestra sobrina, no creo que sea alguien malvado. Ves demasiada televisión, Marta.

—Leslie, no. —No la dejó seguir y se marchó de vuelta al despacho. Cerró la puerta antes de que pasara Marta—. ¡Leslie!

—Mi hermana vive estresada, pero olvidemos eso —bromeó la abogada. Andrés soltó una pequeña carcajada para nada fingida. Le habían parecido bastante graciosas—. ¿Traes los papeles de ingreso del sanatorio?

—Sí. —Se los entregó—. Quisiera saber si está todo en orden, me late que no es así y van a tener que darme muchas explicaciones.

—Está bien, deberé hacer unas llamadas y revisarlo todo en profundidad —explicó Leslie—. Si no vives aquí, que por tu acento inglés imagino que no, puedo llamarte por teléfono para cualquier novedad.

Andrés apretó los labios. Después de las claras sospechas de Marta, el darles el número de teléfono no era una opción.

—Puedes llamar a Vanessa —sugirió—. Ella me está ayudando con toda esta situación.

—Vaya —Leslie levantó las cejas y agrandó la sonrisa—. Mi sobrinita no pierde el tiempo y ya veo que tiene el buen gusto de su tía. —Una sonrisa de asombro se mostró en el general. Se estrecharon la mano para cerrar el trato—. Está bien, le llamaré a ella nada más sepa algo.

—Gracias, señora.

—¡Cuídala! —le gritó cuando ya iba saliendo del despacho—. ¡Eres el primer chico que nos presenta, así que cuida su florecita!

Todos los empleados se voltearon a verlo, incluido el jefe del gabinete. Andrés abrió los ojos al máximo y sintió que las mejillas le ardían. Bajó la mirada y se apresuró a salir del lugar, con un sofoco asombroso.

—Qué intensa —murmuró para sí mismo.

—Así somos —respondió Marta, apoyada de la pared a un lado de la puerta. Andrés hasta dio un salto al escucharla, no se había percatado de que se encontrara allí—. No me respondiste cómo se llama tu mamá.

—Corina —expuso Andrés, al saber que el nombre coincidía en los mismos papeles que le había entregado a Leslie. El mundo de Marta se le cayó a los pies y tuvo que sostenerse de la pared con mayor fuerza. Andrés la observaba con seriedad. No era estúpido y sabía lo que había provocado en Marta. Ese malestar que, según su tío, toda la familia de Vanessa debía tener.

—Corina, ¿qué más? —insistió Marta.

—Reyes —aclaró Andrés, creyendo que lo terminaría descubriendo. Sin embargo, tras escucharlo, solo se dibujó la duda en los ojos castaños de la mujer.

—¿Y tu papá? —indagó.

—No lo conocí, me crié con mi tío. —La confusión en Marta se hizo más grande y, aunque intentó atar cabos, no lo consiguió—. ¿Ocurre algo?

—No —dijo al fin la mujer, mostrando una pequeña sonrisa todavía dubitativa—. Creo que me confundí de persona. Disculpa. Le mandas un abrazo enorme a mi sobrina y, como te dijo Leslie, cuídala.

Cuando Marta se retiró, el que se quedó dudando fue Andrés. Esperaba que, tras decir nombre, apellidos y que fue criado por su tío, todo se esclareciera en la mente de Marta. Sin embargo, había conseguido todo lo contrario, entre ello, disipar la duda de que conociera de algo a su familia. La expresión de la mujer había cambiado súbitamente tras saber el apellido de su madre.

Andrés subió al coche y con la mirada perdida, más dudas imposibles de acallar asaltaron su mente. Arrancó y el motor sonó igual de decidido que sus pensamientos. El camino se le hizo corto, entre preguntas formuladas sin respuesta, y cuando menos se dio cuenta se encontraba en el pueblo en el que había nacido su madre. Estacionó frente a la alcaldía y pidió el libro con las actas de nacimientos del pueblo. Mostrar la placa con las credenciales que afirmaban ser general fue suficiente para que le entregaran esos datos. Buscó en el año en el que su mamá había nacido y encontró su nombre, mas no el apellido.

—Villalba —dijo en voz alta al leerlo, sin haber escuchado nunca ese apellido, y demostrándole así que su tío sí tenía gato encerrado.

En la mesa del salón de Gael, la cena estaba preparada. Olía de maravilla y aunque Tessa no solía cocinar, su padre sabía que era muy buena con los fogones. Sonrió, creyendo que eso era parte de una disculpa de su hija por la bofetada y las constantes discusiones que habían tenido. La niña salió de la cocina y le dedicó una sonrisa tierna, cálida. Su padre la abrazó y posó un beso en su frente.

—No tenías por qué hacer esto —comentó Gael—. Ya está todo perdonado.

—¿Perdonado? —pregunto la joven. Gael torció el gesto al escucharlo y ella siguió—. Verás, papá, es que, quisiera pedirte algo.

—¿El qué? —Gael se alejó de ella al instante.

—Quisiera ir a conocer a mi novio —confesó Teresa. Gael bufó, entornó los ojos y caminó decidido hacia la mesa, donde empezó a recoger la comida sin siquiera tocarla—. Papá, por favor, escúchame.

—No —negó en rotundo—. No, no, no. ¡No! —gritó al fin con desespero—. ¡¿En qué idioma tengo que hablarte, Teresa?! ¡¿Sabes la cantidad de jóvenes como tú que están desapareciendo en estos pueblos?!

Teresa empezó a seguirlo mientras él dejaba todo en la cocina.

—¡No me entiendes! —reclamó la joven—. ¡Solo quiero vivir, papá, por el miedo que tú tienes a la muerte y a quedarte solo, yo tengo que estar aguantando esta cárcel!

—¡¿Cuál cárcel?! —se alteró Gael y golpeó la pared con fuerza, asustando a su propia hija—. ¡Tienes una casa, comida, ropa, cariño, estudios, medios para subsistir sin problemas y te pones así porque me preocupo por ti! ¡Deja de comportarte como una niña malcriada!

Teresa volvió a levantarle la mano a su padre, pero esta vez fue detenida por su rudo agarre

y arrastrada hasta su habitación.

—¡Para, papá, me lastimas! —gritó, pataleando y golpeando su brazo.

—¡Me tienes hartos, Teresa! —Llegaron a la habitación, la hizo pasar y tomó el pomo de la puerta—. ¡Te vas a quedar ahí hasta que las ranas críen pelo! ¡¿Escuchaste?!

Tras un silencio que se rompió por los sollozos de la joven y la respiración agitada de Gael, ella arrugó la nariz y prosiguió.

—Te odio. —Esas palabras desgarraron el corazón de Gael y lo pisaron hasta encontrarse en mil pedazos. Teresa tomó la puerta de la habitación y la cerró de un portazo frente a la cara de su padre, quien pronto se rompió en llantos sin ser capaz de moverse o reaccionar.

Capítulo 17: Confesiones

Vanessa era golpeada por las aguas bravas y las piedras que se clavaban en su piel fría hasta dejar rastros rojos por la sangre que emanaba de sus pequeñas cortadas. Sin embargo, y pese a hundirse y tragar agua constantemente hasta el punto de sentir asfixia, solo pensaba en Ricardo. Su mente trasladaba lo que los sentimientos no eran capaces de descifrar. Estaba más preocupada por la vida del coronel que por la suya.

—¡Ricardo! —gritó a viva voz. Él logró escuchar cómo lo llamaba y sonrió suave, creyendo que alucinaba con ella, antes de que el vehículo se hundiera por completo. Quiso cerrar los ojos e imaginarla, sonriendo, mirándolo. La única forma en la que sería feliz, ahogándose era esa. Pensando que estaba ella a su lado.

Vanessa consiguió nadar hasta el metal del autobús; sin embargo, al llegar a la zona más honda y embravecida del río, el vehículo dio varias vueltas sobre sí. Ricardo intentó sostenerse del asiento y notó un crujido ensordecedor desde su muñeca. Pensando que ya estaba rota empezó a tirar. El hierro cortó su piel y gruñó con dolor instantes antes de verse envuelto por agua. Los pulmones aguantaron el aire lo máximo, pero Ricardo no era bueno con la apnea, por lo que pronto empezó a batallar para resistir el ahogo.

Vanessa no sabía bucear, tampoco cómo estaba la situación en el interior del autobús, pero tomó una piedra y se hundió con él. Golpeó hasta que uno de los cristales traseros, ya un poco desquebrajados, reventó y se coló en el interior sin siquiera pensar que con cada segundo que pasaba iba a ser más difícil salir.

Se agarró de los asientos y se encontró con la mirada de asombro de Ricardo. Él negó con la cabeza nada más verla y le mostró las esposas. Le indicó con la cabeza que se marchara. Le señaló la salida, aun así, Vanessa no quiso obedecer. No iba a dejarlo ahí. Al observar que ella no se movía, Ricardo escondió una pequeña sonrisa. Era capaz de ahogarse con él y no dejarlo. Su corazón se mecía y latía como nunca, y no por la asfixia.

El coronel levantó un dedo y le indicó a Vanessa que lo observara. Ella prestó atención cuando mediante mímica le indicó que las llaves debían estar al interior del autobús. Ella asintió y agarrándose de cada asiento empezó una angustiante búsqueda por todo el vehículo. Los minutos apremiaban y cada vez se sentía más la falta de aire. Vanessa estaba al borde del desmayo. No sabía nadar, estaba herida por tanto golpe antes de llegar, y la angustia le volvía más difícil el aguantar la respiración. Cuando creyó que todo estaba perdido, algo brilló entre la oscuridad. Un pequeño rayo de luz que golpeó sobre un pequeño objeto plateado. Vanessa se apresuró a llegar, impaciente y con esperanza. Sonrió breve al observar que se trataban de las llaves y se impulsó hacia Ricardo. Intentó quitarle las esposas, pero cuando al fin había visto libre la mano del coronel, la asfixia llegó a su máximo nivel y se desvaneció.

Ricardo sintió una punzada en el pecho al observar que Vanessa se había desmayado. La tomó por la cintura y la cargó sobre su hombro. La arrastró hasta la superficie, segundos antes de él terminar igual que ella.

—¡Ah! —gritó Ricardo, jadeando y tomando aire. Observó a Vanessa a su lado y le levantó el rostro. Estaba pálida, fría—. ¡Vanessa! —Le tomó las mejillas y le levantó el rostro. Sin embargo, ella no reaccionó—. ¡Vanessa, reacciona! —Se apresuró a llegar hasta la orilla,

contracorriente. No le importaron los golpes, luchó contra la fuerza de la naturaleza, no podía pensar en un plan más astuto para no llegar lastimado. Vanessa estaba inconsciente, y con ella se iba su cordura. Llegó a la orilla y la tumbó en el suelo. Sin pensarlo empezó a presionar su pecho—. ¡Vamos, Vanessa! —Se agachó y a centímetros de su boca suspiró. Juntó los labios con los de ella y le expulsó aire, ignorando que la cercanía le ponía el corazón en la garganta—. ¡Vanessa, no me hagas esto! —Apretó su pecho de nuevo y volvió a juntar sus bocas para expulsarle aire. Sin embargo, ella no reaccionaba.

De repente, un líquido que nada tenía que ver con el agua del río, cayó desde los ojos grises del coronel hasta recorrerle las mejillas.

—¡Están aquí! —anunció uno de los policías que los buscaban. Llegaron alrededor de ellos, pero cuando quisieron acercarse a Vanessa; Ricardo los alejó como un perro protegiendo a su dueño en un momento de debilidad.

—¡Aléjense de ella! —exclamó con furia e impotencia. El llanto le estaba apretando los pulmones más de lo que había sentido mientras se hundía en el autobús—. No se atrevan a tocarla. —Se le rompió la voz. La observó y lo intentó una vez más—. Vanessa, por favor —rogó. La tomó del suelo y la sentó en su regazo, le acarició el rostro y negó con la cabeza. Se agachó y posó los labios sobre la frente de la joven para dejarle un beso y se inclinó sobre ella para pronunciar en susurros—: No me obligues a vivir sin volver a ver tus ojos marrones mirándome, no me importa si es con furia o con amor. Solo no me dejes. Prefiero que me odies como el villano que soy a no volver a verte nunca más.

Una tos le reavivó la esperanza. Vanessa empezó a toser y expulsar el agua de sus pulmones. Ricardo alejó el rostro y la observó asombrado, agradecido. Aturdida, Vanessa lo observó y frunció un poco el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó en cuanto pudo hablar. Ricardo exhaló con angustia y pesar. Asintió con la cabeza ante su pregunta y la estrechó entre sus brazos. La abrazó fuerte, con un amor incalculable. Sorprendida, Vanessa le devolvió el abrazo. Sintió su calidez y cerró los ojos mientras sonreía. Al fin se iba calmando al verlo bien. Ricardo escondió su rostro en el hombro de la joven, sintió su aroma y la estrechó un poco más fuerte. No quería volver a soltarla nunca más.

La frialdad del coronel regresó nada más se alejaron y recibieron atención médica. A pesar de su actitud seria, sarcástica y soberbia incluso con el personal sanitario, Vanessa lo observaba y sonreía embelesada. No podía olvidar cuánto había sentido con ese abrazo. Le había quitado el aliento y se lo devolvió a la vez. Solo por sentirse tan pegada a él. Por notar su calidez.

—Iremos a mi casa —informó el coronel cuando ya habían terminado con las curas—. Has pasado por mucho y lo último que quiero es que vayas hoy al campo militar.

—Espera, ¿estás preocupado? —preguntó Vanessa. Ricardo mostró una mueca de asqueamiento—. Cuidado, lobito, que te ablandas.

—Solo soy compasivo.

—¿Ahora eres compasivo?

—¿Vas a venir a mi casa o no? —preguntó con hastío. Vanessa sonreía con burla, estaba jugando a sacarlo de las casillas y le salía bien.

—Iré, coronel —se burló—. No puedo desobedecerle.

—Qué valor —murmuró rabioso—. ¿Ahora me hablas como debiste de hablarme siempre? A vaya horas.

Vanessa se carcajeó mientras lo acompañaba al taxi. En la mañana pedirían recoger el coche,

si es que todavía estaba de una pieza.

—Creí que vivías en el campo militar —comentó Vanessa con tono sardónico—. Qué extraño que tengas vida fuera de allí.

Ricardo la miró de reojo y permaneció en silencio, consiguiendo en ella varias risitas burlonas por verle la cara de enojado.

—Mereces unos azotes en el trasero por ser una mala niña —soltó Ricardo. La sonrisa de Vanessa se esfumó y lo observó. Se encontró con la mirada gris de Ricardo. Sabía que iba a reaccionar ante eso. Ella revisó sus ojos, su expresión, su boca. Sonrió complacida por tener toda su atención. Se lamió con lentitud el labio inferior y lo mordió del mismo modo. Lo miraba fijo, provocativa. Incendió sus instintos en un segundo. La mandíbula de Ricardo se tensó y apartó la vista, conteniéndose para no hacer algo indebido en el taxi. Con la sugerencia de los azotes pretendía descontrolarla a ella, no terminar cayendo en su propia trampa y sentir que se le escapaba el control con tanta facilidad.

La casa de Ricardo era grande, espaciosa, moderna y de dos plantas. Con muebles y decorados que jugaban con los colores negro y blanco. Para Ricardo no había intermedios. A veces bueno y otras tan oscuro como los muebles de su salón. Ricardo se apresuró a quitarse la chaqueta. Todavía iban empapados por el accidente. Con rapidez, le entregó unas toallas a Vanessa.

—Ve a ducharte. —Le señaló el baño—. El agua caliente te vendrá bien. —Sobre las toallas que Vanessa sostenía colocó una camisa suya—. No tengo ropa de mujer aquí, eres la primera mujer que pisa este suelo.

Vanessa sonrió ante la declaración de que era la primera mujer que pisaba su casa. El pulso se le aceleró. Tragó saliva sin quitarle la mirada de encima. Lo observó desatarse los botones del uniforme. Pronto la camisa dejó entrever su pecho y su abdomen marcado. La boca de la joven cadete se secó. Cada marca y cicatriz que adornaba la contorneada y fornida figura de Ricardo le alteraba la respiración. Ricardo levantó la mirada y se encontró con el desorden que había dejado en Vanessa solo por desatarse la camisa mojada. Ahogó un jadeo al sentir el fuego que abrasaba en los ojos de la joven. Sin embargo, ella reaccionó y corrió hacia el baño. Cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Empezó a jadear más alterada. Ricardo había vigilado a toda su familia, así lo demostraba con las fotos que guardaba. Estaba obsesionado con ella. Gritaba la palabra peligro con todas sus acciones y el hecho de que no le dijera que tramaba con ella y con su familia, sin embargo, fuera de toda lógica, sentía que el corazón se le salía por la boca cada vez que estaba cerca de él. No podía controlarlo, y dudaba muchísimo lograr estar lejos de él por toda la noche, estando a solas en su casa.

Ni la ducha pudo aliviar el deseo que se trasladaba a Ricardo. Encendió la chimenea y sintió arder como el mismísimo fuego cuando, sentado en el suelo frente a las llamas, escuchó el agua desde el baño y se imaginó un escenario erótico con la causante de todas las erecciones que tenía desde que la vio.

Él se había cambiado de ropa, aunque hubiera agradecido seguir sintiendo frío para intentar aliviar el calor que no se apagaba con nada.

La joven salió del baño, vestida solo con la camisa del coronel. Este dirigió la mirada hacia ella y pudo sentir que se le secaba la boca y cómo su intimidad le apretaba en el pantalón. La joven cadete se sentó a su lado en el suelo y consiguió entrar en calor al fin, después de llevar

empapada por horas a unas temperaturas tan bajas. Extendió las manos frente al fuego y, a pesar de los cortes que las ventanas del viejo autobús le habían ocasionado al salvar a Ricardo, sentía alivio.

Ricardo todavía no lo podía creer. Ella no sabía nadar y, aun así, se había lanzado de cabeza y sin pensarlo con el fin de liberarlo, y que no le ocurriese nada. Los minutos después fueron angustiantes, cuando sin respiración tuvo que sostenerla entre sus brazos. Sin embargo, la escena en la que entre sus cálidos brazos la arropó, sintiendo que se le acababa la vida con ella, segundos después de hacerle el boca a boca y conseguir signos de vida, era justo lo que no podía olvidar. El pecho se le encogía, apretaba y le subía un sofoco extraño hasta su garganta. No dejaba de pensar en lo que hubiera pasado si en vez de reaccionar, la joven cadete hubiera muerto.

Bufó y se pasó una mano por el pelo, negó varias veces y con nerviosismo se mojó los labios, acto que Vanessa atisbó al estar observándolo con disimulo mientras movía en el fuego el hierro usado para colocar bien la leña una vez echada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, sacándolo de sus propios pensamientos.

—Nada —mintió Ricardo y cambió el rumbo de la conversación—. Gracias por haberme salvado.

—Soy buena salvando gente —se alegró Vanessa, levantando la cabeza con orgullo y esbozando una sonrisa ladeada bastante segura y atrevida—. No hay de qué.

La mirada de Ricardo se volvió tan intensa, que la sonrisa de Vanessa se esfumó. De ella ser un conejo y él un astuto zorro, correría a sus fauces en ese preciso momento, pues le era imposible apartar la mirada de Ricardo cuando la observaba así. Tan callado, serio, enigmático, pero con una calidez en el gris azulado de sus ojos, que le quitaba la respiración.

—¿Por qué lo hiciste? —Ricardo rompió el silencio y Vanessa parpadeó varias veces para salir de ese hechizo extraño.

—¿El qué?

—Salvarme la vida.

La respuesta para Vanessa era clara. Aunque no quisiera, aunque su mente le dijera que era arriesgado saltar al agua sin saber nadar y que ese hombre era peligroso, pues en el fondo lo sabía, le era imposible dejar de sentir eso tan fuerte que la impulsaba a protegerlo y suspirar solo con escuchar su nombre.

—Me están entrenando para salvar vidas —respondió, evadiendo el hecho de confesarle que se estaba enamorando de él—. La tuya también importa.

Ricardo suspiró con pesar. No le quitaba la vista de encima y, con facilidad, notó que la joven estaba mintiendo o escondiéndole algo. Los ojos grandes, expresivos y vivarachos de Vanessa eran como un libro abierto para él.

—Te creo cuando dices que por cualquier vida te arriesgarías —expuso Ricardo—. Sin embargo, siento que hay algo que te guardas y que no me quieres contar.

Vanessa apretó la quijada y soltó el palito que sostenía. Suspiró hondo y llevó la mirada hacia el fuego. Se mordió el labio inferior con nerviosismo y arrugó la nariz, pensando en cómo podría decirle que cada vez su corazón brincaba con más fuerza cuando estaba cerca de él.

Lo observó y sonrió breve. No podía decírselo, pero quizá sí demostrarle qué le ocurría con él.

—Cierra los ojos —pidió.

—¿Para qué?

—Tú, ciérralos.

Ricardo arqueó las cejas y torció el gesto. Con dudas cerró los ojos sin imaginar lo que Vanessa planeaba. La joven se arrodilló en el suelo, se inclinó hacia él y, a pesar de estar envuelta por los nervios que le provocaba sentirse cerca de Ricardo, juntó los labios con los suyos, dejándole un pequeño y suave beso. El coronel abrió los ojos en automático cuando la cercanía de Vanessa todavía quemaba. Ella le sonrió, mientras que él paseó con la tormenta que encerraba su mirada por cada recoveco de los labios de la joven. Ahí estaba de nuevo, esa sensación extraña que lo invadía y que le quitaba el aire. Ese instante en que, el mundo parecía pequeño y todo alrededor de ella se esfumaba. Esa vez, era peor. Vanessa lo había besado, y eso solo significaba que el vértigo que él sentía también la azotaba a ella.

—Eso es lo que me pasa —susurró Vanessa con un hilo de voz.

Ricardo bufó, quería besarla, claro que sí, pero pensó en cada motivo que había para seguir alejado de ella y no involucrarse sentimentalmente. No podía, no quería, no debía caer. Ricardo se levantó como un resorte, dejando a Vanessa en un estado inmenso de desconcierto.

—Esto no puede ser, Vanessa —se negó en rotundo.

—Cuéntame qué ocurre, porque sabes que la edad no me importa.

—No te importa ahora —siguió Ricardo—. Pero cuando me veas babeando en una cama y tú todavía tengas ganas de ir a hacer locuras por el mundo te darás cuenta del error.

De los ojos marrones y cálidos de Vanessa cayeron varias lágrimas.

—Si de hacer locuras se trata la vida, entonces deja que haga la locura de quererte.

El corazón de Ricardo se encogió, dirigió sus ojos claros hacia Vanessa y se percató de que iluminada por el fuego se veía la mujer más hermosa del mundo. Pasó saliva y negó con la cabeza. ¿Eso que estaba sintiendo era felicidad? ¿Se sentía feliz de que lo quisiera?

—Tampoco es por la edad —confesó Ricardo, a sabiendas de que la brecha entre ambos y los dos mundos en los que se encontraban era bastante amplia y profunda—. Es una de las razones, pero no la más importante.

—¿Entonces? —preguntó ella, ahora con evidente llanto.

—No lo entenderías.

—¿Qué no entendería?

Ricardo hizo una pausa y suspiró. Cerró los ojos y le dio la espalda. Verla llorar le estaba reventando por dentro, ¿no era eso lo que quería hacer con ella? Destruirla, verla llorar, ¿no? Entonces, ¿por qué se sentía tan devastado?

—Tú debes odiarme —le ordenó.

—Pero ¿por qué? —El llanto de Vanessa aumentó y la voz se le rompió mientras hablaba—. Desde que te conozco parece que buscas ese sentimiento en mí, pero yo no sé odiar, y tú no eres malo.

—Sí lo soy, Vanessa. —La voz de Ricardo ya se sentía gruesa—. Soy el villano, Caperucita. En tu vida, en esta historia, existo para hacerte daño. Para destruir todo y cuánto ames.

—Entonces no puedes —murmuró Vanessa—. No si lo que amo eres tú.

Los labios de Ricardo se encorvaron y sonrió sin que ella pudiera verlo. Una calidez extraña le bombeó la sangre y consiguió reavivar ese corazón que, envuelto en hielo, se estaba derritiendo desde que la conoció. Sin embargo, a pesar de cuánto era el amor que sentía por esa joven, expresarlo sería un error.

—Amarte es un lujo que no me puedo permitir —contestó, tragándose los sentimientos—. Debería pagar demasiado caro, Vanessa, y no me gusta perder en juegos de azar.

—Ricardo —habló la joven, cuando vio que daba un paso al frente para marcharse a su habitación—. Si de algo me sirvió sentir que iba a perderte, fue para darme cuenta, de que me enamoré y no puedo simplemente ignorarlo.

—Nadie dijo que amaras a un monstruo —respondió seco, aunque se estuviera sintiendo el hombre más feliz del mundo.

—Lo hice.

—Puedes amarme, Vanessa. El monstruo puede ser amado y amar, pero, así como un lobo puede ser amigable y sigue siendo carnívoro, el monstruo tiene su propia naturaleza.

—Quizás esta caperucita quiere que el monstruo, el lobo feroz, le enseñe un final distinto en el cuento.

Ricardo no respondió. Se marchó a su habitación, pues sabía bien que, si seguía insistiendo, sería capaz de darse la vuelta y ensuciar su inocente piel con las toscas caricias que sus manos manchadas podrían dejarle mientras le arrebatava el oxígeno a besos.

Se apoyó de la pared del pasillo antes de meterse en la habitación, y suspiró con fuerza. Fue ahí, envuelto por su propia oscuridad que pudo observar a Vanessa, mirando el fuego y envuelta por la luz de este, aunque Ricardo sabía, que esa mujer era su faro y que podría iluminarle la vida incluso con la hoguera apagada, debía mantener distancia. Así lo pensó, odiando cada segundo en el que decidió volcar sus rencores en ella.

Mía había llegado al aeropuerto de Estados Unidos y su preocupación por no tener noticias de Vanessa la orilló a buscarla en el campo militar. Tomó un taxi y llegó a las instalaciones cuando la noche había caído y la oscuridad cubría el lugar. La teniente Lorena, extrañada por la visita de una mujer ajena al lugar, se acercó al taxi y extendió la mano frente a ella.

—Soy la teniente Lorena, ¿en qué puedo ayudarle? —tras la pregunta, regañó con la mirada a los dos cadetes encargados de la seguridad que habían dejado pasar el vehículo sin una autorización previa.

—Me llamo Mía Aradia. —Le estrechó la mano y le mostró la identificación—. Soy amiga de Vanessa Marim y forense. Me dijo que viniera por un asesinato en un casino, pero perdí contacto con ella hace unas horas. Su móvil se encuentra desconectado y estoy bastante preocupada.

—La cadete Marim salió en la tarde con el coronel Reyes —le informó—. Tampoco regresó, ni él ni el general. Lo cierto es que es muy extraño que ninguno de los tres se haya personado todavía.

La angustia en la forense fue creciendo. Hizo una mueca de preocupación y volvió a llamar al número de Vanessa, no hubo respuestas.

»Llamaré a mis superiores —informó la teniente—. Sígame.

Ambas llegaron hasta el área de control del campo militar, donde se encontraba el lugar de descanso de Lorena. Tomó el móvil y marcó el número del coronel. La sorpresa en la teniente se hizo presente al escuchar que el teléfono de Ricardo tampoco se encontraba disponible.

—Qué extraño —murmuró.

—¿Qué ocurre?

—El coronel tampoco está disponible.

—¿Eso es raro? —Lorena asintió a la pregunta de Mía y esta empezó a sentir el corazón en

la garganta, sabiendo que a Elías lo había intentado rastrear antes de tener un atentado en los ordenadores, por lo que no confiaba en lo absoluto en ese hombre—. Dijo que el general tampoco estaba, llámelo. Quizá sepa más que nosotros.

Lorena asintió con la cabeza y llamó al número de Andrés. Este se encontraba en un hotel. Necesitaba descansar y desconectar al menos por esa noche después de saber que el apellido de su madre no era el mismo que el de su tío, o al menos eso parecía. Veía las estrellas en un cielo despejado que pocas veces podía visualizarse donde él vivía. Exhalaba el humo de un cigarrillo y lo expulsaba intentando hacer aros de humo, tumbado en una hamaca en el balcón de la habitación. Paz, quietud, silencio. Algo que no había experimentado nunca y que en cierta manera le gustaba, pero que le dejaba un sabor más amargo que el del cigarrillo. Cuando el móvil sonó, gruñó con molestia, y al ver el nombre de Lorena bufó antes de descolgar.

—¿Qué quieres?

—*¡Al fin alguien responde!* —se alegró Lorena. Mía tintó sus ojos de esperanza y mostró una suave sonrisa—. *¿Sabe dónde están el coronel y la teniente Marim?*

—¿Yo qué voy a saber? —se quejó Andrés—. Sé que se fueron juntos. También lo viste.

—*El caso es, general, que no han regresado.*

—¿Cómo? —Andrés se sentó de golpe en la hamaca—. ¿Los llamaste?

—*Sí, los teléfonos están fuera de servicio. Los dos. Una amiga de Vanessa, que es forense, vino para hablar con ella y tampoco pudo localizarla en ningún sitio. La comunicación con la cadete se detuvo de repente.* —Por los recuerdos de Andrés pasó el día del atentado, la actitud extraña de su tío con respecto a Feray, e imaginó a Vanessa en la misma situación—. *¿General? ¿Sigue al teléfono?* —Andrés no respondió, colgó el teléfono y salió corriendo para recoger sus cosas y marcharse del hotel para buscarla—. *¿Andrés?* —Lorena miró el dispositivo—. Colgó.

—¿Sabía algo sobre ellos? —insistió Mía.

—Creo que no.

—Hay que seguir buscando —siguió la forense.

—Iremos a la comandancia en la ciudad. El coronel suele trabajar allí, y quizá los hayan visto.

Mía asintió y siguió a la teniente. El taxista se marchó y ambas se subieron a un coche patrulla para empezar con la búsqueda.

Andrés llegó al aeropuerto del cártel. Subió sus cosas a una de las avionetas y, sin revisar nada para saber si tenía las condiciones adecuadas para volar, puso en marcha el motor. Sentía el corazón en la garganta. Las manos le temblaban y sudaban. No lograba escuchar sus propios pensamientos. La preocupación era lo que movía su cuerpo y sus impulsos por llegar cuánto antes a Estados Unidos.

José llegó al fin a casa, después de no haberse preocupado por su familia durante todo el día y no haber pasado dos noches en casa. Se extrañó al no ver la cena sobre la mesa de la cocina y todo arreglado. Arqueó una ceja y bufó dejando la chaqueta en la entrada.

—Esta mujer cada día es más olvidadiza —murmuró para sí mismo—. Tiene suerte de que sea un marido paciente y pueda aceptar sus errores.

Su ceño se terminó de fruncir al observar a sus hijos durmiendo en el sofá del salón con la tele todavía encendida. Hizo una pequeña mueca y se acercó a ellos. La niña, que era la mayor, fue la primera en despertar.

—¡Papi! —exclamó y se abrazó de su cuello—. ¡Estaba preocupada!

—¿Preocupada? —preguntó José, devolviendo su cálido abrazo.

—Sí, estuvimos solos —contó la pequeña—. Imaginé que mamá estaba contigo y que como soy mayor, sabían que cuidaría bien de mi hermanito. Así que lo hice bien. Con siete añitos ya soy mayor, papi. ¡Hasta pude preparar cereales!

—¿Dónde está mamá? —La sonrisa de la niña se esfumó al ver el desconcierto en el rostro de su padre.

—¿No está contigo? —José atisbó cómo los ojos de la niña se cristalizaban—. ¿Le pasó algo a mamá?

José sintió que el aire le faltaba. Sin embargo, tragó saliva y fingió una sonrisa para que su hija no se preocupara y empezara a llorar.

—Sí, disculpa, hija. Estoy muy cansado del trabajo. —Besó su frente y la cargó a ella de un brazo y al niño, que aún dormía, del otro—. Acompañé a mamá a un spa. Necesitaba relajarse y tomar un tiempo para ella. Vendrá en unos días.

—Ah, está bien. —La pequeña suspiró—. Me había preocupado, papá. ¡Seguro que lo está pasando genial!

—Sí, pequeña, seguro. —Llegaron a la habitación y los acostó. Los arropó con cariño, fingiendo tranquilidad—. Ahora, a dormir. Es muy tarde.

—¡Sí, papi!

Cuando José cerró la puerta, jadeó con angustia. Corrió por toda la casa intentando encontrar algún indicio que hubiera dejado Anne antes de su desaparición, pero no había nada. Marcó su móvil y lo escuchó sonar desde el salón. Lo tomó en sus manos y tragó saliva. El bolso, la documentación, el dinero. Todas las pertenencias de Anne se encontraban en casa. Los pulmones se le apretaron, los ojos le ardían y fue imposible no derramar algunas lágrimas antes de perder la cordura y ahogar un quejido de dolor para que sus hijos no lo escucharan. El móvil le empezó a sonar segundos después. El número era desconocido, pero debido a la situación, descolgó sin titubear.

—*Te dije que iban a por ti* —le respondió el hombre que obedeció para destruir a Gael.

—¿Dónde está mi mujer?

—*No lo sé, solo sabía que iba a pasarle algo* —confesó el hombre.

—¿Tienes algo que ver? Si es así, te juro que...

—*Alto, no. No tengo nada que ver* —lo detuvo, dejando escapar una carcajada siniestra—. *Eres muy impulsivo. Seré tu compañero, no tu enemigo.*

—Trabajo solo.

—*Hasta ahora* —debatía—. *Este es el momento para que sepas mi nombre. Me llamo Alaric, Alaric Collins, el único que ha sido capaz de engañar al hombre que tu cártel quiere muerto. Halcón, mejor dicho, Elías Ávila. ¿Hacemos un trato?*

—Bien —aceptó, sabiendo un poco sobre la historia de ambos—. Si me intentas engañar y le ha pasado algo a mi mujer por tu culpa, vas a desear no haber nacido.

—*Nos vemos mañana* —Alaric ignoró la amenaza y dejó una risita juguetona—. *Te diré la dirección en unas horas, trae calzones limpios.*

—Eh, ¿qué? —José se quedó mirando el teléfono, con la nariz arrugada y el ceño fruncido. No podía cerrar la boca cuando el hombre extraño ya había colgado la llamada. Bufó y negó con la cabeza—. No puedo dejar la vida de mi mujer en manos de un hombre que claramente vive drogado.

Tomó las llaves y pensó en marcharse a buscarla, sin embargo, pensó en sus hijos. Dejarlos solos le oprimía el pecho. ¿Y si regresaban y también se los llevaban? Suspiró hondo y dejó las llaves donde estaban. No quería involucrar a nadie más, pero debía hacerlo. Tomó el móvil y marcó un número. Por mucho que sonó, nadie atendió al teléfono, dejándolo atado de manos al menos por esa noche.

Las olas amenizaban la noche silenciosa. Las vistas eran hermosas. La luna llena se observaba brillante encima del mar, y dibujaba sobre el agua trazos hermosos de colores blanquecinos. Aquel lugar sería un paraíso, si Anne no se sintiera prisionera. Si pudiera dejar de pensar en sus hijos por un momento. En la angustia por no saber dónde estaba su madre. Preocupada por no saber si José sería capaz de llevar la situación cuando ni siquiera era capaz de cuidar de él mismo. Unos quejidos la sacaron de sus pensamientos. Alejó el rostro de la ventana y observó hacia la puerta de la habitación. Curiosa fue, iluminada por la luna, hasta posar la mano sobre el pomo de la puerta. Al llevarse los platos de la cena, la empleada no había cerrado la puerta con llave, sin embargo, el terror la había encerrado de igual modo. Tragó saliva, y envuelta por la curiosidad de esos sonidos extraños apretó el pomo de la puerta y abrió con lentitud.

No había guardias de seguridad en el pasillo. Estaba solo y oscuro, mas no silencioso. Los jarrones y estatuas de mármol de coleccionista le daban un aspecto tétrico al lugar, incluyendo los cuadros de igual valor que poco restaban al terror que invadía las paredes.

Anne se atrevió a dar un paso al frente. Tragó saliva cuando caminó despacio, sigilosa, temiendo por su vida. Observó las escaleras que daban a la parte baja en donde una puerta señorial le daba la bienvenida para salir huyendo de ese lugar. Sin embargo, le daba más curiosidad ese sonido parecido a un llanto que venía de una habitación frente a la suya. Quizás ese loco psicópata tenía a más mujeres secuestradas y quería ayudarlas a escapar con ella.

Escuchó voces que la avisaron de que la zona baja de la casa sí estaba siendo vigilada, tragó saliva, pensando en algún plan para salir junto a quien fuera que estaba pasando por una agonía tal como para llorar de manera desconsolada.

Abrió con lentitud la puerta. Los jadeos se escuchaban elevados, pero los quejidos sonaban distintos. Masculinos, gruesos. Achicó la vista para fijarse en la inmensa oscuridad de la habitación y entonces lo encontró. El italiano que la había secuestrado era quien lloraba en sueños. Envuelto en su propia pesadilla y sudor. Temblaba como si tuviera fiebre y agarraba con fuerzas las sábanas. Intentaba escapar de él mismo.

Por un momento, Anne pensó que se merecía aquel sufrimiento; sin embargo, recordó que la había curado, y ella, al ser una persona que siempre buscaba el lado positivo a todo el mundo, sintió un ápice de empatía por ese hombre.

Caminó despacio hacia la cama. Quiso saber si lo que tenía era solo un mal sueño o si la fiebre lo estaba haciendo alucinar. Se inclinó en la cama y posó la mano en la frente de Gian. Él abrió los ojos al instante y ambos saltaron a la vez. Anne jadeó exaltada y se apoyó de la pared, mientras Gian intentaba controlar el aliento por la pesadilla que lo estaba enfermando.

—¿Qué demonios haces aquí? —gruñó Gian. Anne no pudo pronunciar palabra. Cuando él se levantó y lo vio vestido solo por un bóxer negro, pegado a su cuerpo, con el que se le notaba la perfecta silueta de sus fuertes y respingones glúteos y lo que escondía en la parte delantera, y se le quitó por completo el habla—. ¡Responde!

—¡Ay, joder! —Saltó asustada y salió del trance de observarlo como si fuera un adonis—.

¡Estaba preocupada! ¿Por qué gritas por todo?!

—¡Yo no grito por todo!

—¡Siempre estás gritando!

—¡Yo no grito!

—¡Lo estás haciendo ahora y, además, no sabes hablar bien español!

—Te diré algo que entenderás, ¡lárgate de mi habitación! —Gian estalló. Lo suyo no era la paciencia, y sus arrebatos de locura eran, como poco, preocupantes. Pateó la mesilla de noche y la lamparita cayó al suelo. El estallido asustó más a Anne. Ella corrió a la salida de la habitación, pero el italiano enfurecido siguió sus pasos. La interceptó antes de que agarrara camino hacia las escaleras e intentara marcharse. La tomó del brazo y la detuvo.

—¡Ah! —se quejó Anne por el agarre—. ¡Cuidado!

—¿A dónde crees que vas, *bambina*?! —A pesar de la braveza en la voz de Gian, Anne sintió como aflojaba el agarre de su brazo para no lastimarla una vez que la escuchó quejarse. Ella levantó la mirada hacia él y negó con la cabeza.

—Me confundes —admitió Anne—. Actúas extraño. No sé qué pensar de ti.

—¿Qué debería pensar yo de ti?, ¿eh? —Le estiró del brazo e hizo que se acercara a él. El pecho de ambos se pegó y ella ahogó un quejido, posando las dos manos en el torso de Gian—. Te colaste en mi habitación, sin permiso, en la noche y sola.

Poco a poco la hizo caminar hasta que la acorraló en uno de los muros del pasillo. Le pasó las manos desde la cintura, con lentitud hasta el cuello, donde la tomó y ejerció una leve presión. Anne ahogó un quejido. Todo su cuerpo tembló. Una sensación que no entendía, pero que arrasaba y dejaba brasas encendidas por toda su piel.

—Suéltame —susurró con la voz rota y el cuerpo temblando. Cerró las manos en puño sobre el pecho de Gian donde golpeó leve, pero las aflojó al darse cuenta de que no servía de nada.

—Compórtate —ordenó el italiano—. Las figuras que hay en este pasillo son más valiosas que tu vida, así que puedes imaginar lo poco que me importa. No me provoques.

Gian levantó la mano libre y le acarició los labios a Anne, haciendo énfasis en el inferior, donde jugueteó hasta arrancarle un jadeo. Sin embargo, en Anne los recuerdos se precipitaron hasta llenarla de furia. Todo lo que él le había dicho sobre José, el secuestro, pensar en sus hijos. Gruñó para sí misma y sin pensar en consecuencias, levantó la rodilla y golpeó con fuerza la parte íntima de Gian.

—¡Ah! —se quejó y se arrodilló en el suelo, viéndose obligado a soltarla y dejarle espacio para correr. Sin embargo, el escándalo había avisado a los matones que trabajaban para el italiano y se encontraban alertas en las escaleras, por lo que Anne solo pudo correr hacia la habitación donde la llevaban presa.

Sus pasos se detuvieron antes de pasar el umbral de la puerta. Estaba furiosa y se sentía impotente. Observó una figura horrible que decoraba la pared al lado de la puerta. Gian Marco le había dicho que esa cosa sin forma tenía mucho más valor que su vida. Lo miró de reojo y posó la mano sobre la figura.

—¡No! —gritó el espía al saber sus intenciones—. ¡Ni se te ocurra!

—¡Discúlpate conmigo!

—¡Jamás! —Anne empujó la figura y la reventó en el suelo—. ¡Ah! ¡Maldita sea! —Gian se levantó del suelo y corrió hacia la puerta. Ella se la cerró en las narices y lo escuchó aporrear la madera—. ¡Ni se te ocurra salir de ahí, y olvídate de comer!

—¡Prefiero podirme aquí dentro que volver a verte la cara! —Anne tomó los cojines de la

cama y aunque no la viera los empezó a lanzar contra la puerta.

—¡Pues, púdrete ahí dentro!

—¡Tú ya estás podrido!

—¡¡¡Aaaaargh!!! —El último grito de desesperación de Gian provocó una pequeña risa en los empleados que observaban la escena. Los observó con seriedad y estos volvieron a ponerse serios—. ¡¿Qué demonios hacen aquí?! ¡Lárguense todos ya! —El personal se retiró y él no tardó en cerrar la puerta con llave de nuevo. Luego le volvió a hablar—. Reflexiona sobre tus actos y duerme.

—Sí, buenas noches —respondió ella con sarcasmo y siguió—. ¡Que Dios te guarde y se le olvide donde!

Gian entornó los ojos al escucharla, y sin querer se le escapó una sonrisa. Se tocó la nuca y suspiró. Esa había sido la primera vez que alguien lo encaraba y le parecía gracioso. Suspiró hondo y volvió a su habitación. Recordó con pesar lo que estaba soñando segundos antes y las manos volvieron a temblarle. Suspiró hondo y negó con la cabeza. Se puso unos pantalones del pijama y al ser imposible para él conciliar el sueño esa noche, se marchó a la cocina para cocinar y relajarse. Pasatiempo que disfrutaba y lo evadía de todo.

Capítulo 18: Notas de sexo

El insomnio era algo que Ricardo conocía bien, pero jamás le había dolido tanto. Cerraba los ojos e imaginaba a Vanessa sin vida entre sus brazos. Como años atrás había visto a su tía. Suspiró y bufó con angustia. Intentaba dormir, pero como tantos otros, en aquella noche le era imposible. Tragó saliva y recordó sus propios gritos cuando en aquel accidente automovilístico sus tíos perdieron la vida y el único que se salvó fue él. Momento en el que su vida fue peor de lo que ya era, puesto que ya no podía ir de vacaciones a casa de su tía y estaba a merced de los malos tratos de sus padres y su abuela. Ya había visto la muerte a la cara y muy de cerca. Había sentido el frío en más de una ocasión, pero no quería volver a pasar por ello sosteniendo a alguien que amaba.

Se sentó angustiado al imaginarlo. Solo sopesar un final así para ella le arrebatava el oxígeno. Se inclinó hacia la mesilla de noche y tomó una caja de madera. La abrió y sacó diarios en los que escribía cada vez que se sentía mal y necesitaba sacar lo que su corazón hablaba, sin necesidad de pronunciar palabra. Pensó en Vanessa, cada rasgo suyo que le encantaba y escribió sobre ella:

Ella no teme a la oscuridad, baila un vals a su son. No le importa dormir sola y sin luz, resplandece lo suficiente. Afronta sola los problemas y recoge sus ilusiones rotas para montarlas de nuevo, aunque le sangren las manos. No quiere cuentos de hadas, sabe que no existen, por eso jamás abandona su valentía y levanta la cabeza con orgullo cuando las situaciones le superan. Ella es libre como una mariposa. Posee sus propias alas y no necesita de nadie para alzar el vuelo. Ni siquiera de mí. Por eso, no entiendo por qué actúa como si le hiciera falta, pero lo agradezco, porque me está enseñando a bailar distinto. Acompañado, dejando que me guíe. Quizá por unos días, quizá por una eternidad.

La puerta de la habitación se abrió con suavidad. Vanessa lo observó desde el umbral de la puerta, iluminada por la tenue luz que emanaba desde la chimenea hasta allí. Ella tampoco había podido dormir en la recámara de invitados y se acariciaba el brazo con un poco de vergüenza.

—Escuché ruidos e imaginé que no podías dormir —dijo con un hilo de voz—. ¿Qué escribes?

—Un pensamiento de viejo con insomnio —bromeó Ricardo. Vanessa se carcajeó y negó con la cabeza. Suspiró sin preguntarle más y lo observó levantarse de la cama. Se sorprendió al verlo vestido con un uniforme limpio.

—¿Por qué duermes con uniforme y no con el pijama que llevabas puesto?

—Si ocurre algo quiero estar preparado —contó el coronel.

—Siento que vives en tensión —comentó Vanessa. Él se encogió de hombros y asintió. Tenía razón, vivía tenso. Vanessa suspiró hondo cuando se encontraba frente a ella y sonrió—. Me percaté de que en el salón hay un piano y no creo que los vecinos se quejen siendo tú un militar.

—¿Quieres verme tocar el piano a estas horas?

—Si el anciano soporta el traspasar, claro.

Los labios de Ricardo se encorvaron y mostraron una suave sonrisa. Pasó por el lado de Vanessa y la observó fijo a los ojos, queriendo dirigirla con él. Ella lo comprendió y lo siguió hasta el salón. Le indicó que se sentara a su lado en el piano y le tomó las manos. Le acarició los dedos y comenzó a tocar las teclas con lentitud, consiguiendo que la melodía saliera gracias a las manos de los dos. Vanessa se incendiaba con cada caricia, con cada roce. La melodía se había vuelto tentadora, excitante y la tensión podía respirarse con cada jadeo que se escapaba de sus pulmones.

La joven levantó la mirada y dejó de prestar atención a las teclas, solo observaba los ojos grises de Ricardo que, iluminados por el fuego de la chimenea, se veían azules. Las tonalidades tentadoras de su mirada la acunaban y la envolvían en la locura, queriendo ser la caperucita capturada por el lobo feroz.

La respiración de Vanessa se agitaba mientras que la cercanía entre ambos se rompía. Esa mirada fiera de la cadete, esa expresión completamente segura, le quitaba el oxígeno al coronel. Notó sus dedos agarrar firme su camisa y ahogó un gruñido. La nariz de ambos se rozó y él solo pudo apretar las manos en puño sobre las teclas del piano.

—Vanessa, no te atrevas a... —No pudo seguir hablando. Los labios de Vanessa apresaron los suyos. Los envolvieron y los empaparon con saliva que le sabía al mejor licor del mundo. Jadeó cuando ella se alejó unos centímetros. Ambos se miraron, pero la chica no se detuvo y volvió a besarlo. Pasó ambas manos por el pelo del coronel y tiró con suavidad por la nuca—. Basta —gruñó entre sus labios, mas no se detenía, y ella tampoco. Le pasó una mano hasta la espalda y la agarró con fuerza, la atrajo hacia él como un auténtico animal—. Todavía puedes huir, Caperucita.

—No quiero —respondió, entregándose al lobo sin pensarlo. Jadeaba entre sus labios y pronto la ropa le sobró. Se quitó la camisa y la dejó caer.

—¿Qué haces? —Ricardo estaba encendido. Sus manos le acariciaron la espalda. Dejó fuego a cada centímetro que le tocaba. La boca se le secó cuando observó sus pechos al aire. Con los pezones rosados, erectos y perfectos. Como los había visto aquel día en la ducha.

—Contigo puedo ser yo —susurró Vanessa y le tomó con fuerza del mentón. Lamió sus labios sin el menor pudor y le mordió con saña el labio inferior—. No tengo que ser perfecta e inocente. A ti te gusto así, ¿o me equivoco?

Solo un gruñido afirmó la pregunta de Vanessa. La joven gritó cuando los labios, la lengua y los dientes de Ricardo comenzaron a jugar atrevidos con sus pechos. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para sentirlo. Disfrutarlo por completo. Gruñó y clavó sus uñas en los brazos de Ricardo, acto que lo encendió aún más.

—Quiero que tus fluidos empapen las teclas de este jodido piano —gruñó Ricardo y mordió uno de sus pezones. Ella gritó y le pasó ambas manos por el pelo y por la nuca. Se encontró con el cuerpo bailando al son de los movimientos de las manos de ese depredador que la estaba devorando.

—Hazlo —le pidió, y tuvo el valor de mirarlo, para encontrarlo perdido en su cuerpo. Los ojos de Ricardo brillaban, el gris se había vuelto oscuro, pero brillante. Las pupilas dilatadas y las mejillas con ligereza sonrojadas. Él subió la mirada y se encontró con la de ella, arrancándole un gruñido grueso y sonoro. El deseo que sentía por ella no podía soportarse—. Quiero que cada vez que toques este piano, te acuerdes de mí. De cada beso, de cada caricia, cada orgasmo, y tengas ganas de hacérmelo una y otra y otra vez. Solo a mí, a ninguna mujer más.

Ricardo sonrió. Se lamió los labios con el fin de encontrar la manera de respirar con

normalidad, y no la halló. La tomó del pelo de la nuca y con fiereza le arqueó la espalda hacia atrás, levantando el rostro de la joven. Mordió su mentón y con la mano libre deslizó caricias por sus costillas. Dibujó círculos por su ombligo y subió a sus pechos sin vacilar, comenzando una danza extrema. Apretaba, tiraba y golpeaba sus pezones para luego recompensarlos con caricias. A cada azote, Vanessa saltaba y le regalaba un quejido.

—Así que caperucita se volvió posesiva con el lobo —gruñó—. ¿Me quieres solo para ti?

—Quiero cambiar el final del cuento —argumentó. Deslizó las manos por el pecho de Ricardo. Botón por botón, desabrochó la camisa del uniforme hasta rozar cada músculo y dibujar con la yema de los dedos su silueta.

—¿Qué final le quieres dar a nuestro cuento, Caperucita? —preguntó Ricardo. Todo el cuerpo le temblaba, pero alargar el momento le estaba encantando. Sentir tanto por Vanessa lo hacía sentirse vivo. Como nunca se hubo sentido—. Estoy temblando, Vanessa. Me traes loco. Las ganas de follarte me están enloqueciendo.

Vanessa se soltó de su agarre y sonrió con picardía. Esa sonrisa se le contagió a Ricardo y sonrió del mismo modo. Se sentía perdido, nervioso. Como si fuera la primera vez que tocaba, besaba y veía a una mujer desnuda. Estaba sudando y no era capaz de alejar la mirada de ella. Se fijaba en cada movimiento, en cada expresión. La estaba adorando.

Ella se deslizó por su cuerpo. Rozó sus pechos contra la piel de Ricardo. El coronel gruñó y echó la cabeza hacia atrás. Sus manos fueron a las nalgas de Vanessa y las apretó. Ella gimoteó, aun así, no se detuvo. Sus manos le acariciaron el torso, subieron por sus hombros y se deslizaron por los fuertes y robustos brazos de Ricardo hasta despojarlo de la camisa y después entrelazó los dedos con los de él.

Una risita nerviosa se escapó del coronel al sentir cómo la joven cadete besaba y mordía con suavidad su cuello.

—¿Qué le ocurre, coronel? —Cada palabra y susurro de Vanessa lo elevaban a un estado imposible de excitación.

—No me llames coronel, no ahora. Quiero follarte —gruñó con sinceridad—. Me estás poniendo muy nervioso, Vanessa.

—Me encanta verte y escucharte así de desesperado. —Ricardo gruñó como un auténtico lobo al escucharla—. Me voy a dejar comer por ti, cariño. Pero deja que te cuente el final de mi cuento.

Ricardo entornó los ojos. La obedecía en todo, cosa que ninguna mujer había logrado en él nunca. Sintió la lengua de Vanessa recorrer su cuello, chupar tras la oreja. Se estremeció y sintió dolor en su intimidad. Los pantalones sobaban y empezaban a molestar. Los labios de la joven le absorbieron la piel. Él no se dejaba marcar por nadie, no le pertenecía a nadie, era un lobo solitario, sin embargo, no hubo objeción esta vez. Jadeó con fuerza y ladeó el rostro con el único fin de que Vanessa tuviera todo el acceso posible a su cuello y lo marcara cuánto quisiera.

—Absorbe bien —le pidió—. Quiero que esas marcas duren por mucho tiempo.

—Sh... —Vanessa lo calló y le soltó las manos. Con un dedo le acarició los labios y le indicó silencio. Ricardo no dudó en tomarla del trasero de nuevo cuando se sintió libre y le acarició el contorno de sus nalgas sobre su ropa interior. Dejó un suave azote y le agarró con deseo. Mientras ella lo seguía marcando, se movió para ayudarlo a que el contacto fuera más directo.

Deslizó dos dedos sobre la tela de sus braguitas y abrió sus labios vaginales. Vanessa mordió su piel y dio un quejido alto. Estaba empapada, deseosa y sensible. Se levantó con las

rodillas para dejarle el camino libre y que las caricias no se detuvieran.

—Mi amor, ya —le rogó Ricardo, sin siquiera pensar en cómo la había llamado y demostrando quién mandaba en ese momento—. No aguanto, y veo que tú tampoco. Estás empapada.

—Solo quiero que escuches, porque a mí también se me da bien escribir.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Le mordió el lóbulo de la oreja y pellizcó los pezones de Ricardo. Acción que lo sorprendió y hasta lo hizo saltar del asiento. Ella escondió una sonrisa y él bufó, frustrado por la reacción que había tenido su cuerpo.

—Bien, nárrame el final —pidió Ricardo. Pellizcó su clítoris entre la tela y lo acarició a círculos. Vanessa gimoteó y se mordió el labio inferior. Lo abrazó con fuerza por el cuello y levantó el trasero, dejándose hacer más. Se acercó a su oído y empezó a susurrar entre jadeos y gemidos productos del placer que le estaba dando la estimulación.

—Caperucita, harta de leñadores y abuelitas con cestitas, se acercó al lobo y le dijo: Aúlla para mí. —Se alejó de su oído para volver a mirarlo a los ojos y encontrarse con la fiereza y el deseo que tanto quería conseguir.

—Auuu... —respondió el coronel.

Estampó los labios contra los de ella sin esperar mucho más. Sus lenguas danzaron pegadas y tragó ese néctar afrodisíaco que se encontraba solo en la boca de la cadete. Ella se estremeció, y sus piernas tiritaron al sentirse sin las caricias íntimas de Ricardo. Lo necesitaba. Ansiaba tenerlo. Sin embargo, pronto comprendió por qué había retirado la mano. La sostuvo de la cadera y la levantó sobre el piano. Las teclas sonaron cuando los pies de Vanessa se apoyaron en ellas.

Ricardo le sostuvo una de las piernas y le retiró el calcetín que cubría su pie. Lo acarició y, mientras la miraba, lamió desde el tobillo hasta su dedo gordo. Lo metió a la boca y lo chupó, dejando pellizcos con las manos por sus muslos. Vanessa gimoteó. Se sentía extraño, pero muy candente. Sentía que el lobo feroz estaba comiendo de ella, todo y cuánto quería. Se lamió los labios y observó el mismo acto con su otro pie. A ese punto, las piernas le temblaron y las abrió sin siquiera quererlo. Su cuerpo pedía por él. Ricardo se percató de la necesidad de la joven, de cómo se había abierto para él y gruñó. Besó por su tobillo y fue subiendo con besos y lamidas por el interior de su pierna.

La madera del piano sintió el frenesí al clavarse las uñas de Vanessa. Apretó con fuerza, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Ricardo! —gimoteó su nombre. No tenía control sobre sus acciones.

—¿Qué pasa, mi amor? —le preguntó con la voz ronca. Dejó chupones en la parte interna de sus muslos y gruñó antes de seguir con el recorrido. Deslizó la lengua y lamió por los costados de su intimidad. Primero uno, luego otro. Con cada lamida, sus labios vaginales se abrían y empapaban más las bragas que empezaban a pegarse y, al ser blancas, se veía bien la piel que cubrían.

Con una mano le azotó el clítoris. Ella saltó y gimoteó a la vez. Empezó a fregarlo sobre la tela. Todo el cuerpo de Vanessa comenzó a temblar y moverse sin control. La obligó a abrir las piernas y no cerrarlas, colocando su cuerpo inclinado sobre ella. El placer la hacía temblar, convulsionar y llorar.

—¡Ah! —gritó.

—Ese va a ser el primer grito de muchos, Vanessa. —Le pellizcó el punto que estaba fregando sin control y tiró de él. Volvió a gritar. Ricardo apretó los dientes y no pudo aguantar.

Empezó a lamer sin control y sin reparo sobre la tela, para que la desesperación en Vanessa aumentara. Absorbió los labios y las bragas se quedaron entre ambos, abriéndola de ese modo. Tiró de la tela hacia atrás y se le clavó más, mientras él masajeaba en círculos el lugar exacto donde se encontraba su agujero.

—¡Ah, Ricardo! —el grito de la cadete no lo detuvo. Tomó las bragas con las dos manos y tiró de ellas. Vanessa levantó un poco el trasero para que la desnudara del todo. Ricardo se detuvo solo para observarla por completo desnuda sobre el piano. Jadeó, le abrió las piernas con fuerza, tomándola de las rodillas y se inclinó para lamer a lo largo de su intimidad sin ninguna prenda que lo separara del tacto.

—Qué rica sabes —gruñó desesperado. Ella levantó un poco el rostro para observarlo probándola. Un hilo de saliva se quedó desde su intimidad hasta los labios de Ricardo. Pronto se rompió esa unión cuando volvió a lamer—. Voy a tomar todos tus fluidos, Vanessa. Quiero que tu primer orgasmo conmigo lo dejes en mi boca.

No pudo responder. No le dio tiempo a hacerlo. Las lamidas, absorciones y mordidas intensas en sus labios vaginales fueron acompañadas por dos dedos que arremetieron en su intimidad con fuerza y rapidez.

—¡Ah! —volvió a gritar. Ricardo no se detuvo. Empezó a torturar su clítoris con la boca. Una y otra vez. Alternaba las lamidas con las mordidas. Disfrutaba de las absorciones y movía la cabeza con el fin de tenerla más abierta y hacerla disfrutar más. Inspeccionó su interior con los dedos y con habilidad y experiencia encontró el punto G de la cadete. Le arremetió, le tocó allí sin miramiento. La pelvis de Vanessa se veía levantada y su cintura subía y bajaba sin querer, por la fuerza con la que la estaba tocando.

Un dedo de la misma mano con la que la masturbaba con tal brutalidad se hundió en su trasero y la abrió por la otra cavidad. Vanessa abrió los ojos con sorpresa, pero el placer se aumentó a un extremo enloquecedor. Se pasó las dos manos por el pelo y gruñó.

—¡Ricardo, ah! —comenzó a repetir su nombre entre gritos y gemidos imposibles de controlar. Su cintura se movió sin quererlo, en busca de cada golpe de placer que le estaba dando. Cuando, con la mano libre, le golpeó los muslos, Vanessa entendió que debía abrir las piernas y dejar que la hiciera disfrutar y así lo hizo. Relajó el cuerpo, escuchó los gruñidos de Ricardo al percatarse de la actitud que había tomado al dejarse.

Las lágrimas de Vanessa, producto del placer incontrolable, cayeron por sus mejillas a la vez que una cascada de fluidos chocaba con la lengua y parte del torso de Ricardo.

—¡Ah! —gritó Vanessa con fuerza. Golpeó con el puño el piano y empezó a dar pequeños saltos, mientras el squirt empapaba el instrumento, las partituras y al propio coronel—. ¡No sé qué me pasa!

—Tranquila. —La voz de Ricardo se escuchaba gruesa, excitante. Movié los dedos en círculo, agravando la situación, pues el squirt se alargó y, en consecuencia, Vanessa expulsó más fluidos. No esperaba que la cadete llegara a un nivel tan extremo de placer y excitación, pero cómo le estaba encantando—. No imaginé que el primer orgasmo que me dieras fuera así de intenso. —Se agachó y lamió los últimos chorros que caían de su intimidad. Tragó y sonrió satisfecho—. Y acabo de empezar.

Ricardo se inclinó sobre ella y liberó su entrepierna. Vanessa jadeó entre sus labios y gruñó al observarlo por completo desnudo sobre ella. Tragó saliva y deslizó una mano desde su pecho hasta su potente erección. Rozó todo su miembro y lo movió con lentitud. Ricardo gruñó y se encontró con los labios de Vanessa, que lo besaban y le arrancaban más deseo, incendiando al

máximo todo su cuerpo. Ella lo guio hasta que quedó en su interior. Ricardo jadeó con fuerza y se lamió los labios. Quiso hacerlo lento. Sentir cómo las paredes de Vanessa se abrían con su miembro hasta hacerlo enloquecer. El calor, la estrechez y la humedad se instalaban en la punta de su falo y el resto. Tragó saliva cuando algo se rompió y pudo sentirlo a la perfección. Gruñó y apoyó la frente contra la de la cadete. Ella expuso un gritito entre el dolor y el placer. Lo miró a los ojos jadeando, él hizo lo mismo.

—Estás loca —le susurró con el placer latente en cada palabra—. No debí ser el primero.

—Eso lo decido yo, coronel. —Vanessa envolvió su cintura y lo atrajo hacia ella. El golpe fue certero, intenso, tosco. Él gruñó, ella gritó y sus uñas arañaron la espalda de Ricardo. Jadeó y lo observó al borde de la locura—. Termina de enloquecerte —le pidió—. Porque quiero que el lobo me coma por completo.

El coronel no pudo contenerse. Las palabras de Vanessa ardían en su mente, el cuerpo de la joven le hacía tiritar. Cada movimiento era un oasis en el que se perdía rodeado de locura. Los embistes eran constantes, internos, pausados pero duros. El piano sonaba desafinado, sin embargo, rimaba con los gemidos placenteros de los dos. El sudor de ambos se convirtió en el perfume que los hechizó mientras las llamas de la hoguera ardían como la propia sangre. Los golpes de cadera que Ricardo ejercía conseguían levantar a Vanessa. Ella se retorció debajo de él, se convulsionaba por el placer. Arañaba la espalda de su coronel, besaba su clavícula. Adoraba estar envuelta por sus fuertes brazos. Escuchar los gemidos de Ricardo eran una melodía contagiosa y excitante. Cada vez que el orgasmo los invadía y se miraban a los ojos iluminados por las llamas, atizaban el deseo en el otro, como una promesa de placer del que no iban a librarse en toda la noche.

Las sábanas olían al coronel. Vanessa sonrió al abrazarse al cojín y suspiró hondo. Abrió los ojos y no lo observó a su lado. Suspiró hondo y miró toda la habitación. Tomó asiento y cubrió sus pechos con la sábana. Se sentía en una nube. El corazón todavía estaba alterado e incluso gritaba por más. Pareciera que el cuerpo de Vanessa no tuviera suficiente de Ricardo. Una sonrisita traviesa se instaló en los labios de la joven y decidió buscarlo para seguir con las sesiones de sexo sin descanso y control que estaban teniendo durante horas. Se envolvió con la sábana para protegerse del frío, y caminó descalza y silenciosa hacia el salón donde la voz del coronel alcanzaba a oírse. Sonrió desde las escaleras al verlo fumar con la mirada puesta fuera de la casa, sin embargo, sus palabras la detuvieron.

—Me importa una mierda esa niña —pronunció el coronel—. Hagan lo que les ordené, así de simple. Ese hombre nos traicionó y no voy a tolerar ni un solo desliz. —Tomó una calada y al echar el humo expuso una risa siniestra—. El desgraciado que nos atacó era el dueño del casino. Hay que sacarle información, y luego ya saben lo que hacer.

La sonrisa de Vanessa se borró. Apretó los labios con decepción y comenzó a caminar marcha atrás. Con el mismo silencio volvió a acostarse en la cama. Empezaba a sentirse sucia y no entendía por qué. El pecho le dolía. Unas ganas de vomitar se le instalaron en la boca del estómago. Cuando escuchó los pasos de Ricardo, pensó en hacerse la dormida, pero ni siquiera moverse estaba en sus planes.

El coronel se adentró en la habitación con una bandeja de comida. Ella le devolvió la sonrisa que le mostraba, sin embargo, pronto la quitó. Ricardo tomó asiento a su lado y le acercó un pedazo de manzana.

—Después de la sesión intensiva de sexo, creo que necesitas recuperar fuerzas —comentó el

coronel. Vanessa asintió y tomó de buen agrado la comida que le ofrecía. El coronel se colocó tras ella y la abrazó. Dejó un beso en su cuello y suspiró hondo. Sin embargo, a Ricardo jamás se le escapaba nada—. Te siento extraña.

—No me pasa nada —susurró ella.

—Vanessa, vi tu reflejo en el cristal del salón —confesó el coronel. Ella se volteó a observarlo. Él la miraba serio, impassible—. ¿Qué escuchaste?

—¿Importa?

—Dímelo tú, ¿importa? —Vanessa tensó sus labios y suspiró hondo. Se movió de su lado y se levantó de la cama. Ricardo bufó y negó con la cabeza—. Vanessa, sabes que no soy bueno.

—Porque te han convencido de que así es —debatía la joven—. Tanto te lo han metido en la cabeza, que ahora lo eres. Eres ese monstruo que las personas quisieron que fueras, ¿te sientes orgulloso de ello? —Ricardo frunció leve el ceño y arrugó la nariz—. Ah, veo que no.

—De todos modos, es tarde para hacer un cambio.

—Nunca se es tarde, siempre somos el villano en una historia mal contada.

—Para mí sí es tarde y la historia se contó con la verdad —confesó Ricardo—. Créeme, sé de lo que hablo.

—Vale. —La joven se cruzó de brazos y lo observó con seguridad—. Haz que lo entienda, cuéntame todo. Porque supongo que después de esta noche y de lo que hemos hecho juntos, ese odio que querías tener hacia mí, y esos planes en mi contra que, por otro lado, no sé cuáles son, se habrán esfumado, ¿no? —Ricardo se quedó en silencio, mirándola, con un brillo de súplica en los ojos grises. Abrió la boca para hablar, pero no hubo palabras que le entregase. Vanessa se quedó con la boca abierta y se pasó las dos manos por la cabeza. Tiró de su pelo—. ¡¿Cómo he podido ser tan estúpida?!

—Vanessa...

—¿Vas a seguir como hasta ahora a pesar de que me follaste?!

—Yo... —Hubo otro silencio incómodo. Los ojos de Vanessa se llenaron de lágrimas—. Lo siento.

—¡Vete a la mierda! —La joven tomó una de las camisas de Ricardo para que dejara de verla desnuda.

—Vanessa, por favor. —El coronel se levantó de la cama e intentó detenerla, pero al ponerle una mano encima, ella lo alejó de un empujón. Se puso la camisa y lo miró con furia. Caminó decidida hacia el baño y se encerró para ponerse el uniforme militar ya seco. Ricardo fue tras ella y golpeó la puerta del baño con insistencia—. Vanessa, escúchame.

—Te escucho —pronunció ella con la voz rota, vistiéndose y viéndose con asco en el espejo del baño. Ricardo suspiró, no tenía excusas. Sin embargo, un nudo en el pecho empezó a crecer hasta arrebatarse un pequeño suspiro de dolor.

—Lo que siento por ti es real —dijo. Vanessa cerró los ojos y apretó las manos en el mármol de la pica—. No fue solo sexo lo que ocurrió entre los dos. Pero no puedo rendirme ahora, ni por ti ni por nadie.

Vanessa abrió los ojos al escucharlo. Se miró al espejo y observó los chupones de su cuello. La rabia empezó a emanar de su cuerpo. Las lágrimas cayeron como cascadas por sus mejillas. Tragó saliva y negó con la cabeza. Ricardo jamás la engañó; ella misma había creído en la posibilidad de un cambio. Decidida, se colocó bien la camisa del uniforme, se limpió las lágrimas y abrió la puerta de par en par.

—Eso significa que, si tienes que pasar sobre mí, lo harás —confirmó la cadete. Ricardo se

quedó en silencio, observándola. Le estaba partiendo el alma tener que asegurarle con el silencio que así sería. Su mundo era lo suficiente oscuro para no romperse por nadie. Ni siquiera por ella. No podía echarse atrás a esas alturas. Vanessa sonrió con desprecio y negó con la cabeza—. No te vuelvas a acercar a mí.

—Vanessa. —Ricardo levantó la mano para tomarla del hombre y sintió el arma de la joven pegada a su sien. Se sorprendió por el acto y retiró la mano—. ¿Qué haces?

—He dicho que no te vuelvas a acercar a mí, no me toques ni siquiera te atrevas a respirar cerca de mí —lo amenazó. Bajó el arma y arrugó la nariz con una mirada de desprecio—. Tenías razón, tú solo sabes destruir. Todo lo que tocas lo conviertes en mierda. Todo lo bonito que puedas tener en tu vida lo rompes. Buscas culpables para tus pesadillas, intentas que los diarios oculten toda la frustración que tienes por ser una persona tóxica, pero lo cierto es que vas a quedarte solo y no habrá otro culpable más que tú. Tú mismo alejas a la gente y todo lo bonito que pueda pasarte en la vida lo ensucias. Lo llenas de oscuridad. Esa oscuridad que reina en tu alma. Esa de la que no puedes desprenderte ni con amor. Así yo me entregue a ti, así te diga que estoy enamorada, así te lo demuestre poniendo mi vida en peligro por ti, tú siempre pensarás en la venganza y ese mundo oscuro que creaste. No dejaré que me arrastres como arrastraste a otros. Como creo que arrastraste a Andrés —Vanessa bufó—. Es que fui una estúpida. Si fuiste capaz de arrastrar a tu propio sobrino, ¿cómo no ibas a arrastrarme a mí?

—Yo... —Ricardo no sabía qué decir, pero sus ojos claros empezaban a arder—. Este es mi mundo, Vanessa.

—Es tu mundo porque así lo has querido y hasta que no aceptes que la mierda de persona no son los demás sino tú, va a seguir siendo así. Enojada con Andrés, le dije que era oscuro, pero no. La oscuridad que arrastra a todos los que lo rodean, eres tú. Siempre has sido tú. Manipulando, jugando con los demás como si fuéramos fichas de un ajedrez. Pero conmigo no, Ricardo. No soy un peón, soy la reina. Llévame al campo militar, no quiero estar cerca de ti ni un segundo más.

Las mejillas de Ricardo se estaban empapando de lágrimas sinceras que se resbalaban sin temor a ser vistas por la cadete. Ella se encontraba en el mismo estado. Lloraba mientras lo observaba, pero veía la realidad al fin. El por qué él le aseguraba que enamorarse era un error. En ese momento podía ver la brecha entre los dos. Estaba ahí, tan visible como el dolor en el que se había convertido el amor y la pasión de hacía unas horas. Ricardo le dejó paso y ella tomó la salida del baño sin siquiera mirarlo.

Vanessa abrió la puerta y una mujer de piel oscura, pelo largo, negro, recién tintado y brillante la observó desconcertada mientras sostenía un paraguas por la tormenta que se estaba produciendo en ese momento.

—¿Quién eres tú? —le preguntó la mujer.

—¿Y usted? —respondió Vanessa.

—Soy Feray, la prometida de Ricardo —se presentó la mujer. Extendió la mano frente a Vanessa y esta no la tomó. La joven miró lento hacia Ricardo. Él permanecía detrás de ella y bufó con desesperación.

—¿Eso es verdad? —preguntó Vanessa—. ¿Estás comprometido?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?! —gritó la joven y le cerró la boca con el grito. Ricardo no podía contarle el porqué de ese acuerdo.

—¿Vine en mal momento? —preguntó Feray. Cuando Vanessa no la veía, le mostró a

Ricardo una sonrisa maliciosa. Luego volvió a poner rostro de preocupación cuando la joven la observó.

—Esto es un infierno —susurró Vanessa y echó a correr, marchándose de allí bajo la lluvia.

—¡Vanessa! —Ricardo intentó ir tras ella, pero la joven se volteó y dejó escapar una bala al suelo cerca de sus piernas.

—¡Te dije que no te vuelvas a acercar a mí! —exclamó Vanessa, ahora sí, reventando en llanto. No podía si quiera respirar con normalidad. Ricardo se detuvo, y cuando la joven se había perdido de su vista gritó de manera desgarradora. Las piernas le fallaron y se quedó arrodillado en el suelo. Odiándose como jamás lo había hecho.

—Vengo para recordarte nuestro trato, Ricardo —le habló Feray justo a su lado—. A veces creo que se te olvida quién eres y a lo que te dedicas. Hace falta que te lo recuerden.

Ricardo levantó la mirada con suma lentitud hacia Feray y entrecerró los ojos. Volvió a centrarse en quién era, en cómo debía actuar.

—¿Estás armada? —preguntó el coronel con la voz fría como el hielo.

—Siempre.

—Bien, porque esta noche le haremos una visita al hombre que casi me mata. Va a ser una velada inolvidable para él.

Andrés había surcado el cielo, enfrentando solo a la oscuridad y a la tormenta que iluminaba de azul eléctrico el interior de la avioneta. Por suerte, consiguió ser lo bastante bueno pilotando, para llegar hasta Estados Unidos de una pieza. Llamó a Lorena y lo esperó junto con Mía en el cuartel. Andrés tomó su coche patrulla y arrancó a fondo para encontrarse con ellas sin perder el tiempo. Derrapó cuando detuvo el vehículo frente a ellas.

—¿No se sabe nada? —preguntó cuando las mujeres tomaron asiento. Mía lo observó al sentarse en el asiento trasero. Él le mostró la mano y la forense se la estrechó—. Encantado, soy el general Andrés Reyes.

—Mía —se presentó—. Encantada, general.

—La última vez que los vi estaba entrenando a la patrulla —siguió Andrés con la conversación. Arrancó el vehículo—. Podríamos buscar en los lugares que frecuenta mi tío.

—En la comandancia no los vieron —informó Lorena—. Solo a Nathaniel, que, por otro lado, no sé qué hacía ahí y no en su trabajo.

Andrés arqueó una ceja al escucharla. Sin embargo, no comentó nada al respecto. Llegaron hasta el casino, pero lo vieron cerrado. Revisaron bares, establecimientos de ocio, incluso hoteles, hostales donde pudieran estar, a sabiendas de que el coronel no llevaba mujeres a su casa. Sin embargo, Andrés recordó el comportamiento de su tío con Vanessa. Suspiró hondo y tomó camino hacia la casa del coronel. De solo pensar en el hipotético caso de que estuvieran allí, el nervio se apoderaba de su cuerpo.

Entre la frondosa lluvia que caía sobre el vehículo y la carretera, Andrés achicó los ojos al observar una silueta caminando por el arcén. Cuando las luces del coche la iluminaron, pudo diferenciar el rostro de Vanessa. Frenó de golpe y se quitó el cinturón.

—¡Vanessa! —gritó y alertó a Lorena y Mía. Ambas bajaron del vehículo con él. Andrés corrió hacia ella y la sostuvo de los brazos con preocupación. La revisó con la mirada para comprobar que estuviera bien—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

La joven lo observó, y con un movimiento brusco se soltó de su agarre.

—No me toques, están locos —le susurró con rabia—. Si querían mi odio, ya lo tienen.

Andrés hizo una mueca de extrañeza y dio un paso atrás. No entendía el porqué de esa reacción. Apretó los labios con impotencia y suspiró hondo.

—¡Vanessa! —Mía la abrazó con fuerza cuando llegó hasta ella—. ¡Qué angustia! ¡¿Estás bien?! ¡¿Qué pasó?! —

—Tuvimos un altercado —la cadete contó por encima, devolviendo el abrazo de Mía—. Los móviles se mojaron y quedaron rotos, bueno. —Recordó a Ricardo usando el suyo en la conversación que estaba teniendo en el salón—. Al menos el mío. El coronel, imagino que lo deshabilitó a propósito.

—¿A propósito? —preguntó Andrés. Vanessa lo observó con desgana. El joven arqueó una ceja al percatarse de la mirada de la cadete—. ¿Dónde está mi tío?

—Con su prometida —espetó Vanessa. Pasó por su lado y lo empujó con el hombro para pasar frente a él. Andrés bufó por esa forma de tratarlo y la observó con el ceño fruncido, sabiendo que estaba pagando por culpa de su tío.

—Vanessa, ¿qué te pasa con el chico? —preguntó Mía, siguiendo a Vanessa hasta el coche—. El pobre vino a toda prisa al saber que podría haberte pasado algo. Vino a ayudar.

—Ellos no ayudan, ellos quieren destruirme —respondió en voz alta para que él escuchara—. Pero antes, los destruyo yo y me encargo de pisar la tierra cuando los entierre.

—¡Vanessa! —exclamó Lorena, espantada por las palabras de la cadete—. Creo que el *shock* te dejó mal.

Andrés se quedó con la boca abierta, mirándola. Sorprendido, anonadado. Ladeó un poco la cabeza igual que a un cachorro confundido. Levantó las cejas y suspiró hondo. Sin quererlo, una sonrisa traviesa se escapó entre sus labios. Esa actitud endemoniada de Vanessa le encantaba. Además, se encontraba bien y la angustia que sentía en la boca del estómago desde que le dijeron que estaba desaparecida, se había disipado.

Gael salía al trabajo como de costumbre. No había cruzado palabra con su hija después de esa que le hubo perforado el alma. Suspiró hondo y encendió la radio. Intentó poner una emisora que animara un poco su mañana. Levantó la mirada y observó varios coches de color negro y de la misma marca tras él. Arqueó una ceja e intentó ignorarlo, aunque sus ojos no podían apartarse del retrovisor. Era extraño, pues parecía que no querían dejarle mucho tramo de distancia. Con disimulo, levantó la camisa y sacó su pistola. La cargó y tragó saliva.

Pronto las sospechas fueron disipadas. Al tomar un camino diferente, los vehículos tomaron el mismo rumbo. La respiración de Gael se entrecortó y recordó a su hija. Apretó al máximo el acelerador. Los hombres que lo perseguían se percataron de ello. A cada esquina, el vehículo de Gael derrapaba dejando atrás las balas que se esparcían por la carrocera. No había presencia policial. Claro que no, toda la policía estaba untada en dinero. Gael se encontraba solo.

Un vehículo se posicionó a su lado. El disparo le rozó la cabeza, pero pudo agacharse y contratacar con uno que llegó al copiloto. Otro coche lo golpeó por el otro lado y lo desvió un poco de la carretera. Los atacantes iban a por todas y, pronto, uno de ellos saltó desde el coche que manejaban hasta el vehículo de Gael. Cayó sobre el capó y se enganchó para sacar el arma y apuntar a Gael desde el cristal. Este gruñó con rabia y frenó de golpe, lo que ocasionó que el hombre cayese. Arrancó al frente y lo atropelló sin miramiento.

—¡Cabrones! —gritó Gael—. ¡¿Qué demonios quieren?! —

Con un golpe en la parte trasera del vehículo, perdió el control. El coche empezó a dar

vueltas y Gael apretó el volante con fuerza. Consiguió encontrar el norte y volvió a pisar el acelerador hasta el fondo. Jadeó y observó un camión lleno de bombonas de gas. Entrecerró los ojos y gruñó para sí mismo. Iba a acabar con ellos. Dio un volantazo rápido y engañó a uno de los persecutores. Se estampó contra el camión. La explosión fue inminente. Gael subió su vehículo por una rampa de emergencia de la empresa de transportes a la que iba ese camión, y mientras el coche se quedaba en suspensión por el aire, el estallido y el fuego iluminaron todo el lugar. Por la onda expansiva, los cristales del vehículo de Gael reventaron. Aterrizó y bufó, creyendo que ya había terminado todo. Sin embargo, otros vehículos se encontraban frente a él en otra de las calles. Golpeó con rabia el volante.

—¿Por qué no se mueren?! —regañó, sin embargo, la rabieta le duró poco cuando observó que uno de los atacantes traía un lanzagranadas—. ¡Oh, mierda!

Giró el coche, intentó tomar rumbo hacia una calle, pero una granada reventó uno de los edificios. Las paredes cayeron impidiéndole el paso. Bufó y echó marcha atrás. Así, viendo desde el retrovisor, se coló por una de las calles continuas. Los perseguidores lo siguieron y se vio obligado a agachar la cabeza para no terminar con ella como un colador. Las balas marcaron y destrozaron los asientos. Gael gruñó al ver la situación demasiado mal como para salir de una pieza. Movié el volante con fuerza y volvió a conducir de cara. Sin embargo, los segundos fueron rápidos y cuando el lanzagranadas fue accionado de nuevo, esta vez, no fallaron. El vehículo salió por los aires, el chasis junto con Gael rodó por una ladera hasta terminar en uno de los campos.

La vista de Gael era borrosa, la pérdida de sangre le nublaba los sentidos. Todo a su alrededor parecía oscurecerse. Lo movieron del asiento solo para cerciorarse de su estado. Se encontraba tan mal, que ni siquiera pudo defenderse cuando le asestaron varias patadas y puñetazos. Los latidos de su corazón eran débiles, pausados, tanto que creyeron que estaba muerto cuando le tomaron el pulso. Lo dejaron allí, tirado, como si se tratase de un desecho. Lo que había significado para la organización durante el tiempo que trabajó para ellos.

Elías y Carlos seguían los pasos de Gael gracias al dispositivo de rastreo que Elías le hubo instalado en el teléfono móvil. El militar se extrañó cuando Gael se desvió de su camino habitual y más aún cuando se encontraron las calles destrozadas. Todo el alboroto que había junto a los asistentes sanitarios que llegaban en ambulancias, y la policía, que al fin se personaba fingiendo asombro, los puso en alerta. Carlos movió el coche y tomaron rumbo por otra calle hasta llegar a la posición en donde daba señal el teléfono de Gael. Los restos del coche se encontraban esparcidos por el inicio de la ladera y la carretera. Ambos se observaron con preocupación e imaginaron lo peor. Elías bajó del vehículo sin esperar a que Carlos frenase del todo. Corrió ladera abajo y encontró a Gael tumbado en el suelo y sin aparentes signos vitales.

—¡No, otra vez no! —exclamó Elías. Carlos se asomó desde arriba y al observar la escena se puso la mano en la frente, impactado por completo. Elías se agachó e intentó tomarle el pulso, pero igual que los atacantes, no lo sintió—. ¡Te dije que te alejaras de mí!

—Elías. —Carlos llegó con él y le posó la mano en el hombro—. No te culpes por esto.

—¡No me toques o acabarás como él! —exclamó alejándose de su compañero. Carlos apretó los labios con impotencia. Le dolía verlo de esa manera; sin embargo, poco podía hacer si quién se machacaba mentalmente por todas las cosas negativas que ocurrían era el propio Elías. Nadie podía quitarle esa forma de pensar. Carlos observó fijo a Gael. Fue entonces cuando se percató de un leve movimiento en su estómago.

—Espera —susurró para sí mismo, aunque Elías lo escuchó y frunció el ceño al observar

que se agachaba. Carlos tomó un fino trozo de hierba y la acercó a la nariz de Gael. Cuando esta se movió, comprobó que seguía respirando—. ¡Está vivo!

—¿Lo está?! —se preguntó Elías, quitándose las lágrimas del rostro. Se acercó y tras agacharse lo comprobó—. ¡Muy débil, pero respira!

—¡Llama a la ambulancia, corre! —con el grito de Carlos, Elías reaccionó. Agarró el móvil y con las manos temblorosas pidió con urgencia una ambulancia. Hizo hincapié en que fuera atendido por Gabriela, así que, tras ser puesta al teléfono, la doctora movilizó al personal para que los asistentes médicos se dieran más prisa para llegar.

En el hospital, la angustia de Elías se contabilizaba en cafés de máquina por segundos pasados. La papelera no podía estar más llena de vasos, y eso que solo llevaba una hora esperando señales de Gael. Carlos intentaba que se detuviera, pero Elías no dejaba de caminar de un lado a otro en la sala de espera, y con la bebida energética empeoraba la situación. De repente, se quedó estático. La mente de Elías hizo cortocircuito y observó a Carlos.

—La niña —pronunció.

—¿Cuál niña? —preguntó Carlos, preocupado por la salud mental de su mejor amigo—. Ya terminaste de enloquecer. Estamos aquí por un hombre, no por una niña.

—No, estúpido, la hija del hombre al que están atendiendo —aclaró Elías—. No tiene esposa, la perdió, así que la niña debe estar sola en su casa. Si le hicieron eso al padre, qué no le harán a ella.

—¿Tienes la dirección de su casa? Puedo ir para ver que todo esté bien con ella —propuso Carlos—. Tú debes quedarte a vigilar que no le ocurra nada a ese hombre. Puede ser de ayuda para nosotros si sale de esta, y está claro que querrán deshacerse de él.

Elías asintió y escribió la dirección por mensaje de texto. Se la mandó y tomó otro vaso de café.

—Mantenme informado —dijo Halcón al tiempo que tomaba asiento.

—Y tú deja ya el café, vas a gastarte el sueldo y los nervios en esa máquina. —Elías ignoró el consejo de su amigo. Levantó las cejas e hizo como si no hubiera escuchado nada. Suspiró y miró el irritante reloj de pared que había en la sala y que le recordaba que los minutos pasaban y que, a pesar de que Gael estaba siendo atendido por Gabriela, cada vez que la manecilla del reloj se movía, era un segundo menos que tenía para recuperarse.

Continuará...

Sobre el autor

Jana V. Moreno es una autora residente en Valencia, España. Sus libros de género variado mezclan el misterio, el romance, la acción el erotismo y el humor.

Con una saga policiaca y otra de fantasía, la autora se muestra polifacética y con una gran facilidad para escribir un amplio abanico de géneros, en los cuales, eso sí, predomina el romance y la literatura erótica.

Puedes seguirla y contactarla en sus redes sociales:

Instagram: [janav.moreno](#)

Facebook: [Jana V Moreno Escritora](#)

Títulos relacionados “Saga Los Marim”.

